

FRUITS DE LEON
NOMERES
DE CRISTOS



A
A
0
0
0
9
6
9
5
9
6
6

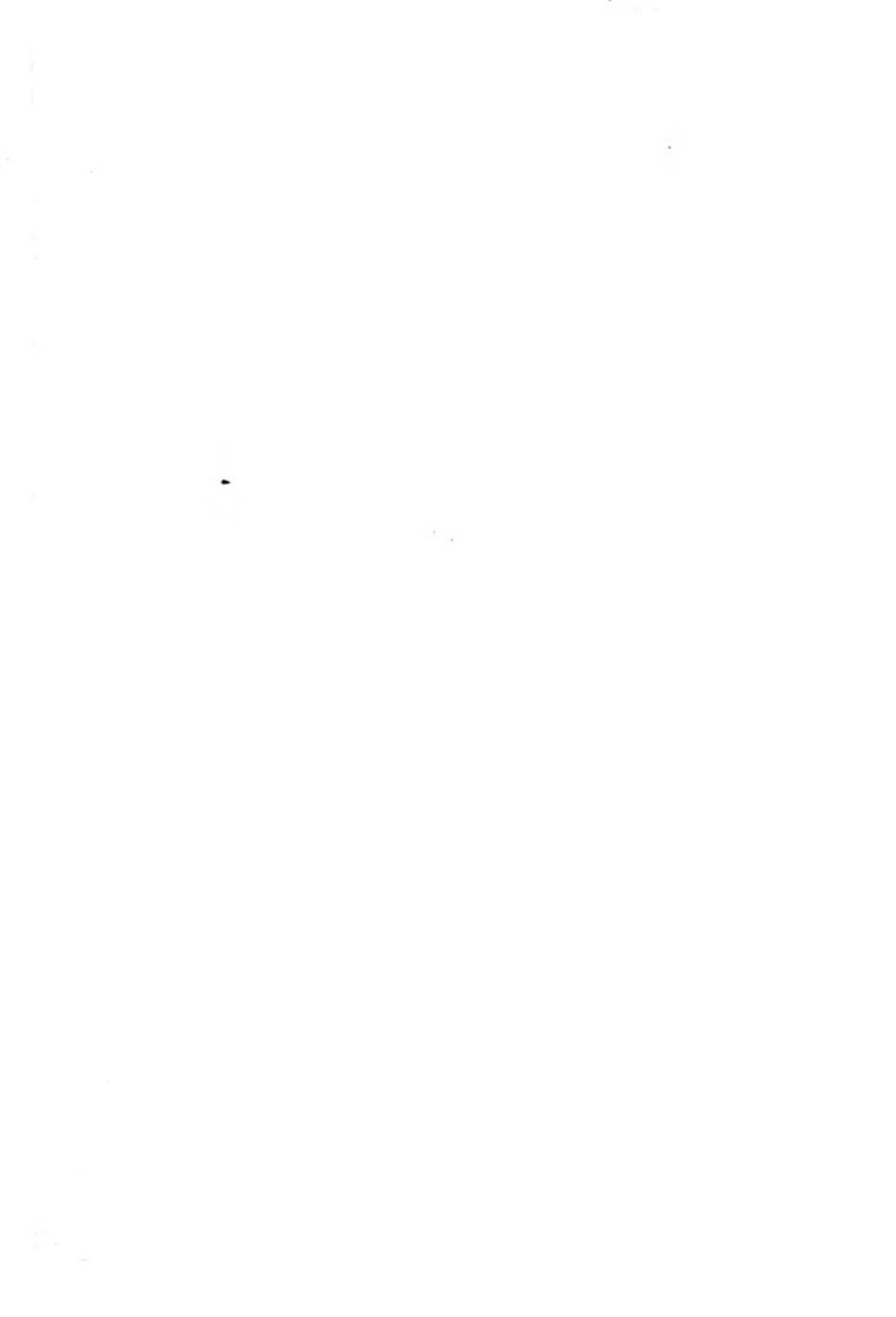


UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

PQ
6410
L3
A14
1917
v.1

CASA EDITORIAL CAJAFIA
MADRID

LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA
SAN DIEGO



PQ

6410

L3

A, H

197

1.1

2

B I B L I O T E C A C A L L E J A

S E G U N D A S E R I E

FRAY LUIS DE LEÓN
DE LOS NOMBRES DE CRISTO

TOMO I

FRAY LUIS DE LEÓN

DE LOS NOMBRES
DE CRISTO

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

DE

ENRIQUE DE MESA



MCMXVII

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1876

M A D R I D

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

PRÓLOGO

PUEDE la injusticia o la malandanza, el error y la envidia de los hombres o la suerte adversa, aherrojar en duras prisiones nuestro cuerpo mortal, la propia cárcel terrígena; pero ¿dónde las cadenas que sujeten la inmaterialidad viva y ardiente del espíritu?

En el decurso del tiempo, la historia literaria muestra palmariamente que han sido las cárceles sobremanera fecundas para las letras castellanas. En la estrechez de una prisión, el Arcipreste de Hita plasma, con mano recia, la forma primitiva de nuestro realismo, en aquel *Libro de buen amor*, abundante y pleno en sus altibajos de moral cristiana y de pagana lozanía, con sus ataduras a la carne y sus vuelos desordenados a lo ideal. Recluído en una jaula de hierro, tras el desastre de Aljubarrota, allá en la soledad del castillo de Oviedes, el que había de ser luego canciller de Castilla, D. Pero López de Ayala, traza el *Rimado de Palacio*, rumia moral de

su propia vida, azote y flagelo de un desaprensivo, hervoroso y anárquico estado social. Y el libro de los libros, en cuyas páginas, vestido a lo castellano, adquiere vida perdurable el doloroso combate entre la idealidad aguda y encendida y el medio torpe, romo e incomprensivo, ¿no se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? ¿Qué extraño, pues, que estas páginas fervorosas *De los nombres de Cristo* nacieran en las cárceles secretas de la Inquisición del amor redoblado y del anhelo inextinguible de un alma cristiana? ¿Es que el confort del amor divino no era bastante a sostener aquel espíritu del maestro, mal hallado en la flaqueza y debilidad de su cuerpo, “con ansias vivas, con mortal cuidado”, y solevantarlo y remontarlo en las blancas alas de la fe?

Cuando, a las tres de la tarde del día 30 de diciembre de 1576, penetraba Fray Luis de León en Salamanca—“alto soto de torres”, que dice el poeta Unamuno—con atabales, trompetas y gran acompañamiento de Caballeros, Doctores y Maestros, absuelto por el Santo Oficio, triunfante de la “envidia emponzoñada, del engaño agudo y de la lengua fementida”, bien pudo decir con palabras de los *Nombres de Cristo*: “Que el daño, si viniere, no commueve esta roca; y la

afrenta, si sucediere, no desquicia esta torre; y las heridas, si golpearen, no doblan a este diamante.”

Tras cinco años de prisión, tornaba a la celda de sus ansias secretas y a la cátedra de sus veraces enseñanzas el místico del alma en fuego, el poeta de los alados versos, el escriturario, el exégeta, el teólogo. Y tornaba firme, incommovible la roca de su razón, enhiesto el castillo de su amor, clarífico y no empañado por heces amargas de duda el diamante de su fe.

En los austeros encinares de Belmonte, villa de Cuenca, dando vista a la llana manchega, rica en mieses y enverdecida de viñedos, cortió la infancia de Fray Luis. Dijérase que las famosas arenas belmonteñas, blancas y finas, habían formado el vaso cristalino de su alma. Y si el tempero que a la tierra dan el sol, el aire y el agua, muéstrase, germinada la semilla y crecido el tallo, en el matiz de la flor y en la sazón del fruto, ¿no han de ser parte nacimiento, educación y cultura en el florecer imaginativo y en la madurez de la razón humana? Dióle a Fray Luis el llano abierto la tenacidad del carácter, la austera concisión del discurso; dióle el cielo azul inacabable, ansia de vuelo. La lim-

pieza del linaje le crió generoso. El pingüe patrimonio le proporcionó maestros que le adiestraron en las formas antiguas. El ambiente escolar de Salamanca le infundió sed de ciencia. Y quizá la desolada desesperanza del Ecclesiastés, los inflamados salmos del profeta y la dulcedumbre del cantar de Salomón, esforzando el sople del amor divino, y al fin las velas llenas de su espíritu, le hicieron navegar por el mar de la dulzura infenable.

¿Cómo era Fray Luis? Francisco Pacheco nos lo dice en su *Libro de Retratos*: “En lo natural, fué pequeño de cuerpo, en debida proporción; la cabeza, grande, bien formada, poblada de cabello algo crespo y el cerquillo cerrado; la frente, espaciosa; el rostro, más redondo que aguileño; trigüeño el color; los ojos, verdes y vivos. En lo moral, con especial don de silencio, el hombre más callado que se ha conocido, si bien de singular agudeza en sus dichos, con extremo abstigente y templado en la comida, bebida y sueño; de mucho secreto, verdad y fidelidad; puntual en palabras y promesas; compuesto, poco o nada risueño, léíase en la gravedad de su rostro el peso de la nobleza de su alma; resplandecía en medio desto, por excelencia, una humildad profunda; fué limpísimo, muy honesto y recogido, gran Religioso y observante de las leyes... Con

ser de natural colérico, fué muy sufrido y piadoso para los que le trataban.”

Si en lo físico no podemos, honradamente, poner tilde ni pero al suegro de Velázquez, en lo moral, el testimonio de los maestros de Fray Luis, que nos le pintan como “hombre religioso, honesto, de buena vida y costumbres”, o, mejor aún, sus obras mismas confirman las palabras de Pacheco. Podrán las modernas investigaciones poner sombra en la claridad de su espíritu; quizá documentalmente lleguen a probar que quien voló unas veces, otras se arrastró por la tierra con atadura de pasiones mezquinas, rencoroso y agrio; pero creemos, con Federico de Onís, que a la historia sólo importan aquellos momentos de máxima intensidad en que, superándose a sí mismo, afirma su radical originalidad en un acto de creación, pues los afanes del día con el día pasan, y sobre este pasar de los afanes y de los días quedarán perennes aquellas horas originalmente vividas, en las que ha alcanzado expresión, íntegra y plena, una personalidad.

¿Y no es, por ventura, el poeta quien nos da, colmadas de sentido, sintéticas, reveladoras de lo más puro y alquitarado del espíritu, estas horas de máxima expresión? ¿No es de la mano del ciego Salinas, agujijado y arrebatado de su extremada música, como Fray Luis, en vuelo aquí-

lino, llega hasta escuchar la música pitagórica de las esferas, la no precedera música que es el origen y la fuente de todas? ¿Acaso no es la fontana pura, el huertecillo blanco de flor de primavera, el ancho y manso río que entre álamos tuerce su curso, lo que al poeta inspira ese feliz desasimiento de las ambiciones humanas en brazos de la Naturaleza? ¿Y no es, finalmente, una enloquecedora vislumbre del cielo ansiado lo que le hace cantar con estro de llama las maravillas siderales de la *noche serena*?

Señalen otros el punto adonde se retrajeron las aguas espirituales en el reflujó de las pasiones, noten los sedimentos cenagosos que la marea baja dejó al descubierto; quédese enhorabuena para nuestra pluma el gustoso empeño de marcar, con devoción y amor, aquel nivel más alto que alcanzaron las aguas, mansas o crespas, en la viva marea del espíritu.

Si de Jorge Manrique tan sólo hubieran conservado los cancioneros del siglo XV su decir de burlas, el chocarrero convite a su madrastra, o, cuando más, las vulgares galanterías metrificadas, comunes a todos los trovadores de su época; si únicamente la crónica nos hubiera dicho de su ardiddeza en el tumulto de los nobles, de su esforzada y temprana muerte ante el castillo de Garcí-Muñoz, el hijo del maestre de Santiago apa-

recería a nuestros ojos con el diseño vulgar de un cortesano enamorado y de un guerrero valiente. Pero las graves *Coplas* en que el peso de su dolor de hijo trasciende al dolor universal de todos los hijos y de todos los hombres, en la caducidad de la vida terrena, nos dan la noción precisa de su vuelo, la medida justa de su alteza moral.

“Cuando estaba el Rey en su reclinatorio mirando dió su olor” ,dice la enamorada esposa del *Cantar de los Cantares*. En la carrera inexorable del tiempo tórnase el polvo al polvo, vuelve a la tierra lo que engendró la tierra, y sólo perdura. en la renovada admiración de las generaciones, el oro del espíritu, el olor que dió de sí la flor anímica de los hombres. ¿Y no es oro, y de los más subidos quilates, y aroma suavísimo este que brilla y se exhala de la poesía y de la prosa del maestro?

Pero ni esta es ocasión propicia ni cumple a nuestro propósito seguir paso a paso, apoyando o confutando opiniones, la vida de Fray Luis (1).

(1) Fray Luis de León nació en Belmonte en 1528. Estudiante en Salamanca, a los catorce años tomó, en enero de 1543, el hábito de San Agustín, y profesó al siguiente enero de 1544. En 1560 se graduó de Licenciado y Maestro en Teología, y en diciembre de 1561 se posesionó de su primera cátedra de Santo Tomás, en la Universidad. Fué luego catedrático de Sagrada Escritura y de Filosofía moral, hasta su muerte, ocurrida en Madrigal el 23 de agosto de 1591. Véanse, sobre su vida, las siguientes obras: P. Blanco García, *Fray*

Sólo queremos colocar en su ambiente la figura y evocar aquel momento en que el teólogo poeta, en la estrechez y soledad de la prisión, taja su pluma de ave para declarar, estremecido, las excelencias de los *Nombres de Cristo*; aquel supremo instante en que,

En silencio Fray Luis quédase solo
 meditando de Job los infortunios,
 o paladeando en oración los dulces
 nombres de Cristo.

Nombres de paz y amor con que en la lucha
 buscó confort, y arrogante luego
 a la brega volvióse amor cantando,
 paz y reposo,

como dice Miguel de Unamuno, recio amante de la ciudad de oro, que ha sabido, a la sombra de sus piedras y al sol de sus campos, desentrañar el alma humanista, popular y plateresca de la vieja Salamanca.

Cuando en 1560, ya Licenciado y Maestro en Teología, interviene Fray Luis en la vida uni-

Luis de León. Estudio biográfico del insigne poeta agustino. Madrid, 1904; P. Luis Alonso Getino, *Vida y procesos del maestro Fray Luis de León.* Salamanca, 1907; J. González de Tejada, *Vida de Fray Luis de León.* Madrid, 1863; A. Arango y Escandón, *Luis de León; Ensayo histórico.* Méjico, 1866, y *Colección de documentos inéditos para la Historia de España.* 1847, t. X y XI.

versitaria, que alternaba con el recogimiento del claustro, la gloriosa Universidad ardía en bandos irreductibles y en ásperas y enconadas reyer-tas. Con fina percepción nota y advierte el fla-mante teólogo las deficiencias de la enseñanza, y su carácter, veraz y claro, le coloca enfrente de las apretadas filas de lo rutinario y de lo viejo. Su hondo conocimiento de la lengua hebrea le llevó al bando del maestro Grajal, incomparable hermeneuta de los textos sagrados, vencedor del propio Fray Luis en las oposiciones de la cátedra de Biblia. El mismo lo declara contestando, más tarde, ante el tribunal del Santo Oficio, a los car-gos aviesos de aquel envanecido y atrabiliario he-lenista León de Castro, quien, apoyándose en tes-timonios de estudiantes mal intencionados o ce-rriles, pretendía macular, llevado de la emula-ción o de la envidia, la limpia figura moral del religioso. "Es verdad, dice, que el maestro Gra-jal ha sido y es mi amigo, y querelle yo bien co-menzó de que, habiendo sido primero competido-res en la cátedra de Biblia, que él llevó, en las demás oposiciones que yo hice, sin sabello yo, trató en mi favor con tanto cuidado y tan gran encarecimiento de buenas palabras, que, cuando lo supe, quedé obligado a tratalle, y del trato re-sultó conocer en él uno de los hombres de más sanas y limpias entrañas y más sin doblez que yo

he tratado; y así nuestra amistad fué para siempre, no como de hombres de letras, para comunicar o conferir nuestros estudios, sino como de los hombres que trataban ambos de ser hombres de bien, y por conocer esto el uno del otro se querían bien.”

Uno de los más estimables biógrafos de Fray Luis, el agustino P. Blanco García, hace notar sagazmente que por aquel entonces iniciábase “en las aulas españolas, y mayormente en las salmantinas, una reacción que pudiera llamarse neo-escolástica, y que, cerrando ojos y oídos a las necesidades de los tiempos y empeñándose en confundir la pureza de la doctrina con la servil adhesión a la autoridad de los antiguos teólogos, tenía por cosa vitanda los más ligeros vislumbres de innovación en materias opinables; miraba con recelo los estudios filológicos aplicados al de la Escritura, y hasta se ofendía de los primores de la Retórica, guardando sus predilecciones para el escueto y árido silogismo”.

Al sutil ingenio del maestro no podía ocultársele la vacua hinchazón de algunos doctores que, “con un pequeño gusto de ciertas cuestiones, tenían títulos de maestros teólogos, pero no tenían la Teología; de la cual, como se entiende, el principio son las cuestiones de Escuela; y el crecimiento, la doctrina que escriben los Santos; y el

colmo y perfección, y lo más alto de ella, las Letras Sagradas, a cuyo entendimiento todo lo de antes, como a fin necesario, se ordena. Pero la clara teología de Fray Luis y sus movimientos libres y sueltos en la exégesis de la Escritura, dentro siempre de la ortodoxia, no podían ser gratos a los que, esclavos de la rutina, se oponían a toda nueva interpretación, y así vemos cómo, a favor de las revueltas estudiantiles y con motivo de las juntas que en Salamanca se tenían sobre la interpretación de la Biblia de Vatablo, se va tejiendo y espesando la red que había de llevar a las cárceles de la Inquisición a los hebraizantes de la época: al maestro Gaspar de Grajal, a Martínez Cantalapiedra, a Fray Luis de León.

El 2 de diciembre de 1571, el P. Pedro Fernández, prior de Atocha, presentaba en Madrid al Santo Oficio el escrito con las diez y siete proposiciones que se creían heréticas, y que le fueron entregadas y consultadas a su paso por Salamanca, durante el mes de julio del mismo año, por el dominico Bartolomé de Medina, catedrático de Prima en aquella Universidad y principal instigador de la celada urdida contra Fray Luis. En la declaración prestada por Medina, a 17 de diciembre del mismo año de 1571, en el proceso instruido, ya afirma que anda en lengua vulgar

el libro de los Cánticos de Salomón, compuesto por el muy reverendo Fray Luis de León, e insinúa que, en la Universidad, algunos maestros, señaladamente Grajal, Martínez y el propio Fray Luis, en sus *pareceres y disputas, quitan alguna autoridad a la edición Vulgata, diciendo que se puede hacer otra mejor y que tiene hartas falsedades.*

He aquí el brazado de leña que demandaba el intolerante fuego encendido por la envidia. Dale luego mayor incremento y pábulo León de Castro, al subrayar la interpretación rabínica que, a su juicio, daba el maestro Fray Luis al Viejo Testamento; y así, en 24 de marzo de 1572, el inquisidor Diego González ordena su prisión. “Y prendáis el cuerpo de Fray Luis”, dice el mandamiento. Bien que el alma, ave de altanería, sin que la deslumbren señuelos terrenales, habría de volar desde la cárcel lóbrega, más alta que las águilas.

¡Con qué deleitosa amargura, sintiéndose más apartado de los hombres y más allegado a Cristo, acompañado del familiar de la Inquisición Francisco Almansa, emprendería el fraile perseguido su ruta a Valladolid por el abierto llano salmantino! Ya campearían las siembras, y de los entrepanes, bajo el rocío de la mañana, alzaríanse cantando las alondras. En las sendas, los honrados labriegos, envueltos en el paño tinto de sus

tabardos, le saludarían devotos. Y el aire ancho de la tierra rasa y fecunda, obra de Dios, orearía su frente fatigada en las vigiliás, tonificaría su cuerpo cansado y enflaquecido por la penitencia y el estudio. Iba como el mandamiento de prisión ordenaba: “sin armas, sin dineros, sin joyas de oro y plata, sin papeles”; pero llevaba “al aire vago asida”, la joya purísima de su alma, mundificada y limpia por la congoja y la tribulación; la mirada, perdida en el cielo, más allá de los tesos coronados de encinas; el pensamiento, recogido y tembloroso, imaginando nuevas y por él hasta entonces nunca soñadas excelencias de Cristo.

En la prisión de Valladolid, el maestro Fray Luis de León traza las páginas fervorosas de los *Nombres de Cristo*.

“Si la poesía la inspiró Dios en los ánimos de los hombres para con el conocimiento y espíritu de ella, levantarlos al cielo, de donde ella procede, porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino”, ¿qué extraño que el encendido y perdurable diálogo del alma y su Creador produjera el libro admirable?

Clara en el recuerdo, justa en los detalles, más gustosa en la evocación que refrescaba su sentido, le aparecía al maestro, en la soledad de la cárcel, aquella granja de su monasterio en la ri-

bera del Tormes. No existe en toda la literatura castellana página de más fuerte plasticidad, más precisa en el vocablo, más elegante y clara en el giro, más evocadora, gustosa y sabrosa, que esta con que Fray Luis inicia sus diálogos. Es necesario regalar el oído primeramente con el amplio pero sofrenado rodar de su locución, desenlazar luego sus oraciones limpias, sonar después una a una, gustando de su áureo sonido de doblas de Castilla, las palabras precisas, únicas, que el poeta emplea y que por él parecen originariamente acuñadas para expresar lo que expresan. Es página que huele y sabe, que nos halaga tan sensualmente, como el huerto mismo, con su sombra de parras, con su regato reidor, con su rumorosa alameda, nos halagaría. Es la descripción incomparable de un lugar, de un día, de una hora. Es en Salamanca, a orillas del Tormes, en un día de junio, en una hora de la mañana. No puede ser ni en otro lugar, ni en distinto día, ni en hora diversa. ¡Qué trabajosa elaboración, qué poda interna tan intuitiva y sabia para llegar, sin esfuerzo aparente, a esta sublime sencillez!

Fray Luis fué un enamorado de su lengua. Ya, en el prólogo de sus poesías, dice: "De lo que yo compuse, juzgará cada uno a su voluntad; de lo que es traducido, el que quisiere ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes

de una lengua extraña a la suya, sin añadir ni quitar sentencia y con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extranjerías y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo, ni soy tan arrogante; mas helo pretendido hacer, y así lo confieso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime mi trabajo más, al cual yo me incliné sólo para mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se la encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar." De cera y abundante fué para Fray Luis en estos a manera de diálogos platónicos en que tres escolares, Marcelo, Juliano y Sabino, discurren en el puerto sabroso del huercecillo sobre el sentido simbólico de los *Nombres de Cristo*.

El buen gusto del prosista, fino conocedor de tanto lenguaje, logra dar al suyo nativo el color, el número y la armonía de quien no ignora la línea clásica, ni la matizada concisión de Oriente, ni la austeridad que dió jugo al fruto nacido en Castilla. Su sintaxis es rica, flexible en la traba y enlace de giros y oraciones. Es su léxico castizo, elegante y sabroso, sin que lo fértil dañe a lo sobrio, ni el noble y medido ornato degenerare en

arreo superfluo. Sépanlo los que, abroquelados en un grosero casticismo, danse a perseguir los vocablos más toscos y zafios del idioma; aquellos escritores, proscritos de la comprensión y desterrados de la gracia, que enristran como ajos, en la soga esparteña de un discurso ilógico, los vocablos mazorrales de la arriería.

Veán cómo el cantor de los *Nombres de Cristo* ensarta en el hilo sedeño de su razón las perlas castellanas.

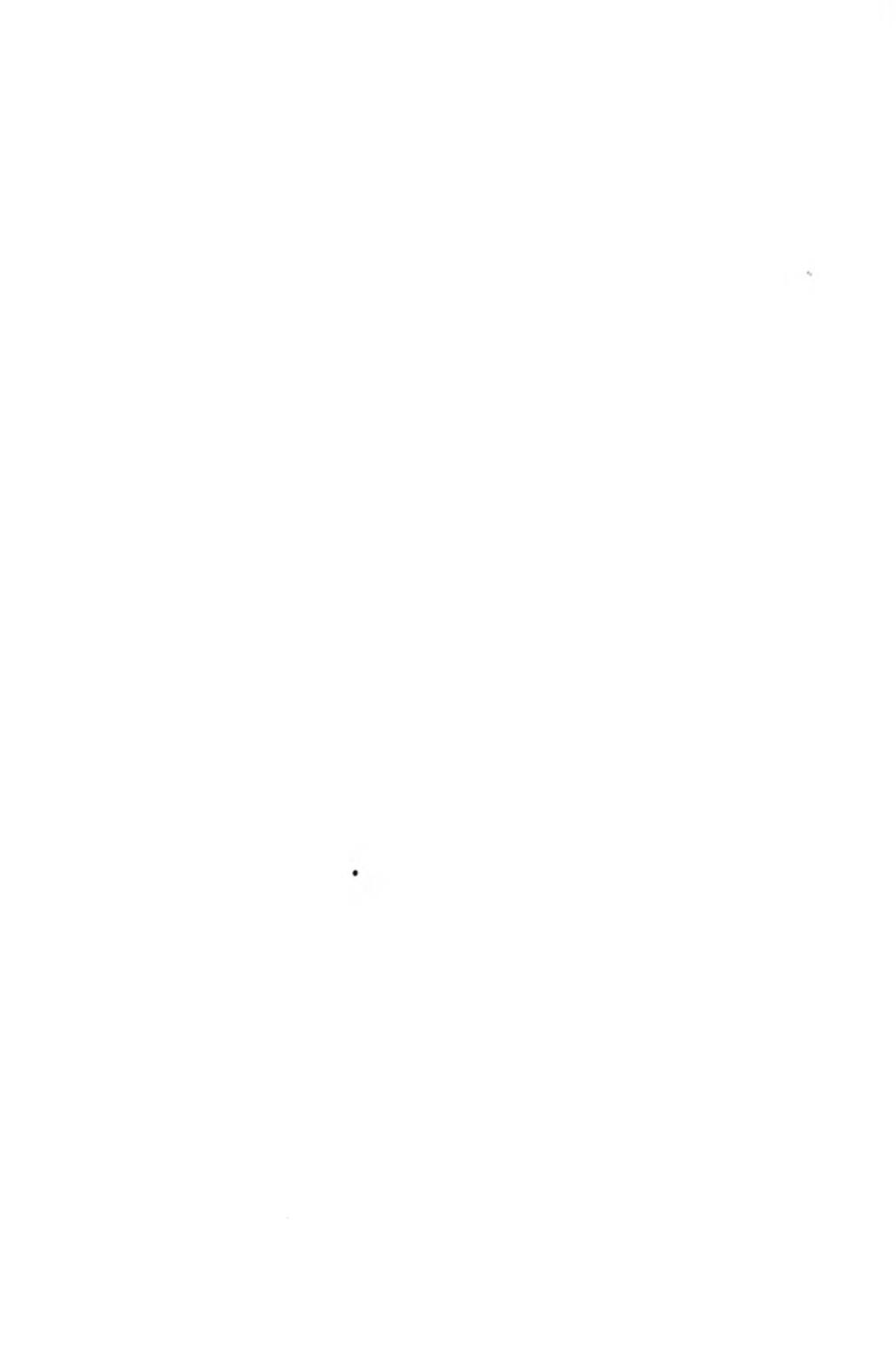
Para la presente edición se ha seguido el texto de la tercera, corregida de mano de su autor e impresa en Salamanca por Guillermo Foquel en 1587. En el nombre de *Cordero* nos atenemos a la cuarta edición, primera en que apareció, impresa en Salamanca por Juan Fernández, 1595.

Hemos consultado, aunque sin anotar variantes, por no tratarse de una edición crítica, la primera, también de Salamanca y de la misma imprenta de Juan Fernández, fechada en 1583; la segunda, impresa en dicha capital por los herederos de Matías Gast, en 1585, y la quinta, igualmente de Salamanca, tirada en casa de la viuda de Antonio Ramírez, en 1603. De las modernas, hemos cotejado la excelente del P. Antolín Merino, Madrid, viuda de Ibarra, 1804—16 ó vol., reimpressa en 1875, y la muy pulcra de sólo

el *libro primero*, publicada por Federico de Onís, *La Lectura*, 1914.

En el texto que sigue se ha modernizado la ortografía, la acentuación y la puntuación, y únicamente se conservan algunas formas arcaicas, que en su arcaísmo precisamente encierran la gracia o el matiz de la expresión, pero tendiendo siempre, con notas explicativas, a la mayor facilidad en la lectura.

ENRIQUE DE MESA



DEL MAESTRO FR. LUIS DE LEÓN

EL LIBRO PRIMERO DE LOS NOMBRES DE CRISTO

A D. Pedro Portocarrero, del Consejo de Su Magestad y del de la Santa y general Inquisición.

DE las calamidades de nuestros tiempos, que, como vemos, son muchas y muy graves, una es, y no la menor de todas, muy ilustre señor, el haber venido los hombres a disposición que les sea ponzoña lo que les solía ser medicina y remedio; que es también claro` indicio de que se les acerca su fin y de que el mundo está vecino a la muerte, pues la halla en la vida.

Notoria cosa es que las Escrituras que llamamos sagradas las inspiró Dios a los profetas que las escribieron, para que nos fuesen, en los trabajos de esta vida, consuelo, y en las tinieblas y

errores de ella, clara y fiel luz; y para que en las llagas que hacen en nuestras almas la pasión y el pecado, allí, como en oficina general, tuviésemos para cada una propio y saludable remedio. Y porque las escribió para este fin, que es universal, también es manifiesto que pretendió que el uso de ellas fuese común a todos, y así, cuanto es de su parte, lo hizo; porque las compuso con palabras llanísimas y en lengua que era vulgar a aquellos a quien las dió primero. Y después, cuando de aquéllos, juntamente con el verdadero conocimiento de Jesucristo, se comunicó y traspasó también este tesoro a las gentes, hizo que se pusiesen en muchas lenguas, y casi en todas aquellas que entonces eran más generales y más comunes, porque fuesen gozadas comúnmente de todos. Y así fué que en los primeros tiempos de la Iglesia, y en no pocos años después, era gran culpa en cualquierá de los fieles no ocuparse mucho en el estudio y lección de los libros divinos. Y los eclesiásticos y los que llamamos seglares, así los doctos como los que carecían de letras, por esta causa trataban tanto de este conocimiento, que el cuidado de los vulgares despertaba el estudio de los que por su oficio son maestros. quiero decir, de los prelados y obispos; los cuales de ordinario en sus iglesias, casi todos los días, declaraban las santas Escrituras al pueblo, para que la lección particular que cada uno tenía de ellas en su casa, alumbrada con la luz de aquella doctrina pública, y como regida con la voz del maestro, careciese de error y fuese causa de más señalado provecho. El cual a la verdad fué tan

grande cuanto aquel gobierno era bueno; y respondió el fruto a la sementera, como lo saben los que tienen alguna noticia de la historia de aquellos tiempos.

Pero, como decía, esto, que de suyo es tan bueno y que fué tan útil en aquel tiempo, la condición triste de nuestros siglos y la experiencia de nuestra grande desventura, nos enseñan que nos es ocasión ahora de muchos daños. Y así, los que gobiernan la Iglesia, con maduro consejo, y como forzados de la misma necesidad, han puesto una cierta y debida tasa en este negocio, ordenando que los libros de la sagrada Escritura no anden en lenguas vulgares, de manera que los ignorantes los puedan leer; y como a gente animal y tosca, que, o no conocen estas riquezas, o si las conocen, no usan bien de ellas, se las han quitado al vulgo de entre las manos.

Y si alguno se maravilla, como a la verdad es cosa que hace maravillar, que en gentes que profesaban una misma religión haya podido acontecer que lo que antes les aprovechaba les dañe ahora, y mayormente en cosas tan substanciales; y si desea penetrar al origen de aqueste mal, conociendo sus fuentes, digo que, a lo que yo alcanzo, las causas de esto son dos: ignorancia y soberbia, y más soberbia que ignorancia; en los cuales males ha venido a dar poco a poco el pueblo cristiano, decayendo de su primera virtud. La ignorancia ha estado de parte de aquellos a quien incumbe el saber y el declarar estos libros; y la soberbia, de parte de los mismos y de los demás todos, aunque en diferente manera; porque en

éstos, la soberbia y el pundonor de su presunción, y el título de maestros que se arrogaban sin merecerlo, les cegaba los ojos para que ni conociesen sus faltas ni se persuadiesen a que les estaba bien poner estudio y cuidado en aprender lo que no sabían y se prometían saber; y a los otros, a questo humor mismo, no sólo les quitaba la voluntad de ser enseñados en estos libros y letras, mas les persuadía también que ellos las podían saber y entender por sí mismos. Y así, presumiendo el pueblo de ser maestro, y no pudiendo, como convenía, serlo los que lo eran o debían ser, convertíase la luz en tinieblas; y leer las Escrituras el vulgo le era ocasión de concebir muchos y muy perniciosos errores, que brotaban y se iban descubriendo por horas.

Mas si como los prelados eclesiásticos pudieron quitar a los indoctos las Escrituras, pudiesen también ponerlas y asentirlas en el deseo y en el entendimiento y en la noticia de los que las han de enseñar, fuera menos de llorar aquesta miseria; porque estando éstos, que son como cielos, llenos y ricos con la virtud de aqueste tesoro, derivárase de ellos necesariamente gran bien en los menores, que son el suelo sobre quien ellos influyen. Pero en muchos es esto tan al revés, que no sólo no saben aquestas letras, pero desprecian o, a lo menos, muestran preciarse poco y no juzgar bien de los que las saben. Y con un pequeño gusto de ciertas cuestiones, contentos e hinchados, tienen título de maestros teólogos, y no tienen la teología; de la cual, como se entiende, el principio son las cuestiones de la escuela,

y el crecimiento la doctrina que escriben los santos, y el colmo y perfección y lo más alto de ella las letras sagradas; a cuyo entendimiento todo lo de antes, como a fin necesario, se ordena.

Mas dejando éstos y tornando a los comunes del vulgo, a este daño de que por su culpa y soberbia se hicieron inútiles para la lección de la Escritura divina, háseles seguido otro daño, no sé si diga peor: que se han entregado sin rienda a la lección de mil libros, no solamente vanos, sino señaladamente dañosos; los cuales, como por arte del demonio, como faltaron los buenos, en nuestra edad, más que en otra, han crecido. Y nos ha acontecido lo que acontece a la tierra, que cuando no produce trigo da espinas. Y digo que este segundo daño en parte vence al primero, porque en aquél pierden los hombres un grande instrumento para ser buenos, mas en éste le tienen para ser malos; allí quítasele a la virtud algún gobierno, aquí dase cebo a los vicios. Porque si, como alega San Pablo, *las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres*, el libro torpe y dañado, que conversa con el que le lee a todas horas y a todos tiempos, ¿qué no hará?, o ¿cómo será posible que no críe viciosa y mala sangre el que se mantiene de malezas y de ponzoñas? Y a la verdad, si queremos mirar en ello con atención y ser justos jueces, no podemos dejar de juzgar sino que de estos libros perdidos y desconcertados, y de su lección, nace gran parte de los reveses y perdición que se descubren continuamente en nuestras costumbres. Y de un sabor de gentilidad y de infidelidad que los celosos del

servicio de Dios sienten en ellas (que no sé yo si en edad alguna del pueblo cristiano se ha sentido mayor), a mi juicio el principio y la raíz y la causa toda son estos libros. Y es caso de gran compasión que muchas personas simples y puras se pierden en este mal paso, antes que se adviertan de él; y como sin saber de dónde o de qué, se hallan emponzoñadas y quiebran simple y lastimosamente en esta roca encubierta. Porque muchos de estos malos escritos ordinariamente andan en las manos de mujeres doncellas y mozas, y no se recatan de ello sus padres; por donde las más veces les sale vano y sin fruto todo el demás recato que tienen.

Por lo cual, como quiera que siempre haya sido provechoso y loable el escribir sanas doctrinas que despierten las almas o las encaminen a la virtud, en este tiempo es así necesario, que a mi juicio todos los buenos ingenios en quien puso Dios partes (1) y facultad para semejante negocio, tienen obligación a ocuparse en él, componiendo en nuestra lengua, para el uso común de todos, algunas cosas que, o como nacidas de las sagradas letras, o como allegadas y conformes a ellas, suplan por ellas, cuanto es posible, con el común menester de los hombres; y juntamente les quiten de las manos, sucediendo en su lugar de ellos, los libros dañosos y de vanidad.

Y aunque es verdad que algunas personas doctas y muy religiosas han trabajado en aquesto

(1) *Partes*, quiere decir "buenas prendas, cualidades". Es voz muy usada por todos los escritores del siglo de oro.

bien felizmente, en muchas escrituras que nos han dado, llenas de utilidad y pureza, mas no por eso los demás que pueden emplearse en lo mismo se deben tener por desobligados ni deben por eso alanzar (1) de las manos la pluma; pues en caso que todos los que pueden escribir escribiesen, todo ello sería mucho menos, no sólo de lo que se puede escribir en semejantes materias, sino de aquello que, conforme a nuestra necesidad, es menester que se escriba, así por ser los gustos de los hombres y sus inclinaciones tan diferentes, como por ser tantas ya y tan recibidas las escrituras malas, contra quien se ordenan las buenas. Y lo que en las baterías y cercos de los lugares fuertes se hace en la guerra, que los tientan por todas las partes y con todos los ingenios que nos enseña la facultad militar, eso mismo es necesario que hagan todos los buenos y doctos ingenios ahora, sin que uno se descuide con otro, en un mal uso tan torreado y fortificado como es éste de que vamos hablando.

Yo así lo juzgo y juzgué siempre. Y aunque me conozco por el menor de todos los que en esto que digo pueden servir a la Iglesia, siempre la deseé servir en ello como pudiese; y por mi poca salud y muchas ocupaciones no lo he hecho hasta ahora. Mas ya que la vida pasada, ocupada y trabajosa, me fué estorbo para que no pusiese este mi deseo y juicio en ejecución, no me parece que debo perder la ocasión de este ocio, en que la injuria y mala voluntad de algunas perso-

(2) *Alanzar*, "arrojarse, echar fuera de sí, alejar".

nas me han puesto; porque, aunque son muchos los trabajos que me tienen cercado, pero el favor largo del cielo, que Dios, padre verdadero de los agraviados, sin merecerlo me da, y el testimonio de la conciencia en medio de todos ellos, han serenado mi ánimo con tanta paz, que, no sólo en la enmienda de mis costumbres, sino también en el negocio y conocimiento de la verdad, veo ahora y puedo hacer lo que antes no hacía. Y hame convertido este trabajo el Señor en mi luz y salud, y con las manos de los que me pretendían dañar ha sacado mi bien. A cuya excelente y divina merced en alguna manera no respondería yo con el agradecimiento debido, si ahora que puedo, en la forma que puedo y según la flaqueza de mi ingenio y mis fuerzas, no pusiese cuidado en aquesto, que, a lo que yo juzgo, es tan necesario para el bien de sus fieles.

Pues a este propósito me vinieron a la memoria unos razonamientos que, en los años pasados, tres amigos míos y de mi Orden, los dos de ellos hombres de grandes letras e ingenio, tuvieron entre sí, por cierta ocasión, acerca de los nombres con que es llamado Jesucristo en la sagrada Escritura; los cuales me refirió a mí poco después el uno de ellos, y yo por su cualidad no los quise olvidar. Y deseando yo ahora escribir alguna cosa que fuese útil al pueblo de Cristo, hame parecido que comenzar por sus nombres, para principio, es el más feliz y de mejor anuncio, y para utilidad de los lectores la cosa de más provecho, y para mi gusto particular, la materia más dulce y más apacible de todas; porque así como Cris-

to nuestro Señor es como fuente, o por mejor decir, como océano, que comprende en sí todo lo provechoso y lo dulce que se reparte en los hombres, así el tratar de él, y como si dijésemos, el desenvolver aqueste tesoro, es conocimiento dulce y provechoso más que otro ninguno. Y por orden de buena razón se presupone a los demás tratados y conocimientos aqueste conocimiento, porque es el fundamento de todos ellos y es como el blanco adonde el cristiano endereza todos sus pensamientos y obras; y así, lo primero a que debemos dar asiento en el ánimo es a su deseo, y por la misma razón, a su conocimiento, de quien nace y con quien se enciende y acrecienta el deseo. Y la propia y verdadera sabiduría del hombre es saber mucho de Cristo, y a la verdad es la más alta y más divina sabiduría de todas; porque entenderle a él es entender todos los tesoros de la sabiduría de Dios, que, como dice San Pablo, *están en él encerrados*; y es entender el infinito amor que Dios tiene a los hombres y la majestad de su grandeza y el abismo de sus consejos sin suelo, y de su fuerza invencible el poder inmenso, con las demás grandezas y perfecciones que moran en Dios, y se descubren y resplandecen, más que en ninguna parte, en el misterio de Cristo. Las cuales perfecciones todas, o gran parte de ellas, se entenderán si entendiéremos la fuerza y la significación de los nombres que el Espíritu Santo le da en la divina Escritura; porque son estos nombres como unas cifras breves, en que Dios maravillosamente encerró todo lo que acerca de esto el humano entendimiento

puede entender y le conviene que entienda.

Pues lo que en ello se platicó entonces, recorriendo yo la memoria de ello después, casi en la misma forma como a mí me fué referido y lo más conforme que ha sido posible al hecho de la verdad o a su semejanza, habiéndolo puesto por escrito, lo envió ahora a vuestra merced, a cuyo servicio se enderezan todas mis cosas.

INTRODUCCIÓN

ERA por el mes de junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan, al tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo (que así le quiero llamar con el nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré a los demás), después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como a puerto sabroso, a la soledad de una granja que, como vuestra merced sabe, tiene mi monasterio en la ribera del Tormes; y fuéronse con él, por hacerle compañía y por el mismo respecto los otros dos. Adonde habiendo estado algunos días, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa a la huerta que se hace delante de ella.

Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista, y, sobre todo, la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño, se anduvieron pa-

seando y gozando del frescor, y después se sentaron juntos, a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte, y corriendo y estropezando, parecía reirse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo, y la hora, muy fresca. Así que, sentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados, Sabino (que así me place llamar al que de los tres era el más mozo), mirando hacia Marcelo y sonriéndose, comenzó a decir así:

—Algunos hay a quien la vista del campo los enmudece, y debe de ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo o cantar o hablar.

—Bien entiendo por qué lo decís—respondió al punto Marcelo—, y no es alteza de entendimiento, como dais a entender por lisonjearme o por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes, que nos predominan, y se despiertan con esta vista, en vos de sangre, y en mí de melancolía. Mas sepamos—dice—de Juliano (que este será el nombre del tercero), si es pájaro también o si es de otro metal.

—No soy siempre de uno mismo—respondió Juliano—, aunque ahora al humor de Sabino me inclino algo más. Y pues él no puede ahora razo-

nar consigo mismo mirando la belleza del campo y la grandeza del cielo, bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podremos hablar.

Entonces Sabino, sacando del seno un papel escrito y no muy grande:

—Aquí—dice—está mi deseo y mi esperanza.

Marcelo, que reconoció luego el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo, vuelto a Sabino y riéndose:

—No os atormentará mucho el deseo a lo menos, Sabino, pues tan en la mano tenéis la esperanza; ni aun deben ser ni lo uno ni lo otro muy ricos, pues se encierran en tan pequeño papel.

—Si fueren pobres—dijo Sabino—menos causa tendréis para no satisfacerme en una cosa tan pobre.

—¿En qué manera—respondió Marcelo—o qué parte soy yo para satisfacer a vuestro deseo, o qué deseo es el que decís?

Entonces Sabino, desplegado el papel, leyó el título, que decía: DE LOS NOMBRES DE CRISTO; y no leyó más. Y dijo luego:

—Por cierto caso hallé hoy este papel, que es de Marcelo, adonde, como parece, tiene apuntados algunos de los nombres con que Cristo es llamado en la sagrada Escritura, y los lugares de ella adonde es llamado así. Y como le vi, me puso codicia de oírle algo sobre aqueste argumento, y por eso dije que mi deseo estaba en este papel; y está en él mi esperanza también, porque como parece de él, este es argumento en que Marcelo ha puesto su estudio y cuidado, y argumento que le debe tener en la lengua; y así, no podrá decir-

nos ahora lo que suele decir cuando se excusa si le obligamos a hablar, que le tomamos desapercibido. Por manera que, pues le falta esta excusa, y el tiempo es nuestro, y el día santo, y la sazón tan a propósito de pláticas semejantes, no nos será dificultoso el rendir a Marcelo, si vos, Juliano, me favorecéis.

—En ninguna cosa me hallaréis más a vuestro lado, Sabino—respondió Juliano.

Y dichas y respondidas muchas cosas en este propósito, porque Marcelo se excusaba mucho, o a lo menos pedía que tomase Juliano su parte y dijese también; y quedando asentado que a su tiempo, cuando pareciese, o si pareciese ser menester, Juliano haría su oficio, Marcelo, vuelto a Sabino, dijo así:

—Pues el papel ha sido el despertador de esta plática, bien será que él mismo nos sea la guía en ella. Id leyendo, Sabino, en él, y de lo que en él estuviere, y conforme a su orden, así iremos diciendo, si no os parece otra cosa.

—Antes nos parece lo mismo—respondieron como a una Sabino y Juliano.

Y luego Sabino, poniendo los ojos en el escrito, con clara y moderada voz leyó así:

DE LOS NOMBRES EN GENERAL

Los nombres que en la Escritura se dan a Cristo son muchos, así como son muchas sus virtudes y oficios; pero los principales son diez, en los cuales se encierran, y como reducidos, se recogen los demás; y los diez son éstos.”

—Primero que vengamos a eso—dijo Marcelo alargando la mano hacia Sabino, para que se detuviese—, convendrá que digamos algunas cosas que se presuponen a ello, y convendrá que tomemos el salto, como dicen, de más atrás, y que guiando el agua de su primer nacimiento, tratemos qué cosa es esto que llamamos nombre, y qué oficio tiene, y por qué fin se introdujo, y en qué manera se suele poner; y aun antes de todo esto hay otro principio.

—¿Qué otro principio—dijo Juliano—hay, que sea primero que el sér de lo que se trata, y la declaración de ello breve, que la escuela llama *definición*?

—Que como los que quieren hacerse a la vela—respondió Marcelo—y meterse en la mar, antes que desplieguen los lienzos, vueltos al favor del cielo, le piden viaje seguro, así ahora en el principio de una semejante jornada, yo por mí, o por mejor decir, todos para mí, pidamos a ese mismo de quien habemos de hablar, sentidos y palabras cuales convienen para hablar de él. Porque si las cosas menores, no sólo acabarlas no pode-

mos bien, mas ni emprenderlas tampoco, sin que Dios particularmente nos favorezca, ¿quién podrá decir de Cristo y de cosas tan altas como son las que encierran los nombres de Cristo, si no fuere alentado con la fuerza de su espíritu? Por lo cual, desconfiando de nosotros mismos, y confesando la insuficiencia de nuestro saber, y como derrocando por el suelo los corazones, supliquemos con humildad a aquesta divina luz que nos amanezca; quiero decir, que envíe en mi alma los rayos de su resplandor y la alumbre, para que en esto que quiere decir de él, sienta lo que es digno de él, y para que lo que en esta manera sintiere, lo publique por la lengua en la forma que debe. Porque, Señor, sin ti, ¿quién podrá hablar como es justo de ti?, o ¿quién no se perderá en el inmenso océano de tus excelencias metido, tú tú mismo no le guías al puerto? Luce, pues, ¡oh sólo verdadero sol!, en mi alma, y luce con tan grande abundancia de luz, que con el rayo de ella juntamente y mi voluntad encendida te ame, y mi entendimiento esclarecido te vea, y enriquecida mi boca te hable y pregone, si no como eres del todo, a lo menos como puedes de nosotros ser entendido, y sólo a fin de que tú seas glorioso y ensalzado en todo tiempo y de todos.

Y dicho esto, calló; y los otros dos quedaron suspensos y atentos mirándole; y luego tornó a comenzar en aquesta manera:

—El nombre, si habemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve que se sustituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. O nombre es aquello mismo que se nombra,

no en el sér real y verdadero que ello tiene, sino en el sér que le da nuestra boca y entendimiento. Porque se ha de entender que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una de ellas tenga en sí a todas las otras, y en que siendo una, sea todas cuanto le fuere posible; porque en esto se avecina a Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más a él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pío general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde envían sus deseos todas las criaturas.

Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su sér de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el sér mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que extendiéndose, y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo. Lo cual es avecinarse la criatura a Dios, de quien mana, que en tres personas es una esencia, y en infinito número de excelencias no comprensibles, una sola perfecta y sencilla excelencia.

Pues siendo nuestra perfección aquesta que digo, y deseando cada uno naturalmente su per-

fección, y no siendo escasa la naturaleza en proveer a nuestros necesarios deseos, proveyó en esto, como en todo lo demás, con admirable artificio. Y fué que, porque no era posible que las cosas, así como son materiales y toscas, estuviesen todas unas en otras, les dió a cada una de ellas, demás del sér real que tienen en sí, otro sér del todo semejante a este mismo, pero más delicado que él y que nace en cierta manera de él, con el cual estuviesen y viviesen cada una de ellas en los entendimientos de sus vecinos, y cada una en todas, y todas en cada una. Y ordenó también que de los entendimientos, por semejante manera, saliesen con la palabra a las bocas. Y dispuso que las que en su sér material piden cada una de ellas su propio lugar, en aquel espiritual sér pudiesen estar muchas, sin embarazarse, en un mismo lugar en compañía juntas; y aun, lo que es más maravilloso, una misma en un mismo tiempo en muchos lugares.

De lo cual puede ser como ejemplo lo que en el espejo acontece. Que si juntamos muchos espejos y los ponemos delante los ojos, la imagen del rostro, que es una, reluce una misma y en un mismo tiempo en cada uno de ellos, y de ellos todas aquellas imágenes, sin confundirse, se tornan juntamente a los ojos, y de los ojos al alma de aquel que en los espejos se mira. Por manera que, en conclusión de lo dicho, todas las cosas viven y tienen sér, en nuestro entendimiento, cuando las entendemos, y cuando las nombramos, en nuestras bocas y lenguas. Y lo que ellas son en sí mismas, esa misma razón de ser tienen en nos-

otros, si nuestras bocas y entendimientos son verdaderos.

Digo *esa misma* en razón de semejanza, aunque en cualidad de modo diferente, conforme a lo dicho. Porque el sér que tienen en sí es sér de tomo y de cuerpo, y sér estable y que así permanece; pero en el entendimiento que las entiende, hácese a la condición de él y son espirituales y delicadas; y para decirlo en una palabra, en sí son la verdad, mas en el entendimiento y en la boca son imágenes de la verdad, esto es, de sí mismas, e imágenes que sustituyen y tienen la vez de sus mismas cosas para el efecto y fin que está dicho; y, finalmente, en sí son ellas mismas, y en nuestra boca y entendimiento sus nombres. Y así queda claro lo que al principio dijimos, que el nombre es como imagen de la cosa de quien se dice, o la misma cosa disfrazada en otra manera, que sustituye por ella y se toma por ella para el fin y propósito de perfección y comunidad que dijimos.

Y de esto mismo se conoce también que hay dos maneras o dos diferencias de nombres, unos que están en el alma, y otros que suenan en la boca. Los primeros son el sér que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros, el sér que tienen en la boca del que, como las entiende, las declara y saca a luz con palabras. Entre las cuales hay esta conformidad, que los unos y los otros son imágenes, y como ya digo muchas veces, sustituto de aquellos cuyos nombres son. Mas hay también esta desconformidad, que los unos son imágenes por naturaleza, y los otros por arte. Quiero decir, que la imagen y

figura, que está en el alma, sustituye por aquellas cosas cuya figura es, por la semejanza natural que tiene con ellas; mas las palabras, porque nosotros, que fabricamos las voces, señalamos para cada cosa la suya, por eso sustituyen por ellas. Y cuando decimos *nombres*, ordinariamente entendemos estos postreros, aunque aquellos primeros son los nombres principalmente. Y así nosotros hablaremos de aquéllos, teniendo los ojos en éstos.

Y habiendo dicho Marcelo esto, y queriendo proseguir su razón, díjole Juliano:

—Paréceme que habéis guiado el agua muy desde su fuente, y como conviene que se guíe en todo aquello que se dice, para que sea perfectamente entendido. Y si he estado bien atento, de tres cosas que en el principio nos propusisteis, habéis ya dicho las dos, que son: lo que es el nombre, y el oficio para cuyo fin se ordenó. Resta decir lo tercero, que es la forma que se ha de guardar y aquello a que se ha de tener respecto cuando se pone.

—Antes de eso—respondió Marcelo—añadiremos esta palabra a lo dicho: y es, que como de las cosas que entendemos, unas veces formamos en el entendimiento una imagen, que es imagen de muchos, quiero decir, que es imagen de aquello en que muchas cosas que en lo demás son diferentes convienen entre sí y se parecen; y otras veces la imagen que figuramos es retrato de una cosa sola, y así propio retrato de ella, que no dice con otra; por la misma manera hay unas palabras o nombres que se aplican a muchos, y

se llaman nombres comunes, y otros que son propios de sólo uno, y éstos son aquéllos de quien hablamos ahora. En los cuales, cuando de intento se ponen, la razón y naturaleza de ellos pide que se guarde esta regla: que, pues han de ser propios, tengan significación de alguna particular propiedad, y de algo de lo que es propio a aquello de quien se dicen; y que se tomen y como nazcan y manen de algún minero suyo y particular. Porque si el nombre, como habemos dicho, sustituye por lo nombrado, y si su fin es hacer que lo ausente que significa, en él nos sea presente, y cercano y junto lo que nos es alejado, mucho conviene que en el sonido, en la figura, o verdaderamente en la origen y significación de aquello de donde nace, se avecine y asemeje a cuyo es, cuanto es posible avecinarse a una cosa de tomo y de ser, el sonido de una palabra.

No se guarda esto siempre en las lenguas; es grande verdad. Pero si queremos decir la verdad, en la primera lengua de todas casi siempre se guarda. Dios, a lo menos, así lo guardó en los nombres que puso, como en la Escritura se ve. Porque, si no es esto, ¿qué es lo que se dice en el *Génesis*, que Adán, inspirado por Dios, puso a cada cosa su nombre, y que lo que él las nombró, ese es el nombre de cada una? Esto es decir que a cada una les venía como nacido aquel nombre, y que era así suyo por alguna razón particular y secreta, que si se pusiera a otra cosa no le viniera ni cuadrara tan bien. Pero, como decía, esta semejanza y conformidad se atiende en tres cosas: en la figura, en el sonido, y señaladamente

en la origen de su derivación y significación. Y digamos de cada una, comenzando por aquesta postrera.

Atiéndese, pues, aquesta semejanza en la origen y significación de aquello de donde nace; que es decir que cuando el nombre que se pone a alguna cosa se deduce y deriva de alguna otra palabra y nombre, aquello de donde se deduce ha de tener significación de alguna cosa que se avvicine a algo de aquello que es propio al nombrado; para que el nombre, saliendo de allí, luego que sonare, ponga en el sentido del que le oyere la imagen de aquella particular propiedad, esto es, para que el nombre contenga en su significación algo de lo mismo que la cosa nombrada contiene en su esencia. Como, por razón de ejemplo, se ve en nuestra lengua en el nombre con que se llaman en ella los que tienen la vara de justicia en alguna ciudad, que los llamamos *corregidores*, que es nombre que nace y se toma de lo que es corregir; porque el corregir lo malo es su oficio de ellos, o parte de su oficio muy propia. Y así, quien lo oye, en oyéndolo entiende lo que hay o haber debe en el que tiene este nombre. Y también a los que entrevienen en los casamientos los llamamos en castellano *casamenteros*, que viene de lo que es hacer mención o mentar, porque son los que hacen mención del casar, entreviniendo en ello y hablando de ello y tratándolo. Lo cual en la sagrada Escritura se guarda siempre en todos aquellos nombres que, o Dios puso a alguno, o por su inspiración se pusieron a otros. Y esto en tanta manera, que no

solamente ajusta Dios los nombres que pone con lo propio que las cosas nombradas tienen en sí, mas también todas las veces que dió a alguno y le añadió alguna cualidad señalada, demás de las que de suyo tenía, le ha puesto también algún nuevo nombre que se conformase con ella; como se ve en el nombre que de nuevo puso a Abraham, y en el de Sara, su mujer, se ve también, y en el de Jacob, su nieto, a quien llamó Israel, y en el de Josué, el capitán que puso a los judíos en la posesión de su tierra, y así en otros muchos.

—No ha muchas horas—dijo entonces Sabino—que oímos acerca de eso un ejemplo bien señalado; y aun oyéndolo yo, se me ofreció una pequeña duda acerca de él.

—¿Qué ejemplo es ése?—respondió Marcelo.

—El nombre de Pedro—dijo Sabino—que le puso Cristo, como ahora nos fué leído en la misa.

—Es verdad—dijo Marcelo—, y es bien claro ejemplo. Mas ¿qué duda tenéis en él?

—La causa por qué Cristo le puso—respondió Sabino— es mi duda; porque me parece que debe contener en sí algún misterio grande.

—Sin duda—dijo Marcelo—muy grande; porque dar Cristo a San Pedro aqueste nuevo y público nombre, fué cierta señal que en lo secreto del alma le infundía a él, más que a ninguno de sus compañeros, un don de firmeza no vencible.

—Eso mismo—replicó luego Sabino—es lo que se me hace dudoso; porque ¿cómo tuvo más firmeza que los demás apóstoles, ni infundida ni suya, el que sólo entre todos negó a Cristo por

tan ligera ocasión? Si no es firmeza prometer osadamente, y no cumplir flacamente después.

—No es así—respondió Marcelo—ni se puede dudar en manera alguna de que fué este glorioso príncipe, en este don de firmeza de amor y fe para con Cristo, muy aventajado entre todos. Y es claro argumento de esto aquel celo y apresuramiento que siempre tuvo para adelantarse en todo lo que parecía tocar o a la honra o al descanso de su Maestro. Y no sólo después que recibió el fuego del Espíritu Santo, sino antes también, cuando Cristo, preguntándole tres veces si le amaba más que los otros, y respondiendo él que le amaba, le dió a pacer sus ovejas. testificó Cristo con el hecho que su respuesta era verdadera, y que se tenía por amado de él con firmísimo y fortísimo amor. Y si negó en algún tiempo, bien es de creer que cualquiera de sus compañeros, en la misma pregunta y ocasión de temer, licieran lo mismo si se les ofreciera; y por no habérseles ofrecido, no por eso fueron más fuertes. Y si quiso Dios que se le ofreciese a sólo San Pedro, fué con grande razón. Lo uno para que confiase menos de sí de allí adelante el que hasta entonces, de la fuerza de amor que en sí mismo sentía, tomaba ocasión para ser congado. Y lo otro, para que quien había de ser pastor y como padre de todos los fieles, con la experiencia de su propia flaqueza, se condoliese de las que después viese en sus súbditos y supiese llevarlas. Y últimamente, para que con el lloro amargo que hizo por esta culpa, mereciese mayor acrecentamiento de fortaleza. Y así fué, que

después se le dió firmeza para sí y para otros muchos en él; quiero decir, para todos los que le son sucesores en su silla apostólica, en la cual siempre ha permanecido firme y entera y permanecerá hasta el fin la verdadera doctrina y confesión de la fe.

Mas, tornando a lo que decía, quede esto por cierto: que todos los nombres que se ponen por orden de Dios, traen consigo significación de algún particular secreto que la cosa nombrada en sí tiene, y que en esta significación se asemejan a ella; que es la primera de las tres cosas en que, como dijimos, esta semejanza se atiende. Y sea la segunda lo que toca al sonido; esto es, que sea el nombre que se pone de tal cualidad, que cuando se pronunciare suene como suele sonar aquello que significa, o cuando habla, si es cosa que habla, o en algún otro accidente que le acontezca. Y la tercera es la figura, que es la que tienen las letras con que los nombres se escriben, así en el número como en la disposición de sí mismas, y la que cuando las pronunciamos suelen poner en nosotros. Y de estas dos maneras postreras, en la lengua original de los libros divinos y en esos mismos libros hay infinitos ejemplos; porque del sonido, casi no hay palabra de las que significan alguna cosa, que, o se haga con voz o que envíe són alguno de sí, que pronunciada bien, no nos ponga en los oídos o el mismo sonido o algún otro muy semejante de él.

Pues lo que toca a la figura, bien considerado, es cosa maravillosa los secretos y los misterios que hay acerca de esto en las letras divinas. Por-

que en ellas, en algunos nombres se añaden letras, para significar acrecentamiento de buena dicha en aquello que significan; y en otros se quitan algunas de las debidas para hacer demostración de calamidad y pobreza. Algunos, si lo que significan por algún accidente, siendo varón, se ha afeminado y enmollecido (1), ellos también toman letras de las que en aquella lengua son, como si dijésemos, afeminadas y mujerieles. Otros, al revés, significando cosas femeninas de suyo, para dar a entender algún accidente viril, toman letras viriles. En otros mudan las letras su propia figura, y las abiertas se cierran, y las cerradas se abren y mudan el sitio, y se trasponen y disfrazan con visajes y gestos diferentes, y, como dicen del camaleón, se hacen a todos los accidentes de aquellos cuyos son los nombres que constituyen. Y no pongo ejemplos de aquesto porque son cosas menudas, y a los que tienen noticias de aquella lengua, como vos, Juliano y Sabino, la tenéis, notorias mucho; y señaladamente porque pertenecen propiamente a los ojos, y así, para dichas y oídas son cosas oscuras.

Pero, si os parece, valga por todos la figura y cualidad de letras con que se escribe en aquella lengua el nombre propio de Dios, que los hebreos llaman *inefable*, porque no tenían por lícito el traerle comúnmente en la boca, y los griegos le llaman *nombre de cuatro letras*, porque son

(1) Participio pasivo de "enmollecer", ablandar. (Véase Diccionario de la Real Academia.)

tantas las letras de que se compone. Porque, si miramos al sonido con que se pronuncia, todo él es vocal, así como lo es aquel a quien significa, que todo es sér y vida y espíritu sin ninguna mezcla de composición o de materia; y si atendemos a la condición de las letras hebreas con que se escribe, tienen esta condición, que cada una de ellas se puede poner en lugar de las otras, y muchas veces en aquella lengua se ponen; y así, en virtud cada una de ellas, es todas, y todas son cada una; que es como imagen de la sencillez que hay en Dios, por una parte, y de la infinita muchedumbre de perfecciones que por otra tiene; porque todo es una gran perfección, y aquella una es todas sus perfecciones. Tanto, que, si hablamos con propiedad, la perfecta sabiduría de Dios no se diferencia de su justicia infinita; ni su justicia, de su grandeza; ni su grandeza, de su misericordia; y el poder y el saber y el amar, en él todo es uno. Y en cada uno de estos sus bienes, por más que le desviemos y alejemos del otro, están todos juntos, y por cualquiera parte que le miremos, es todo y no parte. Y conforme a esta razón es, como habemos dicho, la condición de las letras que componen su nombre. Y no sólo en la condición de las letras, sino aun, lo que parece maravilloso, en la figura y disposición también le retrata este nombre en una cierta manera.

Y diciendo esto Marcelo, e inclinándose hacia la tierra, en la arena, con una vara delgada y pequeña, formó unas letras como éstas; y dijo luego:

—Porque en las letras caldaicas este santo

nombre siempre se figura así. Lo cual, como veis, es imagen del número de las divinas personas y de la igualdad de ellas y de la unidad que tienen las mismas en una esencia, como estas letras son de una figura y de un nombre. Pero a questo dejémoslo así.

E iba Marcelo a decir otra cosa; mas atravesándose Juliano, dijo de esta manera:

—Antes que paséis, Marcelo, adelante, nos habéis de decir cómo se compadece con lo que hasta ahora habéis dicho, que tenga Dios nombre propio; y desde el principio deseaba pedíroslo, y dejélo por no romperos el hilo. Mas ahora, antes que salgáis de él, nos decid: si el nombre es imagen que sustituye por cuyo es, ¿qué nombre de voz o qué concepto de entendimiento puede llegar a ser imagen de Dios? Y si no puede llegar, ¿en qué manera diremos que es su nombre propio? Y aún hay en esto otra grande dificultad: que si el fin de los nombres es, que por medio de ellos las cosas cuyos son estén en nosotros, como dijisteis, excusada cosa fué darle a Dios nombre, el cual está tan presente a todas las cosas, y tan lanzado, como si dijésemos, en sus entrañas, y tan infundido y tan íntimo como está su sér de ellas mismas.

—Abierto habíais la puerta, Juliano—respondió Marcelo—, para razones grandes y profundas, si no la cerrara lo mucho que hay que decir en lo que Sabino ha propuesto. Y así, no os responderé más de lo que basta para que esos vuestros ñudos queden desatados y sueltos. Y comenzando de lo postrero, digo que es grande verdad que

Dios está presente en nosotros, y tan vecino y tan dentro de nuestro sér como él mismo de sí; porque en él y por él, no sólo nos movemos y respiramos, sino también vivimos y tenemos sér, como lo confiesa y predica San Pablo. Pero así nos está presente, que en esta vida nunca nos es presente.

Quiero decir que está presente y junto con nuestro sér, pero muy lejos de nuestra vista y del conocimiento claro que nuestro entendimiento apetece. Por lo cual convino, o por mejor decir, fué necesario que entretanto que andamos peregrinos de él en estas tierras de lágrimas, ya que no se nos manifiesta ni se junta con nuestra alma su cara, tuviésemos, en lugar de ella, en la boca algún nombre y palabra, y en el entendimiento alguna figura suya, como quiera que ella sea imperfecta y oscura, y, como San Pablo llama, enigmática. Porque, cuando volare de esta cárcel de tierra, en que ahora nuestra alma presa trabaja y afana, como metida en tinieblas, y saliere a lo claro y a lo puro de aquella luz, él mismo, que se junta con nuestro sér ahora, se juntará con nuestro entendimiento entonces; y él por sí y sin medio de otra tercera imagen, estará junto a la vista del alma; y no será entonces su nombre otro que él mismo, en la forma y manera que fuere visto; y cada uno le nombrará con todo lo que viere y conociere de él, esto es, con el mismo él, así y de la misma manera como le conociere.

Y por esto dice San Juan en el libro del *Apocalipsis*, que Dios a los suyos en aquella felicí-

dad, demás de que les enjugará las lágrimas y les borrará de la memoria los duelos pasados, les dará a cada uno una piedrecilla menuda, y en ella un nombre escrito, el cual sólo el que le recibe le conoce. Que no es otra cosa sino el tanto de sí y de su esencia, que comunicará Dios con la vista y entendimiento de cada uno de los bienaventurados; que con ser uno en todos, con cada uno será en diferente grado, y por una forma de sentimiento cierta y singular para cada uno. Y finalmente, este nombre secreto que dice San Juan, y el nombre con que entonces nombraremos a Dios, será todo aquello que entonces en nuestra alma será Dios, el cual, como dice San Pablo, *será en todos todas las cosas*. Así que, en el cielo, donde veremos, no tendremos necesidad para con Dios de otro nombre más que del mismo Dios; mas en esta oscuridad, adonde, con tenerle en casa, no le echamos de ver, esnos forzado ponerle algún nombre. Y no se le pusimos nosotros, sino él por su grande piedad se le puso luego que vió la causa y la necesidad.

En lo cual es cosa digna de considerar el amaestramiento secreto del Espíritu-Santo que siguió el santo Moisés acerca de esto, en el libro de la creación de las cosas. Porque tratando allí la historia de la creación, y habiendo escrito todas las obras de ella, y habiendo nombrado en ellas a Dios muchas veces, hasta que hubo criado al hombre, y Moisés lo escribió, nunca le nombró con este su nombre; como dando a entender que antes de aquel punto no había necesidad de que Dios tuviese nombre, y que nacido el hom-

bre, que le podía entender y no le podría ver en esta vida, era necesario que se nombrase. Y como Dios tenía ordenado de hacerse hombre después, luego que salió a luz el hombre quiso humanarse nombrándose.

Y a lo otro, Juliano, que propusisteis, que siendo Dios un abismo de sér y de perfección infinita, y habiendo de ser el nombre imagen de lo que nombra, cómo se podía entender que una palabra limitada alcanzase a ser imagen de lo que no tiene limitación; algunos dicen que este nombre, como nombre que se le puso Dios a sí mismo, declara todo aquello que Dios entiende de sí, que es el concepto y verbo divino, que dentro de sí engendra entendiéndose; y que esta palabra que nos dijo y que suena en nuestros oídos es señal que nos explica aquella palabra eterna e incomprensible que nace y vive en su seno; así como nosotros con las palabras de la boca declaramos todo lo secreto del corazón. Pero como quiera que aquesto sea, cuando decimos que Dios tiene nombres propios o que aqueste es nombre propio de Dios, no queremos decir que es cabal nombre o nombre que abraza y que nos declara todo aquello que hay en él. Porque uno es el sér propio, y otro es el sér igual o cabal. Para que sea propio, basta que declare, de las cosas que son propias a aquella de quien se dice, alguna de ellas; mas si no las declara todas entera y cabalmente, no será igual. Y así a Dios, si nosotros le ponemos nombre, nunca le pondremos un nombre entero y que le iguale, como tampoco le podemos entender como quien él es entera y per-

fectamente, porque lo que dice la boca es señal de lo que se entiende en el alma. Y así, no es posible que llegue la palabra adonde el entendimiento no llega.

Y porque ya nos vamos acercando a lo propio de nuestro propósito y a lo que Sabino leyó del papel, esta es la causa por qué a Cristo nuestro Señor se le dan muchos nombres; conviene a saber, su mucha grandeza y los tesoros de sus perfecciones riquísimas, y juntamente la muchedumbre de sus oficios y de los demás bienes que nacen de él y se derraman sobre nosotros; los cuales, así como no pueden ser abrazados con una vista del alma, así mucho menos pueden ser nombrados con una palabra sola. Y como el que infunde agua en algún vaso de cuello largo y estrecho, la envía poco a poco y no toda de golpe, así el Espíritu-Santo, que conoce la estrechez y angostura de nuestro entendimiento, no nos representa así toda junta aquella grandeza, sino como en partes nos la ofrece, diciéndonos unas veces algo de ella debajo de un nombre, y debajo de otro nombre otra cosa otras veces. Y así vienen a ser casi innumerables los nombres que la Escritura divina da a Cristo; porque le llama *León*, y *Cordero*, y *Puerta*, y *Camino*, y *Pastor*, y *Sacerdote*, y *Sacrificio*, y *Esposo*, y *Vid*, y *Pimpollo*, y *Rey de Dios*, y *Cara suya*, y *Piedra*, y *Lucero*, y *Oriente*, y *Padre*, y *Príncipe de paz*, y *Salud*, y *Vida*, y *Verdad*; y así otros nombres sin cuento. Pero de aquestos muchos, escogió solos diez el papel, como más substanciales, porque, como en él se dice, los demás todos

se reducen o pueden reducir a estos en cierta manera.

Mas conviene, antes que pasemos delante, que advirtamos primero que, así como Cristo es Dios, así también tiene nombres que por su divinidad le convienen: unos propios de su persona, y otros comunes a toda la Trinidad; pero no habla con estos nombres nuestro papel, ni nosotros ahora tocaremos en ellos, porque aquellos propiamente pertenecen a los nombres de Dios. *Los nombres de Cristo* que decimos ahora son aquellos solos que convienen a Cristo en cuanto hombre, conforme a los ricos tesoros de bien que encierra en sí su naturaleza humana, y conforme a las obras que en ella y por ella Dios ha obrado y siempre obra en nosotros. Y con esto, Sabino, si no se os ofrece otra cosa, proseguid adelante.

Y Sabino leyó luego:

PIMPOLLO

EL primer nombre puesto en castellano se dirá bien PIMPOLLO, que en la lengua original es *cemah*, y el texto latino de la sagrada Escritura unas vces lo traslada diciendo *germen*, y otras diciendo *oriens*. Así le llamó el Espíritu-Santo en el capítulo cuarto del profeta Isaías: "En "aquel día el PIMPOLLO del Señor será en grande "alteza, y el fruto de la tierra muy ensalzado". Y por Jeremías en el capítulo treinta y tres: "Y "haré que nazca a David PIMPOLLO de justicia, "y haré justicia y razón sobre la tierra". Y por

Zacarias en el capítulo tercero, consolando al pueblo judaico, recién salido del cautiverio de Babilonia: "Yo haré, dice, venir a mi siervo el "PIMPOLLO". Y en el capítulo sexto: "Veis un varón cuyo nombre es PIMPOLLO."

Y llegando aquí Sabino, cesó, y Marcelo:

—Sea éste—dijo—el primer nombre, pues la orden del papel nos lo da. Y no carece de razón que sea éste el primero, porque en él, como veremos después, se toca en cierta manera la cualidad y orden del nacimiento de Cristo y de su nueva y maravillosa generación; que en buena orden, cuando de alguno se habla, es lo primero que se suele decir.

Pero antes que digamos qué es ser PIMPOLLO, y qué es lo que significa este nombre, y la razón por que Cristo es así nombrado, conviene que veamos si es verdad que es aqueste nombre de Cristo, y si es verdad que le nombra así la divina Escritura, que será ver si los lugares de ella ahora alegados hablan propiamente de Cristo; porque algunos, o infiel o ignorantemente, nos lo quieren negar.

Pues viniendo al primero, cosa clara es que habla de Cristo, así porque el texto caldaico, que es de grandísima autoridad y antigüedad, en aquel mismo lugar adonde nosotros leemos: *En aquel día será el PIMPOLLO del Señor*, dice él: *En aquel día será el Mesías del Señor*; como también porque no se puede entender aquel lugar de otra alguna manera. Porque lo que algunos dicen del príncipe Zorobabel, y del estado feliz de que gozó debajo de su gobierno el pue-

blo judaico, dando a entender que fué éste el PIMPOLLO del Señor, de quien Isaías dice: *En aquel día el PIMPOLLO del Señor será en grande alteza*, es hablar sin mirar lo que dicen; porque quien leyere lo que las letras sagradas, en los libros de Neemías y Esdras, cuentan del estado de aquel pueblo en aquella sazón, verá mucho trabajo, mucha pobreza, mucha contradicción y ninguna señalada felicidad, ni en lo temporal ni en los bienes del alma, que a la verdad es la felicidad de que Isaías entiende cuando en el lugar alegado dice: *“En aquel día será el PIMPOLLO del Señor en grandeza y en gloria”*.

Y cuando la edad de Zorobabel, y el estado de los judíos en ella hubiera sido feliz, cierto es que no lo fué con el extremo que el profeta aquí muestra; porque ¿qué palabra hay aquí que no haga significación de un bien divino y rarísimo? Dice, *del Señor*, que es palabra que a todo lo que en aquella lengua se añade lo suele subir de quilates. Dice: *gloria*, y *grandeza*, y *magnificencia*, que es todo lo que encareciendo se puede decir. Y porque salgamos enteramente de duda, alarga, como si dijésemos, el dedo el profeta, y señala el tiempo y el día mismo del Señor, y dice de aquesta manera: *“En aquel día”*. Mas ¿qué día? Sin duda ninguno otro sino aquel mismo de quien luego antes de aquesto decía: *En aquel día quitará al redropelo el Señor a las hijas de Sión, el chapín que cruje en los pies, y los garvines de la cabeza, las lunetas y los collares, las ajorcas y los rebozos, las botillas y los calzados altos, las argollas, los apretadores, los sarcillos,*

las sortijas, las colonias, las almalafas, las escarcelas, los volantes, y los espejos; y les trocará el ámbar en hediondez, y la cintura rica en andrajo, y el enrizado en calva pelada, y el precioso vestido en cilicio, y la tez curada en cuero tostado; y tus valientes morirán a cuchillo” (1).

Pues en aquel día mismo, cuando Dios puso por el suelo toda la alteza de Jerusa'én, con las armas de los romanos, que asolaron la ciudad y pusieron a cuchillo sus ciudadanos y los llevaron cautivos; en ese mismo tiempo el fruto y el PIMPOLLO del Señor, descubriéndose y saliendo a luz, subirá a gloria y honra grandísima. Porque en la destrucción que hicieron de Jerusalén los caldeos (si alguno por caso quisiese decir que habla aquí de ella el profeta) no se puede decir con verdad que creció el fruto del Señor, ni que fructificó gloriosamente la tierra al mismo tiempo que la ciudad se perdió. Pues es notorio que en aquella calamidad no hubo alguna parte o alguna mezcla de felicidad señalada, ni en los que fueron cautivos a Babilonia, ni en los que el vencedor caldeo dejó en Judea y en Jerusalén para que labrasen la tierra; porque los unos fueron a servidumbre

(1) *Al redropelo*, a contrapelo; *garvín*, aderezo que usaron las mujeres en la cabeza para adorno, especie de cofia de red de seda; *lunetas*, adorno en figura de media luna, también para la cabeza; *rebozo*, mantilla o toca corta, usada por las mujeres para rebozarse; *apretadores*, cintillo o banda que servía a las mujeres antiguamente para recogerse el pelo y ceñirse la frente; *cotonía*, tela blanca de algodón labrada comúnmente de cordoncillo; *almalafa*, vestidura moruna que cubre el cuerpo desde los hombros hasta los pies. (Dic., Acad. esp., edic. 1914.)

miserable, y los otros quedaron en miedo y en desamparo, como en el libro de Jeremías se lee.

Mas al revés, con aquesta otra caída del pueblo judaico se juntó, como es notorio, la claridad del nombre de Cristo, y cayendo Jerusalén, comenzó a levantarse la Iglesia. Y aquel a quien poco antes los miserables habían condenado y muerto con afrentosa muerte, y cuyo nombre habían procurado oscurecer y hundir, comenzó entonces a enviar rayos de sí por el mundo y a mostrarse vivo y señor, y tan poderoso, que castigando a sus matadores con azote gravísimo, y quitando luego el gobierno de la tierra al demonio, y deshaciendo poco a poco su silla, que es el culto de los ídolos en que la gentilidad le servía, como cuando el sol vence las nubes y las deshace, así él solo y clarísimo relumbró por toda la redondez.

Y lo que he dicho de este lugar, se ve claramente también en el segundo de Jeremías, de sus mismas palabras. Porque decirle a David y prometerle que le nacería o fruto o PIMPOLLO de justicia, era propia señal de que el fruto había de ser Jesucristo; mayormente añadiendo lo que luego se sigue, y es, que este fruto haría justicia y razón sobre la tierra: que es la obra propia suya de Cristo, y uno de los principales fines para que se ordenó su venida, y obra que él sólo y ninguno otro enteramente la hizo. Por donde las más veces que se hace memoria de él en las Escrituras divinas, luego en los mismos lugares se le atribuye esta obra, como obra sola de él y como su propio blasón. Así se ve en el Salmo setenta y

uno, que dice: *Señor, da tu vara al Rey, y el ejercicio de justicia al hijo del Rey, para que juzgue a tu pueblo conforme a justicia y a los pobres según fuero. Los montes altos conservarán paz con el vulgo, y los collados les guardarán ley. Dará su derecho a los pobres del pueblo, y será amparo de los pobrecitos, y hundirá al violento opresor.*

Pues en el tercero lugar de Zacarías, los mismos hebreos lo confiesan, y el texto caldeo que he dicho abiertamente le entiende y le declara de Cristo. Y asimismo entendemos el cuarto testimonio, que es del mismo profeta. Y no nos impide lo que algunos tienen por inconveniente, y por donde se mueven a declararle en diferente manera, que es decir luego que este PIMPOLLO fructificará después o debajo de sí, y que edificará el templo de Dios; pareciéndoles que esto señala abiertamente a Zorobabel, que edificó el templo y fructificó después de sí por muchos siglos a Cristo, verdaderísimo fruto. Así que esto no impide, antes favorece y esfuerza más nuestro intento. Porque el fructificar debajo de sí, o, como dice el original en su rigor, acerca de sí, es tan propio de Cristo, que de ninguno lo es más. ¿Por ventura no dice él de sí mismo: *Yo soy vid y vosotros sarmientos?* Y en el Salmo que ahora decía, en el cual todo lo que se dice son propiedades de Cristo, ¿no se dice también: *Y en sus días fructificarán los justos?* O, si queremos confesar la verdad, ¿quién jamás en los hombres perdidos engendró hombres santos y justos, o qué fruto jamás se vió que fuese más fructuoso

que Cristo? Pues esto mismo, sin duda, es lo que aquí nos dice el profeta; el cual, porque le puso a Cristo nombre de fruto, y porque dijo, señalándole como a singular fruto: *Veis aquí un varón que es fruto su nombre*; porque no se pensase que se acababa su fruto en él, y que era fruto para sí, y no árbol para dar de sí fruta, añadió luego diciendo: *Y fructificará acerca de sí*; como si con más palabras dijera: Y es fruto que dará mucho fruto, porque a la redonda de él, esto es, en él y de él, por todo cuanto se extiende la tierra, nacerán nobles y divinos frutos sin cuento, y aqúeste PIMPOLLO enriquecerá el mundo con pimpollos no vistos.

De manera que este es uno de los nombres de Cristo, y, según nuestro orden, el primero de ellos, sin que en ello pueda haber duda ni pleito. Y son como vecinos y deudos suyos otros algunos nombres que también se ponen a Cristo en la santa Escritura; los cuales, aunque en el sonido son diferentes, pero bien mirados, todos se reducen a un intento mismo y convienen en una misma razón; porque si en el capítulo treinta y cuatro de Ezequiel es llamado *planta nombrada*, y si Isaiás en el capítulo once, le llama unas veces *rama*, y otra, *flor*, y en el capítulo cincuenta y tres, *tallo* y *raíz*, todo es decirnos lo que el nombre de PIMPOLLO o de fruto nos dice. Lo cual será bien que declaremos ya; pues lo primero, que pertenece a que Cristo se llama así, está suficientemente probado, si no se os ofrece otra cosa.

—Ninguna—dijo al punto Juliano—, antes ha

rato ya que el nombre y esperanza de este fruto ha despertado en nuestro gusto golosina de él.

—Merecedor es de cualquier golosina y deseo—respondió Marcelo—; porque es dulcísimo fruto, y no menos provechoso que dulce, si ya no le menoscaba la pobreza de mi lengua e ingenio. Pero idme respondiendo, Sabino; que lo quiero haber ahora con vos. Esta hermosura del cielo y mundo que vemos, y la otra mayor que entendemos, y que nos esconde el mundo invisible, ¿fué siempre como es ahora, o hizose ella a sí misma, o Dios la sacó a luz y la hizo?

—Averiguado es—dijo Sabino—que Dios crió el mundo con todo lo que hay en él, sin presuponer para ello alguna materia, sino sólo con la fuerza de su infinito poder; con que hizo, donde no había ninguna cosa, salir a luz esta beldad que decís. Mas ¿qué duda hay en esto?

—Ninguna hay—replicó prosiguiendo Marcelo—; mas decidme más adelante: ¿nació esto de Dios, no advirtiendo Dios en ello, sino como por alguna natural consecuencia, o hízolo Dios porque quiso y fué su voluntad libre de hacerlo?

—También es averiguado—respondió luego Sabino—que lo hizo con propósito y libertad.

—Bien decís—dijo Marcelo—; y pues conocéis eso, también conoceréis que pretendió Dios en ello algún grande fin.

—Sin duda grande—respondió Sabino—, porque siempre que se obra con juicio y libertad es a fin de algo que se pretende.

—¿Pretendería de esa manera—dijo Marcelo—,

Dios en esta su obra algún interés y acrecentamiento suyo?

—En ninguna manera—respondió Sabino.

—¿Por qué?—dijo Marcelo.

Y Sabino respondió:

—Porque Dios, que tiene en sí todo el bien, en ninguna cosa que haga fuera de sí puede querer ni esperar para sí algún acrecentamiento o mejoría.

—Por manera—dijo Marcelo—que Dios, porque es bien infinito y perfecto, en hacer el mundo no pretendió recibir bien alguno de él; y pretendió algún fin, como está dicho. Luego si no pretendió recibir, sin ninguna duda pretendió dar; y si no lo crió para añadirse a sí algo, criólo sin ninguna duda para comunicarse él a sí, y para repartir en sus criaturas sus bienes. Y cierto este sólo es fin digno de la grandeza de Dios, y propio de quien por su naturaleza es la misma bondad; porque a lo bueno su propia inclinación le lleva al bien hacer, y cuanto es más bueno uno, tanto se inclina más a esto. Pero si el intento de Dios en la creación y edificio del mundo fué hacer bien a lo que criaba, repartiendo en ello sus bienes, ¿qué bienes o qué comunicación de ellos fué aquella, a quien como a blanco enderezó Dios todo el oficio de esta obra suya?

—No otros—respondió Sabino—sino esos mismos que dió a las criaturas, así a cada una en particular como a todas juntas en general.

—Bien decís—dijo Marcelo—, aunque no habéis respondido a lo que os pregunto.

—¿En qué manera?—respondió.

—Porque—dijo Marcelo—como aquesos bienes tengan sus grados, y como sean unos de otros de diferentes quilates, lo que pregunto es: ¿a qué bien, o a qué grado de bien entre todos, enderezó Dios todo su intento principalmente?

—¿Qué grados—respondió Sabino—son esos?

—Muchos son—dijo Marcelo—en sus partes, mas la escuela los suele reducir a tres géneros: a naturaleza, y a gracia, y a unión personal. A la naturaleza pertenecen los bienes con que se nace, a la gracia pertenecen aquellos que después de nacidos nos añade Dios; el bien de la unión personal es haber juntado Dios en Jesucristo su persona con nuestra naturaleza. Entre los cuales bienes es muy grande la diferencia que hay.

Porque lo primero, aunque todo el bien que vive y luce en la criatura es bien que puso en ella Dios, pero puso en ella Dios unos bienes para que le fuesen propios y naturales, que es todo aquello en que consiste su sér y lo que de ello se sigue; y éstos decimos que son bienes de naturaleza, porque los plantó Dios en ella y se nace con ellos, como es el sér y la vida y el entendimiento, y lo demás semejante. Otros bienes no los plantó Dios en lo natural de la criatura ni en la virtud de sus naturales principios para que de ellos naciesen, sino sobrepúsolos él por sí sólo a lo natural, y así, no son bienes fijos ni arraigados en la naturaleza, como los primeros, sino movedizos bienes, como son la gracia y la caridad y los demás dones de Dios; y aquestos llamamos bienes sobrenaturales de gracia. Lo segundo, dado, como es verdad, que todo este bien comunicado

es una semejanza de Dios, porque es hechura de Dios, y Dios no puede hacer cosa que no le remede, porque en cuanto hace se tiene por dechado a sí mismo; mas aunque esto es así, todavía es muy grande la diferencia que hay en la manera de remedarle. Porque en lo natural remedan las criaturas el sér de Dios, mas en los bienes de gracia remedan el sér y la condición y el estilo, y, como si dijésemos, la vivienda y bienandanza suya; y así, se acercan y juntan más a Dios por esta parte las criaturas que la tienen, cuanto es mayor esta semejanza que la semejanza primera; pero en la unión personal no remedan ni se parecen a Dios las criaturas, sino vienen a ser el mismo Dios porque se juntan con él en una misma persona.

Aquí Juliano, atravesándose, dijo:

—¿Las criaturas todas se juntan en una persona con Dios?

Respondió Marcelo riendo:

—Hasta ahora no trataba del número, sino trataba del cómo; quiero decir, que no contaba quiénes y cuántas criaturas se juntan con Dios en estas maneras, sino contaba la manera cómo se juntan y le remedan, que es, o por naturaleza o por gracia o por unión de persona; que cuanto al número de los que se le ayuntan, clara cosa es que en los bienes de naturaleza todas las criaturas se acercan a Dios, y solas, y no todas, las que tienen entendimiento en los bienes de gracia; y en la unión personal sola la humanidad de nuestro redentor Jesucristo. Pero aunque con sola aquesta humana naturaleza se haga la unión per-

sonal propiamente, en cierta manera también, en juntarse Dios con ella, es visto juntarse con todas las criaturas, por causa de ser el hombre como un medio entre lo espiritual y lo corporal, que contiene y abraza en sí lo uno y lo otro. Y por ser, como dijeron antiguamente, un menor mundo o un mundo abreviado.

—Esperando estoy—dijo Sabino entonces—a qué fin se ordena aqueste vuestro discurso.

—Bien cerca estamos ya de ello—respondió Marcelo—; porque preguntóos: si el fin por que crió Dios todas las cosas fué solamente por comunicarse con ellas, y si esta dádiva y comunicación acontece en diferentes maneras, como hemos ya visto; y si unas de estas maneras son más perfectas que otras, ¿no os parece que pide la misma razón que un tan grande artífice, y en una obra tan grande, tuviese por fin de toda ella hacer en ella la mayor y más perfecta comunicación de sí que pudiese?

—Así parece—dijo Sabino.

—Y la mayor—dijo siguiendo Marcelo—, así de las hechas como de las que se pueden hacer, es la unión personal que se hizo entre el Verbo divino y la naturaleza humana de Cristo, que fué hacerse con el hombre una misma persona.

—No hay duda—respondió Sabino—sino que es la mayor.

—Luego—añadió Marcelo—necesariamente se sigue que Dios, a fin de hacer esta unión bienaventurada y maravillosa, crió todo cuanto se parece y se esconde; que es decir que el fin para que fué fabricada toda la variedad y belleza del mun-

do fué por sacar a luz este compuesto de Dios y hombre, o por mejor decir, este juntamente Dios y hombre, que es Jesucristo.

—Necesariamente se sigue—respondió Sabino.

—Pues—dijo entonces Marcelo—esto es ser Cristo fruto; y darle la Escritura este nombre a él, es darnos a entender a nosotros que Cristo es el fin de las cosas, y aquél para cuyo nacimiento feliz fueron todas criadas y enderezadas. Porque así como en el árbol la raíz no se hizo para sí, ni menos el tronco, que nace y se sustenta sobre ella, sino lo uno y lo otro juntamente con las ramas y la flor y la hoja, y todo lo demás que el árbol produce, se ordena y endereza para el fruto que de él sale, que es el fin y como remate suyo; así por la misma manera, estos cielos extendidos que vemos, y las estrellas que en ellos dan resplandor, y entre todas ellas esta fuente de claridad y de luz, que todo lo alumbrá, redonda y bellísima; la tierra pintada con flores y las aguas pobladas de peces; los animales y los hombres, y este universo todo, cuan grande y cuan hermoso es, lo hizo Dios para fin de hacer hombre a su Hijo, y para producir a luz este único y divino fruto que es Cristo, que con verdad le podemos llamar el parto común y general de todas las cosas.

Y así como el fruto, para cuyo nacimiento se hizo en el árbol la firmeza del tronco y la hermosura de la flor, y el verdor y frescor de las hojas, nacido, contiene en sí y en su virtud todo aquello que para él se ordenaba en el árbol, o por mejor decir, al árbol todo contiene; así también Cristo, para cuyo nacimiento crió primero

Dios las raíces firmes y hondas de los elementos y levantó sobre ellas después esta grandeza del mundo con tanta variedad, como si dijésemos, de ramas y hojas, lo contiene todo en sí, y lo abarca y se resume en él y, como dice San Pablo, se recapitula todo lo no criado y criado, lo humano y lo divino, lo natural y lo gracioso. Y como de ser Cristo llamado fruto por excelencia, entendemos que todo lo criado se ordenó para él; así también de esto mismo ordenado, podemos, rastreando, entender el valor inestimable que hay en el fruto para quien tan grandes cosas se ordenan. Y de la grandeza y hermosura y cualidad de los medios, argüiremos la excelencia sin medida del fin.

Porque si cualquiera que entra en algún palacio o casa real rica y suntuosa, y ve primero la fortaleza y firmeza del muro ancho y torreado, y las muchas órdenes de las ventanas labradas, y las galerías y los chapiteles que deslumbran la vista y luego la entrada alta y adornada con ricas labores, y después los zaguanes y patios grandes y diferentes, y las columnas de mármol, y las largas salas y las recámaras ricas, y la diversidad y muchedumbre y orden de los aposentos, hermoseados todos con peregrinas y escogidas pinturas y con el jaspe y el pórfido, y el marfil y el oro que luce por los suelos y paredes y techos; y ve juntamente con esto la muchedumbre de los que sirven de él, y la disposición y rico aderezo de sus personas, y el orden que cada uno guarda en su ministerio y servicio, y el concierto que todos conservan entre sí; y oye también los menestri-

les (1) y dulzura de música; y mira la hermosura y regalo de los lechos, y la riqueza de los aparadores que no tienen precio; luego conoce que es incomparablemente mejor y mayor aquél para cuyo servicio todo aquello se ordena; así debemos nosotros también entender que si es hermosa y admirable esta vista de la tierra y del cielo, es sin ningún término muy más hermoso y maravilloso aquel por cuyo fin se crió.

Y que si es grandísima, como sin ninguna duda lo es, la majestad de este templo universal, que llamamos mundo nosotros, Cristo, para cuyo nacimiento se ordenó desde su principio, y a cuyo servicio se sujetará todo después, y a quien ahora sirve y obedece, y obedecerá para siempre, es incomparablemente grandísimo, gloriosísimo, perfectísimo, más mucho de lo que ninguno puede ni encarecer ni entender. Y, finalmente, que es tal, cual inspirado y alentado por el Espíritu-Santo, San Pablo dice escribiendo a los colosenses: *Es imagen de Dios invisible, y el engendrado primero que todas las criaturas. Porque para él se fabricaron todas, así en el cielo como en la tierra, las visibles y las invisibles; así, digamos, los tronos como las dominaciones, como los principados y potentados, todo por él y para él fué criado; y él es el adelantado entre todos, y todas las cosas tienen sér por él. Y él también, del cuerpo de la Iglesia es la cabeza; y él mismo es el principio y el primogénito de los muertos,*

(1) *Menestriles* o ministriles se llamaba a los que tocaban instrumentos de viento.

para que en todo tenga las primicias. Porque le plugo al Padre y tuvo por bien que se aposentase en él todo lo sumo y cumplido.

Por manera que Cristo es llamado *fruto* porque es el fruto del mundo, esto es, porque es el fruto para cuya producción se ordenó y fabricó todo el mundo. Y así Isaías, deseando su nacimiento, y sabiendo que los cielos y la naturaleza toda vivía y tenía sér principalmente para este parto, a toda ella se le pide diciendo: *Derramad rocío, cielos, desde vuestras alturas; y vosotras, nubes, lloviendo enriadnos al Justo; y la tierra se abra, y produzca y brote al Salvador.*

Y no solamente por aquesta razón que hemos dicho Cristo se llama fruto, sino también porque todo aquello que es verdadero fruto en los hombres, digo fruto que merezca parecer ante Dios y ponerse en el cielo, no sólo nace en ellos por virtud de este fruto, que es Jesucristo, sino en cierta manera también es el mismo Jesús. Porque la justicia y santidad que derrama en los ánimos de sus fieles, así ella como los demás bienes y santas obras que nacen de ella, y que naciendo de ella después la acrecientan, no son sino como una imagen y retrato vivo de Jesucristo; y tan vivo, que es llamado Cristo en las letras sagradas, como parece en los lugares adonde nos amonesta San Pablo, que nos vistamos de Jesucristo; porque el vivir justa y santamente es imagen de Cristo. Y así por esto, como por el espíritu suyo, que comunica Cristo e infunde en los buenos, cada uno de ellos se llama Cristo, y todos ellos juntos, en la forma ya dicha, hacen un mismo Cristo.

Así lo testificó San Pablo, diciendo: *Todos los que en Cristo os habéis bautizado, os habéis vestido de Jesucristo; que allí no hay judío ni gentil, ni libre ni esclavo, ni hembra ni varón, porque todos sois uno en Jesucristo.* Y en otra parte: *Hijos míos, que os engendro otra vez, hasta que Cristo se forme en vosotros.* Y amonestando a los romanos a las buenas obras, les dice y escribe: *Desechemos, pues, las obras oscuras y vistamos armas de luz, y como quien anda de día, andemos vestidos y honestos. No en convites y embriagueces, no en desordenado sueño y en deshonestas torpezas, ni menos en competencias y envidias; sino vestíos del Señor Jesucristo.* Y que todos estos Cristos son un Cristo solo, dícelo él mismo a los corintios por estas palabras: *Como un cuerpo tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo, así también Cristo.*

Donde, como advierte San Agustín, no dijo concluyendo la semejanza, así es Cristo y sus miembros, sino *así es Cristo*; para nos enseñar que Cristo, nuestra cabeza, está en sus miembros, y que los miembros y la cabeza son un solo Cristo, como por ventura diremos más largamente después. Y lo que decimos ahora, y lo que de todo lo dicho resulta, es conocer cuán merecidamente Cristo se llama *fruto*; pues todo el fruto bueno y de valor que mora y fructifica en los hombres es Cristo y de Cristo, en cuanto nace de el y en cuanto le parece y remeda, así como es dicho. Y pues habemos platicado ya lo que basta acerca de aquesto, proseguid, Sabino, en vuestro papel.

—Deteneos—dijo Juliano alargando contra Sabino la mano—, que si olvidado no estoy, os falta, Marcelo, por descubrir lo que al principio nos propusisteis, de lo que toca a la nueva y maravillosa concepción de Cristo, que, como dijisteis, este nombre significa.

—Es verdad, e hicisteis muy bien, Juliano, en ayudar mi memoria—respondió al punto Marcelo—, y lo que pedis es aquesto. Este nombre que unas veces llamamos PIMPOLLO y otras veces llamamos *Fruto*, en la palabra original no es fruto como quiera, sino es propiamente el fruto que nace de suyo sin cultura ni industria. En lo cual al propósito de Jesucristo, a quien ahora se aplica, se nos demuestran dos cosas. La una, que no hubo ni saber ni valor ni merecimiento ni industria en el mundo, que mereciese de Dios que se hiciese hombre, esto es, que produjese este fruto; la otra, que en el vientre purísimo y santísimo de donde aqueste fruto nació, anduvo solamente la virtud y obra de Dios, sin ayuntarse varón.

Mostró, como oyó esto, moverse de su asiento un poco Juliano; y como acostándose hacia Marcelo, y mirándole con alegre rostro, le dijo:

—Ahora me place más el haberos, Marcelo, acordado lo que olvidabais; porque me deleita mucho entender que el artículo de la limpieza y entereza virginal de nuestra común madre y señora, está significado en las letras y profecías antiguas. Y la razón lo pedía. Porque adonde se dijeron y escribieron, tantos años antes que fuesen, otras cosas menores, no era posible que se callase un misterio tan grande. Y si se os ofrecen algunos otros

lugares que pertenezcan a esto, que sí se ofrecieran, mucho holgaría que los dijeseis, si no recibís pesadumbre.

—Ninguna cosa—respondió Marcelo—me puede ser menos pesada que decir algo que pertenezca al loor de mi única abogada y señora, que aunque lo es generalmente de todos, mas atrévome yo a llamarla mía en particular, porque desde mi niñez me ofrecí todo a su amparo. Y no os engañáis nada, Juliano, en pensar que los libros y letras del Testamento Viejo no pasaron callando por una extrañeza tan nueva, y señaladamente tocando a personas tan importantes. Porque, ciertamente, en muchas partes la dicen con palabras para la fe muy claras, aunque algo oscuras para los corazones a quien la infidelidad ciega conforme a como se dicen otras muchas cosas de las que pertenecen a Cristo, que, como San Pablo dice, es misterio escondido; el cual quiso Dios decirle y esconderle por justísimos fines, y uno de ellos fué, para castigar así con la ceguedad y con la ignorancia de cosas tan necesarias, a aquel pueblo ingrato por sus enormes pecados.

Pues viniendo a lo que pedís, clarísimo testimonio es, a mi juicio, para aqueste propósito aquello de Isaías que poco antes decíamos: *Derramad, cielos, rocío, y lluevan las nubes al Justo*. Adonde, aunque, como veis, va hablando del nacimiento de Cristo como de una planta que nace en el campo, empero no hace mención ni de arado ni de azada ni de agricultura; sino solamente de cielo y de nubes y de tierra, a los cuales atribuye todo su nacimiento. Y a la verdad, el que cotejare aquestas

palabras que aquí dice Isaías con las que acerca de esta misma razón dijo a la benditísima Virgen el arcángel Gabriel, verá que son casi las mismas, sin haber entre ellas más diferencia de que lo que dijo el arcángel con palabras propias, porque trataba de negocio presente, Isaías lo significó con palabras figuradas y metafóricas, conforme al estilo de los profetas. Allí dijo el Angel: *El Espíritu-Santo vendrá sobre ti*; aquí dice Isaías: *Enviaréis, cielos, vuestro rocío*. Allí dice que la virtud del alto le hará sombra; aquí pide que se extiendan las nubes. Allí: *Y lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios*; aquí: *Abrase la tierra y produzca al Salvador*. Y sácanos de toda duda lo que luego añade, diciendo: *Y la justicia florecerá juntamente, y yo el Señor le crié*. Porque no dice: *y yo el Señor la crié*, conviene saber, a la justicia, de quien dijo que había de florecer juntamente: sino, *yo le crié*, conviene saber, al Salvador, esto es, a Jesús, porque Jesús es el nombre que el original allí pone. Y dice, *yo le crié*, y atribúyese a sí la creación y nacimiento de esta bienaventurada salud, y préciase de ella como de hecho singular y admirable, y dice: *Yo, yo*; como si dijese: *Yo solo, y no otro conmigo*.

Y también no es poco eficaz, para la prueba de esta misma verdad, la manera como habla de Cristo, en el capítulo cuarto de su escritura, aqueste mismo profeta, cuando usando de la misma figura de plantas y frutos y cosas del campo, no señala para su nacimiento otras causas más de a Dios y a la tierra, que es a la Virgen y al Espíritu-Santo. Porque, como ya vimos, dice: *En aquel día será el*

PIMPOLLO de Dios magnífico y glorioso, y el fruto de la tierra subirá a grandísima alteza. Pero entre otros, para este propósito, hay un lugar singular en el salmo ciento nueve, aunque algo oscuro según la letra latina, mas según la original manifiesto y muy claro, en tanto grado, que los doctores antiguos que florecieron antes de la venida de Jesucristo conocieron de allí, y así lo escribieron, que la Madre del Mesias había de concebir virgen por virtud de Dios y sin obra de varón. Porque vuelto el lugar que digo a la letra, dice de esta manera: *En resplandores de santidad del vientre, y de la aurora, contigo el rocío de tu nacimiento.* En las cuales palabras, y no por una de ellas, sino casi por todas, se dice y se descubre aqueste misterio que digo. Porque lo primero, cierto es que habla en este salmo con Cristo el profeta. Y lo segundo, también es manifiesto que habla en este verso de su concepción y nacimiento; y las palabras *vientre* y *nacimiento*, que según la propiedad original también se puede llamar *generación*, lo demuestran abiertamente.

Mas que Dios sólo, sin ministerio de hombre, haya sido el hacedor de esta divina y nueva obra en el virginal y purísimo vientre de nuestra Señora, lo primero se ve en aquellas palabras: *En resplandores de santidad.* Que es como decir que había de ser concebido Cristo, no en ardores deshonestos de carne y de sangre, sino en resplandores santos del cielo; no con torpeza de sensualidad, sino con hermosura de santidad y de espíritu. Y demás de esto, lo que luego se sigue de *aurora* y de *rocío*, por galana manera declara lo mismo.

Porque es una comparación encubierta, que si la descubrimos sonará así: en el vientre, conviene a saber, de tu madre, serás engendrado como en la aurora; esto es, como lo que en aquella sazón de tiempo se engendra en el campo con sólo el rocío, que entonces descende del cielo, y no con riego ni con sudor humano. Y últimamente, para decirlo del todo, añadió: *Contigo el rocío de tu nacimiento*, que porque había comparado a la aurora el vientre de la madre, y porque en la aurora cae el rocío con que se fecunda la tierra, prosiguiendo en su semejanza, a la virtud de la generación llamóla rocío también.

Y a la verdad, así es llamada en las divinas letras en otros muchos lugares, esta virtud vivífica y generativa con que engendró Dios al principio el cuerpo de Cristo, y con que después de muerto le reengendró y resucitó, y con que en la común resurrección tornará a la vida nuestros cuerpos deshechos, como en el capítulo veinte y seis de Isaías se ve. Pues dice a Cristo David que este rocío y virtud que formó su cuerpo y le dió vida en las virginales entrañas, no se la prestó otro, ni la puso en aquel santo vientre alguno que viniese de fuera; sino que él mismo la tuvo de su cosecha y la trajo consigo. Porque cierto es que el Verbo divino, que se hizo hombre en el sagrado vientre de la santa Virgen, él mismo formó allí el cuerpo y la naturaleza de hombre de que se vistió. Y así para que entendiésemos esto, David dice bien que tuvo Cristo consigo el rocío de su nacimiento. Y aun así como decimos nacimiento en este lugar,

podemos también decir niñez, que aunque viene a decir lo mismo que nacimiento, todavía es palabra que señala más el sér nuevo y corporal que tomó Cristo en la Virgen; en el cual fué niño primero, y después mancebo, y después perfecto varón; porque en el otro nacimiento eterno que tiene de Dios, siempre nació Dios eterno y perfecto, e igual con su Padre.

Muchas otras cosas pudiera alegar a propósito de aquesta verdad; mas porque no falte tiempo para lo demás que nos resta, baste por todas, y con esta concluyo, la que en el capítulo cincuenta y tres dice de Cristo Isaías: *Subirá creciendo como PIMPOLLO delante de Dios, y como raíz o arbolico nacido en tierra seca.* Porque si va a decir la verdad, para decirlo como suele hacer el profeta, con palabras figuradas y oscuras, no pudo decirlo con palabras que fuesen más claras que éstas. Llama a Cristo *arbolico*, y porque le llama así, siguiendo el mismo hilo y figura, a su santísima Madre llámala tierra conforme a razón; y habiéndola llamado así, para decir que concibió sin varón, no había una palabra que mejor ni con más significación lo dijese, que era decir que fué *tierra seca*. Pero, si os parece, Juliano, prosiga ya Sabino adelante—Prosiga—respondió Juliano.

Y Sabino leyó:

FACES DE DIOS

TAMBIÉN es llamado Cristo FACES DE DIOS como parece en el Salmo ochenta y ocho, que dice: “La misericordia y la verdad precederán tus FACES.” Y dícelo, porque con Cristo nació la verdad y la justicia y la misericordia, como lo testifica Isaias, diciendo: “Y la justicia nacerá con él juntamente.” Y también el mismo David, cuando en el salmo ochenta y cuatro, que es todo del advenimiento de Cristo, dice: “La misericordia y la verdad se encontraron. La justicia y la paz se dieron paz. La verdad nació de la tierra y la justicia miró desde el cielo. El Señor por su parte fué liberal, y la tierra por la suya respondió con buen fruto. La justicia va delante de él y pone en el camino sus pisadas.” Item, dásele a Cristo este mismo nombre en el salmo noventa y cuatro, adonde David, convidando a los hombres para el recibimiento de la buena nueva del Evangelio, les dice: “Ganemos por la mano a su FAZ en confesión y loor.” Y más claro en el salmo setenta y nueve: “Conviértenos, dice, Dios de nuestra salud; muéstranos tus FACES y seremos salvos.” Y asimismo Isaias en el capítulo sesenta y cuatro le da este nombre, diciendo: “Descendiste; y delante de tus FACES se derritieron los montes.” Porque claramente habla allí de la venida de Cristo, como en él se parece.

—Demás de estos lugares que ha leído Sabino— dijo entonces Marcelo—, hay otro muy señalado

que no le puso el papel, y merece ser referido. Pero antes que diga de él, quiero decir que en el salmo setenta y nueve, aquellas palabras que se acaban ahora de leer: *Conviértenos, Dios de nuestra salud*, se repiten en él tres veces, en el principio y en el medio y en el fin del salmo, lo cual no carece de misterio, y a mi parecer se hizo por una de dos razones. De las cuales la una es, para hacernos saber que hasta acabar Dios y perfeccionar del todo al hombre, pone en él sus manos tres veces: una criándole del polvo y llevándole del no sér al sér que le dió en el paraíso; otra reparándole después de estragado, haciéndose él para este fin hombre también; y la tercera resucitándole después de muerto, para no morir ni mudarse jamás. En señal de lo cual, en el libro del *Génesis*, en la historia de la creación de hombre, se repite tres veces esta palabra *criar*. Porque dice de esta manera: *Y crió Dios al hombre a su imagen y semejanza, a la imagen de Dios le crió; criólos hem-
bra y varón.*

Y la segunda razón, y lo que por más cierto tengo, es, que en este salmo de que hablamos pide el profeta a Dios en tres lugares que convierta su pueblo a sí y le descubra sus FACES, que es a Cristo, como hemos ya dicho; porque son tres veces las que señaladamente el Verbo divino se mostró y mostrará al mundo, y señaladamente a los del pueblo judaico, para darles luz y salud. Porque lo primero se les mostró en el monte, adonde les dió ley y les notificó su amor y voluntad; y cercado y como vestido de fuego y de otras señales visibles, les habló sensiblemente, de manera que le

oyó hablar todo el pueblo; y comenzó a humanarse con ellos entonces, como quien tenía determinado de hacerse hombre de ellos y entre ellos después, como lo hizo. Y este fué el aparecimiento segundo, cuando nació rodeado de nuestra carne y conversó con nosotros, y viviendo y muriendo negoció nuestro bien. El tercero será cuando en el fin de los siglos tornará a venir otra vez para entera salud de su Iglesia. Y aun, si yo no me engaño, estas tres venidas del Verbo, una en apariencias y voces sensibles, otras dos hecho ya verdadero hombre, significó y señaló el mismo Verbo en la zarza, cuando Moisés le pidió señas de quién era, y él, para dárselas, le dijo así: *El que seré, seré, seré*, repitiendo esta palabra de tiempo futuro tres veces, y como diciéndoles: Yo soy el que prometí a vuestros padres venir ahora para libraros de Egipto, y nacer después entre vosotros para redimiros del pecado, y tornar últimamente en la misma forma de hombre para destruir la muerte y perfeccionaros del todo. Soy el que seré vuestra guía en el desierto, y el que seré vuestra salud hecho hombre, y el que seré vuestra entera gloria, hecho juez.

Aquí Juliano, atravesándose, dijo:

—No dice el texto *seré*, sino *soy*, de tiempo presente: porque, aunque la palabra original en el sonido sea *seré*, mas en la significación es *soy*, según la propiedad de aquella lengua.

—Es verdad—respondió Marcelo—que en aquella lengua las palabras apropiadas al tiempo futuro se ponen algunas veces por el presente, y en aquel lugar podemos muy bien entender que se pusie-

ron así, como lo entendieron primero San Jerónimo y los intérpretes griegos. Pero lo que digo ahora es, que sin sacar de sus términos a aquellas palabras, sino tomándolas en su primer sonido y significación, nos declaran el misterio que he dicho. Y es misterio que, para el propósito de lo que entonces Moisés quería saber, convenía mucho que se dijese.

Porque, yo os pregunto, Juliano: ¿no es cosa cierta que comunicó Dios con Abraham este secreto, que se había de hacer hombre y nacer de su linaje de él?

—Cosa cierta es—respondió—y así lo testificó él mismo en el Evangelio, diciendo: *Abraham deseó ver mi día, vióle y gozóse.*

—Pues ¿no es cierto también—prosiguió Marcelo—que este mismo misterio lo tuvo Dios escondido hasta que lo obró, no sólo de los demonios, sino aun de muchos de los ángeles?

—Así se entiende—respondió Juliano—de lo que escribe San Pablo.

—Por manera—dijo Marcelo—que era caso secreto aquéste, y cosa que pasaba entre Dios y Abraham y algunos de sus sucesores, conviene saber, los sucesores principales y las cabezas del linaje; con los cuales, de uno y otro y como de mano en mano, se había comunicado este hecho y promesa de Dios.

—Así—respondió Juliano—parece.

—Pues siendo así—añadió Marcelo—y siendo también manifiesto que Moisés, en el lugar de que hablamos, cuando dijo a Dios: *Yo, Señor, iré como me lo mandas, a los hijos de Israel, y les*

diré: El Dios de vuestros padres me envía a vosotros; mas si me preguntaren cómo se llama ese Dios, ¿qué les responderé? Así que, siendo manifiesto que Moisés, por estas palabras que he referido, pidió a Dios alguna señal cierta de sí, por la cual, así el mismo Moisés como los principales del pueblo de Israel, a quien había de ir con aquella embajada, quedasen saneados que era su verdadero Dios el que le había aparecido y le enviaba, y no algún otro espíritu falso y engañoso. Por manera que pidiendo Moisés a Dios una señal como ésta, y dándose la Dios en aquellas palabras, diciéndole: *Diles: El que seré, seré, seré, me envía a vosotros;* la razón misma nos obliga a entender que lo que Dios dice por estas palabras era cosa secreta y encubierta a cualquier otro espíritu, y señal que sólo Dios y aquellos a quien se había de decir la sabían: y que era como la *tésera* (1) militar, o lo que en la guerra decimos dar nombre, que está secreto entre solos el capitán y los soldados que hacen cuerpo de guardia. Y por la misma razón se concluye que lo que Dios dijo a Moisés en estas palabras, es el misterio que he dicho: porque este solo misterio era el que sabían solamente Dios y Abraham y sus sucesores, y el que solamente entre ellos estaba secreto. Que lo demás que entienden algunos haber significado y declarado Dios de sí a Moisés en este lugar, que es su perfección infinita, y ser

(1) Era una tableta para escribir en ella, y servía de contraseña de la milicia, como el *santo y señal* que actualmente se emplea.

el el mismo ser por esencia, notorio era, no solamente a los ángeles, pero también a los demonios; y aun a los hombres sabios y doctos es manifiesto que Dios es sér por esencia y que es sér infinito, porque es cosa que con la luz natural se conoce. Y así, cualquier otro espíritu que quisiera engañar a Moisés y vendérsele por su Dios verdadero, lo pudiera, mintiendo, decir de sí mismo; y no tuviera Moisés, con oír esta seña, ni para salir de duda bastante razón, ni cierta señal para sacar de ella a los principes de su pueblo a quien iba.

Mas el lugar que dije al principio, del cual el papel se olvidó, es lo que en el capítulo sexto del libro de los *Números* mandó Dios al sacerdote que dijese sobre el pueblo cuando le bendijese, que es esto: *Descubra Dios sus faces a ti y haya piedad de ti. Vuelva Dios sus faces a ti y déte paz.* Porque no podemos dudar sino que Cristo y su nacimiento entre nosotros, son estas *faces* que el sacerdote pedía en este lugar a Dios que descubriese a su pueblo; como Teodoreto y como San Cirilo lo afirman, doctores santos y antiguos. Y demás de su testimonio, que es de grande autoridad, se convence lo mismo de que en el salmo sesenta y seis en el cual, según todos lo confiesan, David pide a Dios que envíe al mundo a Jesucristo comienza el Profeta con las palabras de aquesta bendición y casi la señala con el dedo y la declara, y no le falta sino decir a Dios claramente: La bendición que por orden tuya echa sobre el pueblo el sacerdote, eso, Señor, es lo que te suplico; y te pido que nos descubras ya

a tu Hijo y Salvador nuestro, conforme a como la voz pública de tu pueblo lo pide. Porque dice de esta manera: *Dios haya piedad de nosotros y nos bendiga. Descubra sobre nosotros sus FACES y haya piedad de nosotros.*

Y en el libro del *Eclesiástico*, después de haber el Sabio pedido a Dios con muchas y muy ardientes palabras la salud de su pueblo, y el quebrantamiento de la soberbia y pecado, y la libertad de los humildes opresos, y el allegamiento de los buenos esparcidos, y su venganza y honra, y su deseado juicio, con la manifestación de su ensalzamiento sobre todas las naciones del mundo, que es puntualmente pedirle a Dios la primera y la segunda venida de Cristo, concluye al fin y dice: *Conforme a la bendición de Aarón, así, Señor, haz con tu pueblo y enderézanos por el camino de tu justicia.* Y sabida cosa es que el camino de la justicia de Dios es Jesucristo, así como él mismo lo dice: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.* Y pues San Pablo dice, escribiendo a los de Efeso: *Bendito sea el Padre y Dios de nuestro señor Jesucristo, que os ha bendecido con toda bendición espiritual y sobrecelestial en Jesucristo:* viene maravillosamente muy bien que en la bendición que se daba al pueblo antes que Cristo viniese, no se demandase ni desease de Dios otra cosa sino a sólo Cristo, fuente y origen de toda feliz bendición; y viene muy bien que consuenen y se respondan así estas dos Escrituras, nueva y antigua. Así que, las FACES DE DIOS que se piden en aqueste lugar son Cristo sin duda.

Y concierta con esto ver que se piden dos veces, para mostrar que son dos sus venidas. En lo cual es digno de considerar lo justo y lo propio de las palabras que el Espíritu-Santo da a cada cosa. Porque en la primera venida dice *descubrir*, diciendo: *Descubra sus FACES Dios*; porque en ella comenzó Cristo a ser visible en el mundo. Mas en la segunda dice *volver*, diciendo: *Vuelva Dios sus FACES*; porque entonces volvera otra vez a ser visto. En la primera, según otra letra, dice *lucir*; porque la obra de aquella venida fué desterrar del mundo la noche del error, y como dijo San Juan: *Resplandecer en las tinieblas la luz*. Y así Cristo por esta causa es llamado luz y sol de justicia. Mas en la segunda dice *ensalzar*; porque el que vino antes humilde vendrá entonces alto y glorioso, y vendrá, no a dar ya nueva doctrina, sino a repartir el castigo y la gloria. Y aun en la primera dice: *Haya piedad de vosotros*, conociendo y como señalando que se habían de haber ingrata y cruelmente con Cristo, y que habían de merecer por su ceguedad e ingratitud ser por él consumidos; y por esa causa le pide que se apiade de ellos y que no los consuma. Mas en la segunda dice que Dios les de paz, esto es, que dé fin a su tan luengo trabajo, y que los guíe a puerto de descanso después de tan fiera tormenta, y que los meta en el abrigo y sosiego de su Iglesia, y en la paz de espíritu que hay en ella y en todas sus espirituales riquezas. O dice lo primero porque entonces vino Cristo solamente a perdonar lo pecado y a buscar lo perdido, como él mismo lo dice; y lo segundo,

porque ha de venir después a dar paz y reposo al trabajo santo y a remunerar lo bien hecho.

Mas pues Cristo tiene este nombre, es de ver ahora por qué le tiene. En lo cual conviene advertir que aunque Cristo se llama y es *cara de Dios* por donde quiera que le miremos; porque según que es hombre, se nombra así, y según que es Dios y en cuanto es el Verbo, es también propia y perfectamente imagen y figura del Padre, como San Pablo le llama en diversos lugares; pero lo que tratamos ahora es lo que toca a el sér de hombre, y lo que buscamos es el título por donde la naturaleza humana de Cristo merece ser llamada *sus* *FACES*. Y para decirlo en una palabra, decimos que Cristo hombre es *FACES* y *cara de Dios*; porque, como cada uno se conoce en la cara, así Dios se nos representa en él, y se nos demuestra quién es clarísima y perfectísimamente. Lo cual en tanto es verdad, que por ninguna de las criaturas por sí, ni por la universidad de ellas juntas, los rayos de las divinas condiciones y bienes relucen y pasan a nuestros ojos, ni mayores ni más claros, ni en mayor abundancia que por el alma de Cristo, y por su cuerpo, y por todas sus inclinaciones, hechos y dichos, con todo lo demás que pertenece a su oficio.

Y comencemos por el cuerpo, que es lo primero y más descubierto; en el cual, aunque no le vemos, mas por la relación que tenemos de él, y entretanto que viene aquel bienaventurado día en que por su bondad infinita esperamos verle amigo para nosotros y alegre; así que dado que no le veamos, pero pongamos ahora con la fe los

ojos en aquel rostro divino y en aquellas figuras de él, figuradas con el dedo del Espíritu-Santo, y miremos el semblante hermoso y la postura grave y suave, y aquellos ojos y boca, aquésta nadando siempre en dulzura, y aquéllos muy más claros y resplandecientes que el sol; y miremos toda la compostura del cuerpo, su estado, su movimiento, sus miembros concebidos en la misma pureza y dotados de inestimable belleza. Mas ¿para qué voy menoscabando este bien con mis pobres palabras, pues tengo las del mismo Espíritu que le formó en el vientre de la sacratísima Virgen, que nos le pintan en el libro de los *Cantares* por la boca de la enamorada pastora, diciendo: *Blanco y colorado, trae bandera (1) entre los millares. Su cabeza oro de tibar; sus cabellos enriscados y negros; sus ojos, como los de las palomas, junto a los rayos de las aguas, bañadas en leche; sus mejillas como eras de plantas olorosas de los olores de confección, sus labios, violetas, que destilan preciada mirra; sus manos rollos de oro llenas de tarsis (2); su vientre, bien como el marfil adornado de safiros; sus piernas, columnas de mármol fundados sobre basas de oro fino; el su semblante, como el del Líbano, erguido como los cedros; su paladar, dulzuras; y todo él descos?*

Pues pongamos los ojos en aquésta acabada beldad y contemlémosla bien, y conoceremos que

(1) *Traer bandera* quiere decir señalarse entre todos.

(2) La piedra *tarsis*, que se llama así de la provincia adonde se halla, es un poco como entre rosa y blanca.

todo lo que puede caber de Dios en un cuerpo, y cuanto le es posible participar de él, y retraerle, y figurarle y asemejársele, todo eso, con ventajas grandísimas, entre todos los otros cuerpos resplandece en aquéste; y veremos que en su género y condición es como un retrato vivo y perfecto. Porque lo que en el cuerpo es color (que quiero, para mayor evidencia, cotejar por menudo cada una cosa con otra, y señalar en este retrato suyo que formó Dios de hecho, habiéndole pintado muchos años antes con las palabras, cuán enteramente responde todo con su verdad; aunque por no ser largo, diré poco de cada cosa, o no la diré, sino tocarla he solamente); por manera que el color en el cuerpo, el cual resulta de la mezcla de las cualidades y humores que hay en él, y que es lo primero que se viene a los ojos, responde a la liga, o si lo podemos decir así, a la mezcla y tejido que hacen entre sí las perfecciones de Dios. Pues así como se dice de aquel color, que se tiñe de colorado y de blanco, así toda aquesta mezcla secreta se colora de sencillo y amoroso. Porque lo que luego se nos ofrece a los ojos, cuando los alzamos a Dios, es una verdad pura y una perfección simple y sencilla que ama.

Y asimismo, la cabeza en el cuerpo dice con lo que en Dios es la alteza de su saber. Aquélla, pues, es de oro de tíbar, y aquésta son tesoros de sabiduría. Los cabellos, que de la cabeza nacen, se dicen ser enriscados y negros; los pensamientos y consejos que proceden de aquel saber, son ensalzados y oscuros. Los ojos de la providencia de Dios y los ojos de aqueste cuerpo son

unos: que estos miran, como palomas bañadas en leche, las aguas; aquéllos atienden y proveen a la universidad de las cosas con suavidad y dulzura grandísima, dando a cada una su sustento, y como digamos, su leche. Pues ¿qué diré de las mejillas, que aquí son eras olorosas de plantas, y en Dios son su justicia y su misericordia, que se descubren y se le echan mas de ver, como si dijésemos, en el uno y en el otro lado del rostro, y que esparcen su olor por todas las cosas? Que, como es escrito: *Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad.* Y la boca y los labios, que son en Dios los avisos que nos da y las escrituras santas donde nos habla, así como en este cuerpo son violetas y mirra, así en Dios tienen mucho de encendido y de amargo, con que encienden a la virtud y amargan y amortiguan el vicio. Y ni más ni menos, lo que en Dios son las manos, que son el poderío suyo para obrar y las obras hechas por él, son semejantes a las de este cuerpo, hechas como rollos de oro rematados en társis; esto es, son perfectas y hermosas y todas muy buenas, como la Escritura lo dice: *Yo Dios todo lo que hiciera, y todo era muy bueno.* Pues para las entrañas de Dios y para la fecundidad de su virtud, que es como el vientre donde todo se engendra, ¿qué imagen será mejor que este vientre blanco y como hecho de marfil y adornado de zafiros? Y las piernas del mismo, que son hermosas y firmes, como mármoles sobre basas de oro, clara pintura sin duda son de la firmeza divina no mudable, que es como aquello en que Dios estaba. Es también su semblante como el del Libano,

que es como la altura de la naturaleza divina, llena de majestad y belleza. Y finalmente, es dulzuras su paladar, y deseos todo él, para que entendamos del todo cuán mercedamente este cuerpo es llamado *imagen* y *FACES* y *cara de Dios*, el cual es dulcísimo y amabilísimo por todäs partes, así como es escrito: *Gustad y ved cuán dulce es el Señor; y: Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, que escondiste para los que te aman.*

Pues si en el cuerpo de Cristo se descubre y reluce tanto la figura divina, ¿cuánto más expresa imagen suya será su santísima anima, la cual verdaderamente, así por la perfección de su naturaleza como por los tesoros de sobrenaturales riquezas que Dios en ella ayuntó, se asemeja a Dios y le retrata más vecina y acabadamente que otra criatura ninguna? Y después del mundo original, que es el Verbo, el mayor mundo y el más vecino al original es aquesta divina alma, y el mundo visible, comparado con ella, es pobreza y pequeñez; porque Dios sabe y tiene presente delante los ojos de su conocimiento todo lo que es y puede ser, y el alma de Cristo ve con los suyos todo lo que fué, es y será.

En el saber de Dios están las ideas y las razones de todo, y en esta alma el conocimiento de todas las artes y ciencias; Dios es fuente de todo el sér, y el alma de Cristo de todo el buen sér, quiero decir, de todos los bienes de gracia y justicia, con que lo que es se hace justo y bueno y perfecto; porque de la gracia que hay en él mana toda la nuestra. Y no sólo es gracioso en los ojos

de Dios para sí, sino para nosotros también; porque tiene justicia, con que parece en el acatamiento de Dios, amable sobre todas las criaturas; y tiene justicia poderosa para hacerlas amables a todas, infundiendo en sus vasos de cada una algún efecto de aquella su grande virtud, como es escrito: *De cuya abundancia recibimos todos gracia por gracia*, esto es, de una gracia otra gracia; de aquella gracia, que es fuente, otra gracia que es como su arroyo; y de aquel dechado de gracia que está en él, un traslado de gracia, o una otra gracia trasladada que mora en los justos.

Y finalmente, Dios cría y sustenta al universo todo, y le guía y endereza a su bien; y el alma de Cristo recria y repara y defiende, y continuamente va alentando e inspirando para lo bueno y lo justo, cuanto es de su parte, a todo el género humano. Dios se ama a sí y se conoce infinitamente, y ella le ama y le conoce con un conocimiento y amor en cierta manera infinito. Dios es sapientísimo, y ella, de inmenso saber; Dios poderoso, y ella, sobre toda fuerza natural poderosa. Y como si pusiésemos muchos espejos en diversas distancias delante de un rostro hermoso, la figura y facciones de él, en el espejo que le estuviese más cerca, se demostraría mejor; así esta alma santísima, como está junta, y si lo hemos de decir así, apegadísima por unión personal al Verbo-Divino, recibe sus resp'andores en sí y se figura de ellos más vivamente que otro ninguno.

Pero vamos más adelante; y pues hemos dicho del cuerpo de Cristo y de su alma por sí, diga-

mos de lo que resulta de todo junto, y busquemos en sus inclinaciones y condición y costumbres estas *FACES* e imagen de Dios.

El dice de sí que es manso y humilde, y nos convida a que aprendamos a serlo de él. Y mucho antes el profeta Isaías, viéndolo en espíritu, nos le pintó con las mismas condiciones, diciendo: *No dará voces ni será aceptador de personas, y su voz no sonará fuera. A cada caña quebrantada no quebrará, ni sabrá hacer mal ni aun a una paca de estopa, que echa humo. No será acedo ni revoltoso.* Y no se ha de entender que es Cristo manso y humilde por virtud de la gracia que tiene solamente: sino así como por inclinación natural son bien inclinados los hombres, unos a una virtud y otros a otra, así también la humanidad de Cristo, de su natural compostura, es de condición llena de llaneza y mansedumbre.

Pues con ser Cristo, así por la gracia que tenía como por la misma disposición de su naturaleza, un dechado de perfecta humildad, por otra parte tiene tanta alteza y grandeza de ánimo, que cabe en él, sin desvanecerle, el ser rey de los hombres y señor de los ángeles, y cabeza y gobernador de todas las cosas, y el ser adorado de todas ellas, y el estar a la diestra de Dios unido con él, y hecho una persona con él. Pues ¿qué es esto, sino ser *FACES* de' mismo Dios? El cual, con ser tan manso como la enormidad de nuestros pecados y la grandeza de los perdones suyos, y no sólo de los perdones, sino de las maneras que ha usado para nos perdonar, lo testifican y

enseñan, es también tan alto y tan grande como lo pide el nombre de Dios, y como lo dice Job por galana manera: *Alturas de cielos, ¿qué harás?; honduras de abismo, ¿cómo le entenderás?; largura más que tierra medida suya, y anchura allende del mar.* Y juntamente con esta inmensidad de grandeza y celsitud, podemos decir que se humilla tanto y se allana con sus criaturas, que tiene cuenta con los pajaricos y provee a las hormigas y pinta las flores, y desciende hasta lo más bajo del centro y hasta los más viles gusanos. Y, lo que es más claro argumento de su llana bondad, mantiene y acaricia a los pecadores, y los alumbra con esta luz hermosa que vemos; y estando altísimo en sí, se abaja con sus criaturas; y como dice el salmo, estando en el cielo, está también en la tierra.

Pues ¿qué diré del amor que nos tiene Dios, y de la caridad para con nosotros que arde en el alma de Cristo? ¿De lo que Dios hace por los hombres y de lo que la humanidad de Cristo ha padecido por ellos? ¿Cómo los podré comparar entre sí, o qué podré decir, cotejándolos, que más verdadero sea, que es llamar a esto *FACES* e imagen de aquélllo? Cristo nos amó hasta darnos su vida, y Dios, inducido de nuestro amor, porque no puede darnos la suya, dános la de su hijo Cristo. Porque no padezcamos infierno y porque gocemos nosotros del cielo, padece prisiones y azotes y afrentosa y dolorosa muerte; y Dios, por el mismo fin, ya que no era posible padecerla en su misma naturaleza, buscó y halló orden para padecerla por su misma persona. Y aquella voluntad

ardiente y encendida, que la naturaleza humana de Cristo tuvo de morir por los hombres, no fué sino como una llama que se prendió del fuego de amor y deseo, que ardían en la voluntad de Dios, de hacerse hombre para morir por ellos.

No tiene fin este cuento; y quanto más desplego las velas, tanto hallo mayor camino que andar, y se me descubren nuevos mares quanto más navego; y quanto más considero estas FACES, tanto por más partes se me descubren en ellas el sér y las perfecciones de Dios. Mas conviéneme ya recoger: y hacerlo he con decir solamente que, así como Dios es trino y uno, trino en personas y uno en esencia, así Cristo y sus fieles, por representar en esto también a Dios, son en personas muchos y diferentes; mas, como ya comenzamos a decir y diremos más largamente después, en espíritu y en una unidad secreta, que se explica mal con palabras y que se entiende bien por los que la gustan, son uno mismo. Y dado que las cualidades de gracia y de justicia y de los demás dones divinos que están en los justos, sean en razón semejantes, y divididos y diferentes en número; pero el espíritu que vive en todos ellos, o por mejor decir, el que los hace vivir vida justa, y el que los alienta y menea, y el que despier-ta y pone en obra las mismas cualidades y dones que he dicho, es en todos uno y solo, y el mismo de Cristo. Y así vive en los suyos él, y ellos viven por él, y todos en él; y son uno mismo multiplicado en personas, y en cualidad y substancia de espíritu simple y sencillo, conforme a lo que pidió a su Padre, diciendo: *Para que sean to-*

dos una cosa, así como somos una cosa nosotros.

Dícese también Cristo *FACES* de Dios porque, como por la cara se conoce uno, así Dios por medio de Cristo quiere ser conocido. Y el que sin este medio le conoce, no le conoce; y por esto dice él de sí mismo, que manifestó el nombre de su Padre a los hombres. Y es llamado *puerta* y *entrada* por la misma razón; porque él sólo nos guía y encamina y hace entrar en el conocimiento de Dios y en su amor verdadero. Y baste haber dicho hasta aquí de lo que toca a este nombre.

Y dicho esto, Marcelo calló; y Sabino prosiguió luego.

CAMINO

LÁMASE también CAMINO Cristo en la sagrada Escritura. El mismo se llama así en San Juan, en el capítulo catorce: “Yo, dice, soy CAMINO, verdad y vida.” Y puede pertenecer a esto mismo lo que dice Isaías en el capítulo treinta y cinco: “Habrá entonces senda y CAMINO, y será llamado CAMINO santo, y será para vosotros CAMINO derecho.” Y no es ajeno de ello lo del salmo quince: “Hiciste que me sean manifiestos los CAMINOS de vida.” Y mucho menos lo del salmo sesenta y seis: “Para que conozcan en la tierra tu CAMINO”; y declara luego qué CAMINO: “En todas las gentes tu salud”, que es el nombre de Jesús.

—No será necesario—dijo Marcelo luego que Sabino hubo leído esto—probar que CAMINO es nombre de Cristo, pues él mismo se le pone. Mas

es necesario ver y entender la razón por qué se le pone y lo que nos quiso enseñar a nosotros llamándose a sí CAMINO nuestro. Y aunque esto en parte está ya dicho, por el parentesco que este nombre tiene con el que acabamos de decir ahora, porque ser *FACES* y ser *CAMINO* en una cierta razón es lo mismo; mas porque, demás de aquello, encierra este nombre otras muchas consideraciones en sí, será conveniente que particularmente digamos de él.

Pues para esto, lo primero se debe advertir que *camino* en la sagrada Escritura se toma en diversas maneras. Que algunas veces *camino* en ella significa la condición y el ingenio de cada uno, y su inclinación y manera de proceder, y lo que suelen llamar *estilo* en romance, o lo que llaman *humor* ahora. Conforme a esto es lo de David en el salmo, cuando hablando de Dios dice: *Manifestó a Moisés sus caminos*. Porque los caminos de Dios que llama allí, son aquello que el mismo salmo dice luego que es lo que Dios manifestó de su condición en el *Exodo*, cuando se le demostró en el monte y en la peña, y poniéndole la mano en los ojos, pasó por delante de él, y en pasando le dijo: *Yo soy amador entrañable, y compasivo mucho, y muy sufrido, largo en misericordia y verdadero, y que castigo hasta lo cuarto y uso de piedad hasta lo mil*. Así que estas buenas condiciones de Dios y estas entrañas suyas, son allí sus caminos.

Camino se llama en otra manera la profesión de vivir que escoge cada uno para sí mismo, y su intento y aquello que pretende o en la

vida o en algún negocio particular, y lo que se pone como por blanco. Y en esta significación dice el salmo: *Descubre tu camino al Señor, y él lo hará.* Que es decirnos David que pongamos nuestros intentos y pretensiones en los ojos y en las manos de Dios, poniendo en su providencia confiadamente el cuidado de ellos, y que con esto quedemos seguros de él que los tomará a su cargo y les dará buen suceso. Y si los ponemos en sus manos cosa debida es que sean cuales ellas son, esto es, que sean de cualidad que se pueda encargar de ellos Dios, que es justicia y bondad. Así que, de una vez y por unas mismas palabras, nos avisa allí de dos cosas el salmo: una, que no pretendamos negocios ni prosigamos intentos en que no se pueda pedir la ayuda de Dios; otra, que después de así apurados y justificados, no los fiemos de nuestras fuerzas, sino que los echemos en las suyas, y nos remitamos a él con esperanza segura.

La obra que cada uno hace, también es llamada *camino* suyo. En los *Proverbios* dice la Sabiduría de sí: *El Señor me crió en el principio de sus caminos;* esto es, soy la primera cosa que procedió de Dios. Y del elefante se dice en el libro de Job que es *el principio de los caminos de Dios;* porque entre las obras que hizo Dios cuando crió los animales, es obra muy aventajada. Y en el *Deuteronomio* dice Moisés que *son juicio los caminos de Dios;* queriendo decir que sus obras son santas y justas. Y el justo desea y pide en el salmo que sus caminos, esto es, sus pasos y obras se enderecen siempre a cumplir lo que Dios le manda que haga.

Dícese más *camino* el precepto y la ley. Así lo usa David: *Guardé los caminos del Señor y no hice cosa mala contra mi Dios.* Y más claro en otro lugar: *Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón.* Por manera que este nombre *camino*, demás de lo que significa con propiedad, que es aquello por donde se va a algún lugar sin error, pasa su significación a otras cuatro cosas por semejanza: a la inclinación, a la profesión, a las obras de cada uno, a la ley y preceptos; porque cada una de estas cosas encamina al hombre a algún paradero, y el hombre por ellas, como por camino, se endereza a algún fin. Que cierto es que la ley guía, y las obras conducen, y la profesión ordena, y la inclinación lleva cada cual a su cosa.

Esto así presupuesto, veamos por qué razón de éstas Cristo es dicho CAMINO; o veamos si por todas ellas lo es, como lo es, sin duda, por todas. Porque cuanto a la propiedad del vocablo, así como aquel camino (y señaló Marcelo con el dedo, porque se parecía de allí), es el de la corte, porque lleva a la corte y a la morada del Rey a todos los que enderezan sus pasos por él, así Cristo es el CAMINO del cielo, porque si no es poniendo las pisadas en él y siguiendo su huella, ninguno va al cielo. Y no sólo digo que hemos de poner los pies donde él puso los suyos, y que nuestras obras, que son nuestros pasos, han de seguir a las obras que él hizo; sino que, lo que es propio al camino, nuestras obras han de ir andando sobre él, porque si salen de él, van perdidas. Que cierto es que el paso y la obra que en Cristo no estriba y cuyo

fundamento no es él, no se adelanta ni se allega hacia el cielo. Muchos de los que vivieron sin Cristo, abrazaron la pobreza y amaron la castidad y siguieron la justicia, modestia y templanza; por manera que quien no la mirara de cerca, juzgara que iban por donde Cristo fué y que se parecían a él en los pasos; mas como no estribaban en él, no siguieron camino ni llegaron al cielo. La oveja perdida, que fueron los hombres, el pastor que la halló, como se dice en San Lucas, no la trajo al rebaño por sus pies de ella ni guiándola delante de sí, sino sobre sí y sobre sus hombros. Porque si no es sobre él, no podemos andar, digo, no será de provecho para ir al cielo lo que sobre otro suelo anduviéremos.

¿No habéis visto algunas madres, Sabino, que teniendo con sus dos manos las dos de sus niños, hacen que sobre sus pies de ellas pongan ellos sus pies, y así los van allegando a sí y los abrazan, y son juntamente su suelo y su guía? ¡Oh piedad la de Dios. Esta misma forma guardáis, Señor, con nuestra flaqueza y niñez. Vos nos dáis la mano de vuestro favor; vos hacéis que pongamos en vuestros bien guiados pasos los nuestros; vos hacéis que subamos; vos que nos adelantemos; vos sustentáis nuestras pisadas siempre en vos mismo, hasta que avecinados a vos, en la manera de vecindad que os contenta, con ñudo estrecho nos ayuntáis en el cielo!

Y porque, Juliano, los caminos son en diferentes maneras, que unos son llanos y abiertos, y otros estrechos y de cuesta, y unos más largos, y otros que son como sendas de atajo: Cristo, ver-

dadero CAMINO y universal, cuanto es de su parte, contiene todas estas diferencias en sí; que tiene llanezas abiertas y sin dificultad de estropezos, por donde caminan descansadamente los flacos; y tiene sendas más estrechas y altas para los que son de más fuerza; y tiene rodeos para unos, porque así les conviene, y ni más ni menos por donde atajen y abrevien los que se quisieren apresurar. Mas veamos lo que escribe de este nuestro CAMINO Isaías: *Y habrá allí senda y CAMINO, y será llamado CAMINO santo. No caminará por él persona no limpia, y será derecho este CAMINO para vosotros; los ignorantes en él no se perderán. No habrá león en él, ni bestia fiera, ni subirá por él ninguna mala alimaña. Caminarle han los librados, y los redimidos por el Señor volverán, y vendrán a Sión con loores y gozo sobre sus cabezas sin fin. Ellos asirán del gozo y del alegría, y el dolor y el gemido huirá de ellos.*

Lo que dice *senda*, la palabra original significa todo aquello que es paso, por donde se va de una cosa a otra; pero no como quiera paso, sino paso algo más levantado que lo demás del suelo que le está vecino, y paso llano, o porque está enlosado o porque está limpio de piedras y libre de estropezos. Y conforme a esto, unas veces significa esta palabra las gradas de piedra por donde se sube, y otras la calzada empedrada y levantada del suelo, y otras la senda que se ve ir limpia en la cuesta, dando vueltas desde a raíz a la cumbre. Y todo ello dice con Cristo muy bien, porque es calzada y sendero, y escalón llano y firme. Que es decir que tiene dos cualidades este CAMINO, la

una de alteza y la otra de desenbarazo, las cuales son propias así a lo que llamamos gradas como a lo que decimos sendero o calzada. Porque es verdad que todos los que caminan por Cristo van altos y van sin estropiezos. Van altos, lo uno porque suben; suben, digo, porque su caminar es propiamente subir; porque la virtud cristiana siempre es mejoramiento y adelantamiento del alma. Y así, los que andan y se ejercitan en ella, forzosamente crecen, y el andar mismo es hacerse de continuo mayores; al revés de los que siguen la vereda del vicio, que siempre descienden, porque el ser vicioso es deshacerse y venir a menos de lo que es; y cuanto va más, tanto más se menoscaba y disminuye, y viene por sus pasos contados, primero a ser bruto, y después a menos que bruto, y, finalmente, a ser casi nada.

Los hijos de Israel, cuyos pasos desde Egipto hasta Judea fueron imagen de aquesto, siempre fueron subiendo por razón de sitio y disposición de la tierra. Y en el templo antiguo, que también fué figura, por ninguna parte se podía entrar sin subir. Y así el Sabio, aunque por semejanza de resplandor y de luz, dice lo mismo así de los que caminan por Cristo como de los que no quieren seguirle. De los unos dice: *La senda de los justos, como luz que resplandece y crece y va a adelante hasta que sube a ser día perfecto.* De los otros, en un particular que los comprende: *Desciende, dice, a la muerte su casa, y a los abismos sus sendas.* Pues esto es lo uno; lo otro, van altos porque van siempre lejos del suelo, que es lo más bajo. Y van lejos de él, porque lo que el suelo ama ellos

lo aborrecen, lo que sigue huyen, y lo que estima desprecian. Y lo último, van así porque huella sobre lo que el juicio de los hombres tiene puesto en la cumbre: las riquezas, los deleites, las honras. Y esto, cuanto a la primera cualidad de la alteza.

Y lo mismo se ve en la segunda, de llaneza y de carecer de estropiezos. Porque el que endereza sus pasos conforme a Cristo no se encuentra con nadie; a todos les da ventaja, no se opone a sus pretensiones, no les contramina sus designios, sufre sus iras, sus injurias, sus violencias; y si le maltratan y despojan los otros, no se tiene por despojado, sino por desembarazado y más suelto para seguir su viaje. Como al revés, hallan los que otro camino llevan, a cada paso innumerables estorbos; porque pretenden otros lo que ellos pretenden, y caminan todos a un fin, y a fin en que los unos a los otros se estorban; y así se ofenden cada momento y estropiezan entre sí mismos, y caen, y pararán, y vuelven atrás, desesperados de llegar adonde iban.

Mas en Cristo, como habemos dicho, no se halla estropiezo, porque es como CAMINO real en que todos los que quieren caben sin embarazarse.

Y no solamente es Cristo grada y calzada y sendero por estas dos cualidades dichas, que son comunes a todas estas tres cosas, sino también por lo propio de cada una de ellas comunican su nombre con él; porque es grada para la entrada del templo del cielo y sendero que guía sin error a lo alto del monte adonde la virtud hace vida, y calzada enjuta y firme, en quien nunca o el paso engaña o

desliza o tituba (1) el pie. Que los otros caminos más verdaderamente son deslizaderos o despeñaderos, que cuando menos se piensa, o están cortados, o debajo de los pies se sumen ellos y echa en vacío el pie el miserable que caminaba seguro. Y así, Salomón dice: *El camino de los malos, barranco y abertura honda.* ¡Cuántos en las riquezas y por las riquezas, que buscaron y hallaron, perdieron la vida! ¡Cuántos caminando a la honra hallaron su afrenta! Pues del deleite ¿qué podemos decir, sino que su remate es dolor? Pues no desliza así ni hunde los pasos el que nuestro CAMINO sigue, porque los pone en piedra firme de continuo. Y por eso dice David: *Está la ley de Dios en su corazón; no padecerán engaños sus pasos.* Y Salomón: *El camino de los malos, como valladar de zarzas; la senda del justo, sin cosa que le ofenda.* Pero añade Isaías: *Senda y CAMINO, y será llamado santo.* En el original la palabra camino se repite tres veces, en esta manera: *Y será CAMINO, y CAMINO, y CAMINO llamado santo;* porque Cristo es CAMINO para todo género de gente. Y todos ellos, los que caminan en él, se reducen a tres: a principiantes, que llaman, en la virtud, a aprovechados en ella, a los que nombran perfectos. De los cuales tres órdenes se compone todo lo escogido de la Iglesia, así como su imagen, el templo antiguo, se componía de tres partes: portal y palacio y sagrario; y como los aposentos que estaban apegados a él y le cercaban a la redonda por los dos lados y por las espaldas, se repartían en tres diferencias:

(1) *Titubea.* Véase Dic. Acad.

que unos eran piezas bajas, y otros entresuelos y otros sobrados. Es, pues, Cristo tres veces CAMINO, porque es calzada allanada y abierta para los imperfectos y CAMINO para los que tienen más fuerza, y CAMINO santo para los que son ya perfectos en él. Dice más: *No pasará por él persona no limpia*; porque, aunque en la Iglesia de Cristo y en su cuerpo místico hay muchas no limpias, mas los que pasan por él todos son limpios, quiero decir que el andar en él siempre es limpieza, porque los pasos que no son limpios no son pasos hechos sobre aqueste CAMINO. Y son limpios también todos los que pasan por él; no todos los que comienzan en él, sino todos los que comienzan y demedian y pasan hasta llegar al fin; porque el no ser limpio, es parar o volver atrás o salir del CAMINO. Y así, el que no parare, sino pasare, como dicho es, forzosamente ha de ser limpio. Y parece aún más claro de lo que se sigue: *Y será camino cierto para vosotros*. Adonde el original dice puntualmente: *Y él les andará el CAMINO, o él a ellos les es el CAMINO que andan*. Por manera que Cristo es el CAMINO nuestro, y el que anda también el CAMINO; porque anda él andando nosotros, o por mejor decir, andamos nosotros porque anda él y porque su movimiento nos mueve. Y así, él mismo es el CAMINO que andamos y el que anda con nosotros, y el que nos incita para que andemos. Pues cierto es que Cristo no hará compañía a lo que no fuere limpieza. Así que, no camina aquí lo sucio ni se adelanta lo que es pecador, porque ninguno camina aquí si

Cristo no camina con él. Y de esto mismo nace lo que viene luego. *Ni los ignorantes se perderán en él.* Porque ¿quién se perderá con tal guía? Mas ¿qué bien dice *los ignorantes!* Porque los sabios, confiados de sí y que presumen valerse y abrir camino por sí, fácilmente se pierden; antes de necesidad se pierden si confían en sí. Mayormente que si Cristo es él mismo guía y CAMINO, bien se convence que es CAMINO claro y sin vueltas, y que nadie lo pierde si no lo quiere perder de propósito. *Esta es la voluntad de mi Padre,* dice él mismo, *que no pierda ninguno de los que me dió, sino que los traiga a vida en el día postrero.*

Y sin duda, Juliano, no hay cosa más clara a los ojos de la razón ni más libre de engaño que el CAMINO de Dios. Bien lo dice David: *Los mandamientos del Señor* (que son sus caminos), *lucidos y que dan luz a los ojos; los juicios suyos, verdaderos y que se abonan a sí mismos.* Pero ya que el CAMINO carece de error, ¿hácenlo por ventura peligroso las fieras, o saltan en él? Quien lo allana y endereza, ese también lo asegura; y así, añade el Profeta: *No habrá león en él, ni andará por él bestia fiera.* Y no dice *andará*, sino *subirá*; porque si, o la fiereza de la pasión, o el demonio, león enemigo, acomete a los que caminan aquí, si ellos perseveran en el camino, nunca los sobrepuja ni viene a ser superior suyo, antes queda siempre caído y bajo. Pues si éstos no, ¿quién andará? *Y andarán,* dice, *en él los redimidos.* Porque primero es ser redimidos que caminantes; primero es que Cristo, por su gracia y por la justicia que pone en ellos, los libre de la culpa a quien servían cautivos, y les

desate las prisiones con que estaban atados; y después es que comiencen a andar. Que no somos redimidos por haber caminado primero ni por los buenos pasos que dimos, ni venimos a la justicia por nuestros pies. *No por las obras justas que hicimos, dice, sino según su misericordia nos hizo salvos.* Así que, no nace nuestra redención de nuestro camino y merecimiento, sino redimidos una vez, podemos caminar y merecer después, alentados con la virtud de aquel bien.

Y es en tanto verdad que solos los redimidos y libertados caminan aquí, y que primero que caminen son libres, que ni los que son libres y justos caminan ni se adelantan, sino con solos aquellos pasos que dan como justos y libres; porque la redención y la justicia y el espíritu que la hace, encerrado en el nuestro, y el movimiento suyo y las obras que de este movimiento y conforme a este movimiento hacemos, son para este CAMINO los pies. Pues han de ser redimidos; mas ¿por quién redimidos? La palabra original lo descubre, porque significa aquello a quien otro alguno por vía de parentesco y de deudo lo rescata, y como solemos decir, lo saca por el tanto. De manera que, si no caminan aquí sino aquellos a quien redime su deudo, y por vía de deudo, clara cosa será que solamente caminan los redimidos por Cristo, el cual es deudo nuestro por parte de la naturaleza nuestra, de que se vistió; y nos redime por serlo. Porque como hombre padeció por los hombres, y como hermano y cabeza de ellos pagó, según todo derecho, lo que ellos debían, y nos rescató para sí,

como cosa que le pertenecíamos por sangre y linaje, como se dirá en su lugar.

Añade: *Y los redimidos por el Señor volverán a andar por él.* Esto toca propiamente a los del pueblo judaico, que en el fin de los tiempos se han de reducir a la Iglesia; y reducidos, comenzarán a caminar por este nuestro CAMINO con pasos largos, confesándole por Mesías. Porque, dice: tornarán a este CAMINO, en el cual anduvieron verdaderamente primero, cuando sirvieron a Dios en la fe de su venida, que esperaban, y le agradaron: y después se salieron de él, y no lo quisieron conocer cuando lo vieron; y así ahora no andan en él, mas está profetizado que han de tornar. Y por eso dice que volverán otra vez al CAMINO los que el Señor redimió. Y tiene cada una de estas palabras su particular razón, que demuestra ser así lo que digo. Porque lo primero, en el original, en lugar de lo que decimos *Señor*, está el nombre de Dios propio, el cual tiene particular significación de una entrañable piedad y misericordia. Y lo segundo, lo que decimos *redimidos*, al pie de la letra suena redenciones o rescates; en manera que dice que los rescates o redenciones del piadosísimo tornarán a volver. Y llama rescates o redenciones a los de este linaje, porque no los rescató una sola vez de sus enemigos, sino muchas veces y en muchas maneras, como las sagradas letras lo dicen.

Y llámase en este particular misericordiosísimo a sí mismo; lo uno, porque aunque lo es siempre con todos, mas es cosa que admira el extremo de regalo y de amor con que trató Dios a aquel pueblo, desmereciéndolo él. Lo otro, porque te-

niéndole tan desechado ahora y tan apartado de sí, y desechado y apartado con tan justa razón, como a infiel y homicida; y pareciendo que no se acuerda ya de él, por haber pasado tantos siglos que le dura el enojo; después de tanto olvido y de tan luengo desecho, querer tornarle a su gracia, y de hecho tornarle, señal manifiesta es de que su amor para con él es entrañable y grandísimo, pues no lo acaban, ni las vueltas del tiempo tan largas, ni los enojos tan encendidos, ni las causas de ellos tan repetidas y tan justas. Y señal cierta es que tiene en el pecho de Dios muy hondas raíces a questo querer, pues cortado y al parecer seco, torna a brotar con tanta fuerza. De arte, que Isaías llama rescates a los judíos, y a Dios le llama piadoso; porque sola su no vencida piedad para con ellos, después de tantos rescates de Dios, y de tantas y tan malas pagas de ellos, los tornará últimamente a librar; y libres y ayuntados a los demás libertados que están ahora en la Iglesia, los pondrá en el CAMINO de ella y los guiará derechamente por él.

Mas ¡qué dichosa suerte y qué gozoso y bienaventurado viaje, adonde el CAMINO es Cristo, y la guía de él es él mismo, y la guarda y la seguridad ni más ni menos es él, y adonde los que van por él son sus hechuras y rescatados suyos! Y así, todos ellos son nobles y libres; *libres*, digo, de los demonios y rescatados de la culpa, y favorecidos contra sus reliquias, y defendidos de cualesquier acontecimientos malos, y alentados al bien con prendas y gustos de él, y llamados a premios tan ricos, que la esperanza sola de ellos los hace bien-

andantes en cierta manera. Y así concluye, diciendo: *Y vendrán a Sión con loores y alegría "no perecedera" en sus cabezas; asirán del gozo y asirán del placer, y huirá de ellos el gemido y dolor.*

Y por esta manera es llamado CAMINO Cristo, según aquello que con propiedad significa, y no menos lo es según aquellas cosas que por semejanza son llamadas así. Porque si el camino de cada uno son, como decíamos, las inclinaciones que tiene, y aquello a que le lleva su juicio y su gusto, Cristo con gran verdad es CAMINO de Dios; porque es, como poco antes dijimos, imagen viva suya y retrato verdadero de sus inclinaciones y condiciones todas; o por decirlo mejor, es como una ejecución y un poner por la obra todo aquello que a Dios le aplice y agrada más. Y si es camino el fin, y el propósito que se pone cada uno a sí mismo para enderezar sus obras, CAMINO es sin duda Cristo de Dios; pues, como decíamos hoy al principio, después de sí mismo, Cristo es el fin principal a quien Dios mira en todo cuanto produce.

Y finalmente, ¿cómo no será Cristo CAMINO, si se llama camino todo lo que es ley y regla y mandamiento que ordena y endereza la vida, pues es él sólo la ley? Porque no solamente dice lo que hemos de obrar, mas obra lo que nos dice que obremos, y nos da fuerzas para que obremos lo que nos dice. Y así, no manda solamente a la razón, sino hace en la voluntad ley de lo que manda, y se lanza en ella; y lanzado allí, es su bien y su ley. Mas no digamos ahora de esto, porque tiene su propio lugar adonde después lo diremos.

Y dicho esto, calló Marcelo; y Sabino abrió su papel y dijo:

PASTOR

LÁMASE también Cristo PASTOR. Él mismo dice *en San Juan*: “Yo soy buen PASTOR.” *Y en la epístola a los hebreos dice San Pablo de Dios*: “Que resucitó a Jesús, PASTOR grande de ovejas.” *Y San Pedro dice del mismo*: “Cuando apareciere el Príncipe de los PASTORES.” *Y por los profetas es llamado de la misma manera. Por Isaías en el capítulo cuarenta; por Ezequiel en el capítulo treinta y cuatro; por Zacarías en el capítulo once.*

Y Marcelo dijo luego:

—Lo que dije en el nombre pasado puedo también decir en éste: que es excusado probar que es nombre de Cristo, pues él mismo se le pone. Mas, como esto es fácil, así es negocio de mucha consideración el traer a luz todas las causas por que se pone este nombre. Porque en esto que llamamos PASTOR se pueden considerar muchas cosas; unas que miran propiamente a su oficio, y otras que pertenecen a las condiciones de su persona y su vida. Porque lo primero, la vida pastoril es vida sosegada y apartada de los ruidos de las ciudades, y de los vicios y deleites de ellas. Es inocente así por esto, como por parte del trato y granjería en que se emplea. Tiene sus deleites, y tanto mayores cuanto nacen de cosas más sencillas y más puras y más naturales: de la vista del cielo libre, de la pureza del aire, de la figura del campo, del ver-

dor de las yerbas, y de la belleza de las rosas y de las flores. Las aves con su canto y las aguas con su frescura le deleitan y sirven. Y así, por esta razón, es vivienda (1) muy natural y muy antigua entre los hombres, que luego en los primeros de ellos hubo pastores; y es muy usada por los mejores hombres que ha habido, que Jacob y los doce patriarcas la siguieron, y David fué pastor; y es muy alabada de todos, que, como sabéis, no hay poeta, Sabino, que no la cante y alabe.

—Cuando ninguno la loara—dijo Sabino entonces—basta, para quedar muy loada, lo que dice de ella el poeta latino (2), que en todo lo que dijo venció a los demás, y en aquello parece que vence a sí mismo; tanto son escogidos y elegantes los versos con que lo dice. Mas, porque, Marcelo, decís de lo que es ser pastor, y del caso que de los pastores la poesía hace, mucho es de maravillarse con qué juicio los poetas, siempre que quisieron decir algunos accidentes de amor, los pusieron en los pastores, y usaron, más que de otros, de sus personas para representar aquesta pasión en ellas; que así lo hizo Teócrito y Virgilio. Y ¿quién no lo hizo, pues el mismo Espíritu-Santo, en el libro de los *Cantares*, tomó dos personas de pastores, para por sus figuras de ellos y por su boca hacer representación del increíble amor que nos tiene? Y parece, por otra parte, que son personas no convenientes para esta representación los pastores, porque son toscos y rústicos; y no parece que se confor-

(1) Modo o manera de vivir.

(2) Virgilio en sus églogas, que tradujo el propio Fray Luis

man ni que caben las finezas que hay en el amor, y lo muy agudo y propio de él con lo tosco y villano.

—Verdad es, Sabino—respondió Marcelo—, que usan los poetas de lo pastoril para decir del amor; mas no tenéis razón en pensar que para decir de él hay personas más a propósito que los pastores, ni en quien se represente mejor. Porque puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar; pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad.

Y a la verdad, los poetas antiguos, y cuanto más antiguos tanto con mayor cuidado, atendieron mucho a huir de lo lascivo y artificioso, de que está lleno el amor que en las ciudades se cría, que tiene poco de verdad, y mucho de arte y de torpeza. Mas el pastoril, como tienen los pastores los ánimos sencillos y no contaminados con vicios, es puro y ordenado a buen fin; y como gozan del sosiego y libertad de negocios que les ofrece la vida sola del campo, no habiendo en él cosa que los divierta (1), es muy vivo y agudo. Y ayúdales a ello también la vista desembarazada, de que contino gozan, del cielo y de la tierra y de los demás elementos; que es ella en sí una imagen clara, o por mejor decir, una como escuela de amor puro y verdadero. Porque los demuestra a todos amistados entre sí y puestos en orden, y abrazados, como si dijésemos, unos con otros, y concertados con armonía grandísima, y respondiéndose a veces, y comunicándose sus virtudes, y pasándose unos en otros y ayun-

(1) De *divertir*, primera acepción: "apartar, desviar". (Véase Dic. Acad.)

tándose y mezclándose todos, y con su mezcla y ayuntamiento sacando de continuo a luz y produciendo los frutos que hermocean el aire y la tierra. Así, que los pastores son en esto aventajados a los otros hombres. Y así, sea esta la segunda cosa que señalamos en la condición del pastor, que es muy dispuesto al bien querer.

Y sea la tercera lo que toca a su oficio, que aunque es oficio de gobernar y regir, pero es muy diferente de los otros gobiernos. Porque lo uno, su gobierno no consiste en dar leyes ni en poner mandamientos, sino en apacentar y alimentar a los que gobierna. Y lo segundo, no guarda una regla generalmente con todos y en todos los tiempos, sino en cada tiempo y en cada ocasión ordena su gobierno conforme al caso particular del que rige. Lo tercero, no es gobierno el suyo que se reparte y ejercita por muchos ministros, sino él solo administra todo lo que a su grey le conviene; que él la apasta y la abreva y la baña y la trasquila y la cura y la castiga y la reposa, y la recrea y hace música, y la ampara y defiende. Y últimamente, es propio de su oficio recoger lo esparcido y traer a un rebaño a muchos, que de suyo cada uno de ellos caminara por sí. Por donde las sagradas letras, de lo esparcido y descarriado y perdido, dicen siempre que son como ovejas que no tienen pastor, como en San Mateo se ve, y en el libro de los *Reyes* y en otros lugares. De manera que la vida del pastor es inocente y sosegada y deleitosa, y la condición de su estado es inclinada al amor, y su ejercicio es gobernar dando pasto, y acomodando su gobierno a las

condiciones particulares de cada uno, y siendo él solo para los que gobierna todo lo que les es necesario, y enderezando siempre su obra a esto, que es hacer rebaño y grey.

Veamos, pues, ahora si Cristo tiene esto, y las ventajas con que lo tiene, y así veremos cuán mercedamente es llamado PASTOR. Vive en los campos Cristo, y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego, y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene puesto él su deleite. Porque, así como lo que se comprende en el campo es lo más puro de lo visible, y es lo sencillo, y como el original de todo lo que de ello se compone y se mezcla, así aquella región de vida adonde vive aqueste nuestro glorioso bien, es la pura verdad y la sencillez de la luz de Dios, y el original expreso de todo lo que tiene sér, y las raíces firmes de donde nacen y adonde estrictan todas las criaturas. Y si lo habemos de decir así, aquellos son los elementos puros y los campos de flor eterna vestidos, y los mineros de las aguas vivas, y los montes verdaderamente preñados de mil bienes altísimos, y los sombríos y repuestos (1) valles y los bosques de la frescura, adonde, exentos de toda injuria, gloriosamente florecen la haya y la oliva y el lináloe, con todos los demás árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima, que jamás ensordece. Con la cual región si comparamos aqueste nuestro miserable destierro, es

(1) *Repuesto*, "apartado, retirado, escondido". (Véase Diccionario Acad.)

comparar el desasosiego con la paz, y el desconcierto y la turbación y el bullicio y disgusto de la más inquieta ciudad, con la misma pureza y quietud y dulzura. Que aquí se afana y allí se descansa. Aquí se imagina y allí se ve. Aquí las sombras de las cosas nos atemorizan y asombran; allí la verdad asosiega y deleita. Esto es tinieblas, bullicio, alboroto; aquello es luz purísima en sosiego eterno.

Bien y con razón le conjura a este PASTOR la esposa pastora que le demuestre aqúeste lugar de su pasto. *Demuéstrame*, dice, *¡oh querido de mi alma!*, *adónde apacientas y adónde reposas en el mediodía*. Que es con razón mediodía aquel lugar que pregunta, adonde está la luz no contaminada en su colmo, y adonde, en sumo silencio de todo lo bullicioso, sólo se oye la voz dulce de Cristo, que, cercado de su glorioso rebaño, suena en sus oídos de él sin ruido y con incomparable deleite, en que traspasadas las almas santas y como enajenadas de sí, sólo viven en su PASTOR. Así que es PASTOR Cristo por la región donde vive, y también lo es por la manera de vivienda que ama, que es el sosiego de la soledad, como lo demuestra en los suyos, a los cuales llama siempre a la soledad y retiramiento del campo. Dijo a Abraham: *Sal de tu tierra y de tu parentela, y haré de ti grandes gentes*. A Elías, para mostrársele, le hizo penetrar el desierto. Los hijos de los profetas vivían en la soledad del Jordán. De su pueblo, dice él mismo por el Profeta, que le sacará al campo y le retirará a la soledad, y allí le enseñará. Y en forma de esposo, ¿qué otra

cosa pide a su esposa sino aquesta salida? *Levántate, dice, amiga mía, y apresúrate y ven; que ya se pasó el invierno, pasóse la lluvia, fuése; ya han aparecido en nuestra tierra las flores, y el tiempo del podar es venido. La voz de la tortolilla se oye, y brota ya la higuera sus higos, y la uva menuda uva da olor. Levántate, hermosa mía y ven.* Que quiere que les sea agradable a los suyos aquello mismo que él ama; y así como él por ser PASTOR ama el campo, así los suyos, porque han de ser sus ovejas, han de amar el campo también; que las ovejas tienen su pasto y su sustento en el campo.

Porque a la verdad, Juliano, los que han de ser apacentados por Dios han de desechar los sustentos del mundo, y salir de sus tinieblas y lazos a la libertad clara de la verdad, y a la soledad poco seguida de la virtud, y al desembarazo de todo lo que pone en alboroto la vida; porque allí nace el pasto que mantiene en felicidad eterna nuestra alma, y que no se agosta jamás. Que adonde vive y se goza el PASTOR, allí han de residir sus ovejas, según que alguna de ellas decía: *Nuestra conversación es en los cielos.* Y como dice el mismo PASTOR: *Las sus ovejas reconocen su voz y le siguen.* Mas si es PASTOR Cristo por el lugar de su vida, ¿cuánto con más razón lo será por el ingenio de su condición, por las amorosas entrañas que tiene, a cuya grandeza no hay lengua ni encarecimiento que allegue? Porque, demás de que todas sus obras son amor, que en nacer nos amó y viviendo nos ama, y por nuestro amor padeció muerte, y todo lo que en la vida

hizo y todo lo que en el morir padeció, y cuanto glorioso ahora y asentado a la diestra del Padre negocia y entiende, lo ordena todo con amor para nuestro provecho. Así que, demás que todo su obrar es amar, la afición y la terneza de entrañas, y la sollicitud y cuidado amoroso, y el encendimiento e intensión de voluntad, con que siempre hace esas mismas obras de amor que por nosotros obró, excede todo cuanto se puede imaginar y decir. No hay madre así solícita, ni esposa así blanda, ni corazón de amor así tierno y vencido, ni título ninguno de amistad así puesto en firmeza, que le iguale o le llegue. Porque antes que le amemos nos ama; y ofendiéndole y despreciándole locamente, nos busca; y no puede tanto la ceguedad de mi vista ni mi obstinada dureza, que no pueda más la blandura ardiente de su misericordia dulcísima. Madruga, durmiendo nosotros descuidados del peligro que nos amenaza. Madruga, digo, antes que amanezca se levanta, o por decir verdad, no duerme ni reposa, sino asido siempre a la aldaba de nuestro corazón; de continuo y a todas horas le hiere y le dice, como en los *Cantares* se escribe: *Abreme, hermana mía, amiga mía, esposa mía, ábreme; que la cabeza traigo llena de rocío, y las guedejas de mis cabellos llenas de las gotas de la noche.* No duerme, dice David, *ni se adormece el que guarda a Israel.*

Que en la verdad, así como en la divinidad es amor, conforme a San Juan: *Dios es caridad*; así en la humanidad, que de nosotros tomó, es amor y blandura. Y como el sol, que de suyo es fuente de luz, todo cuanto hace perpetuamente

es lucir, enviando, sin nunca cesar, rayos de claridad de sí mismo; así Cristo, como fuente viva de amor que nunca se agota, mana de continuo en amor, y en su rostro y en su figura siempre está bullendo este fuego, y por todo su traje y persona traspasan y se nos vienen a los ojos sus llamas, y todo es rayos de amor cuanto de él se parece. Que por esta causa, cuando se demostró primero a Moisés, no le demostró sino unas llamas de fuego que se emprendía en una zarza; como haciendo allí figura de nosotros y de sí mismo, de las espinas de la aspereza nuestra y de los ardores vivos y amorosos de sus entrañas, y como mostrando en la apariencia visible el fiero encendido que le abrasaba lo secreto del pecho con amor de su pueblo. Y lo mismo se ve en la figura de él, que San Juan en el principio de sus revelaciones nos pone, a do dice que vió una imagen de hombre cuyo rostro lucía como el sol, y cuyos ojos eran como llamas de fuego, y sus pies como oriámbur encendido en ardiente hornaza (1), y que le centelleaban siete estrellas en la mano derecha, y que se ceñía por junto a los pechos con cinto de oro, y que le cercaban en derredor siete antorchas encendidas en sus candeleros. Que es decir de Cristo que espiraba llamas de amor, que se le descubrían por todas partes y que le encendían la cara y le salían por los ojos, y le ponían fuego a los pies y le lucían por las manos y le rodeaban en torno resplandeciendo. Y que como

(1) *Hornaza*, horno pequeño de que usan los plateros y fundidores de metales, para derretirlos y hacer sus fundiciones. Véase Dic. Acad.

el oro, que es señal de la caridad en la sagrada Escritura, le ceñía las vestiduras junto a los pechos; así el amor de sus vestiduras, que en las mismas letras significan los fieles que se allegan a Cristo, le rodeaba el corazón.

Mas dejemos esto, que es llano, y pasemos al oficio del pastor y a lo propio que le pertenece. Porque si es del oficio del pastor gobernar apacentando, como ahora decía, sólo Cristo es PASTOR verdadero, porque él sólo es, entre todos cuantos gobernaron jamás, el que pudo usar y el que usa de este género de gobierno. Y así, en el salmo, David, hablando de este PASTOR, juntó como una misma cosa el apacentar y el regir. Porque dice: *El Señor me rige, no me faltará nada; en lugar de pastos abundantes me pone.* Porque el propio gobernar de Cristo, como por ventura después diremos, es darnos su gracia y la fuerza eficaz de su espíritu; la cual así nos rige, que nos alimenta, o por decir la verdad, su regir principal es darnos alimento y sustento. Porque la gracia de Cristo es vida del alma y salud de la voluntad y fuerzas de todo lo flaco que hay en nosotros, y reparo de lo que gastan los vicios, y antídoto eficaz contra su veneno y ponzoña, y restaurativo saludable, y finalmente, mantenimiento que cría en nosotros inmortalidad resplandeciente y gloriosa. Y así, todos los dichosos que por este PASTOR se gobiernan en todo lo que, movidos de él, o hacen o padecen, crecen y se adelantan y adquieren vigor nuevo, y todo les es virtuoso y jugoso y sabrosísimo pasto. Que esto es lo que él mismo dice en San Juan: *El que por mí entrare, en-*

trará y saldrá, y siempre hallará pastos. Porque el entrar y el salir, según la propiedad de la sagrada Escritura, comprende toda la vida y las diferencias de lo que en ella se obra.

Por donde dice que en el entrar y en el salir, esto es, en la vida y en la muerte, en el tiempo próspero y en el turbio y adverso, en la salud y en la flaqueza, en la guerra y en la paz, hallarán sabor los suyos a quien él guía; y no solamente sabor, sino mantenimiento de vida y pastos substanciales y saludables. Conforme a lo cual es también lo que Isaías profetiza de las ovejas de este PASTOR, cuando dice: *Sobre los caminos serán apacentados, y en todos los llanos, pastos paralelos; no tendrán hambre ni sed, ni los fatigará, el bochorno ni el sol. Porque el piadoso de ellos los rige y los lleva a las fuentes del agua.* Que, como veis, en decir que serán apacentados sobre los caminos, dice que les son pasto los pasos que dan y los caminos que andan; y que los caminos que en los malos son barrancos y estropiezos y muerte, como ellos lo dicen: que anduvieron caminos dificultosos y ásperos, en las ovejas de este PASTOR son apastamiento y alivio. Y dice que así en los altos ásperos como en los lugares llanos y hondos, esto es, como decía, en todo lo que en la vida sucede, tienen sus cebos y pastos, seguros de hambre y defendidos del sol. Y esto ¿por qué? Porque dice: el que se apiadó de ellos, ese mismo es el que los rige; que es decir, que porque los rige Cristo, que es el que sólo con obra y con verdad se condolió de los hombres. Como señalando lo que decimos, que su regir es dar gobier-

no y sustento, y guiar siempre a los suyos a las fuentes de' agua, que es en la Escritura a la gracia del Espíritu, que refresca y cría y engruesa y sustenta.

Y también el Sabio miró a esto a do dice: que *la ley de la sabiduría es fuente de vida*. Adonde, como parece, juntó la ley y la fuente; lo uno, porque poner Cristo a sus ovejas ley, es criar en ellas fuerzas y salud para ella por medio de la gracia, así como he dicho. Y lo otro, porque eso mismo que nos manda, es aquello de que se ceba nuestro descanso y nuestra verdadera vida. Porque todo lo que nos manda es que vivamos en descanso y que gocemos de paz, y que seamos ricos y alegres, y que consigamos la verdadera nobleza. Porque no plantó Dios sin causa en nosotros los deseos de estos bienes, ni condenó lo que él mismo plantó; sino que la ceguedad de nuestra miseria, movida del deseo, y no conociendo el bien a que se endereza el deseo, y engañada de otras cosas que tienen apariencia de aquello que se desea, por apetecer la vida, sigue la muerte, y en lugar de las riquezas y de la honra, va desalentada en pos de la afrenta y de la pobreza. Y así, Cristo nos pone leyes que nos guien sin error a aquello verdadero que nuestro deseo apetece.

De manera que sus leyes dan vida, y lo que nos manda es nuestro puro sustento, y apaciéntanos con salud y con deleite y con honra y descanso, con esas mismas reglas que nos pone con que vivamos. Que, como dice el profeta: *Acerca de ti está la fuente de la vida, y en tu lumbré veremos la lumbré*. Porque la vida y el ver,

que es el sér verdadero, y las obras que a tal sér le convienen, nacen y manan, como de fuente, de la lumbre de Cristo, esto es, de las leyes suyas, así las de gracia, que nos da, como las de mandamientos, que nos escribe. Que es también la causa de aquella querella contra nosotros suya tan justa y tan sentida, que pone por Jeremías, diciendo: *Dejáronme a mí, fuente de agua viva, y caváronse cisternas quebradas, en que el agua no para.* Porque guiándonos él al verdadero pasto y al bien, escogemos nosotros por nuestras manos lo que nos lleva a la muerte. Y siendo fuente él, buscamos nosotros pozos; y siendo manantial su corriente, escogemos cisternas rotas, adonde el agua no se detiene. Y a la verdad, así como aquello que Cristo nos manda es lo mismo que nos sustenta la vida; así lo que nosotros por nuestro error escogemos, y los caminos que seguimos, guiados de nuestros antojos, no se pueden nombrar mejor que como el profeta los nombra.

Lo primero, cisternas cavadas en tierra con increíble trabajo nuestro, esto es, bienes buscados entre la vileza del polvo con diligencia infinita. Que si consideramos lo que suda el avariento en su pozo, y las ansias con que anheia el ambicioso a su bien, y lo que cuesta de dolor al lascivo el deleite, no hay trabajo ni miseria que con la suya se iguale. Y lo segundo, nombra las cisternas secas y rotas, grandes en apariencia y que convidan a sí a los que de lejos las ven y les prometen agua que satisfaga a su sed; mas en la verdad son hoyos hondos y oscuros y yermos de aquel mismo bien que prometen, o por mejor decir, lle-

nos de lo que le contradice y repugna, porque en lugar de agua dan cieno. Y la riqueza del avaro le hace pobre; y al ambicioso su deseo de honra le trae a ser apocado y vil siervo; y el deleite deshonesto a quien lo ama le atormenta y enferma.

Mas si Cristo es PASTOR, porque rige apastando y porque sus mandamientos son mantenimientos de vida, también lo será porque en su regir no mide a sus ganados por un mismo rasero, sino atiende a lo particular de cada uno que rige. Porque rige apacentando, y el pasto se mide según la hambre y necesidad de cada uno que padece. Por donde, entre las propiedades del buen PASTOR, pone Cristo en el Evangelio, que llama por su nombre a cada una de sus ovejas; que es decir que conoce lo particular de cada una de ellas, y la rige y llama al bien en la forma particular que más le conviene, no a todas por una forma, sino a cada cual por la suya. Que de una manera padece Cristo a los flacos, y de otra a los crecidos en fuerza; de una a los perfectos, y de otra a los que aprovechan; y tiene con cada uno su estilo, y es negocio maravilloso el secreto trato que tiene con sus ovejas, y sus diferentes y admirables maneras. Que así como en el tiempo que vivió con nosotros, en las curas y beneficios que hizo no guardó con todos una misma forma de hacer, sino a unos curó con su sola palabra, a otros con su palabra y presencia, a otros tocó con la mano, a otros no los sanaba luego después de tocados, sino cuando iban su camino y ya de él apartados les enviaba salud; a unos que se la pedían y a

otros que le miraban callando; así en este trato oculto y en esta medicina secreta que en sus ovejas contino hace, es extraño milagro ver la variedad de que usa y cómo se hace y se mide a las figuras y condiciones de todos. Por lo cual llama bien San Pedro *multiforme* a su gracia, porque se transforma con cada uno en diferentes figuras.

Y no es cosa que tiene una figura sola o un rostro. Antes como al pan que en el templo antiguo se ponía ante Dios, que fué clara imagen de Cristo, le llama pan de *faces* la Escritura divina; así el gobierno de Cristo y el sustento que da a los suyos es de muchas *faces* y es pan. Pan porque sustenta, y de muchas *faces* porque se hace con cada uno según su manera; y como en el maná dice la Sabiduría que hallaba cada uno su gusto, así diferencia sus pastos Cristo, conformándose con las diferencias de todos. Por lo cual su gobierno es gobierno extremadamente perfecto; porque, como dice Platón, no es la mejor gobernación la de leyes escritas; porque son unas y no se mudan, y los casos particulares son muchos y que se varían, según las circunstancias, por horas. Y así, acaece no ser justo en este caso lo que en común se estableció con justicia; y el tratar con sola la ley escrita, es como tratar con un hombre cabezudo por una parte y que no admite razón, y por otra poderoso para hacer lo que dice, que es trabajoso y fuerte caso. La perfecta gobernación es de ley viva, que entienda siempre lo mejor, y que quiera siempre aquello bueno que entiende; de manera que la ley sea el bueno y sano juicio del que gobierna,

que se ajusta siempre con lo particular de aquel a quien rige.

Mas porque este gobierno no se halla en el suelo, porque ninguno de los que hay en él es ni tan sabio ni tan bueno, que, o no se engañe o no quiera hacer lo que ve que no es justo, por eso es imperfecta la gobernación de los hombres, y solamente no lo es la manera con que Cristo nos rige: que, como está perfectamente dotado de saber y bondad, ni yerra en lo justo ni quiere lo que es malo; y así, siempre ve lo que a cada uno conviene, y a eso mismo le guía, y como San Pablo de sí dice: *A todos se hace todas las cosas, para ganarlos a todos.* Que toca ya en lo tercero y propio de este oficio, según que dijimos, que es ser un oficio lleno de muchos oficios, y que todos los administra el PASTOR. Porque verdaderamente es así, que todas aquellas cosas que hacen para la felicidad de los hombres, que son diferentes y muchas, Cristo principalmente las ejecuta y las hace; que él nos llama y nos corrige y nos lava y nos sana y nos santifica y nos deleita y nos viste de gloria. Y de todos los medios de que Dios usa para guiar bien un alma, Cristo es el merecedor y el autor.

Mas ; qué bien y qué copiosamente dice de esto el Profeta! *Porque el Señor Dios dice así: Yo mismo buscaré mis ovejas y las rebuscaré; como revé el pastor su rebaño cuando se pone en medio de sus desparcidas ovejas, así yo buscaré mi ganado. Sacaré mis ovejas de todos los lugares a do se esparcieron en el día de la nube y de la oscuridad; y sacarélas de los pueblos, y recoger-*

las he de las tierras, y tornarélas a meter en su patria, y las apacentaré en los montes de Israel. En los arroyos y en todas las moradas del suelo las apacentaré con pastos muy buenos, y serán sus pastos en los montes de Israel más erguidos. Allí reposarán en pastos sabrosos, y pacerán en los montes de Israel pastos gruesos. Yo apacentaré a mi rebaño y yo le haré que repose, dice Dios el Señor. A la oveja perdida buscaré, a la ausentada tornaré a su rebaño, ligaré a la quebrada y daré fuerza a la enferma, y a la gruesa y fuerte castigaré, paceréla en juicio: Porque dice que él mismo busca sus ovejas, y que las guía si estaban perdidas, y si cautivas las redime, y si enfermas las sana; y él mismo las libra del mal y las mete en el bien y las sube a los pastos más altos. En todos los arroyos y en todas las moradas las apacienta, porque en todo lo que les sucede les halla pastos, y en todo lo que permanece o se pasa; y porque todo es por Cristo, añade luego el Profeta: Yo levantaré sobre ellas un PASTOR y apacentarálas mi siervo David; él las apacentará y él será su PASTOR; y yo, el Señor, seré su Dios, y en medio de ellas ensalzado mi siervo David.

En que se consideran tres cosas. Una, que para poner en ejecución todo esto que promete Dios a los suyos, les dice que les dará a Cristo PASTOR, a quien llama siervo suyo; y David, porque es descendiente de David según la carne, en que es menor y sujeto a su padre. La segunda, que para tantas cosas promete un solo PASTOR, así para mostrar que Cristo puede con todo, como

para enseñar que en él es siempre uno el que rige. Porque en los hombres, aunque sea uno solo el que gobierna a los otros, nunca acontece que los gobierne uno solo; porque de ordinario viven en uno muchos, sus pasiones, sus afectos, sus intereses, que manda cada uno su parte. Y la tercera es, que este PASTOR que Dios promete y tiene dado a su Iglesia, dice que ha de estar levantado en medio de sus ovejas, que es decir que ha de résidir en lo secreto de sus entrañas, enseñoreándose de ellas, y que las ha de apacentar dentro de sí. Porque cierto es que el verdadero pasto del hombre está dentro del mismo hombre y en los bienes de que es señor cada uno. Porque es sin duda el fundamento del bien aquella división de bienes en que Epicteto, filósofo, comienza su libro; porque dice de esta manera: *De las cosas, unas están en nuestra mano y otras fuera de nuestro poder. En nuestra mano están los juicios, los apetitos, los deseos y los desvíos, y en una palabra, todas las que son nuestras obras. Fuera de nuestro poder están el cuerpo y la hacienda, y las honras y los mandos, y en una palabra, todo lo que no es obras nuestras. Las que están en nuestra mano son libres de suyo y que no padecen estorbo ni impedimento; mas las que van fuera de nuestro poder son flacas y siervas, y que nos pueden ser estorbadas, y al fin son ajenas todas. Por lo cual conviene que adviertas que si lo que de suyo es siervo lo tuvieses por libre tú, y tuvieses por propio lo que es ajeno, serás embarazado fácilmente, y caerás en tristeza y en turbación, y reprenderás a veces*

a los hombres y a Dios. Mas si solamente tuvieres por tuyo lo que de veras lo es, y lo ajeno por ajeno, como lo es en verdad, nadie te podrá hacer fuerza jamás, ninguno estorbará tu designio, no reprendrás a ninguno, ni tendrás queja de él, no harás nada forzado, nadie te dañará, ni tendrás enemigo, ni padecerás detrimento.

Por manera que, por cuanto la buena suerte del hombre consiste en el buen uso de aquellas obras y cosas de que es señor enteramente, todas las cuales obras y cosas tiene el hombre dentro de sí mismo y debajo de su gobierno, sin respeto a fuerza exterior; por eso el regir y el apacentar al hombre, es el hacer que use bien de esto que es suyo y que tiene encerrado en sí mismo. Y así Dios con justa causa pone a Cristo, que es su PASTOR, en medio de las entrañas del hombre, para que, poderoso sobre ellas, guíe sus opiniones, sus juicios, sus apetitos y deseos al bien, con que se alimente y cobre siempre mayores fuerzas el alma, y se cumpla de esta manera lo que el mismo Profeta dice: Que serán apacentados en todos los mejores pastos de su tierra propia; esto es, en aquello que es pura y propiamente buena suerte y buena dicha del hombre. Y no en esto solamente, sino también en los montes altísimos de Israel, que son los bienes soberanos del cielo, que sobran (1) a los naturales bienes sobre toda manera, porque es señor de todos ellos aque-

(1) Sobrepujan, exceden. Véase Dic. Acad.

mismo PASTOR que los guía, o para decir la verdad, porque los tiene todos y amontonados en sí.

Y porque los tiene en sí, por esa misma causa, lanzándose en medio de su ganado, mueve siempre a sí sus ovejas; y no lanzándose solamente, sino levantándose y encumbrándose en ellas, según lo que el Profeta de él dice. Porque en sí es alto por el amontonamiento de bienes soberanos que tiene; y en ellas es alto también, porque aparentándolas las levanta del sueño y las aleja cuanto más va de la tierra, y las tira siempre hacia sí mismo, y las enrisca en su alteza, encumbrándolas siempre más y entrañándolas en los altísimos bienes suyos. Y porque él uno mismo está en los pechos de cada una de sus ovejas, y porque su pacerlas es ayuntarlas consigo y entrañarlas en sí, como ahora decía, por eso le conviene también lo postrero que pertenece al PASTOR, que es hacer unidad y rebaño. Lo cual hace Cristo por maravilloso modo, como por ventura diremos después. Y bástenos decir ahora que no está la vestidura tan allegada al cuerpo del que la viste, ni ciñe tan estrechamente por la cintura la cinta, ni se ayuntan tan conformemente la cabeza y los miembros, ni los padres son tan deudos del hijo, ni el esposo con su esposa tan uno, cuanto Cristo, nuestro divino PASTOR, consigo y entre sí hace una su grey.

Así lo pide y así lo alcanza, y así de hecho lo hace. Que los demás hombres que, antes de él y sin él, introdujeron en el mundo leyes y sectas, no sembraron paz, sino división; y no vinieron a reducir a rebaño, sino, como Cristo dice en San

Juan, fueron ladrones y mercenarios, que entraron a dividir y desollar y dar muerte al rebaño. Que, aunque la muchedumbre de los malos haga contra las ovejas de Cristo bando por sí, no por eso los malos son unos ni hacen un rebaño suyo en que estén adunados; sino cuanto son sus deseos y sus pasiones y sus pretendencias, que son diversas y muchas, tanto están diferentes contra sí mismos; y no es rebaño el suyo de unidad y de paz, sino ayuntamiento de guerra y gavilla de muchos enemigos, que entre sí mismos se aborrecen y dañan, porque cada uno tiene su diferente querer. Mas Cristo, nuestro PASTOR, porque es verdaderamente PASTOR, hace paz y rebaño. Y aun por esto, allende de lo que dicho tenemos, le llama Dios PASTOR *uno* en el lugar alegado; porque su oficio todo es hacer unidad. Así que, Cristo es PASTOR por todo lo dicho, y porque si es del pastor el desvelarse para guardar y mejorar su ganado. Cristo vela sobre los suyos siempre y los rodea solícito. Que, como David dice: *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos en sus ruegos.* Y aunque la madre se olvide de su hijo, *yo, dice, no me olvido de ti.* Y si es del pastor trabajar por su ganado al frío y al hielo, ¿quién cual Cristo trabajó por el bien de los suyos? Con verdad Jacob, como en su nombre decía: *Gravemente laceré de noche y de día, unas veces al calor y otras veces al hielo, y huyó de mis ojos el sueño.* Y si es del pastor servir abatido, vivir en hábito despreciado y no ser adorado y servido, Cristo, hecho al traje de sus ovejas, y vestido de su bajeza y su piel, sirvió por ganar su ganado.

Y porque habemos dicho cómo le conviene a Cristo todo lo que es de PASTOR, digamos ahora las ventajas que en este oficio Cristo hace a todos los otros pastores. Porque no solamente es PASTOR, sino PASTOR como *no lo fué otro ninguno*, que así lo certificó él cuando dijo: *Yo soy el buen PASTOR*. Que el *bueno* allí es señal de excelencia, como si dijese el PASTOR aventajado entre todos. Pues sea la primera ventaja, que los otros lo son o por caso o por suerte; mas Cristo nació para ser PASTOR, y escogió, antes que naciese, nacer para ello; que, como de sí mismo dice, abajó del cielo y se hizo PASTOR hombre, para buscar al hombre, oveja perdida. Y así como nació para llevar a pacer, dió, luego que nació, a los pastores nueva de su venida. Demás de esto, los otros pastores guardan el ganado que hallan; mas nuestro PASTOR él se hace el ganado que ha de guardar: que no sólo debemos a Cristo que nos rige y nos apacienta en la forma ya dicha, sino también y primeramente, que siendo animales fieros, nos da condiciones de ovejas, y que siendo perdidos, nos hace ganados suyos, y que cría en nosotros el espíritu de sencillez y de mansedumbre y de santa y fiel humildad, por el cual pertenecemos a su rebaño. Y la tercera ventaja es que murió por el bien de su grey; lo que no hizo algún otro pastor; y que por sacarnos de entre los dientes del lobo, consintió que liciesen en él presa los lobos. Y sea lo cuarto, que es así PASTOR, que es pasto también, y que su apacentar es darse a sí a sus ovejas. Porque el regir Cristo a los suyos y el llevarlos al pasto, no es

otra cosa sino hacer que se lance en ellos y que se embeba y que se incorpore su vida, y hacer que con encendimientos fieles de caridad, le traspasen sus ovejas a sus entrañas, en las cuales traspasado, muda él sus ovejas en sí. Porque cebándose ellas de él, se desnudan a sí de sí mismas y se visten de sus cualidades de Cristo; y creciendo con este dichoso pasto el ganado, viene por sus pasos contados a ser con su PASTOR una cosa.

Y, finalmente, como otros nombres y oficios le convengan a Cristo, o desde algún principio o hasta un cierto fin o según algún tiempo, este nombre de PASTOR en él carece de término; porque antes que naciese en la carne, apacentó a las criaturas luego que salieron a luz; porque él gobierna y sustenta las cosas, y él mismo da cebo a los ángeles, y todo espera de él su mantenimiento a su tiempo, como en el salmo se dice. Y ni más ni menos, nacido ya hombre, con su espíritu y con su carne apacienta a los hombres; y luego que subió al cielo, llovió sobre el suelo su cebo; y luego y ahora y después, y en todos los tiempos y horas, secreta y maravillosamente y por mil maneras los ceba; en el suelo los apacienta, y en el cielo será también su PASTOR, cuando allá los llevare, y en cuanto se revolvieren los siglos, y en cuanto vivieren sus ovejas, que vivirán eternamente con él, él vivirá en ellas, comunicándoles su misma vida, hecho su PASTOR y su pasto.

Y calló Marcelo aquí, significando a Sabino que pasase adelante, que luego desplegó el papel y leyó:

MONTE

LÁMASE Cristo MONTE, como en el capítulo segundo de Daniel, adonde se dice que la piedra que hirió en los pies de la estatua que vió el rey de Babilonia, y la desmenuzó y deshizo, se convirtió en un MONTE muy grande que ocupaba toda la tierra. Y en el capítulo segundo de Isaías: "Y en los postreros días será establecido el MONTE de la casa del Señor sobre la cumbre de todos los montes." Y en el salmo sesenta y siete: "El MONTE de Dios, MONTE enriscado y lleno de grosura."

Y en leyendo esto, cesó.

Y dijo Juliano luego:

—Pues que este vuestro papel, Marcelo, tiene la condición de Pitágoras, que dice, y no da razón de lo que dice, justo será que nos la déis vos por él. Porque los lugares que ahora alega, mayormente los dos postreros, algunos podrían dudar si hablan de Cristo o no.

—Muchos dicen muchas cosas—respondió Marcelo—; pero el papel siguió lo más cierto y lo mejor, porque en el lugar de Isaías casi no hay palabra (así en él como en lo que le antecede o se le sigue), que no señale a Cristo como con el dedo. Lo primero dice: *En los días postreros*; y como sabéis, lo postrero de los días, o los días postreros, en la santa Escritura es nombre que se da al tiempo en que Cristo vino, como se parece en la profecía de Jacob, en el capítulo último del libro de la creación y en otros muchos

lugares. Porque el tiempo de su venida, en el cual juntamente con Cristo comenzó a nacer la luz del Evangelio, y el espacio que dura el movimiento de esta luz, que es el espacio de su predicación, que va como un sol cercando el mundo, y pasando de unas naciones en otras; así que todo el discurso y suceso y duración de aqueste alumbramiento, se llama un día, porque es como el nacimiento y vuelta que da el sol en un día; y llámase postrero día, porque en acabando el sol del Evangelio su curso, que será en habiendo amanecido a todas las tierras, como este sol amanece, no ha de sucederle otro día. *Y será predicado, dice Cristo, aqueste Evangelio por todo el mundo, y luego tendrá el fin.*

Demás de esto dice: *Será establecido*; y la palabra original significa un establecer y afirmar no mudable, ni como si dijésemos, movedido o sujeto a las injurias y vueltas del tiempo. Y así en el salmo con esta misma palabra se dice: *El Señor afirmó su trono sobre los cielos.* Pues ¿qué monte otro hay, o qué grandeza no sujeta a mudanza, sino es Cristo sólo, cuyo reino no tiene fin, como dijo a la Virgen el Angel? Pues ¿qué se sigue tras esto. *El MONTE*, dice, *de la casa del Señor*, adonde la una palabra es como declaración de la otra, como diciendo: el MONTE, esto es, la casa del Señor. La cual casa entre todas por excelencia es Cristo nuestro Redentor, en quien reposa y mora Dios enteramente, como es escrito. *En el cual reposa todo lo lleno de la divinidad.* Y dice más: *Sobre la cumbre de los montes*: que es cosa que solamente de Cristo se puede

con verdad decir. Porque *monte* en la Escritura, y en la secreta manera de hablar de que en ella usa el Espiritu-Santo, significa todo lo eminente, o en poder temporal, como son los principes, o en virtud y saber espiritual, como son los profetas y los prelados; y decir montes sin limitación, es decir todos los montes, o como se entiende de un artículo que está en el primer texto en aqueste lugar, es decir, los montes más señalados de todos, así por alteza de sitio como por otras cualidades y condiciones suyas. Y decir que será establecido sobre todos los montes, no es decir solamente que este MONTE es más levantado que los demás, sino que está situado sobre la cabeza de todos ellos; por manera que lo más bajo de él está sobrepuesto a lo que es en ellos más alto.

Y así, juntando con palabras descubiertas todo aquesto que he dicho, resultará de todo ello aquesta sentencia: que la raíz o, como llamamos, la falda de este MONTE que dice Isaías, esto es, lo menos y más humilde de él, tiene debajo de sí a todas las altezas más señaladas y altas que hay, así temporales como espirituales. Pues ¿qué alteza o encumbramiento será aqueste tan grande, si Cristo no es? O ¿a qué otro monte de los que Dios tiene convendrá una semejante grandeza? Veamos lo que la santa Escritura dice, cuando habla con palabras llanas y sencillas de Cristo, y cotejémoslo con los rodeos de aqueste lugar; y si halláremos que ambas partes dicen lo mismo, no dudemos de que es uno mismo aquel de quien hablan.

¿Qué dice David? *Dijo el Señor a mi Señor: asiéntate a mi mano derecha hasta que ponga por escaño de tus pies a tus enemigos.* Y el apóstol San Pablo: *Para que al nombre de Jesús doblen las rodillas todos, así los del cielo como los de la tierra y los del infierno.* Y el mismo, hablando propiamente del misterio de Cristo, dice: *Lo flaco de Dios que parece, es más valiente que la fortaleza toda; y lo considerado, más sabio que cuanto los hombres saben.* Pues allí se pone el monte sobre los montes, y aquí la alteza toda del mundo y del infierno por escaño de los pies de Jesucristo; aquí se le arrodiilla lo criado, allí todo lo alto le está sujeto; aquí su humildad, su desprecio, su cruz, se dice ser más sabia y más poderosa que cuanto pueden y saben los hombres; allí la raíz de aquel monte se pone sobre las cumbres de todos los montes.

Así que no debemos dudar de que es Cristo aqueste MONTE de que habla Isaías. Ni menos de que es aquel de quien canta David en las palabras del salmo alegado. El cual salmo todo es manifiesta profecía, no de un misterio sólo, sino casi de todos aquellos que obró Cristo para nuestra salud. Y es oscuro salmo al parecer, pero oscuro a los que no dan en la vena del verdadero sentido, y siguen sus imaginaciones propias; con las cuales, como no dice el salmo bien, ni puede decir, para ajustarle con ellas revuelven la letra y oscurecen y turban la sentencia, y al fin se fatigan en balde; mas al revés, si se toma una vez el hilo de él y su intento, las mismas cosas se van

diciendo y llamándose unas a otras, y trabándose entre sí con maravilloso artificio. Y lo que toca ahora a nuestro propósito (porque sería apartarnos mucho de él declarar todo el salmo), así que lo que toca al verso que de este salmo alega el papel, para entender que el monte de quien el verso habla es Jesucristo, basta ver lo que luego se sigue, que es: MONTE *en el cual le aplació a Dios morar en él y cierto morará en él eternamente*. Lo cual, si no es de Jesucristo, de ningún otro se puede decir. Y son muy de considerar cada una de las palabras, así de este verso como del verso que le antecede; pero no turbemos ni confundamos el discurso de nuestra razón.

Digamos primero qué quiere decir que Cristo se llame MONTE. Y dicho, y volviendo sobre estos mismos lugares, diremos algo de las cualidades que da en ellos el Espíritu-Santo a este MONTE. Pues digo así: que demás de la eminencia señalada que tienen los montes sobre lo demás de la tierra (como Cristo la tiene, en cuanto hombre, sobre todas las criaturas), la más principal razón por qué se llama MONTE, es por la abundancia o, digámoslo así, por la preñez riquísima de bienes diferentes que atesora y comprende en sí mismo. Porque, como sabéis, en la lengua hebrea, en que los sagrados libros en su primer origen, se escriben, la palabra con que el monte se nombra, según el sonido de ella, suena en nuestro castellano el *preñado*; por manera que los que nosotros llamamos *montes*, llama el hebreo por nombre propio *preñados*.

Y díceles este nombre muy bien, no sólo por la figura que tienen alta y redonda, y como hinchada sobre la tierra, por lo cual parecen el vientre de ella, y no vacío ni flojo vientre, mas lleno y preñado; sino también porque tienen en sí como concebido, y lo paren y sacan a luz a sus tiempos, casi todo aquello que en la tierra se estima. Producen árboles de diferentes maneras: unos que sirven de madera para los edificios, y otros que con sus frutas mantienen la vida. Paren yerbas, más que ninguna otra parte del suelo, de diversos géneros y de secretas y eficaces virtudes. En los montes por la mayor parte se conciben las fuentes y los principios de los ríos, que, naciendo de allí y cayendo en los llanos después, y torciendo el paso por ellos, fertilizan y hermocean las tierras. Allí se cría el azogue y el estaño, y las venas ricas de la plata y del oro, y de los demás metales todas las minas, las piedras preciosas, y las canteras de las piedras firmes, que son más provechosas, con que se fortalecen las ciudades con muros y se ennoblecen con suntuosos palacios. Y, finalmente, son como una arca los montes, y como un depósito de todos los mayores tesoros del suelo.

Pues por la misma manera, Cristo, nuestro Señor, no sólo en cuanto Dios, que según esta razón, por ser el Verbo divino, por quien el Padre cría todas las cosas, las tiene todas en sí de mejores quilates y ser que son en sí mismas; mas también según que es hombre, es un MONTE y un amontonamiento y preñez de todo lo bueno

y provechoso y deleitoso y glorioso que en el deseo y en el seno de las criaturas cabe, y de mucho más que no cabe. En él está el remedio del mundo y la destrucción del pecado y la victoria contra el demonio; y las fuentes y mineros de toda la gracia y virtudes que se derraman por nuestras almas y pechos, y los hacen fértiles, en él tienen su abundante principio; en él tienen sus raíces, y de él nacen y crecen con su virtud, y se visten de hermosura y de fruto las hayas altas y los soberanos cedros, y los árboles de la mirra, como dicen los *Cantares*, y del incienso: los apóstoles y los mártires y profetas y vírgenes. Él mismo es el sacerdote y el sacrificio, el pastor y el pasto, el doctor y la doctrina, el abogado y el juez, el premio y el que da el premio, la guía y el camino, el médico, la medicina, la riqueza, la luz, la defensa y el consuelo es él mismo, y sólo él. En él tenemos la alegría en las tristezas, el consejo en los casos dudosos, y en los peligrosos y desesperados el amparo y la salud.

Y por obigarnos más a sí, y porque buscando lo que nos es necesario en otras partes, no nos divirtiésemos (1) de él, puso en sí la copia y la abundancia, o, si decimos, la tienda y el mercado, o será mejor decir, el tesoro abierto y liberal de todo lo que nos es necesario, útil y dulce, así en lo próspero como en lo adverso, así en la vida como en la muerte también.

(1) No nos apartásemos.

así en los años trabajosos de aqueste destierro como en la vivienda eterna y feliz a do caminamos. Y como el MONTE alto, en la cumbre, se toca de nubes y las traspasa, y parece que llega hasta el cielo, y en las faldas cría viñas y mieses, y da pastos saludables a los ganados; así lo alto y la cabeza de Cristo es Dios, que traspasa los cielos y es consejos altísimos de sabiduría, adonde no puede arribar ingenio ninguno mortal; mas lo humilde de él, sus palabras llanas, la vida pobre y sencilla y santísima que morando entre nosotros vivió, las obras que como hombre hizo, y las pasiones y dolores que de los hombres y por los hombres sufrió, son pastos de vida para sus fieles ovejas. Allí hallamos el trigo, que esfuerza el corazón de los hombres, y el vino que les da verdadera alegría; y el óleo, hijo de la oliva y engendrador de la luz, que destierra nuestras tinieblas. *El risco*, dice el salmo, *es refrigerio de los conejos*. Y en ti ¡oh verdadera guarida de los pobrecitos amedrentados, Cristo Jesús!; y en ti, ¡oh amparo dulce y seguro, oh acogida llena de fidelidad!, los afligidos y acosados del mundo nos escondemos. Si vertieren agua las nubes y se abrieren los canales del cielo, y saliendo la mar de madre, si anegare las tierras y sobrepujaren como en el diluvio sobre los montes las aguas, en este MONTE, que se asienta sobre la cumbre de todos los montes, no las tememos. Y si los montes, como dice David, trastornados de sus lugares cayeron en el corazón de la mar, en este MONTE no mudable enriscados carecemos de miedo.

Mas ¿qué hago yo ahora, o adónde me lleva el ardor? Tornemos a nuestro hilo; y ya que hemos dicho el por qué es MONTE Cristo, digamos, según que es MONTE, las cualidades que le da la Escritura.

Decía, pues, Daniel, que una piedra sacada sin manos, hirió en los pies de la estatua y la volvió en polvo, y la piedra creciendo se hizo monte tan grande que ocupó toda la tierra. En lo cual primeramente entendemos que este grandísimo monte era primero una pequeña piedra. Y aunque es así, que Cristo es llamado piedra por diferentes razones, pero aquí la piedra dice fortaleza y pequeñez. Y así, es cosa digna de considerar que no cayó hecha monte grande sobre la estatua y la deshizo, sino hecha piedra pequeña. Porque no usó Cristo, para destruir la alteza y poder tirano del demonio, y la adoración usurpada y los ídolos que tenía en el mundo, de la grandeza de sus fuerzas ni derrocó sobre él el brazo y el peso de su divinidad encubierta, sino lo humilde que había en él, y lo bajo y lo pequeño: su carne santa y su sangre vertida, y el ser preso y condenado y muerto crudelísimamente. Y esta pequeñez y flaqueza fué fortaleza dura, y toda la soberbia del infierno y su monarquía quedó rendida a la muerte de Cristo. Por manera que primero fué piedra, y después de piedra MONTE. Primero se humilló, y humilde venció; y después vencedor glorioso, descubrió su claridad, y ocupó la tierra y el cielo con la virtud de su nombre.

Mas lo que el Profeta significó por rodeos,

¡cuán llanamente lo dijo el Apóstol! *El haber subido*, dice hablando de Cristo, *¿qué es sino por haber descendido primero hasta lo bajo de la tierra? El que descendió, ese mismo subió sobre todos los cielos para henchir todas las cosas.* Y en otra parte: *Fué hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual ensalzó su nombre Dios sobre todo nombre.* Y como dicen del árbol, que cuanto lanza las raíces más en lo hondo, tanto en lo alto crece y sube más por el aire; así a la humildad y pequeñez de esta piedra correspondió la grandeza sin medida del MONTE; y cuanto primero se disminuyó, tanto después fué mayor. Pero acontece que la piedra que se tira hace gran golpe, aunque sea pequeña, si el brazo que la envía es valiente; y pudiérase, por ventura, pensar que si esta piedra pequeña hizo pedazos la estatua, fué por la virtud de alguna fuerza extraña y poderosa que la lanzó. Mas no fué así, ni quiso que se imaginase así el Espíritu-Santo; y por esta causa añadió que hirió a la estatua sin manos, conviene a saber, que no la hirió con fuerza mendigada de otro ni con poder ajeno, sino con el suyo mismo hizo tan señalado golpe. Como pasó en la verdad. Porque lo flaco y lo despreciado de Cristo, su pasión y su muerte, aquel humilde escupido y escarnecido, fué tan de piedra, quiero decir, tan firme para sufrir y tan fuerte y duro para herir que cuanto en el soberbio mundo es tenido por fuerte no pudo resistir a su golpe; mas antes cayó todo quebrantado y deshecho, como si fuera vidrio delgado. Y aun, lo que es

más de maravillar. no hirió aquesta piedra la frente de aquel bu'to espantable, sino solamente los pies adonde nunca la herida es mortal; mas, sin embargo de esto, con aquel golpe dado en los pies vinieron a menos los pechos y hombros y el cuello y cabeza de oro. Porque fué así, que el principio del Evangelio y los primeros golpes que Cristo dió para deshacer la pujanza mundana, fueron en los pies de ella y en lo que andaba como rastreando en el suelo: en las gentes bajas y viles, así en oficio como en condición. Y heridos éstos con la verdad, y vencidos y quebrados del mundo, y como muertos a él y puestos debajo la piedra las cabezas y los pechos, esto es, los sabios y los altos, cayeron todos: unos para sujetarse a la piedra, y otros para quedar quebrados y desmenuzados de ella; unos para dejar su primero y mal sér, y otros para crecer para siempre en su mal. Y así, unos destruidos y otros convertidos, la piedra, transformándose en MONTE, ella sola ocupó todo el mundo.

Es también MONTE hecho y como nacido de piedra, porque entendamos que no es terreno ni movedizo este MONTE, ni tal que puede ser menoscabado o disminuído en alguna manera. Y con esto, pasemos a ver lo demás que decía de él el santo David.

El MONTE, dice, del Señor, MONTE cuajado, MONTE grueso. Quiere decir fértil y abundante MONTE, como a la buena tierra solemos llamarla tierra gruesa. Y la condición de la tierra gruesa es ser espesa y tenaz y maciza, y no delga-

da y arenisca, y ser tierra que bebe mucha agua, y que no se anega o deshace con ella, sino antes la abraza toda en sí, y se engruesa e hinche de jugo; y así, después son conformes a aquesta grosura las mieses que produce espesas y altas, y las cañas gruesas y las espigas grandes.

Bien es verdad que adonde decimos *grueso*, el primer texto dice *Basan*, que es nombre propio de un monte llamado así en la Tierra-Santa, que está de la otra parte del Jordán, en la suerte que cupo a los de Gad y Rubén y a la mitad de la tribu de Manasés. Pero era señaladamente abundante este monte; y así, nuestro texto, aunque calló el nombre, guardó bien el sentido y puso la misma sentencia; y en lugar de *Basan* puso *monte grueso*, cual lo es el *Basan*.

Pues es Cristo, ni más ni menos, no como arena flaca y movediza, sino como tierra de cuerpo y de tomo, y que bebe y contiene en sí todos los dones del Espíritu-Santo, que la Escritura suele muchas veces nombrar con nombre de aguas; y así el fruto que de este MONTE sale, y las mieses que se crían en él, nos muestran bien a la clara si es grueso y fecundo este MONTE. De las cuales mieses, David, en el salmo setenta y uno, debajo de la misma figura de trigo y de mieses y de frutos del campo, hablando a la letra del reino de Cristo, nos canta diciendo: *Y será, de un puñado de trigo echado en la tierra en las cumbres de los montes, el fruto suyo más levantado que el Líbano; y por las villas florecerán como el heno de la tierra.* O porque en este punto, y di-

ciendo esto, me vino a la memoria, quiérollo decir como nuestro común amigo lo dijo, traduciendo en verso castellano este salmo:

... ¡Oh siglos de oro,
cuando tan sola una
espiga sobre el cerro, tal tesoro
producirá sembrada.
de mieses ondeando, cual la cumbre
del Líbano ensalzada;
cuando con más largueza y muchedumbre
que el heno en las ciudades
el trigo crecerá!

Y porque se viese claro que este fruto, que se llama trigo, no es trigo, y que aquesta abundancia no es buena disposición de tierra ni templanza de cielo clemente; sino que es fruto de justicia y mieses espirituales nunca antes vistas, que nacen por la virtud de este MONTE, añade luego:

... por do despliega
la fama en mil edades
el nombre de este rey, y al cielo llega.

Mas ¿nació por ventura con este fruto su nombre, o era ya y vivía en el seno de su Padre, primero que la rueda de los siglos comenzase a moverse? Dice:

El nombre, que primero
que el sol manase luz resplandecía,

en quien hasta el postrero
 mortal será bendito, a quien de día,
 de noche celebrando,
 las gentes darán loa y bienandanza.
 Y dirán alabando:
 “Señor Dios de Israel, ¿qué lengua alcanza
 a tu debida gloria?”

Salido he de mi camino. llevado de la go'losi
 na del verso; mas volvamos a él.

Y habiendo dicho esto Marcelo y tomando un
 poco de aliento, quería pasar adelante; mas Julia-
 no, deteniéndole, dijo:

—Antes que digáis más, me decid, Marcelo:
 este común amigo nuestro que nombrasteis, cu-
 yos son estos versos, ¿quién es? Porque, aun-
 que yo no soy muy poeta, hanme parecido muy
 bien y debe hacerlo, ser el sujeto (1) cual es, en
 quien sólo a mi juicio se emplea la poesía como
 debe.

—Gran verdad, Juliano, es—respondió al pun-
 to Marcelo—lo que decís. Porque éste es sólo
 digno sujeto de la poesía; y los que la sacan de
 él, y forzándola la emplean, o por mejor decir,
 la pierden en argumentos de liviandad, habían
 de ser castigados como públicos corrompedores
 de dos cosas santísimas: de la poesía y de las
 costumbres. La poesía corrompen, porque sin
 duda la inspiró Dios en los ánimos de los hom-
 bres para con el movimiento y espíritu de ella

(1) Asunto o materia sobre que se habla o escribe. (Véase Dic. Acad.)

levamarlos al cielo, de donde ella procede; porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino; y así, en los profetas casi todos, así los que fueron movidos verdaderamente por Dios, como los que incitados por otras causas sobrehumanas hablaron, el mismo espíritu que los despertaba y levantaba a ver lo que los otros hombres no veían, les ordenaba y componía y como metrificaba en la boca las palabras, con número y consonancia debida, para que hablasen por más subida manera que las otras gentes hablaban, y para que el estilo del decir se asemejase al sentir, y las palabras y las cosas fuesen conformes.

Así, que corrompen esta santidad y corrompen también, lo que es mayor mal, las santas costumbres; porque los vicios y las torpezas, disimuladas y enmeladas con el sonido dulce y artificioso del verso, recíbense en los oídos con mejor gana, y de ellos pasan al ánimo, que de suyo no es bueno, y lánzanse en él poderosísimamente; y hechas señoras de él, y desterrando de allí todo buen sentido y respeto, corrompenlo, y muchas veces sin que el mismo que es corrompido lo sienta. Y es, iba a decir donaire, y no es donaire, sino vituperable inconsideración, que las madres celosas del bien de sus hijas les vedan las pláticas de algunas otras mujeres, y no les vedan los versos y los cantarcillos de argumentos livianos, los cuales hablan con ellas a todas horas; y sin recatarse de ellos, antes aprendiéndolos y cantándolos, las atraen a sí y las persua-

den secretamente, y derramándole su ponzoña poco a poco por los pechos, las inficionan y pierden. Porque así como en la ciudad, perdido el alcázar de ella y puesto en las manos de los enemigos, tōda ella es perdida; así, ganado una vez, quiero decir, perdido el corazón, y aficionado a los vicios y embeleñado con ellos, no hay cerradura tan fuerte ni centinela tan veladora y despierta, que baste a la guarda. Pero esto es de otro lugar, aunque la necesidad o el estrago que el uso malo, introducido más ahora que nunca, hace en las gentes, hace también que se pueda tratar de ello a propósito en cualquier lugar. Mas, dejándolo ahora, espántome, Juliano, que me preguntéis quién es el común amigo que dije, pues no podéis olvidaros que, aunque cada uno de nosotros dos tenemos amistad con muchos amigos, uno sólo tenemos que la tiene conmigo y con vos cuasi en igual grado; porque a mí me ama como a sí, y a vos en la misma manera como yo os amo, que es muy poco menos que a mí (1).

—Razón tenéis—respondió Juliano—en condenar mi descuido; y ya entiendo muy bien por quién decís. Y pues tendréis en la memoria algunos otros salmos de los que ha puesto en verso este amigo nuestro, mucho gustaría yo, y Sabino gustará de ello, si no me engaño, también, que en los lugares que se os ofrecieren de aquí adelante uséis de ellos, y nos los digáis.

(1) De estas sutilezas claramente se deduce que Marcelo es el propio Fray Luis de León.

—Sabino—respondió Marcelo—no sé yo si gustará de oír lo que sabe; porque, como más mozo y más aficionado a los versos, tiene cuasi en la lengua estos salmos que pedís; pero haré vuestro gusto, y aun Sabino podrá servir de acordármelos si yo me olvidare, como será posible olvidarme. Así que él me los acordará, o si más le pluguiere, dirálos él mismo; y aun es justo que le plega, porque los sabrá decir con mejor gracia.

De esto postrero se rieron un poco Juliano y Sabino. Y diciendo Sabino que lo haría así y que gustaría de hacerlo, Marcelo tornó a seguir su razón, y dijo:

—Decíamos, pues, que este sagrado MONTE, conforme a lo del salmo, era fértil señaladamente, y probamos su grosura por la muchedumbre y por la grandeza de las mieses que de él han nacido, y referimos que David, hablando de ellas, decía que de un puñado de trigo esparcido sobre la cumbre del monte, serían el fruto y cañas que nacerían de él tan altas y gruesas que igualarían a los cedros altos del Líbano; de manera que cada caña y espiga sería como un cedro, y todas ellas vestirían la cumbre de su monte, y meneadas del aire ondearían sobre él como ondean las copas de los cedros y de los otros árboles soberanos de que el Líbano se corona. En lo cual David dice tres cualidades muy señaladas; porque, lo uno, dice que son mieses de trigo, cosa útil y necesaria para la vida, y no árboles, más vistosos en ramas y hojas que provechosos en fruto, como fueron los antiguos filó-

sofos y los que por su sola industria quisieron alcanzar la virtud: y lo otro, afirma que estas mieses, no só'o por ser trigo son mejores sino en alteza también son mayores mucho que la arbolada del Líbano; que es cosa que se ve por los ojos, si cotejamos la grandeza de nombre que dejaron después de sí los sabios y grandes del mundo con la honra merecida que se da en la Iglesia a los santos, y se les dará siempre, floreciendo cada día más en cuanto el mundo durare: y lo tercero, dice que tiene origen aqueste fruto de muy pequeños principios, de un puñado de trigo sembrado sobre la cumbre de un monte, adonde de ordinario crece el trigo mal; porque, o no hay tierra, sino peña, en la cumbre, o si la hay, es tierra muy flaca, y el lagar muy frío por razón de su alteza. Pues esta es una de las mayores maravillas que vemos en la virtud que nace y se aprende en la escuela de Cristo: que, de principios al parecer pequeños y que cuasi no se echan de ver, no sabréis cómo ni de qué manera nace y crece y sube en brevísimo tiempo a incomparable grandeza.

Bien sabemos todos lo mucho que la antigua filosofía se trabajó por hacer virtuosos los hombres—sus preceptos, sus disputas, sus revueltas cuestiones—, y vemos cada hora en los libros la hermosura y el dulzor de sus escogidas y artificiosas palabras; mas también sabemos, con todo aqueste aparato suyo, el pequeño fruto que hizo, y cuán menos fué lo que dió de lo que se esperaba de sus largas promesas. Mas en Cristo no

pasó así; porque, si miramos lo general, del mismo que se llama no muchos granos, sino un grano de trigo muerto, y de doce hombres bajos y simples, y de su doctrina, en palabras tosca y en sentencias breve, y al juicio de los hombres amarga y muy áspera, se hinchó el mundo todo de incomparable virtud, como diremos después en su propio y más conveniente lugar. Y por semejante manera, si ponemos los ojos en lo particular que cada día acontece en muchas personas, ¿quién es el que lo considera que no salga de sí? El que ayer vivía como sin ley, siguiendo en pos de sus deseos sin rienda, y que estaba ya como encallado en el mal; el que servía al dinero y cogía el deleite, soberbio con todos, y con sus menores soberbio y cruel, hoy, con una palabra que le tocó en el oído, y pasando de allí al corazón, puso en él su simiente, tan delicada y pequeña que apenas él mismo la entiende, ya comienza a ser otro; y en pocos días, cundiendo por toda el alma la fuerza secreta del pequeño grano, es otro del todo; y crece así en nobleza de virtud y buenas costumbres, que la hojarasca seca, que poco antes estaba ordenada al infierno, es ya árbol verde y hermoso, lleno de fruto y de flor; y el león es oveja ya, y el que robaba lo ajeno derrama ya en los ajenos sus bienes; y el que se revolcaba en la hediondez, esparce alrededor de sí, y muy lejos de sí por todas partes, la pureza del buen olor.

Y, como dije, si tornando al principio, comparamos la grandeza de aquesta planta y su hermosura con el pequeño grano de donde nació y

con el breve tiempo en que ha venido a ser tal, veremos en extraña pequeñez admirable y no pensada virtud. Y así, Cristo en unas partes dice que es como el grano de mostaza, que es pequeño y trasciende; y en otras se asemeja a perla oriental, pequeña en cuerpo y grande en valor; y parte hay donde dice que es levadura, la cual en sí es poca y parece muy vil, y escondida en una gran masa, cuasi súbitamente cunde por ella toda y la inficiona. Excusado es ir buscando ejemplos en esto, adonde la muchedumbre nos puede anegar. Mas entre todos es clarísimo el del apóstol San Pablo, a quien hacemos hoy fiesta. ¿Quién era, y quién fué, y cuán en breve y cuán con una palabra se convirtió de tinieblas en luz, y de ponzonia en árbol de vida para la Iglesia?

Pero vamos más adelante. Añade David MONTE *cuajado*. La palabra original quiere decir el queso, y quiere también decir lo corcovado, y propiamente, y de su origen, significa todo lo que tiene en sí algunas partes eminentes e hinchadas sobre las demás que contiene; y de aquí, el queso y lo corcovado se llama con esta palabra. Pues juntando esta palabra con el nombre de MONTE, como hace David aquí, y poniéndola en el número de muchos, como está en el primer texto, suena, como leyó San Agustín, MONTE *de quesos*, o como trasladan ahora algunos, MONTE *de corcovas*, y de la una y de la otra manera viene muy bien. Porque en decir lo primero se declara y especifica más la fertilidad de este MONTE, el cual, no sólo es de tierra gruesa y aparejada para producir mieses,

sino también es MONTE de quesos o de cuajados; esto es, significando por el efecto la causa, MONTE de buenos pastos para el ganado, digo MONTE bueno para pan llevar, y para apacentar ganados no menos bueno. Y, como dice bien San Agustín, el pan y la grosura del MONTE que le produce es el mantenimiento de los perfectos; la leche que se cuaja en el queso y los pastos que la crían es el propio manjar de los que comienzan en la virtud, como dice San Pablo. *Como a niños os di leche, y no manjar macizo.* Y así, conforme a esto, se entiende que este MONTE es general sustento de todos, así de los grandes en la virtud con su grosura, como de los recién nacidos en ella con sus pastos y leche.

Mas si decimos de la otra manera, MONTE *de corcovas* o de hinchazones, dicese una señalada verdad. Y es, que como hay unos montes que suben seguidos hasta lo alto, y en lo alto hacen una punta soía y redonda, y otros que hacen muchas puntas y que están como compuestos de muchos cerros, así Cristo no es MONTE, como los primeros eminente y excelente en una cosa sola, sino MONTE hecho de montes, y una grandeza llena de diversas e incomparables grandezas; y, como si dijésemos, MONTE que todo él es montes, para que, como escribe divinamente San Pablo, *tenga principado y eminencia en todas las cosas.*

Dice más: *¿Qué sospecháis, montes de cerros? Este es el MONTE que Dios escogió para su morada, y ciertamente el Señor mora en él para siempre.* Habla con todo lo que se tiene a sí:

mismo por alto y que se opone a Cristo, presumiendo de traer competencias con él; y díceles: *¿Qué sospecháis?* O como en otro lugar San Jerónimo puso: *¿Qué pleiteáis o qué peleáis contra este MONTE?* Y es como si más claro dijese: ¿qué presunción o qué pensamiento es el vuestro; oh montes! cuanto quiera que seáis, según vuestra opinión, eminentes, de oponeros con este MONTE; pretendiendo, o vencerle, o poner en vosotros lo que Dios tiene ordenado de poner en él, que es su morada perpetua? Como si dijese: muy en balde y muy sin fruto os fatigáis. De lo cual entendemos dos cosas: la una, que este MONTE es envidiado y contradecido de muchos montes; y la otra, que es escogido de Dios entre todos.

Y de lo primero, que toca a la envidia y contradicción, es, como si dijésemos, hado de Cristo el ser siempre envidiado: que no es pequeño consuelo para los que le siguen, como se lo pronosticó el viejo Simeón luego que lo vió niño en el templo, y hablando con su madre, lo dijo: *Ves este niño; será caída y levantamiento para muchos en Israel, y como blanco a quien contradirán muchos.* Y el salmo segundo en este mismo propósito: *¿Porqué, dice, bramaron las gentes y los pueblos trataron consejos vanos? Pusiéronse los reyes de la tierra, y los príncipes se hicieron á una contra el Señor y contra su Cristo.* Y fué el suceso bien conforme al pronóstico, como se pareció en la contradicción que hicieron a Cristo las cabezas del pueblo hebreo por todo el discurso de su vida, y en la conjuración que hicie-

ron entre sí para traerle a la muerte. Lo cual, si se considera bien, admira mucho más sin duda; porque si Cristo se tratara como pudo tratarse, y conforme a lo que se debía a la alteza de su persona; si apeteciera el mando temporal sobre todos, o si en palabras o si en hechos fuera altivo y deseoso de enseñorearse; si pretendiera, no hacer bienes, sino enriquecerse de bienes, y sujetando a las gentes, vivir con su sudor y trabajo de ellas en vida de descanso abundante; si le envidiaran y si se le opusieran muchos movidos por sus intereses, ninguna maravilla fuera, antes fuera lo que cada día acontece. Mas siendo la misma llaneza, y no anteponiéndose a nadie ni queriendo derrocar a ninguno de su preeminencia y oficio, viviendo sin fausto y humilde, y haciendo bienes jamás vistos generalmente a todos los hombres, sin buscar ni pedir ni aun querer recibir por ello ni honra ni interés, que le aborreciesen las gentes, y que los grandes desamasen a un pobre, y los potentados y pontificados a un humilde bienhechor, es cosa que espanta.

Pues ¿acabóse esta envidiosa oposición con su muerte, y a sus discípulos de él y a su doctrina no contradijeron después, ni se opusieron contra ellos los hombres? Lo que fué en la cabeza, eso mismo aconteció por los miembros. Y como él mismo lo dijo: *No es el discípulo sobre el maestro; si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros.* Así puntualmente les aconteció con los empe-

radores y con los reyes y con los príncipes de la sabiduría del mundo. Y por la manera que nuestra bienaventurada luz, debiendo, según toda buena razón, ser amado, fué perseguido, así a los suyos y a su doctrina, con quitar todas las causas y ocasiones de envidia y de enemistad, les hizo toda la grandeza del mundo enemiga cruel. Porque los que enseñaban, no a engrandecer las haciendas ni a caminar a la honra y a las dignidades, sino a seguir el estado humilde y ajeno de envidia, y a ceder de su propio derecho con todos, y a empobrecerse a sí para el remedio de la ajena pobreza, y a pagar el mal con el bien; y los que vivían así, como lo enseñaban, hechos unos públicos bienhechores: ¿quién pensará jamás que pudieran ser aborrecidos y perseguidos de nadie?; o cuando lo fueran de alguno, ¿quién creyera que lo habían de ser de los reyes, y que el poderío y grandeza había de tomar armas, y mover guerra contra una tan humilde bondad? Pero era aquesta la suerte que dió a este MONTE Dios, para mayor grandeza suya.

Y aun si queremos volver los ojos al principio y al primer origen de aqueste aborrecimiento y envidia, hallaremos que mucho antes que comenzase a ser Cristo en la carne, comenzó aqueste su odio; y podremos venir en conocimiento de su causa de él en esta manera. Porque el primero que le envidió y aborreció fué Lucifer, como lo afirma, y muy conforme a la doctrina verdadera, el glorioso Bernardo; y co-

menzóle a aborrecer luego que (habiéndoles a él y a algunos otros ángeles revelado Dios alguna parte de este su consejo y misterio), conoció que disponía Dios de hacer príncipe universal de todas las cosas a un hombre. Lo cual conoció luego al principio del siglo y antes que cayese, y cayó por aventura por aquesta ocasión. Porque volviendo los ojos a sí, y considerando soberbiamente la perfección altísima de sus naturales, y mirando juntamente con esto el singular grado de gracias y dones de que le había dotado Dios, más que a otro ángel alguno, contento de sí y miserablemente desvanecido, apeteció para sí aquella excelencia; y de apetecerla vino a no sujetarse a la orden y decreto de Dios, y a salir de su santa obediencia, y a trocar la gracia en soberbia: por donde fué hecho cabeza de todo lo arrogante y soberbio, así como lo es Cristo de todo lo llano y humilde. Y como del que en la escalera bajando pierde algún paso, no para su caída en un escalón, sino de uno en otro llega hasta el postrero cayendo; así Lucifer, de la desobediencia para con Dios cayó en el aborrecimiento de Cristo, concibiendo contra él primero envidia y después sangrienta enemistad, y de la enemistad nació en él absoluta determinación de hacerle guerra siempre con todas sus fuerzas.

Y así lo intentó primero en sus padres, matando y condenando en ellos, cuanto fué en sí, toda la sucesión de los hombres; y después en su persona misma de Cristo, persiguiéndole por

sus ministros y trayéndolo a muerte; y de allí en los discípulos y seguidores de él, de unos en otros hasta que se cierran los siglos, encendiendo contra ellos a sus principales ministros, que es a todo aquello que se tiene por sabio y por alto en el mundo. En la cual guerra y contienda, peleando siempre contra la flaqueza el poder, y contra la humildad la soberbia, y la maña y la astucia contra la sencillez y bondad, al fin quedan aquellos vencidos pareciendo que vencen. Y contra este enemigo propiamente endereza David las palabras de que vamos hablando. Porque a este ángel y a los demás ángeles, que le siguieron en tantas maneras de naturales y graciosos bienes enriscados e hinchados, llama aquí corcovados y enriscados montes, o por decirlo mejor, montes montuosos; y a éstos les dice así: ¿Porqué ¡oh montes soberbios! o envidiáis la grandeza del hombre en Cristo, que os es revelada, o le movéis guerra pretendiendo estorbarla, o sospecháis que se debía esta gloria a vosotros, o que será parte vuestra contradicción para quitársela?; que yo os hago seguros que será vano este trabajo vuestro, y que redundará toda aquesta pelea en mayor acrecentamiento suyo; y que por mucho que os empinéis, él pisará sobre vosotros, y la Divinidad reposará en él dulce y agradablemente por todos los siglos sin fin.

Y habiendo Marcelo dicho aquesto, callóse, y luego Sabino, entendiendo que había acabado, y desplegando de nuevo el papel, y mirando en él, dijo:

—Lo que se sigue ahora es asaz breve en palabras, mas sospecho que en cosas ha de dar bien que decir; y dice así.

PADRE DEL SIGLO FUTURO

EL *sexto nombre es* PADRE DEL SIGLO FUTURO. Así le llama *Isaiás en el capítulo nueve, diciendo: "Y será llamado PADRE DEL SIGLO FUTURO"*.

—Aún no me había despedido del MONTE—respondió Marcelo entonces—, mas pues Sabino ha pasado adelante, y para lo que me quedaba por decir habrá por ventura después otro mejor lugar, sigamos lo que Sabino quiere. Y dice bien, que lo que ahora ha propuesto es breve en palabras y largo en razón; a lo menos, si no es largo, es hondo y profundo, porque se encierra en ello una gran parte del misterio de nuestra redención. Lo cual, si como ello es, pudiese caber en mi entendimiento, y salir por mi lengua vestido con las palabras y sentencias que se le deben, ello solo henchiría de luz y de amor celestial nuestras almas. Pero confiados del favor de Jesucristo, y ayudándome en ello vuestros santos deseos, comencemos a decir lo que él nos diere; y comencemos de esta manera.

Cierta cosa es, y averiguada en la Santa Escritura, que los hombres para vivir a Dios tenemos necesidad de nacer segunda vez, demás de aquella que nacemos cuando salimos del vientre de nuestras madres. Y cierto es que todos los fieles nacen este segundo nacimiento,

en el cual está el principio y origen de la vida santa y fiel. Así lo afirmó Cristo a Nicodemus, que, siendo maestro en la ley, vino una noche a ser su discípulo. Adonde, como por fundamento de la doctrina que le había de dar, presupuso esto, diciendo: *Ciertamente te digo que ningún hombre, si no torna a nacer segunda vez, no podrá ver el reino de Dios.*

Pues por la fuerza de los términos correlativos, que entre sí se responden, se sigue muy bien que donde hay nacimiento hay hijo, y donde hijo, hay también padre. De manera que si los fieles, naciendo de nuevo, comenzamos a ser nuevos hijos, tenemos forzosamente algún nuevo padre cuya virtud nos engendra; el cual padre es Cristo. Y por esta causa es llamado PADRE DEL SIGLO FUTURO, porque es el principio original de esta generación bienaventurada y segunda, y de la multitud innumerable de descendientes que nacen por ella.

Mas, porque esto se entienda mejor, en cuanto puede ser de nuestra flaqueza entendido, tomemos de su principio toda esta razón y digamos lo primero de dónde vino a ser necesario que el hombre naciese segunda vez; y dicho esto, y procediendo de grado en grado ordenadamente, diremos todo lo demás que a la claridad de todo este argumento y a su entendimiento conviene, llevando siempre, como en estrella de guía, puestos los ojos en la luz de la Escritura sagrada, y siguiendo las pisadas de los doctores y santos antiguos.

Pues, conforme a lo que yo ahora decía, como

la infinita bondad de Dios, movida de su sola virtud, ante todos los siglos se determinase de levantar a sí la naturaleza del hombre, y de hacerla particionera de sus mayores bienes y señora de todas sus criaturas; Lucifer, luego que lo conoció, encendido de envidia, se dispuso a dañar e infamar el género humano en cuanto pudiese, y estragarle en el alma y en el cuerpo, por tal manera, que hecho inhábil para los bienes del cielo, no viniese a efecto lo que en su favor había ordenado Dios. *Por envidia del demonio, dice el Espíritu-Santo en la Sabiduría, entró la muerte en el mundo.* Y fué así que luego que vió criado al primer hombre y cercado de la gracia de Dios, y puesto en lugar deleitoso y en estado bienaventurado, y como en un vecino y cercano escalón para subir al eterno y verdadero bien, echó también juntamente de ver que le había Dios vedado la fruta del árbol, y puéstole, si la comiese, pena de muerte, en la cual incurriese, cuanto a la vida del alma luego, y cuanto a la del cuerpo después; y sabía por otra parte el demonio que Dios no podía por alguna manera volverse de lo que una vez pone. Y así, luego se imaginó que si él podía engañar al hombre, y acabar con él (1), que traspasase aquel mandamiento, lo dejaba necesariamente perdido y condenado a la muerte, así del alma como del cuerpo; y por la misma razón, lo hacía incapaz del bien para que Dios le ordenaba.

(1) Alcanzar, conseguir. (Véase Dic. Acad.)

Mas, porque se le ofreció que aunque pecase aquel hombre primero, en los que después de él naciesen podría Dios traer a efecto lo que tenía ordenado en favor de los hombres, determinóse de poner en aquel primero, como en la fuente primera, su ponzoña y las semillas de su soberbia y profanidad y ambición, y las raíces y principios de todos los vicios; y poner un atizador contino de ellos, para que, juntamente con la naturaleza, en los que naciesen de aquel primer hombre se derramase y extendiese este mal, y así naciesen todos culpados y aborrecibles a Dios, e inclinados a continuas y nuevas culpas, e inútiles todos para ser lo que Dios había ordenado que fuesen. Así lo pensó, y como lo pensó lo puso por obra. Y sucedióle su pretensión; porque inducido y persuadido del demonio, el hombre pecó; y con esto tuvo por acabado su hecho, esto es; tuvo al hombre por perdido a remate, y tuvo por desbaratado y deshecho el consejo de Dios.

Y a la verdad, quedó extrañamente dificultoso y revuelto todo este negocio del hombre; porque se contradecían y como hacían guerra entre sí dos decretos y sentencias divinas, y no parecía que se podía dar corte, ni tomar medio alguno que bueno fuese; porque por una parte había decretado Dios de ensalzar el hombre sobre todas las cosas, y por otra parte había afirmado que si pecase le quitaría la vida del alma y del cuerpo; y había pecado. Y así, si cumplía Dios el decreto primero, no cumplía con el segundo; y al revés, cumpliendo el segundo dicho, el primero se des-

hacia y borraba; y juntamente con esto, no podía Dios, así en lo uno como en lo otro, no cumplir su palabra; porque no es mudable Dios en lo que una vez dice, ni puede nadie poner estorbo a lo que él ordena que sea. Y cumplirlo en ambas cosas parecía imposible; porque si a alguno se ofrece que fuera bueno criar Dios otros hombres no descendientes de aquel primero, y cumplir con éstos la ordenación de su gracia, y la sentencia de su justicia ejecutarla en los otros; Dios lo pudiera hacer muy bien sin ninguna duda; pero todavía quedaba falta, y como menor, la verdad de la promesa primera, porque la gracia de ella no se prometía a cualesquiera, sino a aquellos hombres que criaba Dios en Adán, esto es, a los que de él descendiesen. Por lo cual, en esto, que no parecía haber medio, el saber no comprensible de Dios lo halló, y dió salida a lo que por todas partes estaba con dificultades cerrado. Y el medio y la salida fué, no criar otro nuevo linaje de hombres, sino dar orden cómo aquellos mismos ya criados, y por orden de descendencia nacidos, naciesen de nuevo otra vez para que ellos mismos y unos mismos, según el primer nacimiento muriesen. y viviesen según el segundo; y en lo uno ejecutase Dios la pena ordenada, y la gracia y la grandeza prometida cumpliera Dios en lo otro; y así, quedase en todo verdadero y glorioso.

Mas, ¡qué bien, aunque brevemente, San León Papa dice esto que he dicho!: *Porque se alababa, dice, el demonio, que el hombre, por su engaño inducido al pecado, había ya de carecer de*

los dones del cielo, y que desnudado del don de la inmortalidad quedaba sujeto a dura sentencia de muerte; y porque decía que había hallado consuelo de sus caídas y males con la compañía del nuevo pecador, y que Dios también pidiéndolo así la razón de su severidad y justicia para con el hombre, al cual crió para honra tan grande, había mudado su antiguo y primer parecer; pues por esto fué necesario que usase Dios de nueva y secreta forma de consejo; para que Dios, que es inmutable y cuya voluntad no puede ser impedida en los largos bienes que hacer determina, cumpliese con misterio más secreto el primer decreto y ordenación de su clemencia; y para que el hombre, por haber sido inducido a culpa por el engaño y astucia de la maldad infernal, no pereciese, contra lo que Dios tenía ordenado.

Esta, pues, es la necesidad que tiene el hombre de nacer segunda vez. A lo cual se sigue saber qué es o qué fuerza tiene y en qué consiste este nuevo y segundo nacimiento. Para lo cual presupongo que cuando nacemos, juntamente con la substancia de nuestra alma y cuerpo con que nacemos, nace también en nosotros un espíritu y una infección infernal, que se extiende y derrama por todas las partes del hombre y se enseñorea de todas y las daña y destruye. Porque en el entendimiento es tinieblas, y en la memoria olvido, y en la voluntad culpa y desorden de las leyes de Dios, y en los apetitos fuego y desenfrenamiento, y en los sentidos engaño, y en las obras pecado y maldad, y en todo el cuerpo desatamiento y flaqueza y penalidad, y, final-

mente, muerte y corrupción. Todo lo cual San Pablo suele comprender con un solo nombre, y lo llama *pecado y cuerpo de pecado*. Y Santiago dice *que la rueda de nuestro nacimiento*, esto es, el principio de él o la substancia con que nacemos, *está encendida con fuego del infierno*. De manera que en la substancia de nuestra alma y cuerpo nace, cuando ella nace, impresa y apegada esta mala fuerza, que con muchos nombres apenas puede ser bien declarada; la cual se apodera de ella así, que no solamente la inficiona y contamina y hace casi otra, sino también la mueve y enciende y lleva por donde quiere, como si fuese alguna otra substancia o espíritu asentado y engerido en el nuestro, y poderoso sobre él.

Y si quiere saber alguno la causa por qué nacemos así, para entenderlo hase de advertir: lo primero, que la substancia de la naturaleza del hombre, ella de sí y de su primer nacimiento es substancia imperfecta, y como si dijésemos, comenzada a hacer; pero tal, que tiene libertad y voluntad para poder acabarse y figurarse del todo en la forma, o mala o buena, que más le pluguiere; porque de suyo no tiene ninguna, y es capaz para todas, y maravillosamente fácil y como de cera para cada una de ellas. Lo segundo, hase también de advertir que esto que le falta y puede adquirir el hombre, que es como cumplimiento y fin de la obra, aunque no le da cuando lo tiene el sér y el vivir y el moverse, pero dale el ser bueno o ser malo, y dale determinadamente su bien y figura propia, y es como

el espíritu y la forma de la misma ánima, y la que la lleva y determina a la cualidad de sus obras, y lo que se extiende y trasluce por todas ellas, para que obre como vive y para que sea lo que hace, conforme al espíritu que la cualifica y la mueve a hacer.

Pues aconteciónos así: que Dios cuando formó el primer hombre, y formó en él a todos los que nacemos de él, como en su simiente primera, porque le formó con sus manos so'las, y de las manos de Dios nunca sale cosa menos acabada o perfecta, sobrepuso luego a la substancia natural del hombre los dones de su gracia, y ñgurólo particularmente con su sobrenatural imagen y espíritu, y sacólo como si dijésemos de un golpe y de una vez acabado del todo y divinamente acabado. Porque al que, según su facilidad natural, se podía figurar en condiciones y mañas, o como bruto o como demonio o como ángel, figuróle él como Dios, y puso en él una imagen suya sobrenatural y muy cercana a su semejanza, para que así él como los que estábamos en él, naciendo después, la tuviésemos siempre por nuestra, si el primer padre no la perdiese.

Mas perdióla presto, porque traspasó la ley de Dios; y así, fué despojado luego de aquesta perfección de Dios que tenía; y despojado de ella, no fué su suerte tal que quedase desnudo, sino, como dicen del truco de Glauco y Diomedes, trocando desigualmente las armas, juntamente fué desnudado y vestido: desnudado del espíritu y figura sobrenatural de Dios, y

vestido de la culpa y de su miseria, y del traje y figura y espíritu del demonio, cuyo inducimiento siguió. Porque así como perdió lo que tenía de Dios, porque se apartó de él; así, porque siguió y obedeció a la voz del demonio, concibió luego en sí su espíritu y sus mañas, permitiendo por esta razón Dios justísimamente que debajo de aquel manjar visible, por vía y fuerza secreta, pusiese en él el demonio una imagen suya, esto es, una fuerza malvada muy semejante a él.

La cual fuerza, unas veces llamamos ponzoña, porque se presentó el demonio en figura de sierpe; otras ardor y fuego, porque nos enciende y abrasa con no creíbles ardores; y otras pecado, porque consiste toda ella en desorden y desconcierto, y siempre inclina a desorden. Y tiene otros mil nombres, y son pocos todos para decir lo malo que ella es; y el mejor es llamarla un otro demonio, porque tiene y encierra en sí las condiciones todas del demonio: soberbia, arrogancia, envidia, desacato de Dios, afición a bienes sensibles, amor de deleites y de mentira y de enojo y de engaño y de todo lo que es vanidad. El cual mal espíritu, así como sucedió al bueno que el hombre tenía antes; así en la forma del daño que hizo, imitó al bien y al provecho que hacía el primero. Y como aquél perfeccionaba al hombre, no sólo en la persona de Adán, sino también en la de todos los que estábamos en él; y así como era bien general, que ya en virtud y en derecho lo teníamos todos, y lo tuviéramos cada uno en real posesión en naciendo; así aquesta ponzoña emponzoña, no a Adán so-

lamente, sino a todos nosotros sus sucesores: primero a todos en la raíz y semilla de nuestro origen, y después en particular a cada uno cuando nacemos, naciendo juntamente con nosotros y apegada a nosotros.

Y esta es la causa por qué nacemos, como dije al principio, inficionados y pecadores; porque, así como aquel espíritu bueno, siendo hombres, nos hacía semejantes a Dios, así aqueste mal y pecado añadido a nuestra substancia, y naciendo con ella, la figura y hace que nazca, aunque en forma de hombre, pero acondicionada como demonio y serpentina verdaderamente; y por el mismo caso culpada y enemiga de Dios, e hija de ira y del demonio y obligada al infierno. Y tiene aún, demás de éstas, otras propiedades esta ponzoña y maldad, las cuales iré refiriendo ahora, porque nos servirán mucho para después.

Y lo primero, tiene que entre aquestas dos cosas que digo, de las cuales la una es la substancia del cuerpo y del alma, y la otra esta ponzoña y espíritu malo, hay esta diferencia quanto a lo que toca a nuestro propósito: que la substancia del cuerpo y del alma ella de sí es buena y obra de Dios, y si llegamos la cosa a su principio, la tenemos de sólo Dios. Porque el alma él sólo la cría; y del cuerpo, cuando al principio lo hizo de un poco de barro, él sólo fué el hacedor; y ni más ni menos, cuando después lo produce de aquel cuerpo primero, y como van los tiempos los saca a luz en cada uno que nace, él también es el principal de la obra. Mas el otro espíritu ponzoñoso y soberbio en ninguna manera es obra

de Dios, ni se engendra en nosotros con su querer y su voluntad, sino es obra toda del demonio y del primer hombre: del demonio, inspirando y persuadiendo; del hombre, voluntaria y culpablemente recibéndolo en sí. Y así, esto sólo es lo que la Santa Escritura llama en nosotros *viejo hombre y viejo Adán*, porque es propia hechura de Adán; esto es, porque es, no lo que tuvo Adán de Dios, sino lo que él hizo en sí por su culpa y por virtud del demonio. Y llámase *vestidura vieja* porque, sobre la naturaleza que Dios puso en Adán, él se revistió después con esta figura, e hizo que naciósemos revestidos de ella nosotros. Y llámase *imagen del hombre terreno*, porque aquel hombre que Dios formó de la tierra se transformó en ella por su voluntad; y cual él se hizo entonces, tales nos engendra después, y le parecemos en ella, o por decir verdad, en ella somos del todo sus hijos, porque en ella somos hijos solamente de Adán; que en la naturaleza y en los demás bienes naturales con que nacemos somos hijos de Dios, o sola o principalmente, como arriba está dicho. Y sea aquesto lo primero.

Lo segundo, tiene otra propiedad aqieste mal espíritu; que su ponzoña y daño de él nos toca de dos maneras: una en virtud, otra formal y declaradamente. Y porque nos toca virtualmente de la primera manera, por eso nos toca formalmente después. En virtud nos tocó cuando nosotros aún no teníamos sér en nosotros, sino en el sér y en la virtud de aquel que fué padre de todos: en efecto y realidad, cuando de aquella

preñez venimos a esta luz. En el primer tiempo, este mal no se parecía claro sino en Adán solamente; pero entendiase que lanzaba su ponzoña con disimulación en todos los que estábamos en él también como disimulado; mas en el segundo tiempo, descubierta y expresamente, nace con cada uno. Porque si tomásemos ahora la pepita de un melocotón o de otro árbol cualquiera, en la cual están originalmente encerrados la raíz del árbol y el tronco y las hojas y flores y frutos de él; y si imprimiésemos en la dicha pepita por virtud de alguna infusión algún color y sabor extraño, en la pepita misma luego se ve y siente aqueste color y sabor; pero en lo que está encerrado en su virtud de ella aún no se ve, así como ni ello mismo aún no es visto. Pero entiéndese que está ya lanzado en ella aquel color y sabor, y que le está impreso en la misma manera que aquello todo está en la pepita encerrado; y verse ha abiertamente después en las hojas y flores y frutos que digo, cuando del seno de la pepita o grano donde estaban cubiertos se descubrieren y salieren a luz. Pues así y por la misma manera pasa en aquesto de que vamos hablando.

La tercera propiedad, y que se consigue a lo que ahora decíamos, es que esta fuerza o espíritu que decimos, nace al principio en nosotros, no porque nosotros por nuestra propia voluntad y persona la hicimos o merecimos, sino por lo que hizo y mereció otro que nos tenía dentro de sí, como el grano tiene la espiga; y así, su voluntad fué habida por nuestra voluntad y queriendo él, como quiso, inficionarse en la forma que

habemos dicho, fuimos vistos nosotros querer para nosotros lo mismo. Pero, dado que al principio esta maldad o espíritu de maldad nace en nosotros sin merecimiento nuestro propio; mas después, queriendo nosotros seguir sus ardores y dejándonos llevar de su fuerza, crece y se establece y confirma más en nosotros por nuestros desmerecimientos. Y así, naciendo malos y siguiendo el espíritu malo con que nacemos, merecemos ser peores, y de hecho lo somos.

Pues sea lo cuarto y postrero que esta mala ponzoña y simiente, que tantas veces ya digo que nace con la substancia de nuestra naturaleza y se extiende por ella, cuanto es de su parte la destruye y trae a perdición, y la lleva por sus pasos contados a la suma miseria; y cuanto crece y se fortifica en ella, tanto más la enflaquece y desmaya, y si debemos usar de esta palabra aquí, la anihila (1). Porque, aunque es verdad, como habemos ya dicho, que la naturaleza nuestra es de cera para hacer en ella lo que quisiéremos; pero como es hechura de Dios, y por el mismo caso buena hechura, la mala condición y mal ingenio y mal espíritu que le ponemos, aunque le recibe por su facilidad y capacidad, pero recibe daño con él, por ser, como obra de buen maestro, buena ella de suyo e inclinada a lo que es mejor. Y como la carcoma hace en el madero, que naciendo en él, lo consume; así esta maldad o mal espíritu, aunque se

(1) Aniquila.

haga a él y se envista de él nuestra naturaleza, la consume casi del todo.

Porque asentado en ella y como royendo en ella continuamente, pone desorden y desconcierto en todas las partes del hombre; porque pone en alboroto todo nuestro reino, y lo divide entre sí, y desata las ligaduras con que esta compostura nuestra de cuerpo y de alma se ata y se trabaja; y así, hace que ni el cuerpo esté sujeto al alma, ni el alma a Dios; que es camino cierto y breve para traer así el cuerpo como el alma a la muerte. Porque como el cuerpo tiene del alma su vida toda, vive más cuanto le está más sujeto; y por el contrario, se va apartando de la vida como va saliéndose de su ejecución y obediencia; y así, aqúeste dañado furor, que tiene por oficio sacarle de ella, en sacándole, que es desde el primer punto que se junta a él y que nace con él, le hace pasible (1) y sujeto a enfermedades y males; y así como va creciendo en él, le enflaquece más y debilita, hasta que al fin le desata y aparta del todo del alma, y le torna en polvo, para que quede para siempre hecho polvo, cuanto es de su parte.

Y lo que hace en el cuerpo, eso mismo hace en el alma; que como el cuerpo vive de ella, así ella vive de Dios, del cual este espíritu malo la aparta y va cada día apartándola más, cuanto más va creciendo. Y ya que no puede gastarla toda ni volverla en nada, porque es de metal que no se

(1) *Pasible*, adjetivo, que padece o es capaz de padecer. (Véase Dic. Acad.)

corrompe, gástala hasta no dejarle más vida de la que es menester para que se conozca por muerta, que es la muerte que la Escritura santa llama segunda muerte, y la muerte mayor o la que es sola o verdadera muerte; como se pudiera mostrar ahora aquí con razones que lo ponen delante los ojos; pero no se ha de decir todo en cada lugar. Mas lo propio de este que tratamos ahora, y lo que decir nos conviene, es lo que dice Santiago, el cual, como en una palabra, esto todo que he dicho lo comprende, diciendo: *El pecado, cuando llega a su colmo, engendra muerte.* Y es digno de considerar que cuando amenazó Dios al hombre con miedos para que no diese entrada en su corazón a aqueste pecado, la pena que le denunció fué eso mismo que él hace, y el fruto que nace de él, según la fuerza y la eficacia de su cualidad, que es una perfecta y acabada muerte; como no queriendo él por sí poner en el hombre las manos ni ordenar contra él extraordinarios castigos, sino dejarle al azote de su propio querer, para que fuese verdugo suyo eso mismo que había escogido.

Mas dejando esto aquí, y tornando a lo que al principio propuse, que es decir aquello en que consiste aqueste postrer nacimiento, digo que consiste, no en que nazca en nosotros otra substancia de cuerpo y de alma, porque eso no fuera nacer otra vez, sino nacer otros, con lo cual, como está dicho, no se conseguía el fin pretendido; sino consiste en que esta nuestra substancia nazca sin aquel mal espíritu y fuerza primera, y nazca con otro espíritu y fuerza contraria y di-

ferente de ella. La cual fuerza y espíritu en que, según decimos, consiste el segundo nacer, es llamado *hombre nuevo* y *Adán nuevo* en la Santa Escritura, así como el otro su contrario y primero se llama *hombre viejo*, como habemos ya dicho. Y así como aquél se extendía por todo el cuerpo y por toda el alma del hombre, así el bueno también se extiende por todo; y como lo desordenaba aquél, lo ordena éste; y lo santifica y trae últimamente a vida gloriosa y sin fin, así como aquél lo condenaba a muerte miserable y eterna. Y es, por contraria manera del otro, luz en el ánimo y acuerdo de Dios en la memoria, y justicia en la voluntad, y templanza en los deseos, y en los sentidos guía, y en las manos y en las obras provechoso mérito y fruto; y finalmente, vida y paz general de todo el hombre e imagen verdadera de Dios y que hace a los hombres sus hijos. Del cual espíritu y de los buenos efectos que hace y de toda su eficacia y virtud, los sagrados escritores, tratando de él debajo de diversos nombres, dicen mucho en muchos lugares; pero baste por todos San Pablo en lo que, escribiendo a los gálatas, dice de esta manera: *El fruto del Espíritu-Santo son caridad, gozo, paz, largueza de ánimo, bondad, fe, mansedumbre y templanza.* Y el mismo, en el capítulo tercero a los colosenses: *Despojándoos del hombre viejo, vestíos el nuevo, el renovado para conocimiento, según la imagen del que le crió.* Aquesto, pues, es nacer los hombres segunda vez. conviene a saber, vestirse de aqueste espíritu y nacer, no con otro sér y substancia, sino

cualicarse y acondicionarse de otra manera, y nacer con otro aliento diferente. Y aunque prometí solamente decir qué nacimiento era éste, en lo que he dicho he declarado, no sólo lo que es el nacer, sino también cuál es lo que nace, y las condiciones del espíritu que en nosotros nace, así la primera vez como la segunda.

Resta ahora que, pasando adelante, digamos qué hizo Dios y la forma que tuvo para que naciósemos de aquesta segunda manera; con lo cual, si lo llegamos al cabo, quedará casi acabado todo lo que a esta declaración pertenece.

Callóse Marcelo luego que dijo esto, y comenzábase a apercibir para tornar a decir; mas Juliano, que desde el principio le había oído atentísimo, y por algunas veces con significaciones y meneos había dado muestras de maravillarse, tomando la mano (1), dijo:

—Estas cosas, Marcelo, que ahora decís, no las sacáis de vos, ni menos sois el primero que las traéis a luz; porque todas ellas están como sembradas y esparcidas, así en los libros divinos como en los doctores sagrados, unas en unos lugares y otras en otros; pero sois el primero de los que he visto y oído yo que, juntando cada una cosa con su igual cuya es, y como pareándolas entre sí y poniéndolas en sus lugares, y trabándolas todas y dándoles orden, habéis hecho como un cuerpo y como un tejido de todas ellas. Y aunque es verdad que cada una de estas

(1) *Tomar la mano*, frase figurada. Comenzar a razonar o discutir sobre una materia. (Véase Dic. Acad.)

cosas por sí, cuando en los libros donde están las leemos, nos alumbran y enseñan; pero no sé en qué manera juntas y ordenadas, como vos ahora las habéis ordenado, hincen el alma juntamente de luz y de admiración, y parece que le abren como una nueva puerta de conocimiento. No sé lo que sentirán los demás. De mí os afirmo que, mirando a aqueste bulto de cosas y este concierto tan trabado del consejo divino, que vais ahora diciendo y aún no habéis dicho de todo; pero aquesto sólo que hasta aquí habéis platicado, mirándolo, me hace ya ver. a lo que me parece, en las letras sagradas muchas cosas, no digo que no las sabía, sino que no las advertía antes de ahora, y que pasaba fácilmente por ellas. Y aun se me figura también (no sé si me engaño) que este solo misterio así todo junto bien entendido, él por sí sólo basta a dar luz en muchos de los errores que hacen en este miserable tiempo guerra a la Iglesia, y basta a desterrar sus tinieblas de ellos. Porque en esto sólo que habéis dicho, y sin ahondar más en ello, ya se me ofrece a mí, y como se me viene a los ojos, ver cómo este nuevo espíritu, en que el segundo y nuevo nacimiento nuestro consiste, es cosa metida en nuestra alma que la transforma y renueva, así como su contrario de aquéste, que hace el nacimiento primero, vivía también en ella y la nificionaba. Y que no es cosa de imaginación ni de respeto exterior, como dicen los que desatinan ahora; porque, si fuera así, no hiciera nacimiento nuevo, pues en realidad de verdad no ponía cosa alguna nueva en nuestra substancia, antes

la dejaba en su primera vejez. Y veo también que este espíritu y criatura nueva es cosa que recibe crecimiento, como todo lo demás que nace; y veo que crece por la gracia de Dios y por la industria y buenos méritos de nuestras obras que nacen de ella; como al revés su contrario, viviendo nosotros en él y conforme a él, se hace cada día mayor y cobra mayores fuerzas, cuanto son nuestros desmerecimientos mayores. Y veo también que, obrando, crece este espíritu; quiero decir, que las obras que hacemos movidos de él merecen su crecimiento de él y son como su cebo y propio alimento, así como nuestros nuevos pecados ceban y acrecientan a ese mismo espíritu malo y dañado que a ellos nos mueve.

—Sin duda es así—respondió entonces Marcelo—que esta nueva generación, y el consejo de Dios acerca de ella, si se ordena todo junto y se declara y entiende bien, destruye las principales fuentes del error luterano, y hace su falsedad manifiesta. Y entendido bien esto de una vez, quedan claras y entendidas muchas escrituras que parecen revueltas y oscuras. Y si tuviese yo lo que para esto es necesario de ingenio y de letras, y si me concediese el Señor el ocio y el favor que yo le suplico, por ventura emprendería servir en este argumento a la Iglesia, declarando este misterio, y aplicándolo a lo que ahora entre nosotros y los herejes se alterca, y con el rayo de aquesta luz sacando de cuestión la verdad, que a mi juicio sería obra muy provechosa; y así como puedo, no me despidió de poner en ella mi estudio a su tiempo.

—¿Cuándo no es tiempo para un negocio semejante?—respondió Juliano.

—Todo es buen tiempo—respondió Marcelo—; mas no está todo en mi poder, ni soy mío en todos los tiempos. Porque ya veis cuántas son mis ocupaciones y la flaqueza grande de mi salud.

—¡Como si en medio de aquesas ocupaciones y poca salud—dijo, ayudando a Juliano, Sabino—, no supiésemos que tenéis tiempo para otras escrituras que no son menos trabajosas que ésta, y son de mucho menos utilidad!

—Esas son cosas—respondió Marcelo—que, dado que son muchas en número, pero son breves cada una por sí; mas ésta es larga escritura y muy trabada y de grandísima grávedad, y que comenzada una vez, no se podía, hasta llegarla al fin, dejar de la mano. Lo que yo deseaba era el fin de estos pleitos y pretendencias de escuelas, con algún mediano y reposado asiento. Y si al Señor le agradare servirse en esto de mí, su piedad lo dará.

—El lo dará—respondieron como a una Juliano y Sabino—; pero esto se debe anteponer a todo lo demás.

—Que se anteponga—dijo Marcelo—en buen hora, mas eso será después; ahora tornemos a proseguir lo que está comenzado.

Y callando con esto los dos, y mostrándose atentos, Marcelo tornó a comenzar así:

—Habemos dicho cómo los hombres nacemos segunda vez, y la razón y necesidad por qué nacemos así, y aquello en que este nacimiento consiste. Quédanos por decir la forma que tuvo y

tiene Dios para hacerle, que es decir lo que ha hecho para que seamos los hombres engendrados segunda vez. Lo cual es breve y largo juntamente: breve, porque con decir solamente que hizo un otro hombre, que es Cristo hombre, para que nos engendrarse segunda vez, así como el primer hombre nos engendró la primera, queda dicho todo lo que es ello en sí; mas es largo, porque para que esto mismo se entienda bien y se conozca, es menester declarar lo que puso Dios en Cristo; para que con verdad se diga ser nuestro PADRE, y la forma como él nos engendra. Y así lo uno como lo otro no se puede declarar brevemente.

Mas viniendo a ello, y comenzando de lo primero, digo que queriendo Dios y placiéndole por su bondad infinita dar nuevo nacimiento a los hombres, ya que el primero, por culpa de ellos era nacimiento perdido; porque de su ingenio es traer a su fin todas las cosas con suavidad y dulzura y por los medios que su razón de ellas pide y demanda; queriendo hacer nuevos hijos, hizo convenientemente un nuevo PADRE de quien ellos naciesen; y hacerle, fué poner en él todo aquello que para ser PADRE universal es necesario y conviene. Porque lo primero, porque había de ser PADRE de hombres, ordenó que fuese hombre; y porque había de ser PADRE de hombres ya nacidos, para que tornasen a renacer, ordenó que fuese del mismo linaje y metal de ellos. Pero porque en esto se ofrecía una grande dificultad: que, por una parte, para que renaciese de este nuevo PADRE nuestra substancia mejorada, convenía que

fuese él del mismo linaje y substancia; y por otra parte, estaba dañada e inficionada toda nuestra substancia en el primer padre; y por la misma causa, tomándola de él el segundo PADRE, parecía que la había de tomar asimismo dañada, y si la tomaba así, no pudiéramos nacer de él segunda vez puros y limpios y en la manera que Dios pretendía que naciésemos; así que, ofreciéndose aquesta dificultad, el sumo saber de Dios, que en las mayores dificultades resplandece más, halló forma cómo este segundo PADRE y fuese hombre del linaje de Adán, y no naciese con el mal y con el daño con que nacen los que nacemos de Adán. Y así, le formó de la misma masa y descendencia de Adán; pero no como se forman los demás hombres, con las manos y obra de Adán, que es todo lo que daña y estraga la obra, sino formóle con las suyas mismas y por sí solo y por la virtud de su espíritu, en las entrañas purísimas de la soberana Virgen, descendiente de Adán. Y de su sangre y substancia santísima, dándola ella sin ardor vicioso y con amor de caridad encendido, hizo el segundo Adán y PADRE nuestro universal, de nuestra substancia y ajeno del todo de nuestra culpa, y como panal virgen hecho con las manos del cielo de materia pura, o por mejor decir, de la flor de la pureza misma y de la virginidad. Y esto fué lo primero.

Y demás de esto, procediendo Dios en su obra, porque todas las cualidades que se descubren en la flor y en el fruto conviene que estén primero en la semilla, de donde la flor nace y el fruto; por eso, en éste, que había de ser el origen de

esta nueva y sobrenatural descendencia, asentó y colocó abundantísima, o infinitamente, por hablar más verdad, todo aquello bueno en que habíamos de renacer todos los que naciésemos de él: la gracia, la justicia, el espíritu celestial, la caridad, el saber, con todos los demás dones del Espíritu Santo; y asentólos como en principio, con virtud y eficacia para que naciesen de él en otros y se derivasen en sus descendientes, y fuesen bienes que pudiesen producir de sí otros bienes. Y porque en el principio no solamente están las cualidades de los que nacen de él, sino también esos mismos que nacen, antes que nazcan en sí, están en su principio como en virtud; por tanto, convino también que los que nacemos de este divino PADRE estuviésemos primero puestos en él como en nuestro principio y como en simiente, por secreta y divina virtud. Y Dios lo hizo así.

Porque se ha de entender que Dios, por una manera de unión espiritual e inefable, juntó con Cristo en cuanto hombre, y como encerró en él, a todos sus miembros; y los mismos que cada uno en su tiempo vienen a ser en sí mismos y a renacer y vivir en justicia, y los mismos que después de la resurrección de la carne, justos y gloriosos y por todas partes deificados, diferentes en personas, seremos unos en espíritu, así entre nosotros como con Jesucristo, o por hablar con más propiedad, seremos todos un Cristo; esos mismos, no en forma real, sino en virtud original, estuvimos en él antes que renaciésemos por obra y por artificio de Dios, que le plugo ayuntarnos así secreta y espiritualmente con quien había de

ser nuestro principio, para que con verdad lo fuese, y para que procediésemos de él, no naciendo según la substancia de nuestra humana naturaleza, sino renaciendo según la buena vida de ella, con el espíritu de justicia y de gracia. Lo cual, demás de que lo pide la razón de ser PADRE, consiguiese necesariamente a lo que antes de esto dijimos. Porque si puso Dios en Cristo espíritu y gracia principal, esto es, en sumo y eminente grado, para que de allí se engendrara el nuevo espíritu y la nueva vida de todos, por el mismo caso nos puso a todos en él, según aquesta razón; como en el fuego, que tiene en sumo grado el calor, y es por eso la fuente de todo lo que es en alguna manera caliente, está todo lo que lo puede ser, aun antes que lo sea, como en su fuente y principio.

Mas, por sacarlo de toda duda, será bien que lo probemos con el dicho y testimonio del Espíritu-Santo. San Pablo, movido por él en la carta que escribe a los efesios, dice lo que ya he alegado antes de ahora: que Dios en Cristo recapituló todas las cosas. Adonde la palabra del texto griego es palabra propia de los contadores, y significa lo que hacen cuando muchas y diferentes partidas las reducen a una, lo cual llamamos en castellano sumar. Adonde en la suma están las partidas todas, no como antes estaban ellas en sí divididas, sino como en suma y virtud. Pues de la misma manera dice San Pablo que Dios sumó todas las cosas en Cristo, o que Cristo es como una suma de todo; y por consiguiente está en él puesto todo y ayuntado por Dios espiritual y secretamente, según aquella manera y según aquel sér en que todo

puede ser por él reformado, y como si dijésemos reengendrado otra vez; como el efecto está unido a su causa antes que salga de ella, y como el ramo en su raíz y principio. Pues aquella consecuencia que hace el mismo San Pablo, diciendo: *Si Cristo murió por todos, luego todos morimos*; notoria cosa es que estriba y que tiene fuerza en aquesta unión que decimos. Porque muriendo él, por eso morimos; porque estábamos en él todos en la forma que he dicho. Y aun esto mismo se colige más claro de lo que a los romanos escribe. *Sabemos, dice, que nuestro viejo hombre fué crucificado juntamente con él.*

Si fué crucificado con él, estaba sin duda en él; no por lo que tocaba a su persona de Cristo, la cual fué siempre libre de todo pecado y vejez, sino porque tenía unidas y juntas consigo mismo nuestras personas por secreta virtud. Y por razón de esta misma unión y ayuntamiento se escribe en otro lugar, de Cristo, que nuestros pecados todos los subió en sí y los enclavó en el madero. Y lo que a los efesios escribe San Pablo: *que Dios nos vivificó en Cristo y nos resucitó con él juntamente, y nos hizo sentar juntamente con él en los cielos*; aun antes de la resurrección y glorificación general, se dice y escribe con grande verdad, por razón de aquesta unidad. Dice Isaías *que puso Dios en Cristo las maldades de todos nosotros, y que su cardenal nos dió salud*. Y el mismo Cristo, estando padeciendo en la cruz, con alta y lastimera voz dice: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? Lejos de mi salud las voces de mis pecados*, así como tan-

to antes de su pasión lo había profetizado y cantado David.

Pues ¿cómo será aquesto verdad, si no es verdad que Cristo padecía en persona de todos, y por consiguiente que estábamos en él ayuntados todos por secreta fuerza, como están en el padre los hijos y los miembros en la cabeza? ¿No dice el profeta que trae este rey *sobre sus hombros su imperio*? Mas ¿qué imperio?, pregunto. El mismo rey lo declara cuando, en la parábola de la oveja perdida, dice que para reducirla la puso sobre sus hombros. De manera que su imperio son los suyos, sobre quien él tiene mando; los cuales trae sobre sí, porque para reengendrarlos y salvarlos los ayuntó primero consigo mismo. San Agustín sin duda dícelo así escribiendo sobre el salmo veintiuno alegado, y dice de esta manera: *¿Y por qué dice eso, sino porque nosotros estábamos allí también en él?*

Mas excusados son los argumentos adonde la verdad ella misma se declarará a sí misma. Oigamos lo que Cristo dice en el sermón de la Cena: *En aquel día conoceréis* (y hablaba del día en que descendió sobre ellos el Espíritu-Santo); así que, *en aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí*. De manera que hizo Dios a Cristo PADRE de este nuevo linaje de hombres, y para hacerle PADRE puso en él todo lo que al ser padre se debe: la naturaleza conforme a los que de él han de nacer, y los bienes todos que han de tener los que en esta manera nacieren; y sobre todo, a ellos mismos, los que así nacerán encerrados en él y unidos con él como en virtud y en origen.

Mas, ya que habemos dicho cómo puso Dios en Cristo todas las partes y virtudes de PADRE, pase-mos a lo que nos queda por decir, y habemos pro-metido decirlo, que es la manera cómo aqueste PA-DRE nos engendró. Y declarando la forma de esta generación, quedará más averiguado y sabido el misterio secreto de la unión sobredicha; y decla-rando cómo nacemos de Cristo, quedará claro cómo es verdad que estábamos en él primero.

Pero convendrá para dar principio a aquesta declaración que volvamos un poco atrás con la memoria, y que pongamos en ella y delante de los ojos del entendimiento lo que arriba dijimos del espíritu malo con que nacemos la primera vez, y de cómo se nos comunicaba primero en virtud, cuando nosotros también teníamos el sér en vir-tud, y estábamos como encerrados en nuestro principio, y después en expresa realidad, cuando saliendo de él y viniendo a esta luz, comenzamos a ser en nosotros mismos. Porque se ha de enten-der que este segundo PADRE, como vino a deshacer los males que hizo el primero, por las pisadas que fué dañando el otro, por esas mismas procede él haciéndonos bien. Pues digo así, que Cristo nos reengendró y cualificó primero en sí mismo, como en virtud y según la manera como en él estábamos juntos, y después nos engendra y renueva a cada uno por sí y según el efecto real.

Y digamos de lo primero: Adán puso en nues-tra naturaleza y en nosotros, según que en él está-bamos, el espíritu del pecado y el desorden, des-ordenándose él a sí mismo y abriendo la puerta del corazón a la ponzoña de la serpiente y apo-

sentándola en sí y en nosotros. Y ya desde aquel tiempo, cuanto fué de su parte de él, comenzamos a ser, en la forma que entonces éramos, inficionados y malos. Cristo, nuestro bienaventurado PADRE, dió principio a nuestra vida y justicia, haciendo en sí primero lo que en nosotros había de nacer y parecer después. Y como quien pone en el grano la calidad con que desea que la espigazón nazca, así, teniéndonos a todos juntos en sí, en la forma que habemos ya dicho, con lo que hizo en sí, cuanto fué de su parte, nos comenzó a hacer y a calificar en origen tales cuales nos había de engendrar después en realidad y en efecto.

Y porque este nacimiento y origen nuestro no era primer origen, sino nacimiento después de otro nacimiento, y de nacimiento perdido y dañado; fué necesario hacer, no sólo lo que convenía para darnos buen espíritu y buena vida, sino padecer también lo que era menester para quitarnos el mal espíritu con que habíamos venido a la vida primera. Y como dicen del maestro que toma para discípulo al que está ya mal enseñado, que tiene dos trabajos, uno en desarraigar lo malo y otro en plantar lo bueno; así Cristo, nuestro bien y señor, hizo dos cosas en sí, para que hechas en sí, se hiciesen en nosotros los que estamos en él: una para destruir nuestro espíritu malo, y otra para criar nuestro espíritu bueno. Para matar el pecado y para destruir el mal y el desorden de nuestro origen primero, murió él en persona de todos nosotros, y, cuanto es de su parte, en él recibimos todos muerte; así como estábamos todos en él, y quedamos muertos en nuestro PADRE y ca-

beza, y muertos para nunca vivir más en aquella manera de ser y de vida. Porque, según aquella manera de vida pasible y que tenía imagen y representación de pecado, nunca tornó Cristo, nuestro PADRE y cabeza, a vivir; como el Apóstol lo dice: *Si murió por el pecado, ya murió de una vez; si vive, vive ya a Dios.* Y de aquesta primera muerte del pecado y del viejo hombre, que se celebró en la muerte de Cristo como general y como original para los demás, nace la fuerza de aquello que dice y arguye San Pablo cuando escribiendo a los romanos, les amonesta que no pequen, y les extraña mucho el pecar, porque dice: *Pues ¿qué diremos? ¿Convendrá perseverar en el pecar para que se acreciente la gracia? En ninguna manera. Porque, los que morimos al pecado, ¿cómo se compadece que vivamos en él todavía?* Y después de algunas palabras, declarándose más: *Porque habéis de saber esto, que nuestro hombre viejo fué juntamente crucificado para que sea destruído el cuerpo del pecado, y para que no sirvamos más al pecado.* Que es como decirles que cuando Cristo murió a la vida pasible y que tiene figura de pecadora, murieron ellos en él para todo lo que es esa manera de vida; por lo cual, que pues murieron allí a ella por haber muerto Cristo, y Cristo no tornó después a semejante vivir, si ellos están en él, y si lo que pasó en él eso mismo se hizo en ellos, no se compadece en ninguna manera que ellos quieran tornar a ser lo que, según que estuvieron en Cristo, dejaron de ser para siempre.

Y a esto mismo pertenece y mira lo que dice

en otro lugar: *Así que, hermanos, vosotros ya estáis muertos a la ley por medio del cuerpo de Cristo. Y poco después: Lo que la ley no podía hacer, y en lo que se mostraba flaca por razón de la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, del pecado condenó el pecado en la carne.* Porque, como habemos ya dicho, y conviene que muchas veces se diga para que repitiéndose se entienda mejor, procedió Cristo a esta muerte y sacrificio aceptísimo que hizo de sí, no como una persona particular, sino como en persona de todo el linaje humano y de toda la vejez de él; y señaladamente de todos aquellos a quien de hecho había de tocar el nacimiento segundo, los cuales por secreta unión del espíritu había puesto en sí y como sobre sus hombros; y así, lo que hizo entonces en sí, cuanto es de su parte, quedó hecho en todos nosotros.

Y que Cristo haya subido a la cruz como persona pública y en la manera que digo, aunque está ya probado, pruébese más con lo que Cristo hizo y nos quiso dar a entender en el sacramento de su Cuerpo, que debajo de las especies de pan y vino consagró, ya vecino a la muerte. Porque tomando el pan y dándolo a sus discípulos, les dijo de esta manera: *Este es mi cuerpo, el que será entregado por vosotros;* dando claramente a entender que su cuerpo verdadero estaba debajo de aquellas especies, y que estaba en la forma que se había de ofrecer en la cruz, y que las mismas especies de pan y vino declaraban y eran como imagen de la forma en que se había de ofrecer. Y que así como el pan es un cuerpo

compuesto de muchos cuerpos, esto es, de muchos granos, que perdiendo su primera forma por la virtud del agua y del fuego hacen un pan; así nuestro pan de vida, habiendo ayuntado a sí por secreta fuerza de amor y de espíritu la naturaleza nuestra, y habiendo hecho como un cuerpo de sí y de todos nosotros, de sí en realidad de verdad, y de los demás en virtud; no como una persona sola, sino como un principio que las contenía todas, se ponía en la cruz. Y que como iba a la cruz abrazado con todos, así se encerraba en aquellas especies, para que ellas con su razón, aunque ponían velo a los ojos, alumbrasen nuestro corazón de continuo y nos dijese que contenían a Cristo debajo de sí; y que lo contenían, no de cualquiera manera, sino de aquella como se puso en la cruz, llevándonos a nosotros en sí, y hecho con nosotros, por espiritual unión, uno mismo, así como el pan, cuyas ellas fueron, era un compuesto hecho de muchos granos.

Así que aquellas unas y mismas palabras, dicen juntamente dos cosas. Una: este, que parece pan, es mi cuerpo, el que será entregado por vosotros. Otra: como el pan, que al parecer está aquí, así es mi cuerpo, que está aquí y que por vosotros será a la muerte entregado. Y esto mismo, como en figura, declaró el santo mozo Isaac, que caminaba al sacrificio, no vacío, sino puesta sobre sus hombros la leña que había de arder en él; porque cosa sabida es que, en el lenguaje secreto de la Escritura, el leño seco es imagen del pecador. Y ni más ni menos en los cabrones que el *Levítico* sacrifica por el pecado,

que fueron figura clara del sacrificio de Cristo, todo el pueblo pone primero sobre las cabezas de ellos las manos; porque se entienda que en este otro sacrificio nos llevaba a todos en sí nuestro PADRE y cabeza. Mas ¿qué digo de los cabrones? Porque si buscamos imágenes de aquesta verdad, ninguna es más viva ni más cabal que el sumo pontífice de la ley vieja, vestido de pontifical para hacer sacrificio. Porque, como San Jerónimo dice, o por decir verdad, como el Espíritu Santo lo declara en el libro de la *Sabiduría*, aquel pontifical, así en la forma de él como en las partes de que se componía, y en todas sus colores y cualidades, era como una representación de la universidad de las cosas; y el sumo sacerdote vestido de él era un mundo universo; y como iba a tratar con Dios por todos, así los llevaba todos sobre sus hombros. Pues de la misma manera Cristo, sumo y verdadero sacerdote, para cuya imagen servía todo el sumo sacerdocio pasado, cuando subió al altar de la cruz a sacrificar por nosotros, fué vestido de nosotros mismos en la forma que dicho es; y sacrificándose a sí, y a nosotros en sí, dió fin de esta manera a nuestra vieja maldad.

Habemos dicho lo que hizo Cristo para desarraigar de nosotros nuestro primero espíritu malo. Digamos ahora lo que hizo en sí para criar en nosotros el hombre nuevo y el espíritu bueno; esto es, para después de muertos a la vida mala, tornarnos a vida buena, y para dar principio a nuestra segunda generación. Por virtud de su divinidad, y porque según ley de justicia no tenía

obligación a la muerte, por ser su naturaleza humana de su nacimiento inocente, no pudo Cristo quedar muerto muriendo; y como dice San Pedro, no fué posible ser detenido de los dolores de la sepultura; y así resucitó vivo el día tercero; y resucitó, no en carne pasible y que tuviese representación de pecado y que estuviese sujeta a trabajos como si tuviera pecado, que aquello murió en Cristo para jamás no vivir, sino en cuerpo incorruptible y glorioso y como engendrado por solas las manos de Dios. Porque, así como en el primer nacimiento suyo en la carne, cuando nació de la Virgen, por ser su padre Dios, sin obra de hombre, nació sin pecado; mas por nacer de madre pasible y mortal, nació él semejantemente hábil a padecer y morir, asemejándose a las fuentes de su nacimiento, a cada una en su cosa; así en la resurrección suya, que decimos ahora, la cual la sagrada Escritura también llama nacimiento o generación, como en ella no hubo hombre que fuese padre ni madre, sino Dios solo, que la hizo por sí y sin ministerio de alguna otra causa segunda, salió todo, como de mano de Dios, no sólo puro de todo pecado, sino también de la imagen de él; esto es, libre de la pasibilidad y de la muerte, y juntamente dotado de claridad y de gloria. Y como aquel cuerpo fué reengendrado solamente por Dios, salió con las calidades y con los semblantes de Dios, cuanto le son a un cuerpo posibles. Y así se precia Dios de este hecho como de hecho solamente suyo; y así dice en el salmo: *Yo soy el que hoy te engendré.*

Pues decimos ahora, que de la manera que dió fin a nuestro viejo hombre muriendo, porque murió él por nosotros y en persona de nosotros, que por secreto misterio nos contenía en sí mismo, como nuestro PADRE y cabeza; por la misma razón, tornando él a vivir renació con él nuestra vida. Vida llamo aquí la de justicia y de espíritu; la cual comprende, no solamente el principio de la justicia, cuando el pecador que era, comienza a ser justo, sino el crecimiento de ella también, con todo su proceso y perfección, hasta llegar el hombre a la inmortalidad del cuerpo y a la entera libertad del pecado. Porque cuando Cristo resucitó, por el mismo caso que él resucitó se principió todo esto en los que estábamos en él como en nuestro principio. Y así lo uno como lo otro lo dice breve y significativamente San Pablo, diciendo: *Murió por nuestros delitos y resucitó por nuestra justificación*. Como si más extendidamente dijera: tomónos en sí, y murió como pecador para que muriésemos en él los pecadores; y resucitó a vida eternamente justa e inmortal y gloriosa, para que resucitásemos nosotros en él a justicia y a gloria y a inmortalidad. Mas ¿por ventura no resucitamos nosotros con Cristo? El mismo apóstol lo diga: *Y nos dió vida* (dice hablando de Dios), *juntamente con Cristo; y nos resucitó con él, y nos asentó sobre las cumbres del cielo*. De manera que lo que hizo Cristo en sí y en nosotros, según que estábamos entonces en él, fué aquesto que he dicho.

Pero no por eso se ha de entender que por esto sólo quedamos de hecho y en nosotros mismos ya

nuevamente nacidos y otra vez engendrados, muertos al viejo pecado y vivos al espíritu del cielo y de la justicia; sino allí comenzamos a nacer, para nacer de hecho después. Y fué aquello como el fundamento de aqueste otro edificio. Y para hablar con más propiedad, del fruto noble de justicia y de inmortalidad que se descubre en nosotros y se levanta y crece y traspasa los cielos, aquellas fueron las simientes y las raíces primeras. Porque así como, no embargante que cuando pecó Adán todos pecamos en él y concebimos espíritu de ponzoña y de muerte, para que de hecho nos inficione el pecado y para que este mal espíritu se nos infunda, es menester que también nosotros nazcamos de Adán por orden natural de generación; así, por la misma manera, para que de hecho en nosotros muera el espíritu de la culpa y viva el de la gracia y el de la justicia, no basta aquel fundamento y aquella semilla y origen; ni con lo que fué hecho en nosotros en la persona de Cristo, con eso, sin más hacer ni entender en las nuestras, somos ya en ellas justos y salvos, como dicen los que desatinan ahora: sino es menester que de hecho nazcamos de Cristo, para que por este nacimiento actual se derive a nuestras personas y se asiente en ellas aquello mismo que ya se principió en nuestro origen. Y, aunque usemos de una misma semejanza mas veces, como a la espiga, aunque está cual ha de ser en el grano, para que tenga en sí aquello que es y sus cualidades todas y sus figuras, le conviene que con la virtud del agua y del sol salga del grano naciendo; asimismo también, no co-

menzaremos a ser en nosotros cuales en Cristo somos, hasta que de hecho nazcamos de Cristo.

Mas, preguntará por caso alguno: ¿en qué manera naceremos, o cuál será la forma de aquesta generación? ¿Habemos de tornar al vientre de nuestras madres de nuevo, como, maravillado de aquesta nueva doctrina, preguntó Nicodemus; o, vueltos en tierra o consumidos en fuego, renaceremos, como el ave fénix, de nuestras cenizas? Si este nacimiento nuevo fuera nacer en carne y sangre, bien fuera necesaria alguna de estas maneras; mas, como es nacer en espíritu, hácese con espíritu y con secreta virtud. *Lo que nace de la carne*, dice Cristo en este mismo propósito, *carne es*; y *lo que nace del espíritu, espíritu es*. Y así lo que es espíritu ha de nacer por orden y fuerza de espíritu. El cual celebra esta generación en esta manera.

Cristo, por la virtud de su espíritu, pone en efecto actual en nosotros aquello mismo que comenzamos a ser en él, y que él hizo en sí para nosotros; esto es, pone muerte a nuestra culpa quitándola del alma. Y aquel fuego ponzoñoso que la sierpe inspiró en nuestra carne, y que nos solicita a la culpa, amortíguale y pónale freno ahora, para después en el último tiempo amatarle del todo; y pone también simiente de vida, y como si dijésemos, un grano de su espíritu y gracia, que encerrado en nuestra alma y siendo cultivado como es razón, vaya después creciendo por sus términos y tomando fuerzas y levantándose hasta llegar a la medida, como dice San Pablo, de varón perfecto. Y poner Cristo en nos-

otros esto, es nosotros nacer de Cristo en realidad y verdad. Mas está en la mano la pregunta y la duda. ¿Pone por aventura Cristo en todos los hombres aquesto?, o ¿pónelo en todas las sazones y tiempos? o ¿en quién y cuándo lo pone? Sin duda no lo pone en todos ni en cualquiera forma y manera, sino sólo en los que nacen de él; y nacen de él los que se bautizan, y en aquel sacramento se celebra y pone en obra aquesta generación. Por manera que, tocando al cuerpo el agua visible, y obrando en lo secreto la virtud de Cristo invisible, nace el nuevo Adán, quedando muerto y sepultado el antiguo. En lo cual, como en todas las cosas, guardó Dios el camino seguido y llano de su providencia.

Porque así como para que el fuego ponga en un madero su fuego, esto es, para que el madero nazca fuego encendido, se avvicina primero al fuego el madero, y con la vecindad se le hace semejante en las cualidades que recibe en sí de sequedad, y calor, y crece en esta semejanza hasta llegarla a su punto, y luego el fuego se lanza en él y le da su forma; así, para que Cristo ponga e infunda en nosotros, de los tesoros de bienes y vida que atesoró muriendo y resucitando, la parte que nos conviene, y para que nazcamos Cristos, esto es, como sus hijos, ordenó que se hiciese en nosotros una representación de su muerte y de su nueva vida; y que de esta manera, hechos semejantes a él, él, como en sus semejantes, influyese de sí lo que responde a su muerte y lo que responde a su vida. A su muerte responde el borrar y el morir de la culpa; y a su resurrección,

la vida de gracia. Porque el entrar en el agua y el sumirnos en ella es como, ahogándonos allí, quedar sepultados, como murió Cristo y fué en la sepultura puesto; como lo dice San Pablo: *En el bautismo sois sepultados y muertos juntamente con él.* Y por consiguiente, y por la misma manera, el salir después del agua es como salir del sepulcro viviendo. Pues a esta representación responde la verdad juntamente; y asemejándonos a Cristo en esta manera, como en materia y sujeto dispuesto, se nos infunde luego el buen espíritu, y nace Cristo en nosotros; y la culpa, que como en origen y en general destruyó con su muerte, destrúyela entonces en particular en cada uno de los que mueren en aquella agua sagrada. Y la vida de todos, que resucitó en general con su vida, pónela también en cada uno y en particular, cuando, saliendo del agua, parece que resucitan. Y así, en aquel hecho juntamente hay representación y verdad: lo que parece por fuera es representación de muerte y de vida; mas lo que pasa en secreto es verdadera vida de gracia y verdadera muerte de culpa.

Y si os place saber, pudiendo esta representación de muerte ser hecha por otras muchas maneras, por qué entre todas escogió Dios esta del agua, conténtame mucho lo que dice el glorioso mártir Cipriano, y es: que la culpa que muere en esta imagen de muerte, es culpa que tiene ingenio y condición de ponzoña, como la que nació de mordedura y de aliento de sierpe; y cosa sabida es que la ponzoña de las sierpes se pierde en el agua, y que las culebras, si entran en ella, de-

jan su ponzoña primero. Así, que morimos en agua para que muera en ella la ponzoña de nuestra culpa, porque en el agua muere la ponzoña naturalmente. Y esto es cuanto a la muerte que allí se celebra; pero cuanto a la vida, es de advertir que, aunque la culpa muere del todo, pero la vida que se nos da allí no es del todo perfecta; quiero decir que no vive luego en nosotros el hombre nuevo, cabal y perfecto, sino vive, como la razón del segundo nacimiento lo pide, como niño flaco y tierno. Porque no pone luego Cristo en nosotros todo el sér de la nueva vida que resucitó con él, sino pone, como dijimos, un grano de ella y una pequeña semilla de su espíritu y de su gracia; pequeña, pero efficacísima para que viva y se adelante, y lance del alma las reliquias del viejo hombre contrario suyo, y vaya pujando y extendiéndose hasta apoderarse de nosotros del todo, haciéndonos perfectamente dichosos y buenos.

Mas ¡cómo es maravillosa la sabiduría de Dios, y cómo es grande el orden que pone en las cosas que hace, trabándo:as todas entre sí y templándo:as por extraña manera! En la filosofía se suele decir que, como nace una cosa, por la misma manera crece y se adelanta. Pues lo mismo guarda Dios en este nuevo hombre y en este grano de espíritu y de gracia, que es semilla de nuestra segunda y nueva vida. Porque, así como tuvo principio en nuestra alma cuando por la representación del bautismo nos hicimos semejantes a Cristo, así crece siempre y se adelanta cuando nos asemejamos más a él, aunque en diferente manera. Porque para recibir el principio de esta vida de gra-

cia le fuimos semejantes por representación, porque por verdad no podíamos ser sus semejantes antes de recibir esta vida; mas para el acrecentamiento de ella conviene que le remedemos con verdad en las obras y hechos.

Y va, así en esto como en todo lo demás que arriba dijimos, este nuevo hombre y espíritu respondidamente contraponiéndose a aquel espíritu viejo y perverso. Porque así como aquél se diferenciaba de la naturaleza de nuestra substancia en que, siendo ella hechura de Dios, él no tenía nada de Dios, sino era todo hechura del demonio y del hombre; así este buen espíritu todo es de Dios y de Cristo. Y así como allí hizo el primer padre, obedeciendo al demonio, aquello con lo que él y los que estábamos en él quedamos perdidos; de la misma manera aquí padeció Cristo, nuestro PADRE segundo, obedeciendo a Dios, con lo que en él y por él, los que estamos en él, nos habemos cobrado. Y así como aquél dió fin al vivir que tenía y principio al morir, que mereció por su mala obra; así éste por su divina paciencia dió muerte a la muerte y tornó a vida la vida. Y así como lo que aquél traspasó no lo quisimos de hecho nosotros, pero por estar en él como en padre, fuimos vistos quererlo; así lo que padeció e hizo Cristo para bien de nosotros, si se hizo y padeció sin nuestro querer, pero no sin lo que en virtud era nuestro querer, por razón de la unión y virtud que está dicha. Y como aquella ponzoña, como arriba dijimos, nos tocó e inficionó por dos diferentes maneras, una en general y en virtud cuando estábamos en Adán todos general-

mente encerrados, y otra en particular y en expresa verdad cuando comenzamos a vivir en nosotros mismos, siendo engendrados; así esta virtud y gracia de Cristo, como habemos declarado arriba también, nos cualificó primero en general y en común, según fuimos vistos estar en él por ser nuestro PADRE, y después de hecho y en cada uno por sí, cuando comienza cada uno a vivir en Cristo, naciendo por el bautismo.

Y por la misma manera, así como al principio, cuando nacemos, incurrimos en aquel daño y gran mal, no por nuestro merecimiento propio, sino por lo que la cabeza, que nos contenía, hizo en sí mismo; y si salimos del vientre de nuestras madres culpados, no nos forjamos la culpa nosotros antes que saliésemos de él; así cuando primeramente nacemos en Cristo, aquel espíritu suyo que en nosotros comienza a vivir no es obra ni premio de nuestros merecimientos. Y conforme a esto, y por la misma forma y manera, como aquella ponzoña, aunque nace al principio en nosotros sin nuestro propio querer, pero después, queriendo nosotros usar de ella y obrar conforme a ella y seguir sus malos siniestros (1) e inclinaciones, la acrecentamos y hacemos peor por nuestras mismas malas mañas y obras; y aunque entró en la casa de nuestra alma, sin que por su propia voluntad ninguno de nosotros le abriese la puerta, después de entrada por nuestra mano y guiándola nosotros mismos, se lanza por toda ella y la

(1) Propensión o inclinación a lo malo; resabio, vicio o dañada costumbre que tiene el hombre o la bestia. (Véase Dicc. Acad.)

tiraniza y la convierte en sí misma en una cierta manera; así esta vida nuestra y aqueste espíritu que tenemos de Cristo, que se nos da al principio sin nuestro merecimiento, si después de recibido, oyendo su inspiración y no resistiendo a su movimiento, seguimos su fuerza, con eso mismo que obramos siguiéndole lo acrecentamos y hacemos mayor, y con lo que nace de nosotros y de él, merecemos que crezca él en nosotros. Y como las obras que nacían del espíritu malo eran malas ellas en sí, y acrecentaban y engrosaban y fortalecían ese mismo espíritu de donde nacían; así lo que hacemos guiados y alentados con esta vida que tenemos de Cristo, ello en sí es bueno y delante de los ojos de Dios agradable y hermoso, y merecedor de que por ello suba a mayor grado de bien y de pujanza el espíritu de do tuvo origen.

Aquel veneno asentado en el hombre, y perseverando y cundiendo por él poco a poco, así le contamina y le corrompe, que le trae a muerte perpetua. Esta salud, si dura en nosotros, haciéndose de cada día más poderosa y mayor, nos hace sanos del todo. De arte que, siguiendo nosotros el movimiento del espíritu con que nacemos, el cual, lanzado en nuestras almas, las despierta e incita a obrar conforme a quien él es y al origen de donde nace, que es Cristo; así que, obrando aquello a que este espíritu y gracia nos mueve, somos en realidad de verdad semejantes a Cristo, y cuanto más así obráremos, más semejantes. Y así, haciéndonos nosotros vecinos a él, él se avecina a nosotros, y merecemos que se infunda más en nosotros y viva más, añadiendo al

primer espíritu más espíritu, y a un grado otro mayor, acrecentando siempre en nuestras almas la semilla de vida que sembró, y haciéndola mayor y más esforzada, y descubriendo su virtud más en nosotros: que obrando conforme al movimiento de Dios y caminando con largos y bien guiados pasos por este camino, merecemos ser más hijos de Dios, y de hecho lo somos. Y los que, cuando nacimos, en el bautismo fuimos hechos semejantes a Cristo en el sér de gracia antes que en el obrar; esos que, por ser ya justos, obramos como justos; esos mismos, haciéndonos semejantes a él en lo que toca al obrar, crecemos merecidamente en la semejanza del sér. Y el mismo espíritu que despierta y atiza a las obras, con el mérito de ellas crece y se esfuerza, y va subiendo y haciéndose señor de nosotros y dándonos más salud y más vida, y no para hasta que en el tiempo último nos la dé perfecta y gloriosa habiéndonos levantado del polvo.

Y como hubo dicho esto Marcelo, callóse un poco y luego tornó a decir:

—Dicho he cómo nacemos de Cristo, y la necesidad que tenemos de nacer de él, y el provecho y misterio de este nacimiento, y de un abismo de secretos que acerca de esta generación y parentesco divino en las sagradas letras se encierra, he dicho lo poco que alcanza mi pequeñez, habiendo tenido respecto al tiempo y a la ocasión y a la calidad de las cosas, que son delicadas y oscuras. Ahora, como saliendo de entre estas zarzas y espinas a campo más libre, digo que ya se conoce bien cuán justamente Isaías da nombre de PADRE

a Cristo y le dice que es PADRE DEL SIGLO FUTURO; entendiendo por este siglo la generación nueva del hombre y los hombres engendrados así, y los largos y no finibles tiempos en que ha de perseverar esta generación. Porque el siglo presente, el cual, en comparación del que llama Isaías venidero, se llama primer siglo, que es el vivir de los que nacemos de Adán, comenzó con Adán, y se ha de rematar y cerrar con la vida de sus descendientes postreros, y en particular no durará en ninguno más de lo que él durare en esta vida presente. Mas el siglo segundo, desde Abel, en quien comenzó, extendiéndose con el tiempo, y cuando el tiempo tuviere su fin, reforzándose él más, perseverará para siempre.

Y llámase siglo futuro, dado que ya es en muchos presente y cuando le nombró el Profeta lo era también, porque comenzó primero el otro siglo mortal. Y llámase siglo también, porque es otro mundo por sí, semejante y diferente de este otro mundo viejo y visible; porque, de la manera que cuando produjo Dios el hombre primero hizo cielos y tierra y los demás elementos, así en la creación del hombre segundo y nuevo, para que todo fuese nuevo como él, hizo en la Iglesia sus cielos y su tierra, y vistió a la tierra con frutos y a los cielos con estrellas y luz. Y lo que hizo en aquesto visible, eso mismo ha obrado en lo nuevo invisible, procediendo en ambos por unas mismas pisadas; como lo dibujó, cantando divinamente, David en un salmo, y es dulcísimo y elegantísimo salmo. Adonde por unas mismas palabras, y como con una voz, cuenta, alabando a Dios, la criación

y gobernación de aquestos dos mundos; y diciendo lo que se ve, significa lo que se esconde; como San Agustín lo descubre, lleno de ingenio y de espíritu. Dice que extendió los cielos Dios como quien despliega tienda de campo, y que cubrió los sobrados de ellos con aguas, y que ordenó las nubes, y que en ellas, como en caballos, discurre volando sobre las alas del aire, y que le acompañan los truenos y los relámpagos y el torbellino. Aquí ya vemos cielos y vemos nubes, que son aguas espesadas y asentadas sobre el aire tendido, que tiene nombre de cielo; oímos también el trueno a su tiempo y sentimos el viento que vuela y que brama, y el resplandor del relámpago nos hiere los ojos. Allí, esto es, en el nuevo mundo e Iglesia, por la misma manera, los cielos son los apóstoles y los sagrados doctores y los demás santos, altos en virtud y que influyen virtud; y su doctrina en ellos son las nubes, que derivada en nosotros, se torna en lluvia. En ella anda Dios y discurre volando, y con ella viene el sople de su espíritu, y el relámpago de su luz, y el trueno y el estampido, con que el sentido de la carne se aturde.

Aquí, como dice, prosiguiendo, el salmista, fundó Dios la tierra sobre cimientos firmes, adonde permanece y nunca se mueve; y como primero estuviese anegada en la mar, mandó Dios que se apartasen las aguas, las cuales, obedeciendo a esta voz, se apartaron a su lugar, adonde guardan continuamente su puesto; y luego que ellas huyeron, la tierra descubrió su figura, humilde en los valles, y soberana en los montes. Allí el

cuerpo firme y macizo de la Iglesia, que ocupó la redondez de la tierra, recibió asiento por mano de Dios en el fundamento no mudable, que es Cristo, en quien permanecerá con eterna firmeza. En su principio la cubría y como anegaba la gentilidad, y aquel mar grande y tempestuoso de tiranos y de ídolos la tenían cuasi sumida; mas sacóla Dios a luz con la palabra de su virtud, y arredró (1) de ella la amargura y violencia de aquellas obras, y quebrólas todas en la flaqueza de una arena menuda, con lo cual descubrió su forma y su concierto la Iglesia, alta en los obispos y ministros espirituales, y en los fieles legos humildes, humilde. Y como dice David, *subieron sus montes y parecieron en lo hondo sus valles*.

Allí como aquí, conforme a lo que el mismo salmo prosigue, sacó Dios venas de agua de los cerros de los altos ingenios que, entre dos sierras, sin declinar al extremo, siguen lo igual de la verdad y lo medio derechamente; en ellas se bañan las aves espirituales, y en los frutales de virtud que florecen de ellas y junto a ellas, cantan dulcemente asentadas. Y no sólo las aves se bañan aquí, mas también los otros fieles, que tienen más de tierra y menos de espíritu, si no se bañan en ellas, a lo menos beben de ellas y quebrantan su sed. Él mismo, como en el mundo, así en la Iglesia, envía lluvias de espirituales bienes del cielo, y caen primero en los montes, y de allí, juntas en arroyos y descendiendo, bañan los campos. Con

(1) De *arredrar*, apartar, separar, 1.^a acep. (Véase Dicc. Acad.)

ellas crece para los más rudos, así como para las bestias, su heno; y a los que viven con más razón, de allí les nace su mantenimiento. El trigo que fortifica, y el olio (1) que alumbra, y el vino que alegra, y todos los dones del ánimo, con esta lluvia florecen. Por ella los yermos desiertos se vistieron de religiosas hayas y cedros, y esos mismos cedros con ella se vistieron de verdor y de fruto, y dieron en sí reposo y dulce y saludable nido a los que volaron a ellos huyendo del mundo. Y no sólo proveyó Dios de nido a aquestos huídos, mas para cada un estado de los demás fieles hizo sus propias guaridas. Y como en la tierra los riscos son para las cabras monteses, y los conejos tienen sus viveras entre las peñas, así acontece en la Iglesia.

En ella luce la luna y luce el sol de justicia, y nace y se pone a veces, ahora en los unos y ahora en los otros; y tiene también sus noches de tiempos duros y ásperos, en que la violencia sangrienta de los enemigos fieros halla su sazón para salir y bramar y para ejecutar su fiereza: mas también a las noches sucede en ella después el aurora, y amanece después, y encuévase con la luz la malicia, y la razón y la virtud resplandece.

¡Cuán grandes son tus grandezas, Señor! Y como nos admiras con esta orden corporal y visible, mucho más nos pones en admiración con la espiritual e invisible. No falta allí también otro Océano, ni es de más cortos brazos ni de más an-

(1) *Oleo, aceite.*

gostos senos que es éste que ciñe por todas partes la tierra; cuyas aguas, aunque son fieles, son, no obstante eso, aguas amargas y carnales y movidas tempestuosamente de sus violentos deseos; cría peces sinnúmero, y la ballena infernal se espacia por él; en él y por él van mil navíos, mil gentes aliviadas del mundo, y como cerradas en la nave de su secreto y santo propósito. Mas ¡dichosos aquellos que llegan salvos al puerto!

Todos, Señor, viven por tu liberalidad y largueza; mas, como en el mundo, así en la Iglesia escondes y como encoges, cuando te parece, la mano; y el alma, en faltándole tu amor y tu espíritu, vuélvese en tierra. Mas, si nos dejas caer para que nos conozcamos, para que te alabemos y celebremos, después nos renuevas. Así vas criando y gobernando y perfeccionando tu Iglesia hasta llegarla a lo último, cuando, consumida toda la liga del viejo metal, la saques toda junta pura y luciente y verdaderamente nueva del todo. Cuando viniere este tiempo (¡ay amable y bienaventurado tiempo, y no tiempo ya, sino eternidad sin mudanza!); así que, cuando viniere, la arrogante soberbia de los montes estremeciéndose vendrá por el suelo; y desaparecerá hecha humo, obrándolo tu majestad, toda la pujanza y deleite y sabiduría mortal; y sepultarás en los abismos, juntamente con esto, a la tiranía, y el reino de la tierra nueva será de los tuyos. Ellos cantarán entonces de continuo tus alabanzas, y a ti el ser alabado por esta manera te será cosa agradable. Ellos vivirán en ti, y tú vivirás en ellos, dándoles riquísima y dulcísima vida. Ellos serán reyes, y tú

rey de reyes. Serás tú en ellos todas las cosas y reinarás para siempre.

Y dicho esto, Marcelo calló. Y Sabino dijo luego:

—Este salmo en que, Marcelo, habéis acabado, vuestro amigo le puso también en verso; y por no romperos el hilo, no os lo quise acordar. Mas pues me disteis este oficio, y vos le olvidasteis, decirle he yo, si os parece.

Entonces Marcelo y Juliano juntos respondieron que les parecía muy bien y que luego le dijese. Y Sabino, que era mancebo, así en el alma como en el cuerpo muy compuesto, y de pronunciación agradable, alzando un poco los ojos al cielo y lleno el rostro de espíritu, con templada voz dijo de esta manera:

Alaba ¡oh alma! a Dios: Señor, tu alteza,

¿qué lengua hay que la cuente?

Vestido estás de gloria y de belleza
y luz resplandeciente.

Encima de los cielos desplegados
al agua diste asiento.

Las nubes son tu carro, tus alados
caballos son el viento.

Son fuego abrasador tus mensajeros,
y trueno y torbellino.

Las tierras sobre asientos duraderos
mantienes de continuo.

Los mares las cubrían de primero,
por cima los collados;

mas visto de tu voz el trueno fiero,
huyeron espantados.

Y luego los subidos montes crecen,
humillanse los valles;

si ya entre sí hinchados se embravecen,
 no pasarán las calles,
 las calles que les diste y los linderos,
 ni anegarán las tierras.
 Descubres minas de agua en los oteros,
 y corre entre las sierras.
 El gamo, y las salvajes alimañas
 allí la sed quebrantan;
 las aves nadadoras allí bañas,
 y por las ramas cantan.
 Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
 y das hartura al llano.
 Así das heno al buey, y mil legumbres
 para el servicio humano.
 Así se espiga el trigo y la vid crece
 para nuestra alegría.
 La verde oliva así nos resplandece,
 y el pan da valentía.
 De allí se viste el bosque y la arboleda
 y el cedro soberano,
 adonde anida la ave, adonde enreda
 su cámara el milano.
 Los riscos a los corzos dan guarida,
 al conejo la peña.
 Por ti nos mira el sol, y su lucida
 hermana nos enseña
 los tiempos. Tú nos das la noche oscura,
 en que salen las fieras;
 el tigre, que ración con hambre dura
 te pide y voces fieras,
 despiertas el aurora, y de consuno
 se van a sus moradas.
 Da el hombre a su labor, sin miedo alguno,
 las horas situadas.
 ¡Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos
 de tu Sabiduría!

Pues ¿quién dirá el gran mar, sus anchos senos,
y cuantos peces cría;

las naves que en él corren, la espantable
ballena que le azota?

Sustento esperan todos saludable
de ti, que el bien no agota.

Tomamos, si tú das; tu larga mano
nos deja satisfechos.

Si huyes, desfallece el ser liviano,
quedamos polvo hechos.

Mas tornará tu soplo, y renovado,
repararás el mundo.

Será sin fin tu gloria, y tú alabado
de todos sin segundo.

Tú, que los montes ardes si los tocas,
y al suelo das temblores,

cien vidas que tuviera y cien mil bocas,
dedico a tus loores.

Mi voz te agradará, y a mí este oficio
será mi gran contento.

No se verá en la tierra maleficio
ni tirano sangriento.

Sepultará el olvido su memoria:
tú, alma, a Dios da gloria.

Como acabó Sabino aquí, dijo Marcelo luego:

—No parece justo después de un semejante
fin añadir más. Y pues Sabino ha rematado tan
bien nuestra plática, y habemos ya platicado asaz
luengamente, y el sol parece que por oirnos,
levantado sobre nuestras cabezas, nos ofende
ya, sirvamos a nuestra necesidad ahora reposan-
do un poco, y a la tarde, caída la siesta, de nues-
tro espacio, sin que la noche aunque sobrevenga
lo estorbe, diremos lo que nos resta.

—Sea así, dijo Juliano.

Y Sabino añadió:

—Y yo sería de parecer que se acabase aqúeste sermón en aquel soto e isleta pequeña que el río hace en medio de sí, y que de aquí se parece. Porque yo miro hoy al sol con ojos que, si no es aquél, no nos dejará lugar que de provecho sea.

—Bien habéis dicho—respondieron Marcelo y Juliano—, y hágase como decís.

Y con esto, puesto en pie Marcelo, y con él los demás, cesó la plática por entonces.

DEL MAESTRO FR. LUIS DE LEÓN

EL LIBRO SEGUNDO

DE LOS NOMBRES DE CRISTO

*A Don Pedro Portocarrero, del Consejo de Su
Majestad y del de la Santa y general Inquisición*

EN ninguna cosa se conoce más claramente la miseria humana, muy ilustre Señor, que en la facilidad con que pecan los hombres y en la muchedumbre de los que pecan, apeteciendo todos el bien naturalmente, y siendo los males del pecado tantos y tan manifiestos. Y si los que antiguamente filosofaron, argumentando por los efectos descubiertos las causas ocultas de ellos, hincaran los ojos en esta consideración, ella misma les descubriera que en nuestra naturaleza había alguna enfermedad y daño encubierto; y entendieran por ella que no estaba pura y como

salió de las manos del que la hizo, sino dañada y corrompida, o por desastre, o por voluntad.

Porque, si miraran en ello, ¿cómo pudieran creer que la naturaleza, madre y diligente proveedora de todo lo que toca al bien de lo que produce, había de formar al hombre por una parte tan mal inclinado, y por otra tan flaco y desarmado para resistir y vencer a su perversa inclinación? O ¿cómo les pareciera que se compadecía, o que era posible que la naturaleza que guía, como vemos, los animales brutos y las plantas, y hasta las cosas más viles, tan derecha y eficazmente a sus fines, que los alcanzan todas o casi todas, criase a la más principal de sus obras tan inclinada al pecado, que por la mayor parte, no alcanzando su fin, viniese a extrema miseria?

Y si sería notorio desatino entregar las riendas de dos caballos desbocados y furiosos a un niño flaco y sin arte, para que los gobernase por lugares pedregosos y ásperos; y si cometerle a este mismo en tempestad una nave, para que contrastase los vientos, sería error conocido, por el mismo caso pudieran ver no haber en razón que la Providencia sumamente sabia de Dios, en un cuerpo tan indomable y de tan malos siniestros y en tanta tempestad de olas de viciosos deseos como en nosotros sentimos, pusiese para su gobierno una razón tan flaca y tan desnuda de toda buena doctrina como es la nuestra cuando nacemos. Ni pudieran decir que, en esperanza de la doctrina venidera y de las fuerzas que con los años podía cobrar la razón, le encomendó Dios aqueste gobierno, y ya colocó en medio de sus

enemigos, sola, contra tantos, y desarmada, contra tan poderosos y fieros.

Porque sabida cosa es que, primero que despierte la razón en nosotros, viven en nosotros y se encienden los deseos bestiales de la vida sensible que se apoderan del ánimo, y haciéndola a sus mañas, la inclinan mal antes que comience a conocerse. Y cierto es que, en abriendo la razón los ojos, están como a la puerta y como aguardando para engañarla, el vulgo ciego, y las compañías malas, y el estilo de la vida lleno de errores perversos, y el deleite y la ambición, y el oro y las riquezas, que resplandecen. Lo cual cada uno por sí es poderoso a oscurecer y a vestir de tinieblas a su centella recién nacida, cuanto más todo junto, y como conjurado y hecho a una para hacer mal. Y así, de hecho la engañan, y quitándole las riendas de las manos, la sujetan a los deseos del cuerpo, y la inducen a que ame y procure lo mismo que la destruye.

Así que, este desconcierto e inclinación para el mal que los hombres generalmente tenemos, él sólo por sí, bien considerado, nos puede traer en conocimiento de la corrupción antigua de nuestra naturaleza; en la cual naturaleza, como en el libro pasado se dijo, habiendo sido hecho el hombre por Dios enteramente señor de sí mismo, y del todo cabal y perfecto, en pena de que él por su grado sacó su ánimo de la obediencia de Dios, los apetitos del cuerpo y sus sentidos se salieron del servicio de la razón; y rebelando contra ella, la sujetaron, oscureciendo su luz y enflaqueciendo su libertad, y encendiéndola en el deseo de sus bie-

nes de ellos, y engendrando en ella apetito de lo que le es ajeno y la daña; esto es, del desconcierto y pecado. En lo cual es extrañamente maravilloso que, como en las otras cosas que son tenidas por malas, la experiencia de ellas haga escarmiento para huir de ellas después; y el que cayó en un mal paso rodea otra vez el camino por no tornar a caer en él; en esta desventura que llamamos pecado, el probarla es abrir la puerta para meterse en ella más, y con el pecado primero se hace escalón para venir al segundo; y cuando el alma en este género de mal se destruye más, tanto parece que gusta más de destruirse; que es de los daños que en ella el pecado hace, si no el mayor, sin duda uno de los mayores y más lamentables.

Porque por esta causa, como por los ojos se ve, de pecados pequeños nacen, eslabonándose unos con otros, pecados gravísimos; y se endurecen y crían callos y hacen como incurables los corazones humanos en este mal del pecar, añadiendo siempre a un pecado otro pecado, y a un pecado menor sucediéndole otro mayor de continuo, por haber comenzado a pecar. Y vienen así, continuamente pecando, a tener por hacedero y dulce y gentil lo que, no sólo en sí y en los ojos de los que bien juzgan es aborrecible y feísimo, sino lo que esos mismos que lo hacen, cuando de principio entraron en el mal obrar, huyeran el pensamiento de ello, no sólo el hecho, más que la muerte; como se ve por infinitos ejemplos, de que así la vida común como la historia está llena. Mas entre todos es claro y muy señalado ejemplo el del pueblo hebreo antiguo y presente; el cual,

por haber desde su primer principio comenzado a apartarse de Dios, prosiguiendo después en esta su primera dureza, y casi por años volviéndose a él y tornándole luego a ofender, y amontonando a pecados pecados, mereció ser autor de la mayor ofensa que se hizo jamás, que fué la muerte de Jesucristo. Y porque la culpa siempre ella misma se es pena, por haber llegado a esta ofensa, fué causa en sí mismo de un extremo de calamidad. Porque, dejando aparte el perdimiento del reino, y la ruina del templo, y el asolamiento de su ciudad, y la gloria de la religión y verdadero culto de Dios traspasada a las gentes; y dejados aparte los robos y males y muertes innumerables que padecieron los judíos entonces, y el eterno cautiverio en que viven ahora en estado vilísimo entre sus enemigos, hechos como un ejemplo común de la ira de Dios; así que, dejando esto aparte, ¿puedese imaginar más desventurado suceso que habiéndoles prometido Dios que nacería el Mesías de su sangre y linaje, y habiéndole ellos tan luegamente esperado, y esperando en él y por él la suma riqueza, y en durísimos males y trabajos que padecieron, habiéndose sustentado siempre con esta esperanza, cuando le tuvieron entre sí no le queriendo conocer; y cegándose, hacerse homicidas y destruidores de su gloria y de su esperanza, y de su sumo bien ellos mismos?

A mí verdaderamente, cuando lo pienso, el corazón se me entenece en dolor. Y si contamos bien toda la suma de este exceso tan grave, hallaremos que se vino a hacer de otros excesos; y que del abrir la puerta al pecar, y del entrarse

continuamente más adelante por ella, alejándose siempre de Dios, vinieron a quedar ciegos en mitad de la luz. Porque tal se puede llamar la claridad que hizo Cristo de sí, así por la grandeza de sus obras maravillosas como por el testimonio de las letras sagradas que le demuestran. Las cuales le demuestran así claramente, que no pudiéramos creer que ningunos hombres eran tan ciegos, si no supiéramos haber sido tan grandes pecadores primero. Y ciertamente, lo uno y lo otro, esto es, la ceguedad y maldad de ellos y la severidad y rigor de la justicia de Dios contra ellos, son cosas maravillosamente espantables. Yo siempre que las pienso me admiro. Y trájomelas a la memoria ahora lo restante de la plática de Marcelo que me queda por referir, y es ya tiempo que lo refiera.

Porque fué así, que los tres, después de haber comido, y habiendo tomado algún pequeño reposo, ya que la fuerza del calor comenzaba a caer, saliendo de la granja, y llegados al río que cerca de ella corría, en un barco (conformándose con el parecer de Sabino), se pasaron al soto que se hacía en medio de él, en una como isleta pequeña que apegada a la presa de unas aceñas se descubría.

Era el soto, aunque pequeño, espeso y muy apacible, y en aquella sazón estaba muy lleno de hoja; y entre las ramas que la tierra de suyo criaba, tenía también algunos árboles puestos por industria; y dividíale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacía el agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del río, y corría casi toda junta.

Pues entrados en él Marcelo y sus compañeros, y metidos en lo más espeso de él y más guardado de los rayos del sol, junto a un álamo alto que estaba casi en el medio, teniéndole a las espaldas, y delante los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde, y casi juntando al agua los pies, se sentaron. Adonde diciendo entre sí del sol de aquel día, que aún se hacía sentir, y de la frescura de aquel lugar, que era mucha, y alabando a Sabino su buen consejo, Sabino dijo así:

—Mucho me huelgo de haber acertado tan bien, y principalmente por vuestra causa, Marcelo; que por satisfacer a mi deseo tomáis hoy tan grande trabajo, que, según lo mucho que esta mañana dijisteis, temiendo vuestra salud, no quisiera que ahora dijerais más, si no me asegurara, en parte, la calidad y frescura de aqueste lugar. Aunque quien suele leer en medio de los caniculares tres lecciones en las escuelas muchos días arreo (1), bien podrá platicar entre estas ramas la mañana y la tarde de un día, o por mejor decir, no habrá maldad que no haga.

—Razón tiene Sabino—respondió Marcelo, mirando hacia Juliano—: que es género de maldad ocuparse uno tanto y en tal tiempo en la escuela; y de aquí veréis cuán malvada es la vida que así nos obliga. Así que, bien podéis proseguir, Sabino, sin miedo; que, demás de que este lugar es mejor que la cátedra, lo que aquí tratamos ahora

(1) *Arreo*: adverbio de tiempo, "sucesivamente, sin interrupción". (Véase Dicc. Acad.)

es sin comparación muy más dulce que lo que leemos allí; y así, con ello mismo se alivia el trabajo.

Entonces Sabino, desplegando el papel y prosiguiendo su lectura, dijo de esta manera:

BRAZO DE DIOS

OTRO nombre de Cristo es BRAZO DE DIOS. *Isaías en el capítulo cincuenta y tres: “¿Quién dará crédito a lo que hemos oído; y su BRAZO, Dios a quién lo descubrirá?” Y en el capítulo cincuenta y dos: “Aparejó el Señor su BRAZO santo ante los ojos de todas las gentes, y verán la salud de nuestro Dios todos los términos de la tierra”. Y en el cántico de la Virgen: “Hizo poderío en su BRAZO, y derramó los soberbios”. Y abiertamente en el salmo setenta, adonde en persona de la Iglesia dice David: “En la vejez mía, ni menos en mi senectud, no me desampares, Señor, hasta que publique tu BRAZO a toda la generación que vendrá”. Y en otros muchos lugares.*

Cesó aquí Sabino, y disponíase ya Marcelo para comenzar a decir; más Juliano, tomando la mano, dijo:

—No sé yo, Marcelo, si los hebreos nos darán que Isaías, en el lugar que el papel dice, hable de Cristo.

—No lo darán ellos—respondió Marcelo—, porque están ciegos; pero dánoslo la misma verdad. Y como hacen los malos enfermos, que hu-

yen más de lo que les da más salud, así éstos, perdidos en este lugar, el cual sólo bastaba para traerlos a luz, derraman con más estudio las tinieblas de su error para oscurecerle. Pero primero perderá su claridad este sol; porque si no habla de Cristo Isaías allí—preguntó—, ¿de quién habla?

—Ya sabéis lo que dicen—respondió Juliano.

—Ya sé—dijo Marcelo—que lo declaran de sí mismos y de su pueblo en el estado de ahora; pero ¿paréceos a vos que hay necesidad de razones para convencer un desatino tan claro?

—Sin duda clarísimo—respondió Juliano—; y cuando no hubiera otra cosa, hace evidencia de que no es así lo que dicen, ver que la persona de quien Isaías habla allí, el mismo Isaías dice que es inocentísima y ajena de todo pecado, y limpieza y satisfacción de los pecados de todos; y el pueblo hebreo que ahora vive, por ciego y arrogante que sea, no se osará atribuir a sí esta inocencia y limpieza. Y cuando osase él, la palabra de Dios le condena en Oseas cuando dice: que en el fin y después de este largo cautiverio, en que ahora están, los judíos se convertirán al Señor. Porque, si se convertirán a Dios entonces, manifiesto es que ahora están apartados de él, y fuera de su servicio. Mas, aunque este pleito esté fuera de duda, todavía, si no me engaño, os queda pleito con ellos en la declaración de este nombre, el cual ellos también confiesan que es nombre de Cristo; y confiesan, como es verdad, que ser BRAZO es ser fortaleza de Dios y victoria de sus enemigos. Mas dicen que los enemigos que

por el Mesías, como por su brazo y fortaleza, vence y vencerá Dios, son los enemigos de su pueblo; esto es, los enemigos visibles de los hebreos, y los que los han destruído y puesto en cautividad, como fueron los caldeos y los griegos y los romanos, y las demás gentes sus enemigas, de las cuales esperan verse vengados por mano del Mesías, que, engañados, aguardan; y le llaman BRAZO de Dios por razón de aquesta victoria y venganza.

—Así lo sueñan—respondió Marcelo—; y pues habéis movido el pleito, comencemos por él. Y como en la cultura del campo primero arranca el labrador las yerbas dañosas y después planta las buenas, así nosotros ahora desarraigamos primero ese error, para dejar después su campo libre y desembarazado a la verdad.

Mas decidme, Juliano: ¿prometió Dios alguna vez a su pueblo que les enviaría su BRAZO y fortaleza para darles victoria de algún enemigo suyo, y para ponerlos, no sólo en libertad, sino también en mando y en señorío glorioso? Y ¿díjoles en alguna parte que había de ser su Mesías un fortísimo y belicosísimo capitán, que vencería por fuerza de armas sus enemigos y extendería por todas las tierras sus esclarecidas victorias, y que sujetaría a su imperio las gentes?

—Sin duda así se lo dijo y prometió—respondió Juliano.

—Y ¿prometióselo por ventura—siguió luego Marcelo—en un solo lugar o una vez sola, y esa acaso y hablando de otro propósito?

—No, sino en muchos lugares—respondió Ju-

liano—, y de principal intento y con palabras muy encarecidas y hermosas.

—¿Qué palabras—añadió Marcelo—o qué lugares son esos? Referid algunos si los tenéis en la memoria.

—Largos son de contar—dijo Juliano—; y aunque preguntáis lo que sabéis, y no sé para qué fin, diré los que se me ofrecen:

David en el salmo, hablando propiamente con Cristo, le dice: *Ciñe tu espada sobre tu muslo poderosísimo, tu hermosura y tu gentileza. Sube en el caballo y reina prósperamente por tu verdad y mansedumbre y por tu justicia. Tu derecha te mostrará maravillas. Tus saetas agudas (los pueblos caerán a tus pies) en los corazones de los enemigos del Rey.* Y en otro salmo dice el mismo: *El Señor reina; haga fiesta la tierra, alegrense las islas todas; nube y tiniebla en su derredor, justicia y juicio en el trono de su asiento. Fuego va delante de él, que abrasará a todos sus enemigos.* E Isaías en el capítulo once: *Y en aquel día extenderá el Señor segunda vez su mano, para poseer lo que de su pueblo ha escapado de los asirios y de los egipcios y de las demás gentes; y levantará su bandera entre las naciones, y allegará a los fugitivos de Israel y los esparcidos de Judá de las cuatro partes del mundo; y los enemigos de Judá perecerán, y volará contra los filisteos por la mar; cautivará a los hijos de Oriente; Edón le servirá, y Moab le será sujeto; y los hijos de Amón sus obedientes.*

Y en el capítulo cuarenta y uno por otra manera: *Pondrá ante sí en huida las gentes, perse-*

guirá los reyes. Como polvo los hará su cuchillo; como astilla arrojada su arco. Perseguirlos ha y pasará en paz; no entrará ni polvo en sus pies. Y poco después el mismo: Yo, dice, te pondré como carro, y como nueva trilladera con dentales de hierro, trillarás los montes y desmenuzarlos has, y a los collados dejarás hechos polvo; aventaráslos y llevarlos ha el viento, y el torbellino los esparcerá. Y cuando el mismo profeta introduce al Mesías, teñida la vestidura con sangre, y a otros que se maravillan de ello y le preguntan la causa, dice que él les responde: Yo sólo he pisado un lagar; en mi ayuda no se halló gente; pisélos en mi ira y pateélos en mi indignación; y su sangre salpicó mis vestidos, y he ensuciado mis vestiduras todas. Y en el capítulo cuarenta y dos: El Señor como valiente saldrá; y como hombre de guerra, despertará su coraje, guerreará y levantará alarido; y esforzarse ha sobre sus enemigos. Mas es nunca acabar. Lo mismo, aunque por diferentes maneras, dice en el capítulo sesenta y tres y sesenta y seis; y Joel dice lo mismo en el capítulo último; y Amós profeta también en el mismo capítulo; y en los capítulos cuatro y cinco y último lo repite Miqueas. Y ¿qué profeta hay que no celebre, cantando, en diversos lugares este capitán y aquesta victoria?

—Así es verdad—dijo Marcelo—; mas también me decid: ¿los asirios y los babilonios fueron hombres señalados en armas, y hubo reyes belicosos y victoriosos entre ellos, y sujetaron a su imperio a todo, o a la mayor parte del mundo?

—Así fué—respondió Juliano.

—Y los medos y persas que vinieron después—añadió luego Marcelo—, ¿no menearon también las armas asaz valerosamente y enseñorearon la tierra, y floreció entre ellos el esclarecido Ciro y el poderosísimo Jerjes?

Concedió Juliano que era verdad.

—Pues no menos verdad es—dijo prosiguiendo Marcelo—que las victorias de los griegos sobraron a éstos, y que el no vencido Alejandro, con la espada en la mano, y como un rayo, en brevisimo espacio corrió todo el mundo, dejándole no menos espantado de sí que vencido; y muerto él, sabemos que el trono de sus sucesores tuvo el cetro por largos años de toda Asia, y de mucha parte del África y de Europa. Y por la misma manera los romanos, que les sucedieron en el imperio y en la gloria de las armas, también vemos que, vencíendolo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorío tuviesen un mismo término. El cual señorío, aunque disminuído, y compuesto de partes, unas flacas y otras muy fuertes, como lo vió Daniel en los pies de la estatua, hasta hoy día persevera por tantas vueltas de siglos. Y ya que callemos los príncipes guerreadores y victoriosos que florecieron en él, en los tiempos más vecinos al nuestro, notorios son los Scipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos, los Césares de los siglos antepasados, a cuyo valor y esfuerzo y felicidad fué muy pequeña la redondez de la tierra.

—Espero—dijo Juliano—dónde vais a parar.

—Presto lo veréis—dijo Marcelo—; pero decidme: esta grandeza de victorias e imperio que

he dicho. ¿dióselo Dios a los que he dicho, o ellos por sí y por sus fuerzas puras, sin orden ni ayuda de él la alcanzaron?

—Fuera está eso de toda duda—respondió Juliano—acerca de los que conocen y confiesan la Providencia de Dios. Y en los *Proverbios* dice él mismo de sí mismo: *Por mí reinan los príncipes.*

—Decís la verdad—dijo Marcelo—; mas todavía os pregunto si conocían y adoraban a Dios aquellas gentes.

—No le conocían—dijo Juliano—, ni le adoraban.

—Decidme más—prosiguió diciendo Marcelo—: antes que Dios les hiciese aquea merced, ¿prometió de hacérsela, o vendióles muchas palabras acerca de ello, o envióles muchos mensajeros, encareciéndoles la promesa por largos días y por diversas maneras?

—Ninguna de esas cosas hizo Dios con ellos—respondió Juliano—; y si de alguna de estas cosas, antes que fuesen, se hace mención en las letras sagradas, como a la verdad se hace de algunas, hócese de paso y como de camino, y a fin de otro propósito.

—Pues ¿en qué juicio de hombres cabe o pudo haber—añadió Marcelo encontinente—, pensar que lo que daba Dios y cada día lo da a gentes ajenas de sí y que viven sin ley, bárbaras y fieras y llenas de infidelidad y de vicios feísimos, digo, el mando terreno y la victoria en la guerra, y la gloria y la nobleza del triunfo sobre todos o casi todos los hombres: pues quién pudo persuadirse

que lo que da Dios a éstos, que son como sus esclavos, y que se lo da sin prometérselo y sin vendérselo con encarecimientos, y como si no les diese nada o les diese cosas de breve y de poco momento, como a la verdad lo son todas ellas en sí, eso mismo o su semejante a su pueblo escogido, y al que sólo (adorando ídolos todas las otras gentes), le conocía y servía para dárselo, si se lo quería dar como los ciegos pensaron, se lo prometía tan encarecidamente y tan de atrás, enviándole casi cada siglo nueva promesa de ello por sus profetas, y se lo vendía tan caro y hacia tanto esperar, que el día de hoy, que es más de tres mil años después de la primera promesa, aún no está cumplido, ni vendrá a cumplimiento jamás, porque no es eso lo que Dios prometía?

Gran donaire, o por mejor decir, ceguedad lastimera es creer que los encarecimientos y amores de Dios habían de parar en armas y en banderas y en el estruendo de los atambores, y en castillos cercados, y en muros batidos por tierra, y en el cuchillo, y en la sangre y en el asalto y cautiverio de mil inocentes; y creer que el BRAZO de Dios, extendido y cercado de fortaleza invencible, que Dios promete en sus letras, y de quien él tanto en ellas se precia, era un descendiente de David, capitán esforzado, que rodeado de hierro y esgrimiendo la espada, y llevando consigo innumerables soldados, había de meter a cuchillo las gentes, y desplegar por todas las tierras sus victoriosas banderas.

Mesías fué de esa manera Ciro y Nabucodonosor y Artajerjes: o ¿qué le faltó para serlo? Me-

sías fué, si ser Mesías es eso, César el dictador y el grande Pompeyo; y Alejandro en esa manera fué, más que todos, Mesías. ¿Tan grande valentía es dar muerte a los mortales y derrocar los alcázares, que ellos de suyo se caen, que le sea a Dios o conveniente o glorioso hacer para ello BRAZO tan fuerte, que por este hecho le llame su fortaleza? ¡Oh! cómo es verdad aquello que en persona de Dios les dijo Isaías: *Cuanto se encumbra el cielo sobre la tierra, tanto mis pensamientos se diferencian y levantan sobre los vuestros.* Que son palabras que se me vienen luego a los ojos, todas las veces que en este desatino pongo atención.

Otros vencimientos, gente ciega y miserable, y otros triunfos y libertad, y otros señoríos mayores y mejores son los que Dios os promete. Otro es su BRAZO y otra su fortaleza, muy diferente y muy más aventajada de lo que pensáis. Vosotros esperáis tierra que se consume y perece; y la escritura de Dios es promesa del cielo. Vosotros amáis y pedís libertad del cuerpo, y en vida abundante y pacífica, con la cual libertad se compadecce servir el ánima al pecado y al vicio; y de estos males, que son mortales, os prometía Dios libertad. Vosotros esperabais ser señores de otros; Dios no prometía sino haceros señores de vosotros mismos. Vosotros os tenéis por satisfechos con un sucesor de David que os reduzca a vuestra primera tierra y os mantenga en justicia, y defienda y ampare de vuestros contrarios; mas Dios, que es sin comparación muy más liberal y más largo, os prometía, no hijo de David sólo,

sino hijo suyo y de David hijo también, que enriquecido de todo el bien que Dios tiene, os sacase del poder del demonio y de las manos de la muerte sin fin, y que os sujetase debajo de vuestros pies todo lo que de veras os daña, y os llevase santos, inmortales, gloriosos a la tierra de vida y de paz, que nunca fallece. Estos son bienes dignos de Dios; y semejantes dádivas, y no otras, hinchen el encarecimiento y muchedumbre de aquellas promesas. Y a la verdad, Juliano, entre los demás inconvenientes que tiene este error, es uno grandísimo que los que se persuaden de él, forzosamente juzgan de Dios muy baja y vilmente. No tiene Dios tan angosto corazón como los hombres tenemos, y estos bienes y gloria terrena, que nosotros estimamos en tanto, aunque es él sólo el que los distribuye y reparte, pero conoce que son bienes caducos y que están fuera del hombre, y que no solamente no le hacen bueno, mas muchas veces le empeoran y dañan; y así, ni hace alarde de estos bienes Dios, ni se precia del repartimiento de ellos, y las más veces los envía a quien no los merece, por los fines que él se sabe; y a los que tiene por desechados de sí, y que son delante de sus ojos como viles cautivos y esclavos, a esos les da aqueste breve consuelo; y al revés, con sus escogidos y con los que como a hijos ama, en esto comúnmente es escaso, porque sabe nuestra flaqueza y la facilidad con que nuestro corazón se derrama en el amor de estas prendas exteriores, teniéndolas; y sabe que casi siempre o cortan o enflaquecen los nervios de la virtud verdadera.

Mas dirán: Esperamos lo que las sagradas letras nos dicen; y con lo que Dios promete nos contentamos, y eso tenemos por mucho. Leemos capitán, oímos guerras y caballos y saetas y espadas, vemos victorias y triunfos, prométennos libertad y venganza, dicennos que nuestra ciudad y nuestro templo será reparado, que las gentes nos servirán y que seremos señores de todos. Lo que oímos, eso esperamos, y con la esperanza de ello vivimos contentos.

Siempre fué flaca defensa asirse a la letra, cuando la razón evidente descubre el verdadero sentido; mas, aunque flaca, tuviera aquí y en este propósito algún color, si las mismas divinas letras no descubrieran en otros lugares su verdadera intención. Porque, pues Isaías, cuando habla sin rodeo y sin figuras de Cristo, le pinta en persona de Dios de aquesta manera: *Veis, dice, a mi siervo, en quien descanso, aquel en quien se contenta y satisface mi ánima; puse sobre él mi espíritu, él hará justicia a las gentes, no voceará ni será aceptador de personas, ni será oída en las plazas su voz: la caña quebrantada no quebrará, y la estopa que humea no la apagará, no será áspero ni bullicioso;* manifiestamente se muestra que este BRAZO y fortaleza de Dios, que es Jesucristo, no es fortaleza militar ni coraje de soldado, y que los hechos hazañosos de un cordero tan humilde y tan manso, como es el que en este lugar Isaías pinta, no son hechos de esta guerra que vemos, adonde la soberbia se enseñorea y la crueldad se despierta, y el bullicio y la cólera y la rabia y el furor menean las manos. No tendrá,

dice, colera para hacer mal in a una cana quebrada. Y antojasele al error vano de aquestos mezquinos que tiene de trastornar el mundo con guerras.

Y no es menos claro lo que el mismo profeta dice en otro capítulo: *Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios quitará la vida al malvado.* Porque, si las armas con que hiere la tierra y con que quita la vida al malo son vivas y ardientes palabras, claro es que su obra de aqueste BRAZO no es pelear con armas carnales contra los cuerpos, sino contra los vicios con armas de espíritu. Y así, conforme a esto, le arma de punta en blanco con todas sus piezas en otro lugar, diciendo: *Vistióse por loriga justicia, y salud por yelmo de su cabeza; vistióse por vestiduras venganza, y el celo le cobijó como capa.* Por manera que las saetas que antes decía que enviadas con el vigor del brazo traspasan los cuerpos, son palabras agudas y enherboladas con gracia, que pasan el corazón de claro en claro. Y su espada famosa no se templó con acero en las fraguas de Vulcano, para derramar la sangre cortando; ni es hierro visible, sino rayo de virtud invisible que pone a cuchillo todo lo que en nuestras almas es enemigo de Dios. Y sus lorigas y sus petos y sus arneses, por el consiguiente, son virtudes heroicas del cielo, en quien todos los golpes enemigos se embotan. Piden a Dios la palabra, y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió.

¿Cómo piden cosas de esta vida mortal, y que cada día las vemos en otros, y que comprendemos

lo que valen y son, pues dice Dios por su profeta que el bien de su promesa y la calidad y grandeza de ella, ni el ojo la vió, ni llegó jamás a los oídos, ni cayó nunca en el pensamiento del hombre? Vencer unas gentes a otras, bien sabemos qué es; el valor de las armas cada día lo vemos; no hay cosa que más entienda ni más desee la carne que las riquezas y que el señorío. No promete Dios esto, pues lo que promete excede a todo nuestro deseo y sentido. Hacerse Dios hombre, eso no lo alcanza la carne; morir Dios en la humanidad que tomó para dar vida a los suyos, eso vence el sentido; muriendo un hombre, al demonio, que tiranizaba los hombres, hacerle sujeto y esclavo de ellos, ¿quién nunca lo oyó? Los que servían al infierno, convertirlos en ciudadanos del cielo y en hijos de Dios; y finalmente, hermostear con justicia las almas, desarraigando de ellas mil malos siniestros, y hechas todas luz y justicia, a ellas y a los cuerpos vestirlos de gloria y de inmortalidad, ¿en qué deseo cupo jamás, por más que alargase la rienda al deseo?

Mas ¿en qué me detengo? El mismo profeta ¿no pone abiertamente, y sin ningún rodeo ni velo, el oficio de Cristo, y su valentía y la calidad de sus guerras, en el capítulo sesenta y uno de su profecía, adonde introduce a Cristo, que dice: *El espíritu del Señor está sobre mí, a dar buena nueva a los mansos me envió?* ¿No veis lo que dice? ¿Qué? Buena nueva a los mansos, no asalto a los muros. Más: *A curar los de corazón quebrantado.* ¡Y dice el error, que a pasar por los filos de su espada a las gentes! *A predicar a los cautivos per-*

dón. A predicar, que no a guerrear. No a dar rienda a la saña, sino a publicar su indulgencia, y predicar el año en que se aplaca el Señor, y el día en que, como si se viese vengado, queda mansa su ira. A consolar a los que lloran, y a dar fortaleza a los que se lamentan. A darles guirnalda en lugar de la ceniza; y unción de gozo en lugar del duelo; y manto de loor en vez de la tristeza de espíritu. Y para que no quedase duda ninguna, concluye: *Y serán llamados fuertes en justicia.* ¿Dónde están ahora los que, engañándose a sí mismos, se prometen fortaleza de armas, prometiendo declaradamente Dios fortaleza de virtud y de justicia?

—Aquí Juliano, mirando alegremente a Marcelo, paréceme—dijo—Marcelo, que os he metido en calor, y bastaba el del día. Mas no me pesa de la ocasión que os he dado, porque me satisface mucho lo que habéis dicho; y porque no quede nada por decir, quiéroos también preguntar: ¿qué es la causa por donde Dios, ya que hacía promesa de este tan grande bien a su pueblo, se la encubrió debajo de palabras y bienes carnales y visibles, sabiendo que para ojos tan flacos como los de aquel pueblo era velo que los podía cegar; y sabiendo que para corazones tan aficionados al bien de la carne, como son los de aquéllos, era cebo que los había de engañar y enredar?

—No era cebo ni velo—respondió al punto Marcelo—, pues juntamente con ello estaba luego la voz y la mano de Dios, que alzaba el velo y avisaba del cebo, descubriendo por mil maneras lo cier-

to de su promesa. Ellos mismos se cegaron y se enredaron de su voluntad.

—Por ventura yo no me he declarado—dijo entonces Juliano—, porque eso mismo es lo que pregunto. Que pues Dios sabia que se habían de cegar tomando de aquel lenguaje ocasión, ¿por qué no cortó la ocasión del todo? Y pues les descubría su voluntad y determinacion, y se la descubría para que la entendiesen, ¿por qué no se la descubrió sin dejar escondrijo donde se pudiese encubrir el error? Porque no diréis que no quiso ser entendido; porque, si eso quisiera, callara; ni menos que no pudo darse a entender.

—Los secretos de Dios—respondió Marcelo encogíendose en sí—son abismos profundos; por donde en ellos es ligero el dificultar, y el penetrar muy dificultoso. Y el ánimo fiel y cristiano más se ha de mostrar sabio en conocer (que sería poco el saber de Dios si lo comprendiese nuestro saber), que ingenioso en remontar dificultades sobre lo que Dios hace y ordena. Y como sea esto así en todos los hechos de Dios, en este particular que toca a la ceguedad de aquel pueblo, el mismo San Pablo se encoge y parece que se retira; y aunque caminaba con el soplo del Espíritu-Santo, coge las velas del entendimiento y las inclina, diciendo: *Oh, honduras de las riquezas y sabiduría y conocimiento de Dios, cuán no penetrables son sus juicios y cuán dificultosos de rastrear sus caminos!* Mas, por mucho que se esconda la verdad, como es luz, siempre echa algunos rayos de sí que dan bastante lumbre al ánima humilde.

Y así, digo ahora: que no porque algunos toman

ocasión de pecar, conviene a la sabiduría de Dios mudar, o en el lenguaje con que nos habla, o en el orden con que nos gobierna, o en la disposición de las cosas que cría, lo que es en sí conveniente y bueno para la naturaleza en común. Bien sabéis que unos salen a hacer mal con la luz, y que a otros la noche con sus tinieblas los convida a pecar; porque, ni el corsario correría a la presa si el sol no amaneciese, ni si no se pudiese, el adúltero macularía el lecho de su vecino. El mismo entendimiento y agudeza de ingenio de que Dios nos dotó, si atendemos a los muchos que usan mal de él, no nos le diera, y dejara al hombre no hombre.

¿No dice San Pablo de la doctrina del Evangelio, que a unos es olor de vida para que vivan, y a otros de muerte para que mueran? ¿Qué fuera del mundo si, porque no se acrecentara la culpa de algunos, quedáramos todos en culpa? Esta manera de hablar, Juliano, adonde, con semejanzas y figuras de cosas que conocemos y vemos y amamos, nos da Dios noticia de sus bienes, y nos los promete para la calidad y gusto de nuestro ingenio y condición, es muy útil y muy conveniente. Lo uno, porque todo nuestro conocimiento, así como comienza de los sentidos, así no conoce bien lo espiritual, sino es por semejanza de lo sensible que conoce primero. Lo otro, porque la semejanza que hay de lo uno a lo otro, advertida y conocida, aviva el gusto de nuestro entendimiento naturalmente, que es inclinado a cotejar unas cosas con otras, discurriendo por ellas, y así, cuando descubre alguna gran consonancia de propie-

dades entre cosas que son en naturaleza diversas, alégrase mucho y como saboréase en ello, e imprímelo con más firmeza en las mentes. Y lo tercero, porque de las cosas que sentimos, sabemos por experiencia lo gustoso y lo agradable que tienen; mas de las cosas del cielo no sabemos cuál sea, ni cuánto su sabor y dulzura.

Pues para que cobremos afición y concibamos deseo de lo que nunca hemos gustado, preséntanoslo Dios debajo de lo que gustamos y amamos; para que, entendiendo que es aquello más y mejor que lo conocido, amemos en lo no conocido el deleite y contento que ya conocemos. Y como Dios se hizo hombre dulcísimo y amorosísimo, para que lo que no entendíamos de la dulzura y amor de su natural condición, que no veíamos, lo experimentásemos en el hombre que vemos, y de quien se vistió para comenzar allí a encender nuestra voluntad en su amor; así en el lenguaje de sus Escrituras nos habla como hombre a otros hombres, y nos dice sus bienes espirituales y altos, con palabras y figuras de cosas corporales que les son semejantes; y para que los amemos los enmiela con esta miel nuestra, digo, con lo que él sabe que tenemos por miel.

Y si en todos es esto, en la gente de aquel pueblo de quien hablamos tiene más fuerza y razón por su natural y no creíble flaqueza, y como divinamente dijo San Pablo, por su infinita niñez. La cual demandaba que, como el ayo al muchacho pequeño le induce con golosinas a que aprenda el saber, así Dios a aquellos los levántase a la

creencia y al deseo del cielo, ofreciéndoles y prometiéndoles, al parecer, bienes de la tierra.

Porque si en acabando de ver el infinito poder de Dios y la grandeza de su amor para con ellos en las plagas de Egipto, y en el mar Bermejo dividido por medio; y si teniendo casi presente en los ojos el fuego y la nube del Siná, y el habla misma de Dios, que les decía la ley, sonando en sus oídos entonces; y si teniendo en la boca el maná que Dios les llovía; y si mirando ante sí la nube que los guiaba de día y les lucía de noche, venidos a la entrada de la tierra de Canaán, adonde Dios los llevaba, en oyendo que la moraban hombres valientes, temieron y desconfiaron, y volvieron atrás, llorando fea y vilmente; y no creyeron que quien pudo romper el mar en sus ojos, podría derrocar unos muros de tierra; y ni la riqueza y abundancia de la tierra que veían y amaban, ni la experiencia de la fortaleza de Dios los pudo mover adelante; si luego y de primera instancia, y por sus palabras sencillas y claras, les prometiera Dios la encarnación de su Hijo y lo espiritual de sus bienes, y lo que ni sentían ni podían sentir, ni se les podía dar luego, sino en otra vida y después de haber dado largas vueltas los siglos; ¿cuándo, me decid, o cómo, o en qué manera aquellos o lo creyeron o lo estimaran? Sin duda fuera cosa sin fruto.

Y así, todo lo grande y apartado de nuestra vista que Dios les promete, se lo pone tratable y deseable, saboreándose de esta manera que he dicho. Y particularmente en este misterio y promesa de Cristo, para asentársela en la memoria

y en la afición, se la ofrece en los Libros divinos casi siempre vestida con una de dos figuras. Porque lo que toca a la gracia que descende de Cristo en las almas, y a lo que en ellas fructifica esta gracia, díceselo debajo de semejanzas tomadas de la cultura del campo y de la naturaleza de él. Y, como vimos esta mañana, para figurar aqueste negocio hace sus cielos y su tierra, y sus nubes y lluvia, y sus montes y valles, y nombra trigo, y vides, y olivas, con grande propiedad y hermosura. Mas lo que pertenece a lo que antes de esto hizo Cristo, venciendo el demonio en la cruz, y despojando el infierno y triunfando de él y de la muerte, y subiéndose al cielo para juntar después a sí mismo todo su cuerpo, represéntaselo con nombres de guerras y victorias visibles, y alza luego la bandera y suena la trompa y relumbra la espada; y píntalo a las veces con tanta demostración, que casi se oye el ruido de las armas y el alarido de los que huyen: y la victoria alegre de los que vencen casi se ve.

Y demás de esto, si va a decir lo que siento, la dureza, Juliano, de aquella gente, y la poca confianza que siempre tuvieron en Dios, y los pecados grandes contra él que de ella nacieron en aquel pueblo luego en su primer principio, y se fueron después siempre con él continuando y creciendo (feos, ingratos, enormes pecados), dieron a Dios causa justísima para que tuviese por bueno el hablarles así figurada y revueltamente.

Porque de la manera que en la luz de la profecía da Dios mayor o menor luz, según la disposición y capacidad y calidad del profeta, y una

misma verdad a unos se la descubre por sueños y a otros despiertos, pero por imágenes corporales y oscuras que se les figuran en la fantasía, y a otros por palabras puras y sencillas; y como un mismo rostro, en muchos espejos más y menos claros y verdaderos, se muestra por diferente manera; así Dios, esta verdad de su Hijo y la historia y calidad de sus hechos, conforme a los pecados y mala disposición de aquella gente, así se la dijo algo encubierta y oscura. Y quiso hablarles así, porque entendió que para los que entre ellos eran y habían de ser buenos y fieles aquello bastaba: y que a los contumaces perdidos no se les debía más luz. Por manera que vió, que a los unos aquella medianamente encubierta verdad les serviría de honesto ejercicio buscándola, y de santo deleite hallándola: y que eso mismo sería tropiezo y lazo para los otros, pero merecido tropiezo por sus muchos y graves pecados. Por los cuales, caminando sin rienda y aventajándose siempre a sí mismos, como por grados que ellos perdidamente se edificaron, llegaron a merecer este mal que fué el sumo de todos: que teniendo delante de los ojos su vida, abrazasen la muerte; y que aborreciesen a su único suspiro y deseo, cuando le tuvieron presente; o por mejor decir, que viéndolo no le viesen, ni le oyesen oyéndole, y que palpasen en las tinieblas estando rodeados de luz, y merecieron, pecando, pecar más, y llegar a cegarse hasta poner las manos en Cristo, y darle muerte, y negarle y blasfemar de él; que fué llegar al fin del pecado.

¿Levántoselo ahora yo, o no se lo dijo por

Isaias Dios mucho antes? *Cegaré el corazón de este pueblo y ensordecerles he los oídos, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan, y no se conviertan a mí ni los sane yo.* Y que sirviese para esta ceguedad y sordera el hablarles Dios en figuras y en parábolas, manifiéstalo Cristo, diciendo: *A vosotros es dado conocer el misterio del reino; pero a los demás en parábolas, para que viéndolo no lo vean, y oyéndolo no lo oigan.* Mas pues éstos son ciegos y sordos, y porfían en serlo, dejémoslos en su ceguedad, y pasemos a declarar la fuerza de este BRAZO invencible.

Y diciendo esto Marcelo, y mirando hacia Sabino, añadió:

—Si a Sabino no le parece que queda alguna otra cosa por declarar.

Y dijo esto Marcelo porque Sabino, en cuanto él hablaba, ya por dos veces había hecho significación de quererle preguntar algo, inclinándose a él con el cuerpo, y enderezando el rostro y los ojos en él.

Mas Sabino le respondió:

—Cosa era lo que se me ofrecía de poca importancia, y ya me parecía dejarla; mas, pues me convidáis a que la diga, decidme, Marcelo, si fué pena de sus pecados en los judíos el hablarles Dios por figuras, y se cegaron en el entendimiento de ellas por ser pecadores, y si por haberse cegado, desconocieron y trajeron a Jesucristo a la muerte, ¿podréisme por aventura mostrar en ellos algún pecado primero tan malo y tan grande, que mereciese ser causa de este último y gravísimo pecado que hicieron después?

—Excusado es buscar uno—respondió Marcelo—adonde hubo tan enormes pecados y tantos. Mas, aunque esto es así, no carece de razón vuestra pregunta, Sabino; porque, si atendemos bien a lo que por Moisés está escrito, podremos decir que en el pecado de la adoración del becerro merecieron, como en culpa principal, que, permitiéndolo Dios, desconociesen y negasen a Cristo después. Y podremos decir que de aquella fuente manó aquesta mala corriente, que creciendo con otras avenidas menores, vino a ser un abismo de mal.

Porque si alguno quisiere pesar, con peso justo y fiel, todas las caualidades de mal que en aque! pecado juntas concurren, conocerá luego que fué justamente merecedor de un castigo tan señalado como es la ceguedad en que están, no conociendo a Jesús por Mesías; y cómo son los males y miserias en que han incurrido por causa de ella. No quiero decir ahora que los había Dios sacado de la servidumbre de Egipto, y que les había abierto con nueva maravilla el mar, y que la memoria de estos beneficios la tenían reciente; lo que digo para verdadero conocimiento de su grave maldad, es aquesto: que en ese tiempo y punto volvieron las espaldas a Dios, cuando le tenían delante de los ojos presente encima de la cumbre del monte, cuando ellos estaban alojados a la falda del Siná, cuando veían la nube y el fuego, testigos manifiestos de su presencia; cuando sabían que Moisés estaba hablando con él; cuando acababan de recibir la ley, la cual ellos comenzaron a oír de su misma boca de Dios, y movidos de un temor religioso no se tuvieron por dignos para oíría del todo, y pidie-

ron que Moisés por todos la oyese. Así que, viendo a Dios se olvidaron de Dios; y mirándole, le negaron; y teniéndole en los ojos, le borraron de la memoria.

Mas ¿por qué le borraron? No se puede decir más breve ni más encarecidamente que la Escritura lo dice: Por un becerro que comía heno. Y aun no por becerro vivo que comía, sino por imagen de becerro que parecía comer, hecha por sus mismas manos en aquel punto. A aquél los desatinados dijeron: *Este, éste es tu Dios, Israel, el que te sacó de la servidumbre de Egipto.*

¿Qué flaqueza, pregunto, o qué desamor habían hallado en Dios hasta entonces? O ¿qué mayor fortaleza esperaban de un poco de oro mal figurado? O ¿qué palabras encarecen debidamente tan grande ceguera y maldad? Pues los que tan de balde, y tan por su sola malicia y liviandad increíble se cegaron allí, justísimo fué, y Dios derecha-mente lo permitió, que se cegasen aquí en el conocimiento de su único bien. Y porque no parezca que lo adivinamos ahora nosotros, Moisés en su Cántico y en persona de Dios, y hablando de aquese mismo becerro de que hablamos, tan mal adorado, se lo profetiza y dice de aquesta manera: *Estos me provocaron a mí en lo que no era Dios: pues yo los provocaré a ellos (conviene a saber: a envidia y dolor) llamando a mi gracia y a la rica posesión de mis bienes a una gente vil, y que en su estima de ellos no es gente.* Como diciéndoles que, por cuanto ellos le habían dejado por adorar un metal, él los dejaría a ellos y abrazaría a la gentilidad, gente muy pecadora y muy despreciada. Por-

que sabida cosa es, así como lo enseña San Pablo, que el haber desconocido a Cristo aquel pueblo, fué el medio por donde se hizo aqueste trueque y traspaso, en que él quedó desechado y despojado de la religión verdadera, y se pasó la posesión de ella a las gentes.

Mas traigamos a la memoria, y pongamos delante de ella, lo que entonces pasó y lo que por orden de Dios hizo Moisés: que el mismo hecho será pintura viva y testimonio expreso de aquesto que digo. ¿No dice la Escritura en aquel lugar, que abajando Moisés del monte, habiendo visto y conocido el mal recaudo del pueblo, quebró, dando en el suelo con ellas, las tablas de la ley que traía en las manos? ¿Y que el tabernáculo adonde descendía Dios y hablaba con Moisés, le sacó Moisés luego del real y de entre las tiendas de los hebreos, y lo asentó en otro lugar muy apartado de aquél? Pues ¿qué fué esto sino decir y profetizar figuradamente lo que en castigo y pena de aquel exceso había de suceder a los judíos, después? Que el tabernáculo donde mora perpetuamente Dios, que es la naturaleza humana de Jesucristo, que había nacido de ellos y estaba residiendo entre ellos, se había de alejar por su desconocimiento de entre los mismos; y que la ley que les había dado y que ellos con tanto cuidado guardan ahora, les había de ser, como es, cosa perdida y sin fruto; y que habían de mirar, como ven ahora, sin menearse de sus lugares y errores, las espaldas de Moisés, esto es, la sombra y la corteza de su Escritura. La cual, siendo de ellos, no vive con ellos, antes los deja y se pasa a otra parte delante de sus ojos, y mirán-

dolo con grave dolor. Así que, por sus pecados todos, y entre todos, por este del becerro que digo, fueron merecedores de que ni Dios les hablase a la clara, ni ellos tuviesen vista para entender lo que se les hablaba.

Mas, pues hemos dicho acerca de esto todo lo que convenia decir, digamos ya la calidad de este brazo, y aquello a que se extiende su fuerza.

Y como se callase Marcelo aquí un poco, tornó luego a decir:

—De Lactancio Firmiano se escribe, como sabéis, que tuvo más vigor escribiendo contra los errores gentiles que eficacia confirmando nuestras verdades, y que convenció mejor el error ajeno que probó su propósito. Mas yo, aunque no le conviene a ninguno prometer nada de sí, confiado de la naturaleza de las mismas cosas, oso esperar que si acertare a decir con palabras sencillas las hazañas que hizo Dios por medio de Cristo, y las obras de fortaleza, por cuya causa se llama su *brazo*, que por él acabó, ello mismo hará prueba de sí tan eficaz, que sin otro argumento se esforzará a sí mismo y se demostrará que es verdadero, y vencerá de falso a lo contrario. Y para que yo pueda ahora, refiriendo aquestas obras, mostrar la fuerza de ellas mejor, antes que las refiera me conviene presuponer que a Dios, que es infinitamente fuerte y poderoso, y que para el hacer le basta sólo el querer, ninguna cosa que hiciese le sería contada a gran valentía, si la hiciese usando de su poder absoluto, y de la ventaja que hace a todas las demás cosas en fuerzas.

Por donde lo grande y lo que más espanto nos

pone, y lo que más nos demaestra lo inmenso de su no comprensible poder y saber, es: cuando hace sus cosas sin parecer que las hace, y cuando trae a debido fin lo que ordena, sin romper alguna ley ordenada y sin hacer violencia; y cuando sin poner él en ello, a lo que parece, su particular cuidado o sus manos, ello de sí mismo se hace; antes con las manos mismas y con los hechos de los que lo desean impedir y se trabajan en impedirlo, no sabréis cómo ni de qué manera viene ello casi de suyo a hacerse. Y es propia manera ésta de la fortaleza, a quien la prudencia acompaña. Y en la prudencia, lo más fino de ella y en lo que más se señala, es el dar orden cómo se venga a fines extremados y altos y dificultosos por medios comunes y llanos, sin que en ellos se turbe en lo demás el buen orden. Y Dios se precia de hacerlo así siempre, porque es en lo que más se descubre y resplandece su mucho saber. Y entre los hombres, los que gobernaron bien, siempre procuraron, cuanto pudieron, avecinar a esta imagen de gobierno sus ordenanzas. La cual imagen apenas la imitan ni conocen los que en día de hoy gobiernan. Y con otras muchas cosas divinas, de las cuales ahora tenemos solamente la sombra, también se ha perdido la fineza de aquesta virtud en los que nos rigen, que atentos muchas veces a un fin particular que pretenden, usan de medios y ponen leyes que estorban otros fines mayores, y hacen violencia a la buena gobernación en cien cosas, por salir con una cosa sola que les agrada. Y aún están algunos tan ciegos en esto, que entonces presumen de sí, cuando con leyes, que cada una de ellas quebranta

otras leyes mejores, estrechan el negocio de tal manera, que reducen a lance forzoso lo que pretenden. Y cuando suben, como dicen, el agua por una torre, entonces se tienen por la misma prudencia y por el dechado de toda la buena gobernación; como, si sirviera para nuestro propósito, lo pudiera yo ahora mostrar por muchos ejemplos.

Paes quedando esto así, para conocer claramente las grandezas que hizo Dios por este brazo suyo, convendrá poner delante los ojos la dificultad y la muchedumbre de las cosas que convenía y era necesario que fuesen hechas por Dios para la salud de los hombres. Porque, conocido lo mucho y lo dificultoso que se había de hacer, y la contrariedad que ello entre sí mismo tenía, y conocido cómo las unas partes de ello impedían la ejecución de las otras, y vista la forma y facilidad, y, si conviene decirlo así, la destreza con que Dios, por Cristo proveyó a todo y lo hizo como de un golpe, quedará manifiesta la grandeza del poder de Dios y la razón justísima que tiene para llamar a Cristo BRAZO SUYO y valentía suya.

Decíamos, pues, hoy, que Lucifer, enamorado vanamente de sí, apeteció para sí lo que Dios ordenaba para honra del hombre en Jesucristo; y decíamos que saliendo de la obediencia y de la gracia de Dios por esta soberbia, y cayendo de felicidad en miseria, concibió enojo contra Dios y mortal envidia contra los hombres; y decíamos que, movido y aguzado de estas pasiones, procuró poner todas sus mañas e ingenio en que el hombre, quebrantando la ley de Dios, se apartase de Dios, para que, apartado de él, ni el hombre viniese a la

felicidad que se le aparejaba, ni Dios trajese a fin próspero su determinación y consejo. Y que así persuadió al hombre que pasase el mandamiento de Dios; y que el hombre traspasó; y que hecho esto, el demonio se tuvo por vencedor, porque sabía que Dios no podía no cumplir su palabra, y que su palabra era que muriese el hombre el día que traspasase su ley.

Pues digo ahora, añadiendo sobre esto lo que para aquesto de que vamos hablando conviene, que destruido el hombre, y puesto por esta manera en desorden y en confusión el consejo de Dios y quedando contento de sí y de su buen suceso el demonio, pertenecía al honor y a la grandeza de Dios que volviese por sí y que pusiese en todo conveniente remedio; y ofrecíanse juntamente grande muchedumbre de cosas diferentes y casi contrarias entre sí, que pedían remedio.

Porque, lo primero, el hombre había de ser castigado y había de morir; porque de otra manera no cumplía Dios ni con su palabra ni con su justicia. Lo segundo, para que no careciese de efecto el consejo primero, había de vivir el hombre y había de ser remediado. Lo tercero convenía también que Lucifer fuese tratado conforme a lo que merecía su hecho y osadía, en la cual había mucho que considerar; porque lo uno fué soberbio contra Dios, lo otro fué envidioso del hombre. Y en lo que con el hombre hizo, no sólo pretendió apartarle de Dios, sino sujetarle a su tiranía, haciéndose él señor y cabeza por razón del pecado. Y demás de esto, procedió en ello con maña y engaño, y quiso como en cierta manera competir con

Dios en sabiduría y consejo, y procuró como atarle con sus mismas palabras y con sus mismas armas vencerle.

Por lo cual, para que fuese conveniente el castigo de estos excesos, y para que se fuesen respondiendo bien la pena y la culpa, la pena justa de la soberbia que Lucifer tuvo, era, que al que quiso ser uno con Dios, le hiciese Dios siervo y esclavo del hombre. Y asimismo, porque el dolor de la envidia es la felicidad de aquello que envidia, la pena propia del demonio, envidioso del hombre, era hacer al hombre bienaventurado y glorioso. Y la osadía de haber cutido (1) con Dios en el saber y en el aviso no recibía su debido castigo, sino haciendo Dios que su aviso y su astucia del demonio fuese su mismo lazo, y que perdiese a sí y a su hecho por aquello mismo por donde lo pensaba alcanzar, y que se destruyese pensando valerse.

Y en consecuencia de esto, si se podía hacer, convenía mucho a Dios hacerlo: que el pecado y la muerte, que puso el demonio en el hombre para quitarle su bien, fuesen lo uno ocasión y lo otro causa de su mayor bienandanza, y que viviese verdaderamente el hombre por haber habido muerte; y por haber habido miseria y pena y dolor, viniese a ser verdaderamente dichoso; y que la muerte y la pena, por donde a los hombres les viniese este bien, la ordenase y la trajese a debida ejecución el demonio, poniendo en ella todas sus fuerzas, como en cosa que, según su imaginación, le importaba.

(1) *Cutido*: participio pasivo del verbo *cutir*, tercera acepción, "combatir, competir". (Véase Dic. Acad.)

Y sobre todo, cumplía que en la ejecución y obra de todo aquesto que he dicho, no usase Dios de su absoluto poder, ni quebrantase la suave orden y trabazón de sus leyes; sino que yéndose el mundo como se va, y sin sacarle de madre, se viniese haciendo ello mismo. Esto, pues, había en la maldad del demonio y en la miseria y caída del hombre, y en el respeto de la honra de Dios; y cada una de estas cosas, para ser debidamente o castigada o remediada, pedía la orden que he dicho, y no cumplía consigo misma y con su reputación y honor la potencia divina si en algo de esto faltaba, o si usaba en la ejecución de ello de su poder absoluto.

Mas, pregunto: ¿qué hizo? ¿Enfadóse, por aventura, de un negocio tan enredado, y apartó su cuidado de él enfadándose? En ninguna manera. ¿Dió por caso salida y remedio a lo uno, y dejó sin medicina a lo otro, impedido de la dificultad de las cosas? Antes puso recaudo en todas. ¿Usó de su absoluto poder? No, sino de suma igualdad y justicia. ¿Fueron, por dicha, grandes ejércitos de ángeles los que juntó para ello? ¿Movié guerra al demonio a la descubierta y, en batalla campal y partida, le venció y le quitó la presa? Con sólo un hombre venció. ¿Qué digo un hombre? Con sólo permitir que el demonio pusiese a un hombre en la cruz, y le diese allí muerte, trajo a felicísimo efecto todas las cosas que arriba dije juntas y enteras.

Porque verdaderamente fué así: que sólo el morir Cristo en la cruz, adonde subió por su permisión y por las manos del demonio y de sus ministros, por ser persona divina la que murió y por ser

la naturaleza humana en que murió, inocente y de todo pecado libre, y santísima y perfectísima naturaleza, y por ser naturaleza de nuestro metal y linaje, y naturaleza dotada de virtud general, y de fecundidad para engendrar nuevo ser y nacimiento en nosotros, y por estar nosotros en ella por esta causa como encerrados; así que, aquella muerte, por todas estas razones y títulos, conforme a todo rigor de justicia, bastó por toda la muerte a que estaba el linaje humano obligado por justa sentencia de Dios. Y satisfizo cuanto es de su parte por todo el pecado; y puso al hombre, no sólo en libertad del demonio, sino también en la inmortalidad, y gloria, y posesión de los bienes de Dios. Y porque puso el demonio las manos en el inocente, y en aquel que por ninguna razón de pecado le estaba sujeto, y pasó ciego la ley de su orden, perdió justisimamente el vasallaje que sobre los hombres por su culpa de ellos tenía; y le fueron quitados, como de entre las uñas, mil queridos despojos; y él mereció quedar por esclavo sujeto de aquel que mató; y el que murió, por haber nacido sin deber nada a la muerte, no sólo en su persona, sino también en las de sus miembros, acocea como a siervo rebelde y fagitivo al demonio.

Y quedó de esta manera, por pura ley, aquel soberbio, y aquel orgulloso, y aquel enemigo y sangriento tirano, abatido y vencido. Y el que mala y engañosamente al sencillo y flaco hombre, prometiéndole bien, había hecho su esclavo, es ahora pisado y hollado del hombre, que es ya su señor por el merecimiento de la muerte de Cristo. Y

para que el malo reviente de envidia, aquellos mismos a quien envidió y quitó el paraíso en la tierra, en Cristo los ve hechos una misma cosa con Dios en el cielo. Y porque presumía mucho de su saber, ordenó Dios que él por sus mismas manos se hiciese a sí mismo aqueste gran mal, y con la muerte que él había introducido en el mundo, dándola a Cristo, dió muerte a sí y dió vida al mundo. Y cuando más el desventurado rabiare y se despechare, y ansioso se volviere a mil partes, no podra formar queja sino es de si solo, que buscando la muerte a Cristo, a si se derrocó a la miseria extrema; y al hombre, que aborrecía, sacándole de esta miseria, le levantó a gloria soberana, y esciareció y engrandeció por extremo el poder y saber de Dios, que es lo que más al enemigo le duele.

¡Oh grandeza de Dios nunca oída! ¡Oh sola verdadera muestra de su fuerza infinita y de su no medido saber! ¿Qué puede calumniar aquí ahora el judío, o qué armas le quedan con que pueda defender más su error? ¿Puede negar que pecó el primer hombre? ¿No estaban todos los hombres sujetos a muerte y a miseria, y como cautivos de sus pecados? ¿Negará que los demonios tiranizaban el mundo? O ¿dirá, por ventura, que no le tocaba al honor y bondad de Dios poner remedio en este mal, y volver por su causa, y derrocar al demonio, y redimir al hombre, y sacarle de una cárcel tan fiera? O ¿será menor hazaña y grandeza vencer este león, y menos digna de Dios, que poner en huída los escuadrones humanos, y vencer los ejércitos de los hombres mortales? O

¿hallará, aunque más se desvele, manera más eficaz, más cabal, más breve, más sabia, más honrosa, o en quien más resplandezca toda la sabiduría de Dios, que esta de que, como decimos, usó, y de que usó en realidad de verdad, por medio del esfuerzo y de la sangre y de la obediencia de Cristo? O, si son famosos entre los hombres y de claro nombre los capitanes que vencen a otros, ¿podrá negar a Cristo infinito y esclarecidísimo nombre de virtud y valor, que acometió por sí solo una tan alta empresa, y al fin le dió cima?

Pues todo aquesto que hemos dicho, obró y mereció Cristo muriendo. Y después de muerto, poniéndolo en ejecución, despojó luego el infierno, bajando a él, y pisó la soberbia de Lucifer y encadenóle; y volviendo el tercer día a la vida, para no morir más, rodeado de sus despojos, subió triunfando al cielo, de donde el soberbio cayera; y colocó nuestra sangre y nuestra carne en el lugar que el malvado apeteció, a la diestra de Dios. Y hecho señor, en cuanto hombre, de todas las criaturas, y juez y salud de ellas, para poner en efecto en ellas y en nosotros mismos la eficacia de su remedio, y para llevar a sí y subir a su mismo asiento a sus miembros, y para al fuerte tirano (que encadenó y despojó en el infierno) quitarle de la posesión malvada y de la adoración injusta que se usurpaba en la tierra, envió desde el cielo al suelo su espíritu sobre sus humildes y pequeños discípulos; y armándolos con él, les mandó mover guerra contra los tiranos y adoradores de ídolos, y contra los sabios vanos y

presuntuosos, que tenía por ministros suyos el demonio en el mundo.

Y como hacen los grandes maestros, que lo más dificultoso y más principal de las obras lo hacen ellos por sí, y dejan a sus obreros lo de menos trabajo, así Cristo, vencido que hubo por sí y por su persona al espíritu de la maldad, dió a los suyos que moviesen guerra a sus miembros. Los cuales discípulos la movieron osadamente, y la vencieron más esforzadamente, y quitaron la posesión de la tierra al príncipe de las tinieblas, derrocando por el suelo su adoración y su silla.

Mas ¿cuántas proezas comprende en sí aquesta proeza? Y aquesta nueva maravilla ¿cuántas maravillas encierra? Pongamos delante de los ojos del entendimiento lo que ya vieron los ojos del cuerpo; y lo que pasó en hecho de verdad en el tiempo pasado, figurémoslo ahora.

Pongamos de una parte doce hombres, desnudos de todo lo que el mundo llama valor, bajos de suelo, humildes de condición, simples en las palabras, sin letras, sin amigos y sin valedores; y luego de la otra parte pongamos toda la monarquía del mundo, y las religiones o persuasiones de religión que en él estaban fundadas por mil siglos pasados, y los sacerdotes de ellas y los templos, y los demonios que en ellos eran servidos, y las leyes de los príncipes, y las ordenanzas de las repúblicas y comunidades, y los mismos príncipes y repúblicas: que es poner aquí doce hombres humildes, y allí todo el mundo y todos los hombres y todos los demonios, con todo su saber y poder.

Pues una maravilla es, y maravilla que, si no se viera por vista de ojos, jamás se creyera, que tan pocos osasen mover contra tantos. Y ya que movieron, otra maravilla es que, en viendo el fuego que contra ellos el enemigo encendía en los corazones contrarios, y en viendo el coraje y fiereza y amenazas de ellos, no desistiesen de su pretensión. Y maravilla es que tuviese ánimo un hombre pobrecillo y extraño de entrar en Roma, digamos ahora, que entonces tenía el cetro del mando, y era la casa y morada donde se asentaba el imperio; así que osase entrar en la majestad de Roma un pobre hombre, y decir a voces en sus plazas de ella que eran demonios sus ídolos, y que la religión y manera de vida que recibieron de sus antepasados era vanidad y maldad. Y maravilla es que una tal osadía tuviese suceso; y que el suceso fuese tan feliz como fué, es maravilla que vence el sentido.

Y si estuvieran las gentes obligadas por sus religiones a algunas leyes dificultosas y ásperas, y si los Apóstoles los convidaran con deleite y soltara, aunque era dificultoso mudarse todos los hombres de aquello en que habían nacido, y aunque el respeto de los antepasados de quien lo heredaron, y la autoridad y dicho de muchos excelentes en elocuencia y en letras que lo aprobaron, y toda la costumbre antigua e inmemorial, y sobre todo, el común consentimiento de las naciones todas, que convenían en ello, les hacía tenerlo por firme y verdadero; pero, aunque romper con tantos respetos y obligaciones era extrañamente difícil, todavía se pudiera creer que el amor de-

masiado, con que la naturaleza lleva a cada uno a su propia libertad y contento, había sido causa de una semejante mudanza.

Mas fué todo al revés: que ellos vivían en vida y religión libre, y que alargaba la rienda a todo lo que pide el deseo: y los Apóstoles, en lo que toca a la vida, los llamaban a una suma aspereza, a la continencia, al ayuno, a la pobreza, al desprecio de todo cuanto se ve: y en lo que toca a la creencia, les anunciaban lo que a la razón humana parece increíble, y decíanles que no tuviesen por dioses a los que les dieron por dioses sus padres, y que tuviesen por Dios y por Hijo de Dios a un hombre a quien los judíos dieron muerte de cruz. Y él, muerto en la cruz, dió vigor no creíble a esta palabra.

Por manera que aqueste hecho, por donde quiera que le miremos, es hecho maravilloso: maravilloso en el poco aparato con que se principió, maravilloso en la presteza con que vino a crecimiento, y más maravilloso en el grandísimo crecimiento a que vino: y sobre todo, maravilloso en la forma y manera como vino. Porque si sucediera así, que algunos persuadidos al principio por los Apóstoles, y por aquéllos persuadiéndose otros, y todos juntos y hechos un cuerpo y con las armas en la mano se hicieran señores de una ciudad, y de allí, peleando, sujetaran a sí la comarca, y poco a poco, cobrando más fuerzas, ocuparan un reino, y como a Roma le aconteció, que hecha señora de Italia, movió guerra a toda la tierra; así ellos, hechos poderosos y guerreando vencieran el mundo y le mudaran sus leyes; si

así fuera, menos fuera de maravillar. Así subió Roma a su imperio; así también la ciudad de Cartago vino a alcanzar grande poder; muchos poderosos reinos crecieron de semejantes principios; la secta de Mahoma, falsísima, por este camino ha cundido; y la potencia del Turco, de quien ahora tiembla la tierra, principio tuvo de ocasiones más flacas; y finalmente, de esta manera se esfuerzan y crecen y sobrepujan los hombres unos a otros.

Mas nuestro hecho, porque era hecho verdaderamente de Dios, fué por muy diferente camino. Nunca se juntaron los Apóstoles y los que creyeron a los Apóstoles para acometer, sino para padecer y sufrir. Sus armas no fueron hierro, sino paciencia jamás oída. Morían, y muriendo vencían. Cuando caían en el suelo degollados nuestros maestros, se levantaban nuevos discípulos. Y la tierra, cobrando virtud de su sangre, producía nuevos frutos de fe. Y el temor y la muerte, que espanta naturalmente y aparta, atraía y acodiciaba a las gentes a la fe de la Iglesia. Y como Cristo muriendo venció, así, para mostrarse BRAZO y valentía verdadera de Dios, ordenó que hiciese alarde el demonio de todos sus miembros, y que los encendiese en crueldad cuanto quisiese, armándolos con hierro y con fuego. Y no les embotó las espadas, como pudiera, ni se las quitó de las manos, ni hizo a los suyos con cuerpos no penetrables al hierro, como dicen de Aquiles; sino antes se los puso, como suelen decir, en las uñas, y les permitió que ejecutasen en ellos toda su cruieza y fiereza; y, lo que vence a toda razón,

muriendo los fieles, y los infieles dándoles muerte, diciendo los infieles: matemos; y los fieles diciendo: muramos, pereció totalmente la infidelidad y creció la fe, y se extendió cuanto es grande la tierra.

Y venciendo siempre, a lo que parecía, nuestros enemigos, quedaron, no sólo vencidos, sino consumidos del todo y deshechos, como lo dice por hermosa manera Zacarías, profeta: *Y será éste el azote con que herirá el Señor a todas las gentes que tomaren armas contra Jerusalén; la carne de cada uno, estando él levantado y sobre sus pies, deshecha se consumirá; y también sus ojos, dentro de sus cuencas sumidos, serán hechos marchitos, y secaráseles la lengua dentro de la boca.*

Adonde, como veis, no se dice que había de poner otro alguno las manos en ellos para darles la muerte, sino que ellos de suyo se habían de consumir y secar y venir a menos, como acontece a los éticos; y que habían de venir a caerse de suyo, y esto, al parecer, no derrocados por otros, sino estando levantados y sobre sus pies. Porque siempre los enemigos de la Iglesia ejecutaron su crueldad contra ella, y quitaron a los fieles cuantas veces quisieron las vidas, y pisaron victoriosos sobre la sangre cristiana; mas también aconteció siempre que, cayendo los mártires, venían al suelo los ídolos y se consumían los martirizadores gentiles; y multiplicándose con la muerte de los unos la fe de los otros, se levantaban y acrecentaban los fieles, hasta que vino a reinar en todos la fe.

Vengan ahora, pues, los que se ceban de sólo

aquello que el sentido aprende, y los que, esclavos de la letra muerta, esperan batallas y triunfos y señoríos de tierra, porque algunas palabras lo sueñan así. Y si no quieren creer la victoria secreta y espiritual (y la redención de las almas que servían a la maldad y al demonio), que obró Cristo en la cruz, porque no se ve con los ojos, y porque ni ellos para verlo tienen los ojos de fe que son menester; esto, a lo menos, que pasó y pasa públicamente y que lo vió todo el mundo: la caída de los ídolos y la sujeción de todas las gentes a Cristo, y la manera como las sujetó y las venció.

Pues vengan, y dígnanos si les parece este hecho pequeño o usado o visto otra vez, o siquiera imaginado como posible el poder de este hecho antes que por el hecho se viese. Dígnanos si responde mejor con las promesas divinas, y si las hinche más este vencimiento, y si es más digno de Dios que las armas que fantasea su desatino. ¿Qué victoria, aunque junten en uno todo lo próspero en armas y lo victorioso y valeroso que ha habido, traída con esta victoria a comparación, tiene sér? ¿Qué triunfo o qué carro vió el sol que iguale con éste? ¿Qué color les queda ya a los miserables, o qué apariencia para perseverar en su error?

Yo persuadido estoy para mí y téngolo por cosa evidente, que sola esta conversión del mundo, considerada como se debe, pone la verdad de nuestra religión fuera de toda duda y cuestión; y hace argumento por ella tan necesario, que no deja respuesta a ninguna infidelidad, por

aguda y maliciosa que sea; sino que, por más que se aguce y esfuerce, la doma y la ata y la convence, y es argumento breve y clarísimo, y que se compone todo él de lo que toca el sentido.

Porque ruégoos, Juliano y Sabino, que me digáis (y si mi ingenio por su flaqueza no pasa adelante, tended vosotros la vista aguda de los vuestros, quizá veréis más); así que, decidme: hablando ahora de Cristo y de las cosas y obras suyas que a todas las gentes, así fieles como infieles, fueron notorias, así las que hizo él por sí en su vida, como las que hicieron sus discípulos de él después de su muerte, decidme: ¿No es evidente a todo entendimiento, por más ciego que sea, que aquello se hizo o por virtud de Dios o por virtud del demonio, y que ninguna fuerza de hombre, no siendo favorecido de alguna otra mayor, no era poderosa para hacer lo que, viéndolo todos, hicieron Cristo y los suyos? Evidente es esto sin duda. Porque aquellas obras maravillosas que las historias de los mismos infieles publican, y la conversión de toda la gentilidad, que es notoria a todos ellos y fué la más milagrosa obra de todas; así que, estas maravillas y milagros tan grandes necesaria cosa es decir que fueron o falsos o verdaderos milagros; y si falsos, que los hizo el demonio, y si verdaderos, que los obró Dios.

Pues siendo esto así, como es, si fuere evidente que no los hizo el poder del demonio, quedará convencido que Dios los obró. Y es evidente que no los hizo el demonio, porque por ellos, como todas las gentes lo vieron, fué destruído el demonio, y su poder, y el señorío que tenía en el mun-

do, derrocándole los hombres sus templos y negándole el culto y servicio que le daban antes, y blasfemando de él.

Y lo que pasó entonces en toda la redondez del orbe romano, pasó en la edad de nuestros padres y pasa ahora en la nuestra, y por vista de ojos lo vemos en el mundo nuevamente hallado; en el cual, desplegando por él su victoriosa bandera, la palabra del Evangelio destierra por donde quiera que pasa la adoración de los ídolos.

Por manera que Cristo o es BRAZO de Dios, o es poder del demonio; y no es poder del demonio, como es evidente, porque deshace y arruina el poder del demonio; luego evidentemente es BRAZO de Dios.

¡Oh, cómo es luz la verdad, y cómo ella misma se dice y defiende, y sube en alto y resplandece, y se pone en lugar seguro y libre de contradicción! ¿No veis con cuán simples y breves palabras la pura verdad se concluye? Que torno a decirlo otra y tercera vez. Si Cristo no fué error del demonio, de necesidad se concluye que fué luz y verdad de Dios, porque entre ello no hay medio. Y si Cristo destruyó el sér y saber y poder del demonio, como de hecho le destruyó, evidente es que no fué ministro ni fautor del demonio.

Humíllese, pues, a la verdad la infidelidad; y convencida, confiese que Cristo, nuestro bien, no es invención del demonio, sino verdad de Dios y fuerza suya y su justicia, y su valentía, y su nombrado y poderoso BRAZO. El cual, si tan valeroso nos parece en esto que ha hecho, en lo que le resta por hacer y nos tiene prometido de hacerlo, ¿qué

nos parecerá cuando lo hiciere, y cuando, como escribe San Pablo, dejare vacías, esto es, depusiere de su sér y valor a todas las potestades y principados, sujetando a sí y a su poder enteramente todas las cosas para que reine Dios en todas ellas? ¿cuando diere fin al pecado, y acabare la muerte, y sepultare en el infierno, para nunca salir de allí, la cabeza y el cuerpo del mal?

Mucho más es lo que se pudiera decir acerca de este propósito; mas, para dar lugar a lo que nos resta, basta lo dicho y aun sobra, a lo que parece, según es grande la prisa que se da el sol en llevarnos el día.

Aquí Juliano, levantando los ojos, miró hacia el sol que ya se iba a poner, y dijo:

—Huyen las horas, y casi no las hemos sentido pasar, detenidos, Marcelo, con vuestras razones; mas para decir lo demás que os placiere, no será menos conveniente la noche templada que ha sido el día caluroso.

—Y más—dijo encontinentemente Sabino—, que como el sol se fuere a su oficio, vendrá luego en su lugar la luna, y el coro resplandeciente de las estrellas con ella, que, Marcelo, os harán mayor auditorio; y callando con la noche todo, y hablando sólo vos, os escucharán atentísimas. Vos, mirad no os halle desapercibido un auditorio tan grande.

Y diciendo esto y desplegando el papel, sin atender más respuesta, leyó:

REY

NÓMBRASE Cristo también REY de Dios. En el salmo segundo dice él de sí, según nuestra letra: “Yo soy REY constituído por él, esto es, por Dios, sobre Sión, su monte santo”. Y según la letra original, dice Dios de él: “Yo constituí a mi REY sobre el monte de Sión, monte santo mío”. Y según la misma letra, en el capítulo catorce de Zacarías: “Y vendrán todas las gentes y adorarán al REY del Señor Dios”.

Y leído esto, añadió el mismo Sabino, diciendo:

—Mas, es poco todo lo demás que en este papel se contiene; y así, por no desplegarle más veces, quíerelo leer de una vez. Y dijo:

—Nómbrese también PRÍNCIPE DE PAZ, y nómbrese ESPOSO. Lo primero se ve en el capítulo nueve de Isaías, donde, hablando de él, el Profeta dice: “Y será llamado Príncipe de paz”. De lo segundo él mismo, en el Evangelio de San Juan, en el capítulo tercero, dice: “El que tiene esposa, esposo es; y su amigo oye la voz del esposo y gózase”. Y en otra parte: “Vendrán días cuando les será quitado el Esposo, y entonces ayunarán”.

Y con esto calló. Y Marcelo comenzó por esta manera:

—En confusión me pusiera, Sabino, lo que habéis dicho, si ya no estuviera usado a hablar en los oídos de las estrellas, con las cuales comunico mis cuidados y mis ansias las más de las noches; y tengo para mí que son sordas; y si no lo son y me oyen, estas razones de que ahora tratamos

no me pesará que las oigan, pues son tuyas, y de ellas las aprendimos nosotros, según lo que en el salmo se dice: *Que el cielo pregona la gloria de Dios, y sus obras las anuncia el cielo estrellado.* Y la gloria de Dios y las obras de que éi señaladamente se precia son los hechos de Cristo, de que platicamos ahora. Así que, oiga en buena hora el cielo lo que nos vino del cielo, y lo que el mismo cielo nos enseñó.

Mas sospecho, Sabino, que, según es baja mi voz, el ruido que en esta presa hace el agua cayendo, que crecerá con la noche, les hurtará de mis palabras las más. Y como quiera que sea, viniendo a nuestro propósito, pues Dios, en lo que habéis ahora leído llama a Cristo REY *suyo*, siendo así que todos los que reinan son reyes por mano de Dios, claramente nos da a entender y nos dice que Cristo no es REY como los demás reyes, sino REY por excelente y no usada manera. Y según lo que yo alcanzo, a solas tres cosas se puede reducir todo lo que engrandece las excelencias y alabanzas de un rey; y la una consiste en las cualidades que en su misma persona tiene convenientes para el fin del reinar; y la otra está en la condición de los súbditos sobre quienes reina; y la manera cómo los rige y lo que hace con ellos el rey, es la tercera y postrera. Las cuales cosas, en Cristo concurren y se hallan como en ningún otro; y por esta causa es él sólo llamado por excelencia REY hecho por Dios.

Y digamos de cada una de ellas por sí. Y lo primero, que toca a las cualidades que puso Dios en la naturaleza humana de Cristo para hacerle

REY, comenzándolas a declarar y a contar, una de ellas es humildad y mansedumbre de corazón, como él mismo de sí lo testifica, diciendo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Y como decíamos poco ha, Isaías canta de él: *No será bullicioso, ni apagará una estopa que humec, ni una caña quebrantada la quebrará.* Y el profeta Zacarías también: *No quieras temer, dice, hija de Sión; que tu REY viene a ti justo y salvador y pobre,* o como dice otra letra, *manso y asentado sobre un pollino.* Y parecerá al juicio del mundo que esta condición de ánimo no es nada decente al que ha de reinar; mas Dios, que no sin justísima causa llama entre todos los demás reyes a Cristo su REY, y que quiso hacer en él un rey de su mano, que respondiese perfectamente a la idea de su corazón, halló, como es verdad, que la primera piedra de esta su obra era un ánimo manso y humilde, y vió que un semejante edificio, tan soberano y tan alto, no se podía sustentar sino sobre cimientos tan hondos.

Y como en la música no suenan todas las voces agudo ni todas grueso, sino grueso y agudo debidamente, y lo alto se temple y reduce a consonancia en lo bajo; así conoció que la humildad y mansedumbre entrañable que tiene Cristo en su alma, convenía mucho para hacer armonía con la alteza y universalidad de saber y poder con que sobrepuja a todas las cosas criadas. Porque si tan no medida grandeza cayera en un corazón humano que de suyo fuera airado y altivo, aunque la virtud de la persona divina era poderosa para corregir este mal, pero ello de sí no podía prometer ningún bien.

Demás de que, cuando de sí no fuera necesario que un tan soberano poder se templara en llaneza, ni a Cristo, por lo que a él y a su ánima toca, le fuera necesaria o provechosa esta mezcla, a los súbditos y vasallos suyos nos convenía que este REY nuestro fuese de excelente humildad. Porque toda la eficacia de su gobierno y toda la muchedumbre de no estimables bienes, que de su gobierno nos vienen, se nos comunican a todos por medio de la fe y del amor que tenemos con él y nos junta con él. Y cosa sabida es que la majestad y grandeza, y toda la excelencia que sale fuera de competencia, en los corazones más bajos no engendra afición, sino admiración y espanto, y más arredra que allega o atrae. Por lo cual no era posible que un pecho flaco y mortal, que considerase la excelencia sin medida de Cristo, se le aplicase con fiel afición y con aquel amor familiar y tierno con que quiere ser de nosotros amado, para que se nos comuniqué su bien; si no le considerara también no menos humilde que grande, y si, como su majestad nos encoge, su inestimable llaneza y la nobleza de su perfecta humildad, no despertara osadía y esperanza en nuestra alma.

Y a la verdad, si queremos ser jueces justos y fieles, ningún afecto ni arreo es más digno de los reyes, ni más necesario, que lo manso y lo humilde; sino que con las cosas habemos ya perdido los hombres el juicio de ellas y su verdadero conocimiento, y como siempre vemos altivez y severidad y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los pobres. Y no miramos siquiera que la misma naturaleza divina,

que es emperatriz sobre todo, y de cuyo ejemplo han de sacar los que reinan la manera como han de reinar, con ser infinitamente alta, es llana infinitamente, y (si este nombre de humilde puede caber en ella, y en la manera que puede caber), humildísima: pues, como vemos, desciende a poner su cuidado y sus manos ella por sí misma, no sólo en la obra de un vil gusano, sino también en que se conserve y que viva; y matiza con mil graciosos colores sus plumas al pájaro, y viste de verde hoja los árboles; y eso mismo que nosotros despreciando hollamos, los prados y el campo, aquella majestad no se desdeña de irlo pintando con yerbas y flores. Por donde con voces llenas de alabanza y de admiración le dice David: *¿Quién es como nuestro Dios, que mira en las alturas, y mira con cuidado hasta las más humildes bajezas, y él mismo juntamente está en el cielo y en la tierra?* Así que, si no conocemos ya aquesta condición en los príncipes, ni se la pedimos, porque el mal uso recibido y fundado daña las obras y pone tinieblas en la razón, y porque a la verdad, ninguna cosa son menos que lo que se nombran señores y príncipes, Dios en su Hijo, a quien hizo príncipe de todos los príncipes, y sólo verdadero REY entre todos, como cualidad necesaria y preciada la puso. Mas ¿en qué manera la puso? o ¿qué tanta es y fué su dulce humildad?

Mas pasemos a otra condición que se sigue; que diciendo de ella, diremos en mejor lugar la grandeza de aquesta que habemos llamado mansedumbre y llaneza, porque son entre sí muy ve-

cinas; y lo que diré es como fruto de aquesto que he dicho.

Pues fué Cristo, demás de ser manso y humilde, más ejercitado que ningún otro hombre en la experiencia de los trabajos y dolores humanos. A la cual experiencia sujetó el Padre a su Hijo porque le había de hacer REY verdadero, y para que en el hecho de la verdad fuese perfectísimo REY, como San Pablo lo escribe: *Fuó decente que aquél, de quien y por quien y para quien son todas las cosas, queriendo hacer muchos hijos para los llevar a la gloria, al príncipe de la salud de ellos le perfeccionase con pasión y trabajos; porque el que santifica y los santificados han de ser todos de un mismo metal.* Y entreponiendo ciertas palabras, luego poco más abajo torna y prosigue: *Por donde convino que fuese hecho semejante a sus hermanos en todo, para que fuese cabal y fiel y misericordioso pontífice para con Dios, para aplacarle en los pecados del pueblo. Que por quanto padeció él siendo tentado, es poderoso para favorecer a los que fueren tentados.*

En lo cual no sé cuál es más digno de admiración: el amor entrañable con que Dios nos amó, dándonos un REY para siempre, no sólo de nuestro linaje, sino tan hecho a la medida de nuestras necesidades, tan humano, tan llano, tan compasivo y tan ejercitado en toda pena y dolor; o la infinita humildad y obediencia y paciencia de este nuestro perpetuo REY, que no sólo para animarnos a los trabajos, sino también para saber él condolerse más de nosotros cuando estamos puestos en ellos. tuvo por bueno hacer prueba él en sí primero de

todos. Y como unos hombres padezcan en una cosa y otros en otra, Cristo, porque, así como su imperio se extendía por todos los siglos, así la piedad de su ánimo abrazase a todos los hombres, probó en sí cuasi todas las miserias de pena. Porque, ¿qué dejó de probar? Padecen algunos pobreza; Cristo la padeció más que otro ninguno. Otros nacen de padres bajos y oscuros, por donde son tenidos por menos; el padre de Cristo, a la opinión de los hombres, fué un oficial carpintero. El destierro y el huir a tierra ajena fuera de su natural, es trabajo; y la niñez de aqueste Señor huye su natural y se esconde en Egipto. Apenas ha nacido la luz, y ya el mal la persigue. Y si es pena el ser ocasión de dolor a los suyos, el infante pobre, huyendo, lleva en pos de sí por casas ajenas a la doncella pobre y bellísima, y al ayo santo y pobre también. Y aun por no dejar de padecer la angustia que el sentido de los niños más siente, que es perder a sus padres, Cristo quiso ser y fué niño perdido.

Mas vengamos a la edad de varón. ¿Qué lengua podrá decir los trabajos y dolores que Cristo puso sobre sus hombros, el no oído sufrimiento y fortaleza con que los llevó, las invenciones y los ingenios de nuevos males que él mismo ordenó, como saboreándose en ellos? ¡Cuán dulce le fué el padecer! ¡Cuánto se preció de señalarse sobre todos en esto! ¡Cómo quiso que con su grandeza compitiérase en él su humildad y paciencia! Sufrió hambre, padeció frío, vivió en extremada pobreza, cansóse y desvelóse y anduvo muchos caminos,

sólo a fin de hacer bienes de incorporable bien a los hombres.

Y para que su trabajo fuese trabajo puro, o por mejor decir, para que llegase creciendo a su grado mayor, de todo aqueste afán el fruto fueron muy mayores afanes. Y de sus tan grandes sudores, no cogió sino dolores y persecuciones y afrentas; y sacó, del amor, desamor; del bien hacer, mal padecer; del negociarnos la vida, muerte extremadamente afrentosa, que es todo lo amargo y lo duro a que en este género de calamidad se puede subir. Porque si es dolor pasar una pobreza y desnudez y mucho desvelamiento y cuidado, ¿qué será cuando por quien se pasa no lo agradece? ¿qué cuando no lo conoce? ¿qué cuando lo desconoce, lo desagradece, lo maltrata y persigue? Dice David en el salmo: *Si quien me debía enemistad me persiguiera, fuera cosa que la pudiera llevar; mas ¡mi amigo y mi conocido y el que era un alma conmigo, el que comía a mi mesa y con quien comunicaba mi corazón!* Como si dijese que el sentido de un semejante caso vencía a cualquiera otro dolor. Y con ser así, pasa un grado más adelante el de Cristo; porque, no sólo le persiguieron los suyos, sino los que por infinitos beneficios que recibían de él estaban obligados a serlo; y lo que es más, tomando ocasión de enojo y de odio de aquello mismo que con ningún agradecimiento podían pagar, como se querrela en su misma persona de él el profeta Isaías, diciendo: *Y dije: trabajado he por demás, consumido he en vano mi fortaleza; por donde mi pleito es con el Señor, y mi obra con el que es Dios mío.* Sería negocio infi-

nito si quisiésemos por menudo decir, en cada una obra de las que hizo Cristo, lo que sufrió y padeció.

Vengamos al remate de todas ellas, que fué su muerte, y veremos cuánto se preció de beber puro este cáliz, y de señalarse sobre todas las criaturas en gustar el sentido de la miseria por extremada manera, llegando hasta lo último de él. Mas ¿quién podrá decir ni una pequeña parte de aquesto? No es posible decirlo todo; mas diré brevemente lo que basta para que se conozcan los muchos quilates de dolor con que cualificó Cristo aqueste dolor de su muerte, y los innumerables males que en un solo mal encerró.

Siéntese más la miseria cuando sucede a la prosperidad, y es género de mayor infelicidad en los trabajos el haber sido en algún tiempo feliz. Poco antes que le prendiesen y pusiesen en cruz, quiso ser recibido, y lo fué de hecho, con triunfo glorioso. Y sabiendo cuán maltratado había de ser dende a poco, para que el sentimiento de aquel tratamiento malo fuese más vivo, ordenó que estuviese reciente y como presente la memoria de aquella divina honra, que aquellos mismos que ahora le despreciaban ocho días antes le hicieron. Y tuvo por bien que casi se encontrasen en sus oídos las voces de *Hosanna, Hijo de David*, y de *Bendito el que viene en el nombre de Dios*, con las de *Crucifícale, crucifícale*, y con las de *Vcis el que destruía y reedificaba el templo de Dios en tres días; no puede salvarse a sí, y pudo salvar a los otros*. Para que lo desigual de ellas, y la contra-

riedad que entre sí tenían con las unas las otras, causase mayor pena en su corazón.

Suele ser descanso a los que de esta vida se parten, no ver las lágrimas y los sollozos y la tristeza afligida de los que bien quieren. Cristo, la noche a quien sucedió el día último de su vida mortal, los juntó a todos y cenó con ellos juntos, y les manifestó su partida, y vió su congoja, y tuvo por bien verla y sentirla, para que con ella fuese más amarga la suya. ¡Qué palabras les dijo en lo que platicó con ellos aquella noche! ¡Qué enternecimientos de amor! Que si, a los que ahora los vemos escritos, el oírlos nos entiernece, ¿qué sería lo que obraron entonces en quien los decía?

Pero vamos adonde ya él mismo, levantado de la mesa y caminando para el huerto, nos lleva. ¿Qué fué cada uno de los pasos de aquel camino, sino un clavo nuevo que le hería, llevándole al pensamiento y a la imaginación la prisión y la muerte, a que ellos mismos le acercaban buscándola? Mas ¿qué fué lo que hizo en el huerto, que no fuese acrecentamiento de pena? Escogió tres de sus discípulos para su compañía y conhorto (1), y consintió que se venciesen del sueño, para que con ver su descuido de ellos, su cuidado y su pena de él creciese más. Derrocóse en oración delante del Padre, pidiéndole que pasase de él aquel cáliz, y no quiso ser oído en esta oración. Dejó desear a su sentido lo que no quería que se le concediese, para sentir en sí la pena que nace del desear y no

(1) *Conforte*, confortación: de *confortar*, animar, alentar, consolar al afligido. (Véase Dic. Acad.)

alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastara el mal y el tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer, como si dijésemos, vigilia de ella y morir antes que muriese, o por mejor decir, morir dos veces: la una en el hecho, y la otra en la imaginación de él.

Porque desnudó, por una parte, a su sentido inferior de las consolaciones y esfuerzos del cielo; y por otra parte, le puso en los ojos una representación de los males de su muerte y de las ocasiones de ella, tan viva, tan natural, tan expresa y tan figurada, y con una fuerza tan eficaz, que lo que la misma muerte en el hecho no pudo hacer sin ayudarse de las espinas y el hierro, en la imaginación y figura, por sí misma y sin armas ningunas, lo hizo. Que le abrió las venas, y sacándole la sangre de ellas, bañó con ella el sagrado cuerpo y el suelo. ¿Qué tormento tan desigual fué este con que se quiso atormentar de antemano? ¿Qué hambre, o digamos, qué codicia de padecer? No se contentó con sentir el morir, sino quiso probar también la imaginación y el temor del morir lo que puede doler. Y porque la muerte súbita y que viene no pensada y cuasi de improviso, con un breve sentido se pasa, quiso entregarse a ella antes que fuese. Y antes que sus enemigos se la acarreasen, quiso traerla él a su alma y mirar su figura triste, y tender el cuello a su espada, y sentir por menudo y despacio sus heridas todas, y avivar más sus sentidos, para sentir más el dolor de sus golpes, y, como dije, probar hasta el cabo cuánto duele la muerte, esto es, el morir y el temor del morir.

Y aunque digo el temor del morir, si tengo de

decir, Juliano, lo que siempre entendí acerca de esta agonía de Cristo, no entiendo que fué el temor el que le abrió las venas y le hizo sudar gotas de sangre; porque, aunque de hecho temió, porque él quiso temer, y, temiendo, probar los accidentes ásperos que trae consigo el temor; pero el temor no abre el cuerpo ni llama afuera la sangre, antes la recoge adentro y la pone a la redonda del corazón, y deja frío lo exterior de la carne, y por la misma razón aprieta los poros de ella. Y así no fué el temor el que sacó afuera la sangre de Cristo, sino, si lo hemos de decir con una palabra, el esfuerzo y el valor de su ánima, con que salió al encuentro y con que al temor resistió, ese, con el tesón que puso, le abrió todo el cuerpo.

Porque se ha de entender que Cristo, como voy diciendo, porque quiso hacer prueba en sí de todos nuestros dolores, y vencerlos en sí para que después fuesen por nosotros más fácilmente vencidos, armó contra sí en aquella noche todo lo que vale y puede la congoja y el temor, y consintió que todo ello, de tropel y como en un escuadrón, moviese guerra a su alma. Porque figurándolo todo con no creíble viveza, puso en ella como vivo y presente lo que otro día había de padecer, así en el cuerpo con dolores, como en esa misma alma con tristeza y congojas. Y juntamente con esto, hizo también que considerase su alma las causas por las cuales se sujetaba a la muerte, que eran las culpas pasadas y por venir de todos los hombres, con la fealdad y graveza (1) de ellas y con la in-

(1) *Graveza*, carga. (Véase Dic. Acad.)

dignación grandísima y la encendida ira que Dios contra ellas concibe; y ni más ni menos consideró el poco fruto que tan ricos y tan trabajados trabajos habían de hacer en los más de los hombres.

Y todas estas cosas juntas y distintas, y vivísimamente consideradas, le acometieron a una, ordenándolo él, para ahogarle y vencerle. De lo cual Cristo no huyó, ni rindió a estos temores y fatigas apocadamente su alma ni para vencerlas les embotó, como pudiera, las fuerzas; antes, como he dicho, cuanto fué posible se las acrecentó; ni menos armó a sí mismo y a su santa alma, o con insensibilidad para no sentir, antes despertó en ella más sus sentidos, o con la defensa de su divinidad bañándola en gozo, con el cual no tuviera sentido el dolor, o a lo menos con el pensamiento de la gloria y bienaventuranza divina, a la cual por aquellos males caminaba su cuerpo, apartando su vista de ellos y volviéndola a aquesta otra consideración, o templando siquiera la una consideración con la otra; sino, desnudo de todo esto, y con sólo el valor de su alma y persona, y con la fuerza que ponía en su razón el respeto de su Padre y el deseo de obedecerle, les hizo a todos cara y luchó, como dicen, a brazo partido con todos, y al fin lo rindió todo y lo sujetó debajo sus pies.

Mas la fuerza que puso en ello, y el estribar la razón contra el sentido, y como dije, el tesón generoso con que aspiró a la victoria, llamó afuera los espíritus y la sangre, y la derramó. Por manera que lo que vamos diciendo, que gustó Cristo de sujetarse a nuestros dolores, haciendo en sí prueba de ellos, según esta manera de decir, aún se cum-

ple mejor. Porque, no sólo sintió el mal del temor y la pena de la congoja y el trabajo, que es sentir uno en sí diversos deseos, y el desear algo que no se cumple; pero la fatiga increíble del pelear contra su apetito propio y contra su misma imaginación, y el resistir a las formas horribles de tormentos y males y afrentas, que se le venían espantosamente a los ojos para ahogarle, y el hacerles cara, y él, peleando uno contra tantos, valerosamente vencerlos, con no oído trabajo y sudor, también lo experimentó.

Mas ¿de qué no hizo experiencia? También sintió la pena que es ser vendido y traído a muerte por sus mismos amigos, como él lo fué, en aquella noche, de Judas; el ser desamparado en su trabajo de los que le debían tanto amor y cuidado; el dolor del trocarse los amigos con la fortuna; el verse, no solamente negado de quien tanto le amaba, mas entregado del todo en las manos de quien le desamaba tan mortalmente; la calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos, la injusticia misma, y la sed de la sangre inocente asentada en el soberano tribunal por juez, males que sólo quien los ha probado los siente; la forma de juicio y el hecho de cruel tiranía; el color de religión adonde era todo impiedad y blasfemia; el aborrecimiento de Dios, disimulado por defuera con apariencias falsas de su amor y su honra. Con todas estas amarguras templó Cristo su cáliz, y añadió a todas ellas las injurias de las palabras, las afrentas de los golpes, los escarnios, las befas, los rostros y los pechos de sus enemigos bañados en gozo; el ser traído por mil tribunales, el ser esti-

mado por loco, la corona de espinas, los azotes crueles; y lo que entre estas cosas se encubre, y es dolorosísimo para el sentido, que fué el llegar tantas veces en aquel día de su prisión la causa de Cristo, mejorándose, a dar buenas esperanzas de sí; y habiendo llegado a este punto, el tornar súbitamente a empeorarse después.

Porque cuando Pilatos despreció la calumnia de los fariseos y se enteró de su envidia, mostró prometer buen suceso el negocio. Cuando temió por haber oído que era Hijo de Dios, y se recogió a tratar de ello con Cristo, resplandeció como una luz y cierta esperanza de libertad y salud. Cuando remitió el conocimiento del pleito Pilatos a Herodes, que por oídas juzgaba divinamente de Cristo, ¿quién no esperó breve y feliz conclusión? Cuando la libertad de Cristo la puso Pilatos en la elección del pueblo, a quien con tantas buenas obras Cristo tenía obligado; cuando les dió poder que librasen al homicida o al que restituía los muertos a vida; cuando avisó su mujer al juez de lo que había visto en visión, y le amonestó que no condenase a aquel justo, ¿qué fué sino un llegar casi a los umbrales el bien? Pues este subir a esperanzas alegres y caer de ellas al mismo momento, este abrirse el día del bien y tornar a oscurecerse de súbito, el despintarse improvisadamente la salud que ya se tocaba; digo, pues, que este variar entre esperanza y temor, y esta tempestad de olas diversas, que ya se encumbraban prometiéndole vida, y ya se derrocaban amenazando con muerte; esta desventura y desdicha, que es propia de los muy desgraciados, de florecer para secarse luego y de revivir

para luego morir, y de venirles el bien y desaparecerse, deshaciéndoseles entre las manos cuando les llega, probó también en sí mismo el Cordero. Y la buena suerte y la buena dicha única de todas las cosas, quiso gustar de lo que es ser uno infeliz. Infinito es lo que acerca de esto se ofrece, mas, cánsase la lengua en decir lo que Cristo no se cansó en padecer. Dejo la sentencia injusta, la voz del pregón, los hombros flacos, la cruz pesada, el verdadero y propio cetro de este nuestro gran REY, los gritos del pueblo, alegres en unos y en otros llorosos, que todo ello traía consigo su propio y particular sentimiento.

Vengo al monte Calvario. Si la pública desnudez en una persona grave es áspera y vergonzosa, Cristo quedó delante de todos desnudo. Si el ser atravesado con hierro por las partes más sensibles del cuerpo es tormento grandísimo, con clavos fueron allí atravesados los pies y las manos de Cristo. Y porque fuese el sentimiento mayor, el que es piadoso aun con las más viles criaturas del mundo no lo fué consigo mismo, antes en una cierta manera se mostró contra sí mismo cruel; porque lo que la piedad natural y el afecto humano y común (que aun en los ejecutores de la justicia se muestra), tenía ordenado para menos tormento de los que morían en cruz, ofreciéndoselo a Cristo, lo desechó. Porque daban a beber a los crucificados en aquel tiempo, antes que los enclavasen, cierto vino confeccionado con mirra e incienso, que tiene virtud de ensordecer el sentido y como embotarle al dolor para que no sienta; y Cristo, aunque se lo ofrecieron, con la sed que tenía

de padecer, no lo quiso beber. Así que, desafiando al dolor, y desechando de sí todo aquello con que se pudiera defender en aquel desafío, el cuerpo desnudo y el corazón armado con fortaleza y con solas las armas de su no vencida paciencia, subió este nuestro REY en la cruz. Y levantada en alto la salud del mundo, y llevando al mundo sobre sus hombros, y padeciendo él solo la pena que merecía padecer el mundo por sus delitos, padeció lo que decir no se puede.

Porque ¿en qué parte de Cristo o en qué sentido suyo no llegó el dolor a lo sumo? Los ojos vieron lo que visto traspasó el corazón: la madre viva, y muerte presente. Los oídos estuvieron llenos de voces blasfemas y enemigas. El gusto, cuando tuvo sed, gustó hiel y vinagre. El sentido todo del tacto, rasgado y herido por infinitas partes del cuerpo, no tocó cosa que no le fuese enemiga y amarga. Al fin dió licencia a su sangre, que, como deseosa de lavar nuestras culpas, salía corriendo abundante y presurosa; y comenzó a sentir nuestra vida despojada de su calor, lo que sólo le quedaba ya por sentir, los fríos tristísimos de la muerte; y al fin sintió y probó la muerte también.

Pero ¿para qué me detengo yo en esto? Lo que ahora Cristo, que reina glorioso y señor de todo en el cielo, nos sufre, muestra bien claramente cuán agradable le fué siempre el sujetarse a trabajos. ¿Cuántos hombres, o por decir verdad, cuántos pueblos y cuántas naciones enteras, sintiendo mal de la pureza de su doctri-

na, blasfeman hoy de su nombre? Y con ser así, que él en sí está exento de todo mal y miseria, quiere y tiene por bien de, en la opinión de los hombres, padecer esta afrenta en cuanto su cuerpo místico, que vive en este destierro, padece, para compadecerse así de él y para conformarse siempre con él.

—Nuevo camino para ser uno rey—dijo aquí Sabino vuelto a Juliano—es éste que nos ha descubierto Marcelo. Y no sé yo si acertaron con él algunos de los que antiguamente escribieron acerca de la crianza e institución (1) de los príncipes; aunque bien sé que los que ahora viven no le siguen, porque en el no saber padecer tienen puesto lo principal del ser rey.

—Algunos—dijo al punto Juliano—de los antiguos quisieron que el que se criaba para ser rey se criase en trabajos; pero en trabajos de cuerpo, con que saliese sano y valiente; mas en trabajos de ánimo que le enseñansen a ser compasivo, ninguno, que yo sepa, lo escribió ni enseñó. Mas si fuera aquesta enseñanza de hombres, no fuera este REY de Marcelo REY propiamente hecho a la traza y al ingenio de Dios, el cual camina siempre por caminos verdaderos, y por el mismo caso contrarios a los del mundo que sigue el engaño.

Así que, no es maravilla, Sabino, que los reyes de ahora no se precien para ser reyes de lo que se preció Jesucristo, porque no siguen en el ser reyes un mismo fin. Porque Cristo

(1) Instrucción, educación, enseñanza. (Véase Dic. Acad.)

ordenó su reinado a nuestro provecho, y, conforme a esto, se cualificó a sí mismo y se dotó de todo aquello que parecía ser necesario para hacer bien a sus súbditos; mas estos que ahora nos mandan, reinan para sí, y por la misma causa no se disponen ellos para nuestro provecho, sino buscan su descanso en nuestro daño. Mas aunque ellos, cuanto a lo que les toca, desechen de sí este amaestramiento de Dios, la experiencia de cada día nos enseña que no son los que deben por carecer de él. Porque ¿de dónde pensáis que nace, Sabino, el poner sobre sus súbditos, tan sin piedad, tan pesadísimos yugos, el hacer leyes rigurosas, el ponerlas en ejecución con mayor crueldad y rigor, sino de nunca haber hecho experiencia en sí de lo que duele la aflicción y pobreza?

—Así es—dijo Sabino—; pero ¿qué ayo osaría ejercitar en dolor y necesidad a su príncipe? O si osase alguno, ¿cómo sería recibido y sufrido de los demás?

—Esa es—respondió Juliano—nuestra mayor ceguedad: que aprobamos lo que nos daña, y que tendríamos por bajeza que nuestro príncipe supiese de todo, siendo para nosotros tan provechoso, como habéis oído, que lo supiese. Mas, si no se atreven a esto los ayos, es porque ellos y los demás que crían a los príncipes los quieren imponer en el ánimo a que no se precien de bajar los ojos de su grandeza con blandura a sus súbditos; y en el cuerpo, a que ensanchen el estómago cada día con cuatro comidas, y a que aun la seda les sea áspera y la luz

enojosa. Pero aquesto, Sabino, es de otro lugar y quitamos en ello a Marcelo el suyo, o por mejor decir a nosotros mismos el de oír enteramente las cualidades de aqueste verdadero REY nuestro.

—A mí—dijo Marcelo—no me habéis, Juliano, quitado ningún lugar; sino antes me habéis dado espacio para que con más aliento prosiga mejor mi camino. Y a vos, Sabino—dijo volviéndose a él—, no os pase por la imaginación querer concertar o pensar que es posible que se concierten las condiciones que puso Dios en su REY, con las que tienen estos reyes que vemos; que si no fueran tan diferentes del todo, no le llamara Dios señaladamente su REY, ni su reino de ellos se acabara con ellos, y el de nuestro REY fuera sempiterno, como es. Así que, pongan ellos su estado en la altivez, y ao se tengan por reyes si padecen alguna pena; que Dios, procediendo por camino diferente, para hacer en Jesucristo un REY que mereciese ser suyo, le hizo humildísimo para que no se desvaneciese en soberbia con la honra, y le sujetó a miseria y a dolor para que se compadeciese con lástima de sus trabajados y doloridos súbditos. Y demás de esto, y para el mismo fin de buen rey, le dió un verdadero y perfecto conocimiento de todas las cosas y de todas las obras de ellas, así las que fueron, como las que son y serán, porque el rey, cuyo oficio es juzgar dando a cada uno su merecido, y repartiendo la pena y el premio, si no conoce él por sí la verdad, traspasará la justicia; que el conocimiento

que tienen de sus reinos los príncipes por relaciones y pesquisas ajenas, más los ciega que los alumbra. Porque, demás de que los hombres, por cuyos ojos y oídos ven y oyen los reyes, muchas veces se engañan, procuran ordinariamente engañarlos por sus particulares intereses e intentos. Y así, por maravilla entra en el secreto real la verdad. Mas nuestro REY, porque su entendimiento, como clarísimo espejo le representa siempre cuanto se hace y se piensa, no juzga, como dice Isaías, ni reprende ni premia por lo que al oído le dicen, ni según lo que a la vista parece, porque el un sentido y el otro sentido puede ser engañado; ni tiene de sus vasallos la opinión que otros vasallos suyos, aficionadas o engañados, le ponen, sino la que pide la verdad, que él claramente conoce. Y como puso Dios en Cristo el verdadero conocer a los suyos, asimismo le dió todo el poder para hacerles mercedes. Y no solamente le concedió que pudiese, mas también en él mismo, como en tesoro, encerró todos los bienes y riquezas que pueden hacer ricos y dichosos a los de su reino; de arte, que no trabajaran remitidos de unos a otros ministros con largas. Mas, lo que es principal, hizo para perfeccionar este REY que sus súbditos todos fuesen sus deudos, o por mejor decir, que naciesen de él todos, y que fuesen hechura suya y figurados a su semejanza. Aunque esto sale ya de lo primero, que toca a las cualidades del rey, y entra en lo segundo que propusimos, de las condiciones de los que en este reino son súbditos; y digamos ya de ellas.

Y a la verdad casi todas ellas se reducen a ésta, que es ser generosos y nobles todos y de un mismo linaje. Porque aunque el mando de Cristo universalmente comprende a todos los hombres, y a todas las criaturas, así las buenas como las malas, sin que ninguna de ellas pueda eximirse de su sujeción, o se contente de ello o le pese; pero el reino suyo de que ahora vamos hablando, y el reino en quien muestra Cristo sus nobles condiciones de REY, y el que ha de durar perpetuamente con él descubierto y glorioso (porque a los malos tendrállos encerrados y aprisionados y sumidos en eterno olvido y tinieblas); así que, este reino son los buenos y justos solos, y de estos decimos ahora que son generosos todos, y de linaje alto, y todos de uno mismo. Porque dado que sean diferentes en nacimientos; mas, como esta mañana se dijo, el nacimiento en que se diferencian fué nacimiento perdido y de quien caso no se hace para lo que toca a ser vasallos en este reino, el cual se compone todo de lo que San Pablo llama nueva criatura, cuando a los de Galacia escribe, diciendo: *Acerca de Cristo Jesús, ni es de estima la circuncisión ni el prepucio, sino la criatura nueva.* Y así, todos son hechura y nacimiento del cielo y hermanos entre sí, e hijos todos de Cristo en la manera ya dicha.

Vió David esta particular excelencia de este reino de su nieto divino, y dejóla escrita breve y elegantemente en el salmo ciento nueve, según una lección que así dice: *Tu pueblo príncipes, en el día de tu poderío.* Adonde lo que de-

cimos príncipes, la palabra original, que es *nedaboth*, significa al pie de la letra liberales, dadivosos o generosos de corazón. Y así, dice que en el día de su poderío, que llama así el reino descubierto de Cristo, cuando vencido todo lo contrario, y como deshecha con los rayos de su luz toda la niebla enemiga, que ahora se le opone, viniere en el último tiempo y en la regeneración de las cosas, como puro sol, a resplandecer solo, claro y poderoso en el mundo; pues en este su día, cuando él y lo apurado (1) y escogido de sus vasallos resplandecerá solamente, quedando los demás sepultados en oscuridad y tinieblas, en este tiempo y en este día su pueblo serán príncipes. Esto es, todos sus vasallos serán reyes; y él, como con verdad la Escritura le nombra, REY de reyes será, y Señor de señores.

Aquí Sabino, volviéndose a Juliano:

—Nobleza es—dijo—grande de reino a questa, Juliano, que nos va diciendo Marcelo, adonde ningún vasallo es, ni vil en linaje, ni afrentado por condición, ni menos bien nacido el uno que el otro. Y paréceme a mí que esto es ser REY propia y honradamente, no tener vasallos viles y afrentados.

—En esta vida, Sabino—respondió Juliano—, los reyes de ella, para el castigo de la culpa, están como forzados a poner nota y afrenta en aquellos a quien gobiernan, como en el orden de la salud y en el cuerpo conviene, a las veces,

(1) *Apurado*, purificado, limpio. (Véase Dic. Acad.)

maltratar una parte para que las demás no se pierdan. Y así, cuanto a esto, no son dignos de reprehensión nuestros príncipes.

—No los reprendo yo ahora—dijo Sabino—, sino duélome de su condición; que por esa necesidad que, Juliano, decís, vienen a ser forzosamente señores de vasallos ruines y viles. Y débeseles tanto más lástima, cuanto fuere más precisa la necesidad. Pero si hay algunos príncipes que lo procuran, y que les parece que son señores cuando hallan mejor orden, no sólo para afrentar a los suyos, sino también para que vaya cundiendo por muchas generaciones su afrenta y que nunca se acabe, de éstos, Juliano, ¿qué me diréis?

—¿Qué?—respondió Juliano—. Que ninguna cosa son menos que reyes. Lo uno, porque el fin adonde se endereza su oficio es hacer a sus vasallos bienaventurados, con lo cual se encuentra por maravillosa manera el hacerlos apocados y viles. Y lo otro, porque cuando no quieren mirar por ellos, a sí mismos se hacen daño y se apocan. Porque, si son cabezas, ¿qué honra es ser cabeza de un cuerpo disforme y vil? Y si son pastores, ¿qué les vale un ganado roñoso? Bien dijo el poeta trágico:

Mandar entre lo ilustre, es bella cosa (1).

Y no sólo dañan a su honra propia, cuando buscan invenciones para manchar la de los que

(1) Séneca, *Octavia*, v. 463.

son gobernados por ellos; mas dañan mucho sus intereses, y ponen en manifiesto peligro la paz y la conservación de sus reinos. Porque, así como dos cosas que son contrarias, aunque se junten, no se pueden mezclar; así no es posible que se añude con paz el reino cuyas partes estén tan opuestas entre sí y tan diferenciadas, unas con mucha honra y otras con señalada afrenta. Y como el cuerpo que en sus partes está maltratado, y cuyos humores se conciertan mal entre sí, está muy ocasionado y muy vecino a la enfermedad y a la muerte; así por la misma manera, el reino adonde muchos órdenes y suertes de hombres, y muchas casas particulares están como sentidas y heridas, y adonde la diferencia que por estas causas pone la fortuna y las leyes no permite que se mezclen y se concierten bien unas con otras, está sujeto a enfermar y a venir a las armas con cualquiera razón que se ofrece: que la propia lástima e injuria de cada uno, encerrada en su pecho y que vive en él, los despierta y los hace velar siempre a la ocasión y a la venganza.

Mas dejemos lo que en nuestros reyes y reinos, o pone la necesidad o hace el mal consejo y error, y acábenos Marcelo de decir por qué razón estos vasallos todos de nuestro único REY son llamados liberales y generosos y príncipes.

—Son—dijo Marcelo, respondiendo encontinente—así por parte del que los crió, y la forma que tuvo en criarlos, como por parte de las cualidades buenas que puso en ellos cuando así fueron criados. Por parte del que los hizo, porque son

efectos y frutos de una suma liberalidad; porque en sólo el ánimo generoso de Dios y en la largueza de Cristo no medida, pudo haber el hacer justos y amigos suyos, y tan privados amigos, a los que de sí no merecían bien, y merecían mal por tantos y tan diferentes títulos. Porque, aunque es verdad que el ya justo puede merecer mucho con Dios, mas esto, que es venir a ser justo el que era aborrecido enemigo, solamente nace de las entrañas liberales de Dios; y así, dice Santiago, que nos engendró voluntariamente. Adonde lo que dijo con la palabra griega βουληθεϊς, que significa de su voluntad, quiso decir lo que en su lengua materna, si en ella lo escribiera, se dice *Nadib*, que es palabra vecina y nacida de la palabra *nedaboth*, que, como dijimos, significa a estos que llamamos liberales y príncipes. Así que dice que nos engendró liberal y principalmente, esto es, que nos engendró, no sólo porque quiso engendrarnos y porque le movió a ello su voluntad, sino porque le plugo mostrar en nuestra creación, para la gracia y justicia, los tesoros de su liberalidad y misericordia.

Porque a la verdad, dado que todo lo que Dios cría nace de él, porque él quiere que nazca, y es obra de su libre gusto, a la cual nadie le fuerza el sacar a luz a las criaturas; pero esto, que es hacer justos y poner su sér divino en los hombres, es no sólo voluntad, sino una extraña liberalidad suya. Porque en ello hace bien, y bien el mayor de los bienes, no solamente a quien no se lo merece, sino señaladamente a quien del todo se lo desmerece. Y por no ir alargándome por

cada uno de los particulares a quien Dios hace estos bienes, miremos lo que pasó en la cabeza de todos, y cómo se hubo con ella Dios cuando, sacándola del pecado, crió en ella aqueste bien de justicia; y en uno, como en ejemplo, conoceremos cuán ilustre prueba hace Dios de su liberalidad cuando cría los justos. Peca Adán, y condénase a sí y a todos nosotros; y perdónale después Dios y hácele justo.

¿Quién podrá decir las riquezas de liberalidad que descubrió Dios, y que derramó en este perdón? Lo primero, perdona al que, por dar fe a la serpiente, de cuya fe y amor para consigo no tenía experiencia, le dejó a él, Criador suyo, cuyo amor y beneficios experimentaba en sí siempre. Lo segundo, perdona al que estimó más una promesa vana de un pequeño bien, que una experiencia cierta y una posesión grande de mil verdaderas riquezas. Lo tercero, perdona al que no pecó ni apretado de la necesidad ni ciego de la pasión, sino movido de una liviandad y desagradecimiento infinito. Lo otro, perdona al que no buscó ser perdonado, sino antes huyó y se escondió de su perdonador; y perdónale, no mucho después que pecó y laceró (1) miserablemente por su pecado, sino cuasi luego, luego como hubo pecado. Y, lo que no cabe en sentido, para perdonarle a él, hízose a sí mismo deador. Y cuando la gravísima maldad del hombre despertaba en el pecho de Dios ira justísima para deshacerle,

(1) *Laceró*, de "lacerar", padecer, pasar trabajos. (Véase Dic. Acad.)

reinó en él y sobrepujó la liberalidad de su misericordia, que, por rehacer al perdido, determinó de disminuirse a sí mismo, como San Pablo lo dice, y de pagar él lo que el hombre pecaba, y para que el hombre viviese, de morir él hecho hombre. Liberalidad era grande perdonar al que había pecado tan de balde y tan sin causa; y mayor liberalidad perdonarle tan luego después del pecado; y mayor que ambas a dos, buscarle para darle perdón antes que él le buscara. Pero lo que vence a todo encarecimiento de liberalidad, fué, cuando le reprendía la culpa, prometerse a sí mismo y a su vida para su satisfacción y remedio; y porque el hombre se apartó de él por seguir al demonio, hacerse hombre él para sacarle de su poder. Y lo que pasó entonces, digámoslo así, generalmente con todos, porque Adán nos encerraba a todos en sí, pasa en particular con cada uno continua y secretamente.

Porque ¿quién podrá decir ni entender, sino es el mismo que en sí lo experimenta y lo siente, las formas piadosas de que Dios usa con uno para que no se pierda, aun cuando él mismo se procura perder? Sus inspiraciones continuas, su nunca cansarse ni darse por vencido de nuestra ingratitud tan continua, el rodearnos por todas partes y como en castillo torreado y cercado, el tentar la entrada por diferentes maneras, el tener siempre la mano en la aldaba de nuestra puerta, el rogarnos blanda y amorosamente que le abramos, como si a él le importara alguna cosa, y no fuera nuestra salud y bienandanza toda el abrirle; el decirnos por horas y por momentos con el

Esposo: *Abreme, hermana mía, esposa mía, paloma mía y mi amada y perfecta, que traigo llena de rocío mi cabeza y con las gotas de las noches las mis guedejas.* Pues sea esto lo primero, que los justos son dichos ser generosos y liberales, porque son demostraciones y pruebas del corazón liberal y generoso de Dios.

Son, lo segundo, llamados así por las cualidades que pone Dios en ellos, haciéndolos justos, porque, a la verdad, no hay cosa más alta ni más generosa ni más real, que el ánimo perfectamente cristiano. Y la virtud más heroica que la filosofía de los estoicos antiguamente imaginó o soñó, por hablar con verdad, comparada con la que Cristo asienta con su gracia en el alma, es una poquedad y bajeza. Porque si miramos el linaje de donde descende el justo y cristiano, es su nacimiento de Dios, y la gracia que le da vida es una semejanza viva de Cristo; y si atendemos a su estilo y condición, y al ingenio y disposición de ánimo, y pensamientos y costumbres que de este nacimiento le vienen, todo lo que es menos que Dios es pequeña cosa para lo que cabe en su ánimo. No estima lo que con amor ciego adora únicamente la tierra, el oro y los deleites; huella sobre la ambición de las honras, hecho verdadero señor y rey de sí mismo; pisa el vano gozo, desprecia el temor, no le mueve el deleite, ni el ardor de la ira le enoja; y riquísimo dentro de sí, todo su cuidado es hacer bien a los otros.

Y no se extiende su ánimo liberal a sus vecinos solos, ni se contenta con ser bueno con los de su pueblo o de su reino; mas, generalmente, a todos

los que sustenta y comprende la tierra, él también los comprende y abraza; aun para con sus enemigos sangrientos, que le buscan la afrenta y la muerte, es él generoso y amigo, y sabe y puede poner la vida, y de hecho la pone alegremente, por esos mismos que aborrecen su vida. Y estimando por vil y por indigno de sí a todo lo que está fuera de él, y que se viene y se va con el tiempo, no apetece menos que a Dios, ni tiene por dignos de su deseo menores bienes que el cielo. Lo sempiterno, lo soberano, el trato con Dios, familiar y amigable, el enlazarse amando y el hacerse cuasi único con él, es lo que solamente satisface a su pecho; como lo podemos ver a los ojos en uno de estos grandes justos. Y sea aqueste uno San Pablo. Dice en persona suya, y de todos los buenos, escribiendo a los corintios así: *Tenemos nuestro tesoro en vasos de tierra, porque la grandeza y alteza nazca de Dios, y no de nosotros. En todas las cosas padecemos tribulación, pero en ninguna somos afligidos. Somos metidos en congoja, mas no somos desamparados; padecemos persecución, mas no nos falta el favor. Humíllannos, pero no nos avergüenzan. Somos derribados, mas no perecemos.* Y a los romanos, lleno de ánimo generoso, en el capítulo octavo: *¿Quién, dice, nos apartará de la caridad y amor de Dios? ¿La tribulación, por aventura, o la angustia, o la hambre, o la desnudez, o el peligro, o la persecución, o el cuchillo?*

Dicho he en parte lo que puso Dios en Cristo para hacerle REY, y lo que hizo en nosotros para hacernos sus súbditos, que de tres cosas, a las

cuales se reducen todas las que pertenecen a un reino, son las primeras dos. Resta ahora que digamos algo de la tercera y postrera, que es de la manera como este REY gobierna los suyos; que no es menos singular manera ni menos fuera del común uso de los que gobiernan, que el REY y los súbditos en sus condiciones y cualidades, las que hemos dicho, son singulares. Porque cosa clara es que el medio con que se gobierna el reino es la ley; y que por el cumplimiento de ella consigue el rey, o hacerse rico a sí mismo, si es tirano y las leyes son de tirano, o hacer buenos y prosperados a los suyos si es rey verdadero.

Pues acontece muchas veces de esta manera, que por razón de la flaqueza del hombre y de su encendida inclinación a lo malo, las leyes por la mayor parte traen consigo un inconveniente muy grande; que siendo la intención de los que las establecen (enseñando por ellas lo que se debe hacer y mandando con rigor que se haga), retraer al hombre de lo malo e inducirle a lo bueno, resulta lo contrario a las veces; y el ser vedada una cosa, despierta el apetito de ella.

Y así, el hacer y dar leyes es muchas veces ocasión de que se quebranten las leyes y de que, como dice San Pablo, se peque más gravemente, y de que se empeoren los hombres con la ley que se ordenó e inventó para mejorarlos. Por lo cual Cristo, nuestro Redentor y Señor, en la gobernación de su reino halló una nueva manera de ley, extrañamente libre y ajena de aquestos inconvenientes, de la cual usa con los suyos, no solamente enseñándoles a ser buenos, como lo en-

señaron otros legisladores, mas de hecho haciéndolos buenos, lo que ningún otro rey ni legislador pudo jamás hacer. Y esto es lo principal de su ley evangélica y lo propio de ella; digo, aquello en que notablemente se diferencia de las otras sectas y leyes. Para entendimiento de lo cual conviene saber que, por cuanto el oficio y ministerio de la ley es llevar los hombres a lo bueno y apartarlos de lo que es malo, así como esto se puede hacer por dos diferentes maneras, o enseñando el entendimiento o aficionando a la voluntad, así hay dos diferencias de leyes: la primera es de aquellas leyes que hablan con el entendimiento, y le dan luz en lo que conforme a razón se debe o hacer o no hacer, y le enseñan lo que ha de seguir en las obras y lo que ha de excusar en ellas mismas; la segunda es de la ley, no que alumbra el entendimiento, sino que aficiona la voluntad, imprimiendo en ella inclinación y apetito de aquello que merece ser apetecido por bueno, y, por el contrario, engendrándole aborrecimiento de las cosas torpes y malas. La primera ley consiste en mandamientos y reglas; la segunda en una salud y cualidad celestial, que sana la voluntad y repara en ella el gusto bueno perdido, y no sólo la sujeta, sino la amista y reconcilia con la razón; y como dicen de los buenos amigos, que tienen un no querer y querer, así hace que lo que la verdad dice en el entendimiento que es bueno, la voluntad aficionadamente lo ame por tal.

Porque a la verdad, en la una y en la otra parte quedamos miserablemente lisiados por el pecado primero, el cual oscureció el entendimiento, para

que las menos veces conociese lo que convenía seguir, y estragó perdidamente el gusto y el movimiento de la voluntad, para que casi siempre se aficionase a lo que la daña más. Y así, para remedio y salud de estas dos partes enfermas fueron necesarias estas dos leyes, una de luz y de reglas para el entendimiento ciego, y otra de espíritu y buena inclinación para la voluntad estragada. Mas, como arriba decíamos, diferéncianse aquestas dos maneras de leyes en esto: que la ley que se emplea en dar mandamientos y en luz, aunque alumbra el entendimiento, como no corrige el gusto corrupto de la voluntad, en parte le es ocasión de más daño; y vedando y declarando, despierta en ella nueva golosina de lo malo que le es prohibido. Y así, las más veces son contrarios en esta ley el suceso y el intento. Porque el intento es encaminar el hombre a lo bueno, y el suceso a las veces es dejarle más perdido y estragado. Pretende afejar lo que es malo, y sucédele, por nuestra mala ocasión, hacerlo más deseable y más gustoso. Mas la segunda ley corta la planta del mal de raíz, y arranca, como dicen, de cuajo lo que más nos puede dañar. Porque inclina e induce y hace apetitosa y como golosa a nuestra voluntad de todo aquello que es bueno, y junta en uno lo honesto y lo deleitable, y hace que nos sea dulce lo que nos sana, y lo que nos daña, aborrecible y amargo. La primera se llama ley de mandamientos, porque toda ella es mandar y vedar. La segunda es dicha ley de gracia y de amor, porque no nos dice que hagamos esto o aquello, sino hácenos que amemos aquello mismo que debemos

hacer. Aquélla es pesada y áspera porque condena por malo lo que la voluntad corrompida apetece por bueno; y así, hace que se encuentren el entendimiento y la voluntad entre sí, de donde se enciende en nosotros mismos una guerra mortal de contradicción. Mas ésta es dulcísima por extremo, porque nos hace amar la que nos manda, o por mejor decir, porque el plantar e ingerir en nosotros el deseo y la afición a lo bueno, es el mismo mandar; y porque aficionándonos y, como si dijésemos, haciéndonos enamorados de lo que manda, por esa manera, y no de otra, nos manda. Aquélla es imperfecta, porque a causa de la contradicción que despierta, ella por sí no puede ser perfectamente cumplida; y así, no hace perfecto a ninguno. Esta es perfectísima, porque trae consigo y contiene en sí misma la perfección de sí misma. Aquélla hace temerosos, aquésta amadores. Por ocasión de aquélla, tomándola a solas, se hacen en la verdad secreta del ánimo peores los hombres; mas por causa de ésta son hechos enteramente santos y justos. Y, como prosigue San Agustín largamente en los libros de la *letra y del espíritu*, poniendo siempre sus pisadas en lo que dejó hollado San Pablo, aquélla es perecedera, aquésta es eterna; aquélla hace esclavos, aquésta es propia de hijos; aquélla es ayo triste y azotador, aquésta es espíritu de regalo y consuelo; aquélla pone en servidumbre, aquésta es honra y libertad verdadera.

Pues, como sea esto así, como de hecho lo es, sin que ninguno en ello pueda dudar, digo que así Moisés como los demás que antes o después de él

dieron leyes y ordenaron repúblicas, no supieron ni pudieron usar sino de la primera manera de leyes, que consiste más en poner mandamientos que en inducir buenas inclinaciones en aquellos que son gobernados. Y así, su obra de todos ellos fué imperfecta y su trabajo careció de suceso, y lo que pretendían, que era hacer a la virtud a los suyos, no salieron con ello por la razón que está dicha.

Mas Cristo, nuestro verdadero Redentor y legislador, aunque es verdad que en la doctrina de su Evangelio puso algunos mandatos, y renovó y mejoró otros algunos que el mal uso los tenía mal entendidos; pero lo principal de su ley y aquello en que se diferenció de todos los que pusieron leyes en los tiempos pasados, fué que mereciendo por sus obras y por el sacrificio que hizo de sí, el espíritu y la virtud del cielo para los suyos, y criándola él mismo en ellos como Dios y Señor poderoso, trató no sólo con nuestro entendimiento, sino también con nuestra voluntad; y derramando en ella este espíritu y virtud divina que digo, y sanándola así, esculpió en ella una ley eficaz y poderosa de amor, haciendo que todo lo justo que las leyes mandan lo apeteciese, y por el contrario, aborreciese todo lo que prohíben y vedan. Y añadiendo continuamente de este su espíritu y salud y dulce ley en el alma de los suyos, que procuran siempre ayuntarse con él, crece en la voluntad mayor amor para el bien, y disminúyese de cada día más la contradicción que el sentido le hace; y de lo uno y de lo otro se esfuerza de continuo más aquesta santa y singular ley que

decimos, y echa sus raíces en el alma más hondas, y apodérase de ella hasta hacer que le sea cuasi natural lo justo y el bien.

Y así, trae para sí Cristo y gobierna a los suyos, como decía un profeta, *con cuerdas de amor, y no con temblores de espanto ni con ruido temeroso, como la ley de Moisés*. Por lo cual dijo breve y significativamente San Juan: *La ley fué dada por Moisés, mas la gracia por Jesucristo*. Moisés dió solamente ley de preceptos, que no podía dar justicia; porque hablaban con el entendimiento, pero no sanaban el alma, de que es como imagen la zarza del Exodo, que ardía y no quemaba; porque era cualidad de la ley vieja, que alumbraba el entendimiento, mas no ponía calor a la voluntad. Mas Cristo dió ley de gracia que, lanzada en la voluntad, cura su dañado gusto, y la sana, y la aficiona a lo bueno, como Jeremías lo profetizó divinamente diciendo: *“Días vendrán, dice el Señor, y traeré a perfección sobre la casa de Israel y sobre la casa de Judá un nuevo testamento, no en la manera del que hice con sus padres en el día que los así de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, porque ellos no perseveraron en él y yo los desprecié a ellos, dice el Señor. Este, pues, es el testamento que yo asentaré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor; asentaré mis leyes en su alma de ellos y escribirélas en sus corazones. Y yo les seré Dios, y ellos me serán pueblo sujeto; y no enseñará alguno de allí adelante a su prójimo ni a su hermano, diciéndole: Conoce al Señor; porque todos tendrán conocimiento de mí, desde el*

menor hasta el mayor de ellos, porque tendré piedad de sus pecados, y de sus maldades no tendré más memoria de allí en adelante.

Pues estas son las nuevas leyes de Cristo, y su manera de gobernación particular y nueva. Y no será menester que loe ahora yo lo que ello se loa, ni me será necesario que refiera los bienes y las ventajas grandes de aquesta gobernación, adonde guía el amor y no fuerza el temor; adonde lo que se manda se ama, y lo que se hace se desea hacer; adonde no se obra sino lo que da gusto, ni se gusta sino de lo que es bueno; adonde el querer el bien y el entender son conformes; adonde para que la voluntad ame lo justo, en cierta manera, no tiene necesidad que el entendimiento se lo diga y declare.

Y así de esto, como de todo lo demás que se ha dicho hasta aquí, se concluye que este REY es sempiterno, y que la razón por qué Dios le llama propiamente REY suyo, es porque los otros reyes y reinos, como llenos de faltas, al fin han de perecer y de hecho perecen; mas éste, como reino que es libre de todo aquello que trae a perdición a los reinos, es eterno y perpetuo. Porque los reinos se acaban o por tiranía de los reyes, porque ninguna cosa violenta es perpetua, o por la mala cualidad de los súbditos, que no les consiente que entre sí se concierten, o por la dureza de las leyes y manera áspera de la gobernación; de todo lo cual, como por lo dicho se ve, este REY y este reino carecen.

Que ¿cómo será tirano el que para ser compasivo de los trabajos y males que pueden suceder

a los suyos, hizo primero experiencia en sí de todo lo que es dolor y trabajo? O ¿cómo aspirará a la tiranía quien tiene en sí todo el bien que puede caber en sus súbditos, y que así no es rey para ser rico por ellos, sino todos son ricos y bienaventurados por él? Pues ¿los súbditos entre sí no estarán por aventura añudados con ñudo perpetuo de paz, siendo todos nobles y nacidos de un padre, y dotados de un mismo espíritu de paz y nobleza? Y la gobernación y las leyes, ¿quién las desechará como duras, siendo leyes de amor? Quiero decir, tan blandas leyes que el mandar no es otra cosa sino hacer amar lo que se manda. Con razón, pues, dijo el ángel de aqueste REY a la Virgen: *Y reinará en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.* Y David tanto antes de este su glorioso descendiente, cantó en el salmo setenta y dos, lo que Sabino, pues ha tomado este oficio, querrá decir en el verso en que lo puso su amigo.

Y Sabino dijo luego:

—Debe ser la parte, según sospecho, adonde dice de esta manera:

“Serás temido tú mientras luciere
el sol y luna, y cuanto
la rueda de los siglos se volviere.”

Y de lo que toca a la blandura de su gobierno y a la felicidad de los suyos, dice:

“Influirá amoroso
cual la menuda lluvia, y cual rocío
en prado deleitoso.

Florecerá en su tiempo el poderío
del bien, y una pujanza
de paz que durará no un siglo sólo.”

Y prosiguiendo luego Marcelo, añadió:

—Pues obra que dura siempre, y que ni el tiempo la gasta ni la edad la envejece, cosa clara es que es obra propia y digna de Dios; el cual, como es sempiterno, así se precia de aquellas cosas que hace que son de mayor duración. Y pues los demás reyes y reinos son, por sus defectos, sujetos a fenecer y a la fin miserablemente fenecen; y aqueste REY nuestro florece y se aviva más con la edad, sean todos los reyes de Dios, pero éste sólo sea propiamente su REY, que reina sobre todos los demás, y que, pasados todos ellos y consumidos, tiene de permanecer para siempre.

Aquí Juliano, pareciéndole que Marcelo concluía ya su razón, dijo:

—Y aún podéis, Marcelo, ayudar esa verdad que decís, confirmándola con la diferencia que la Sagrada Escritura pone cuando significa los reinos de la tierra o cuando habla de aqueste reino de Cristo, porque dice con ella muy bien.

—Eso mismo quería añadir—dijo entonces Marcelo—, para con ello no decir más de este nombre. Y así, decís muy bien, Juliano, que la manera diferente como la Escritura nombra estos reinos, ella misma nos dice la condición y perpetuidad del uno, y la mudanza y fin de los otros. Porque estos reinos que se levantan en la tierra, y se extienden por ella y la enseñorean y mandan, los profetas, cuando quieren hablar de ellos,

significanlos por nombres de vientos o de bestias brutas y fieras; mas a Cristo y a su reino llámanle MONTE.

Daniel, hablando de las cuatro monarquías que ha habido en el mundo, los caldeos, los persas, los romanos, los griegos, dice que vió los cuatro vientos, que peleaban entre sí; y luego pone por su orden cuatro bestias, unas de otras diferentes cada una en su significación. Y Zacarías, ni más ni menos en el capítulo seis, después de haber profetizado e introducido para el mismo fin de significación cuatro cuadrigas de caballos diferentes en colores y pelo, dice: *Aquestos son los cuatro vientos*. Con lo demás que después de aquesto se sigue. Porque a la verdad, todo este poder temporal y terreno que manda en el mundo, tiene más de estruendo que de substancia; y pásase como el aire volando, y nace de pequeños y ocultos principios. Y como las bestias carecen de razón y se gobiernan por fiereza y por crueldad, así lo que ha levantado y levanta estos imperios de tierra es lo bestial que hay en los hombres: la ambición fiera y la codicia desordenada del mando, y la venganza sangrienta, y el coraje, y la braveza, y la cólera, y lo demás que como esto es fiero y bruto en nosotros; y así, finalmente, perecen.

Mas a Cristo y a su reino, el mismo Daniel una vez le significa por nombre de MONTE, como en el capítulo segundo, y otras le llama *hombre*, como en el capítulo séptimo, de que ahora decíamos, donde se escribe que vino uno como hijo de hombre, y se presentó delante del anciano de días, al

cual el anciano dió pleno y sempiterno poder sobre las gentes todas. Para en lo primero, del MONTE, mostrar la firmeza y no mudable duración de este reino; y en lo segundo, del *hombre*, declarar que esta santa monarquía no nace ni se gobierna, ni por efectos bestiales ni por inclinaciones del sentido desordenadas, sino que todo ello es obra de juicio y de razón; y para mostrar que es monarquía adonde reina, no la crueldad fiera, sino la clemencia humana en todas las maneras que he dicho.

Y habiendo dicho esto Marcelo, calló, como disponiéndose para comenzar otra plática; mas Sabino, antes que comenzase, le dijo:

—Si me dais licencia, Marcelo, y no tenéis más que decir acerca de este nombre, os preguntaré dos cosas que se me ofrecen, y de la una ha gran rato que dudo; y de la otra, me puso ahora duda aquesto que acabáis de decir.

—Vuestra es la licencia—respondió entonces Marcelo—, y gustaré mucho de saber qué dudáis.

—Comenzaré por lo postrero—respondió Sabino—; y la duda que se me ofrece es que Daniel y Zacarías, en los lugares que habéis alegado, pone solamente cuatro imperios o monarquías terrenas, y en el hecho de la verdad parece que hay cinco; porque el imperio de los turcos y de los moros, que ahora florece, es diferente de los cuatro pasados, y no menos poderoso que muchos de ellos. Y si Cristo con su venida, y levantando su reino, había de quitar de la tierra cualquier otra monarquía, como parece haberlo profetizado Daniel en la piedra que hirió en los piés de la esta-

tua, ¿cómo se compadece que después de venido Cristo, y después de haberse derramado su doctrina y su nombre por la mayor parte del mundo, se levante un imperio ajeno de Cristo en él, y tan grande como es aqueste que digo? Y la segunda duda es acerca de la manera blanda y amorosa con que habéis dicho que gobierna su reino Cristo, porque en el salmo segundo y en otras partes se dice de él que regirá con vara de hierro, y que desmenuzará a sus súbditos como si fuesen vasos de tierra.

—No son pequeñas dificultades, Sabino, las que habéis movido—dijo Marcelo entonces—; y señaladamente la primera es cosa revuelta y de duda, y donde quisiera yo más oír el parecer ajeno que no dar el mío. Y aun es cosa que para haberse de tratar de raíz, pide mayor espacio del que al presente tenemos. Pero por satisfacer a vuestra voluntad, diré con brevedad lo que al presente se ofrece, y lo que podrá bastar para el negocio presente.

Y luego, volviéndose a Sabino y mirándole, dijo:

—Algunos, Sabino, que vos bien conocéis, y a quien todos amamos y preciamos mucho por la excelencia de sus virtudes y ietras, han querido decir que este imperio de los moros y de los turcos, que ahora se esfuerza tanto en el mundo, no es imperio diferente del romano, sino parte que procede de él y le constituye y compone. Y lo que dice Zacarías de la cuadriga cuarta, cuyos caballos dice que eran manchados y fuertes, lo declaran así: que sea aquesta cuadriga este postrero imperio de los romanos, el cual por la par-

te de él, que son los moros y turcos, se llama fuerte; y por la parte del occidental, que está en Alemania, adonde los emperadores no se suceden, sino se eligen de diferentes familias, se nombra vario o manchado.

Y a lo que yo puedo juzgar, Daniel en dos lugares parece que favorece algo a aquesta sentencia. Porque en el capítulo segundo, hablando de la estatua en que se significó el proceso y cualidades de todos los imperios terrenos, dice que las canillas de ella eran de hierro, y los pies de hierro y de barro mezclados, y las canillas y los pies, como todos confiesan, no son imagen de dos diferentes imperios, sino del imperio romano sólo, el cual en sus primeros tiempos fué todo de hierro, por razón de la grandeza y fortaleza suya, que puso a toda la redondez debajo de sí; mas ahora en lo último, lo occidental de él es flaco y como de barro, y lo oriental, que tiene en Constantinopla su silla, es muy fuerte y muy duro. Y que este hierro duro de los pies, que según aqueste parecer representa a los turcos, nazca y proceda del hierro de las canillas, que son los antiguos romanos, y que así éstos como aquéllos pertenezcan a un mismo reino, parece que lo testificó Daniel en el mismo lugar, cuando, según el texto latino, dice: que del tronco, o como si dijésemos de la raíz del hierro de las canillas, nació el hierro que se mezclaba con el barro en los pies. Y ni más ni menos el mismo profeta, en el capítulo siete, en la cuarta bestia terrible, que sin duda son los romanos, parece que afirma lo mismo; porque dice que tenía diez cuernos, y que

después le nació un otro cuerno pequeño, que creció mucho y quebrantó tres de los otros. El cual cuerno parece que es el reino del turco, que comenzó de pequeños y bajos principios, y con su gran crecimiento tiene ya quebrantadas y sujetadas a sí dos sillas poderosas del imperio romano, la de Constantinopla y la de los Soldanes (1) de Egipto, y anda cerca de hacer lo mismo en alguna de las otras que quedan. Y si este cuerno es el reino del turco, cierto es que este reino es parte del reino de los romanos, y parte que se encierra en él; pues es cuerno, como dice Daniel, que nace en la cuarta bestia, en la cual se representa el imperio romano, como dicho es. Así que algunos hay a quien esto parece, según los cuales se responde fácilmente, Sabino, a vuestra cuestión.

Pero, si tengo de decir lo que siento, yo hallé siempre en ello grandísima dificultad. Porque, ¿qué hay en los turcos por donde se puedan llamar romanos, o su imperio pueda ser habido por parte del imperio romano? ¿Linaje? Por la historia sabemos que no lo hay. ¿Leyes? Son muy diferentes. ¿Forma de gobierno y de república? No hay cosa en que menos convengan. ¿Lengua, hábito, estilo de vivir o de religión? No se podrán hallar dos naciones que más se diferencien en esto. Porque decir que pertenece al imperio romano su imperio porque vencieron a los emperadores romanos, que tenían en Constantinopla su silla, y derrocándolos de ella, les sucedieron;

(1) Soldán, "sultán", príncipe o gobernador mahometano. (Véase Dic. Acad.)

si juzgamos bien, es decir que todos los cuatro imperios no son cuatro diferentes imperios, sino sólo un imperio; porque a los caldeos vencieron los persas, y les sucedieron en Babilonia, que era su silla; en la cual los persas estuvieron asentados por muchos años, hasta que sucediendo los griegos, y siendo su capitán Alejandro, se la dejaron a su pesar, y a los griegos después los romanos los depusieron. Y así, si el suceder en el imperio y asiento mismo, hace que sea uno mismo el imperio de los que suceden y de aquellos a quienes se sucede, no ha habido más de un imperio jamás.

Lo cual, Sabino, como vos veis, ni se puede entender bien ni decir. Por donde algunas veces me inclino a pensar que los profetas del Viejo Testamento hicieron mención de cuatro reinos solos, como, Sabino, decís; y que no encerraron en ellos el mando y poder de los turcos, ni por caso tuvieron luz de él. Porque su fin acerca de este artículo era profetizar el orden y sucesión de los reinos que había de haber en la tierra, hasta que comenzase en ella a descubrirse el reino de Cristo, que era el blanco de su profecía y aquello de cuyo feliz principio y suceso querían dar noticia a las gentes. Mas si después del nacimiento de Cristo, y de su venida, y del comienzo de su reinar, y en el mismo tiempo en que va ahora reinando con la espada en la mano, y venciendo a sus enemigos, y escogiendo de entre ellos a su Iglesia querida para reinar él sólo en ella gloriosa y descubiertamente por tiempo perpetuo; así que, si en este tiempo que digo, desde que Cristo

nació hasta que se cierren los siglos, se había de levantar en el mundo algún otro imperio terreno fuerte y poderoso, y no menor que los cuatro pasados; de eso, como de cosa que no pertenecía a su intento, no dijeron nada los que profetizaron antes de Cristo, sino dejólo eso la providencia de Dios para descubrirlo a los profetas del Testamento Nuevo, y para que ellos lo dejaran escrito en las Escrituras que de ellos la Iglesia tiene.

Y así, San Juan en el *Apocalipsis*, si yo no me engaño mucho, hace clara mención; clara digo, cuanto le es dado al profeta, de este imperio del turco, y no como de imperio que pertenece a ninguno de los cuatro de quien en el Testamento Viejo se dice, sino como de imperio diferente de ellos, y quinto imperio. Porque dice en el capítulo trece que vió una bestia que subía de la mar, con siete cabezas y diez cuernos y otras tantas coronas, y que ella era semejante a un pardo en el cuerpo, y que los pies eran como de oso, y la boca semejante a la del león; y no podemos negar sino que esta bestia es imagen de algún grande reino e imperio, así por el nombre de bestia, como por las coronas y cabezas y cuernos que tiene; y señaladamente porque, declarándose el mismo San Juan, dice poco después que le fué concedido a esta bestia que moviese guerra a los santos y que los venciese, y que le fué dado poderío sobre todas las tribus y pueblos y lenguas y gentes. Y así como es averiguado esto, así también es cosa evidente y notoria que esta bestia no es alguna de las cuatro que vió Daniel, sino muy diferente de

todas ellas, así como la pintura que de ella hace San Juan es muy diferente. Luego si esta bestia es imagen de reino, y es bestia desemejante de las cuatro pasadas, bien se concluye que había de haber en la tierra un imperio quinto después del nacimiento de Cristo, demás de los cuatro que vieron Zacarías y Daniel, que es este que vemos.

Y a lo que, Sabino, decís, que si Cristo naciendo y comenzando a reinar por la predicación de su dichoso Evangelio, había de reducir a polvo y a nada los reinos y principados del suelo, como lo figuró Daniel en la piedra que hirió y deshizo la estatua, ¿cómo se compadecía que después de nacido él, no sólo durase el imperio romano, sino naciese y se levantase otro tan poderoso y tan grande? A esto se ha de decir, y es cosa muy digna de que se advierta y entienda, que este golpe que dió en la estatua la piedra y este herir Cristo y desmenuzar los reinos del mundo, no es golpe que se dió en un breve tiempo y se pasó luego, o golpe que hizo todo su efecto junto en un mismo instante; sino golpe que se comenzó a dar cuando se comenzó a predicar el Evangelio de Cristo, y se dió después en el discurso de su predicación y se va dando ahora, y que durará golpeando siempre, y venciendo hasta que todo lo que le ha sido adverso, y en lo venidero le fuere, quede deshecho y vencido.

De manera que el reino del cielo, comenzando y saliendo a luz, poco a poco va hiriendo la estatua, y persevera hiriéndola por todo el tiempo que tardare él de llegar a su perfecto crecimiento, y de salir a su luz gloriosa y perfecta. Y todo aquesto

es un golpe con el cual ha ido deshaciendo, y continuamente deshace, el poder que Satanás tenía usurpado en el mundo, derrocando ahora en una gente, ahora en otra, sus ídolos, y deshaciendo su adoración; y como va venciendo aquesta dañada cabeza, va también juntamente venciendo sus miembros; y no tanto deshaciendo el reino terreno, que es necesario en el mundo, cuanto derrocando todas las condiciones de reinos y de gentes que le son rebeldes, destruyendo a los contumaces y ganando para sí, y para mejor y más bienaventurada manera de reino, a los que se le sujetan y rinden. Y de aquesta manera, y de las caídas y ruinas del mundo saca él y allega a su Iglesia; para, en teniéndola entera como decíamos, todo lo demás, como a paja inútil, enviarlo al eterno fuego, y él sólo con ella sola, abierta y descubiertamente, reinar glorioso y sin fin. Y con aquesto mismo, Sabino, se responde a lo que últimamente preguntasteis.

Porque habéis de entender que este reino de Cristo tiene dos estados, así respecto de cada un particular en quien reina secretamente, como respecto de todos en común, y de lo manifiesto de él y de lo público. El un estado es de contradicción y de guerra; el otro será de triunfo y de paz. En el uno tiene Cristo vasallos obedientes, y tiene también rebeldes; en el otro todo le obedecerá y servirá con amor. En éste quebranta con vara de hierro a lo rebelde, y gobierna con amor a lo súbdito; en aquél todo le será súbdito de voluntad. Y para declarar esto más, y tratando del reino que tiene Cristo en cada un alma justa, decimos

que de una manera reina Cristo en cada uno de los justos aquí, y de otra manera reinará en el mismo después; no de manera que sean dos reinos, sino un reino que comenzando aquí, dura siempre, y que tiene, según la diferencia del tiempo, diversos estados.

Porque aquí lo superior del alma está sujeto de voluntad a la gracia, que es como una imagen de Cristo y lugarteniente suyo hecho por él, y puesto en ella por él, para que le presida y le dé vida, y la rija y gobierne. Mas rebélase contra ella, y pretende hacerle contradicción siguiendo la vereda de su apetito la carne y sus malos deseos y afectos, Mas pelea la gracia, o por mejor decir, Cristo en la gracia, contra estos rebeldes; y como el hombre consienta ser ayudado de ella, y no resista a su movimiento, poco a poco los doma y los sujeta, y va extendiendo el vigor de su fuerza insensiblemente por todas las partes y virtudes del alma; y ganando sus fuerzas, derrueca sus malos apetitos de ella; y a sus deseos, que eran como sus ídolos, se los quita y deshace. Y finalmente, conquista poco a poco todo aqueste reino nuestro interior, y reduce a su sola obediencia todas las partes de él; y queda ella hecha señora única, y reina resplandeciendo en el trono del alma, y no sólo tiene debajo de sus pies a los que le eran rebeldes, mas desterrándolos del alma y desarraigándolos de ella, hace que no sean, dándoles perfecta muerte: lo cual se pondrá por obra enteramente en la resurrección postrera, adonde también se acabará el primer estado de aqueste reino, que hemos llamado estado de guerra y de

pelea, y comenzará el segundo estado de triunfo y de paz.

Del cual tiempo dice bien San Macario: *Porque entonces, dice, se descubrirá por defuera en el cuerpo lo que ahora tiene atesorado el alma dentro de sí; así como los árboles, en pasando el invierno, y habiendo tomado calor la fuerza que en ellos se encierra, con el sol y con la blandura del aire arrojan afuera hojas y flores y frutos. Y ni más ni menos como las yerbas en la misma sazón sacan afuera sus flores, que tenían encerradas en el seno del suelo, con que la tierra y las yerbas mismas se adornan: que todas estas cosas son imágenes de lo que será en aquel día en los buenos cristianos. Porque todas las almas amigas de Dios, esto es, todos los cristianos de veras, tienen su mes de Abril, que es el día cuando resucitaren a vida; adonde con la fuerza del Sol de justicia saldrá afuera la gloria del Espíritu-Santo, que cobijará a los justos sus cuerpos; la cual gloria tienen ahora encubierta en el alma; que lo que ahora tienen, eso sacarán entonces a la clara en el cuerpo. Pues digo que este es el mes primero del año; éste el mes con que todo se alegra; éste viste los desnudos árboles desatando la tierra; éste en todos los animales produce deleite; y éste es el que regocija todas las cosas. Pues éste, por la misma manera, es en la resurrección su verdadero abril a los buenos, que les vestirá de gloria los cuerpos, de la luz que ahora contienen en sí mismas sus almas; esto es, de la fuerza y poder del espíritu, el cual entonces les será vestidura*

rica, y mantenimiento, y bebida, y regocijo, y alegría, y paz, y vida eterna.

Esto dice Macario. Porque de allí en adelante, toda el alma y todo el cuerpo quedarán sujetos perdurablemente a la gracia; la cual, así como será señora entera del alma, asimismo hará que el alma se enseñoree del todo del cuerpo. Y como ella, infundida hasta lo más íntimo de la voluntad y razón, y embebida por todo su sér y virtud, le dará sér de Dios y la transformará cuasi en Dios; así también hará que, lanzándose el alma por todo el cuerpo, y actuándole perfectísimamente, le dé condiciones de espíritu y cuasi le transforme en espíritu. Y así, el alma vestida de Dios verá a Dios, y tratará con él conforme al estilo del cielo; y el cuerpo, cuasi hecho otra alma, quedará dotado de sus cualidades de ella, esto es, de inmortalidad, y de luz, y de ligereza, y de un sér impasible. Y ambos juntos, el cuerpo y el alma, no tendrán ni otro sér ni otro querer, ni otro movimiento alguno más de lo que la gracia de Cristo pusiere en ellos, que ya reinará en ellos para siempre gloriosa y pacífica.

Pues lo que toca a lo público y universal de este reino, va también por la misma manera. Porque ahora, y cuanto durare la sucesión de estos siglos, reina en el mundo Cristo con contradicción, porque unos le obedecen y otros se le rebelan, y con los sujetos es dulce, y con los rebeldes y contradicentes tiene guerra perpetua; por medio de la cual, y según las secretas y no comprensibles formas de su infinita providencia y poder, los ha ido y va deshaciendo. Pri-

mero, como decía, derrocando las cabezas, que son los demonios, que en contradicción de Dios y de Cristo se habían levantado con el señorío de todos los hombres, sujetándolos a sus vicios e ídolos. Así que, primero derrueca a éstos, que son como los caudillos de toda la infidelidad y maldad; como lo vimos en los siglos pasados, y ahora en el nuevo mundo lo vemos; porque sola la predicación del Evangelio, que es decir la virtud y la palabra de sólo Cristo, es lo que siempre ha deshecho la adoración de los ídolos. Pues derrocados éstos, lo segundo, a los hombres que son sus miembros de ellos, digo, a los hombres que siguen su voz y opinión, y que son en las costumbres y condiciones como otros demonios, los vence también: o reduciéndolos a la verdad, o, si perseveran en la mentira duros, quebrándolos y quitándolos del mundo y de la memoria.

Así ha ido siempre desde su principio el Evangelio; y como el sol, que moviéndose siempre y enviando siempre su luz, cuando amanece a los unos, a los otros se pone, así el Evangelio y la predicación de la doctrina de Cristo, andando siempre y corriendo de unas gentes a otras, y pasando por todas, y amaneciendo a las unas, y dejando las que alumbraba antes en oscuridad, va levantando fieles y derrocando imperios, ganando escogidos y asolando los que no son ya de provecho ni fruto.

Y si permite que algunos reinos infieles crezcan en señorío y poder, hácelo para por su medio de ellos traer a perfección las piedras que edifican su Iglesia. Y así, aun cuando éstos ven-

cen, él vence y vencerá siempre; e irá por esta manera de continuo añadiendo nuevas victorias, hasta que cumpliéndose el número determinado de los que tiene señalados para su reino, todo lo deniás, como a desaprovechado e inútil, vencido ya y convencido por sí, lo encadene en el abismo donde no parezca sin fin. Que será cuando tuviere fin este siglo, y entonces tendrá principio el segundo estado de este gran reino, en el cual desechadas y olvidadas las armas, sólo se tratará de descanso y de triunfo; y los buenos serán puestos en la posesión de la tierra y del cielo, y reinará Dios en ellos sólo y sin término, que será estado mucho más feliz y glorioso de lo que ni hablar ni pensar se puede; y del uno y del otro estado escribió San Pablo maravillosamente, aunque con breves palabras:

Dice a los de Corinto: *Conviene que reine él hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies; y a la postre de todos será destruída la muerte enemiga. Porque todo lo sujetó a sus pies; mas cuando dice que todo le está sujeto, sin duda se entiende todo, excepto aquél que se lo sujetó. Pues cuando todo le estuviere sujeto, entonces el mismo Hijo estará sujeto a aquél que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea en todos todas las cosas.* Dice que conviene que reine Cristo hasta que ponga debajo de sus pies a sus enemigos, y hasta que deje en vacío a todos los demás señoríos. Y quiere decir que conviene que el reino de Cristo, en el estado que decimos de guerra y de contradicción, dure hasta que habiéndolo sujetado todo,

alcance entera victoria de todo. Y dice que cuando hubiere vencido a lo demás, lo postrero de todo vencerá a la muerte, último enemigo; porque, cerrados los siglos y deshechos todos los rebeldes, dará fin a la corrupción y a la mudanza, y resucitará a los suyos gloriosos para más no morir, y con esto se acabará el primer estado de su reino de guerra, y nacerá la vida y la gloria; y, lleno de despojos y de vencimientos, presentará su Iglesia a su Padre, que reinará en ella juntamente con su Hijo en felicidad sempiterna.

Y dice que entonces, esto es, en aquel estado segundo, será Dios en todos todas las cosas, por dos razones. Una, porque todos los hombres, y todas las partes, y sentidos e inclinaciones que en cada uno de ellos hay, le estarán obedientes y sujetos, y reinará en ellos la ley de Dios sin contienda, que, como vemos en la oración que el Señor nos enseña, estas dos cosas andan juntas o casi son una misma, el reinar Dios y el cumplir nosotros su voluntad y su ley enteramente, así como se cumple en el cielo. Y la otra razón es porque será Dios entonces él sólo y por sí para su reino, todo aquello que a su reino fuere necesario y provechoso. Porque él les será el príncipe y el corregidor, y el secretario y el consejero; y todo lo que ahora se gobierna por diferentes ministros, él por sí sólo lo administrará con los suyos; y él mismo les será la riqueza y el dador de ella, el descanso, el deleite, la vida.

Y como Platón dice del oficio del rey, que ha de ser de pastor, así como llama Homero a los reyes, porque ha de ser para sus súbditos todo,

como el pastor para sus ovejas lo es; porque él las apacienta y las guía y las cura y las lava y las trasquila y las recrea; así Dios será entonces con su dichoso ganado muy más perfecto PASTOR, o será alma en el cuerpo de su Iglesia querida; porque junto entonces y enlazado con ella y metido por toda ella por manera maravillosa hasta lo mismo, así como ahora por nuestra alma sentimos, así en cierta manera entonces veremos y sentiremos y entenderemos, y nos moveremos por Dios, y Dios echará rayos de sí por todos nuestros sentidos, y nos resplandecerá por los rostros. Y como en el hierro encendido no se ve sino fuego, así lo que es hombre casi no será sino Dios, que con su Cristo reinará enseñoreado perfectamente de todos. De cuyo reino o de la felicidad de este su estado postrero, ¿qué podemos mejor decir que lo que dice el Profeta?: *Di alabanzas, hija de Sión; gózate con júbilo, Israel; alégrate y regocíjate de todo tu corazón, hija de Jerusalén; que el Señor dió fin a tu castigo, apartó de ti su azote, retiró tus enemigos, el Rey de Israel. El Señor en medio de ti, no temerás mal de aquí adelante.*

O como otro profeta lo dijo: *No sonará ya de allí adelante en tu tierra maldad ni injusticia, ni asolamiento ni destrucción en tus términos; la salud se enseñoreará por tus muros, y en las puertas tuyas sonará voz de loor. No te servirás de allí adelante del sol para que te alumbré en el día, ni el resplandor de la luna será tu lumbrera; mas el Señor mismo te valdrá por sol sempiterno y será tu gloria y tu hermosura tu*

Dios. No se pondrá tu sol jamás, ni tu luna se menguará; porque el Señor será tu luz perpetua, que ya se fenecieron de tu lloro los días. Tu pueblo todo serán justos todos, heredarán la tierra sin fin, que son fruto de mis posturas, obra de mis manos para honra gloriosa. El menor valdrá por mil, y el pequeñito más que una gente fortísima, que yo soy el Señor, y en su tiempo yo lo haré en un momento.

Y en otro lugar: Serán allí en olvido puestas las congojas primeras, y ellas se les esconderán de los ojos. Porque yo criaré nuevos cielos y nueva tierra, y los pasados no serán remembrados ni subirán a las mentes. Porque yo criaré a Jerusalén regocijo, y alegría su pueblo, y me regocijaré yo en Jerusalén, y en mi pueblo me gozaré. Vos de lloro ni voz lamentable de llanto no será ya allí más oída, ni habrá más en ella niño en días, ni anciano que no cumpla sus años; porque el de cien años mozo perecerá, y el que de cien años pecador fuere será maldito. Edificarán y morarán, plantarán viñas y comerán de sus frutos. No edificarán y morarán otros, no plantarán y será de otro comido. Porque conforme a los días del árbol de vida, será el tiempo del vivir de mi pueblo. Las obras de sus manos se entrejecerán por mil siglos. Mis escogidos no trabajarán en vano, ni engendrarán para turbación y tristeza. Porque ellos son generaciones de los benditos de Dios, y es lo que de ellos nace, cual ellos. Y será que antes que levanten la voz, admitiré su pedido, y en el menear de la lengua yo los oiré. El lobo y el cordero serán apacenta-

*dos como uno, el león comerá heno así como el
buey, y polvo será su pan de la sierpe. No male-
ficiarán, no contaminarán, dice el Señor, en toda
la santidad de mi MONTE.*

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	7

EL LIBRO PRIMERO

DE LOS NOMBRES DE CRISTO

A D. Pedro Portocarrero, del Consejo de Su Majestad y del de la Santa y general Inqui- sición	25
Introducción	35
De los nombres en general.....	59
Pimpollo.....	57
Faces de Dios	80
Camino	97
Pastor.....	112
Monte.....	135
Padre del siglo futuro	161

EL LIBRO SEGUNDO

DE LOS NOMBRES DE CRISTO

A D. Pedro Portocarrero.....	213
Brazo de Dios.....	220
Rey.....	262



UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



AA 000 969 596 6

